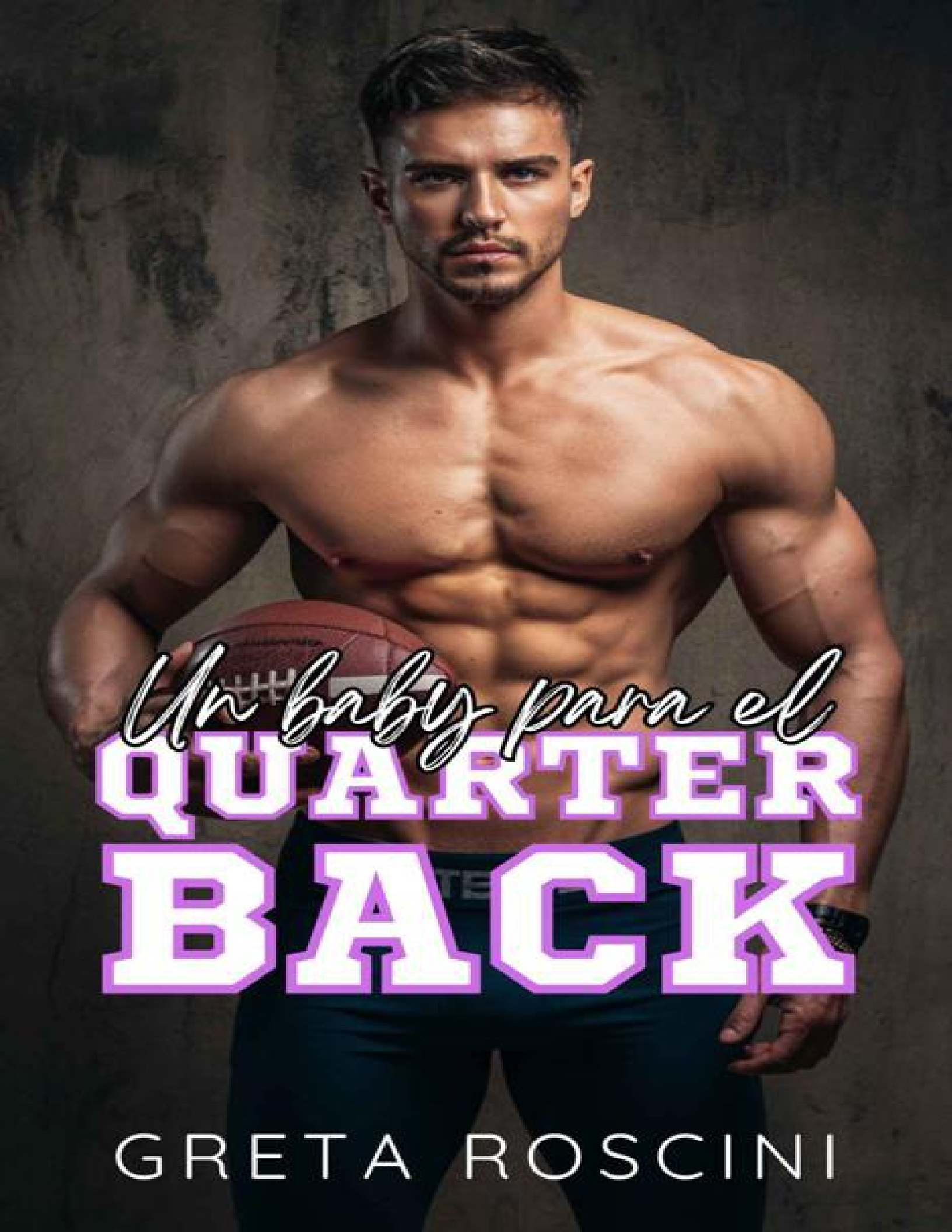

Un baby para el
QUARTER
BACK
GRETA ROSCINI

La he cagado a lo grande, casi arruino mi vida: he tenido un hijo con el quarterback de los *Dallas Dynamos*.

Luelle

Los deportistas famosos nunca han sido mi tipo, pero cuando mi jefe me encarga entrevistar a Liran Yardley, no puedo negarme. La exclusiva es demasiado jugosa, Liran está en boca de todos, hombres y mujeres. Tiene sentido: es alto, moreno, increíblemente guapo y... súper musculoso. Y luego están los rumores sobre su habilidad en la cama y el tamaño de su... ejem... amigo. Pero no es que yo le preste atención...

La entrevista se transforma en una seducción a toda máquina. Liran me corteja sin piedad y yo, al final halagada, acepto pasar una noche con él. Que pronto se convierte en una noche de intimidad que vuela, sábanas arrugadas y orgasmos de infarto. Él es alucinante, en serio.

A la mañana siguiente nos despedimos, pero él no sabe que esa noche ha cambiado mi vida... para siempre.

Tengo a su hijo y él no tiene ni idea.

Liran

¿El amor?

Me importa un bledo.

Solo quiero ganar... dentro y fuera del campo.

El fútbol y las mujeres son mis pasiones, y no me importa lo que piensen los demás. Soy el jugador del siglo. Groupies, coches de lujo, una casa gigantesca... pensaba que lo tenía todo. Luego vi a esa reportera impresionante, Luelle Ibarra, y desde entonces no puedo sacármela de la cabeza.

La quiero, punto.

Haré lo que sea para hacerla mía, mañana, tarde, noche y en cada maldita ocasión entre medias. Ella se resiste, pero no me importa nada. Le haré recordar lo mucho que me deseaba, aquella noche en que gritó mi nombre... La volveré loca, le haré confesar todos sus secretos más sucios, la haré quedarse conmigo... *cueste lo que cueste*.

ÍNDICE

1
LIRAN
2
LIRAN
3
LUELLE
4
LIRAN
5
LUELLE
6
LIRAN
7
LUELLE
8
LIRAN
9
LUELLE
10
LIRAN
11
LUELLE
12
LUELLE
13
LIRAN
14
LUELLE
15
LIRAN
16
LUELLE
17
LIRAN
18
LUELLE
19

LIRAN
20
LUELLE
21
LIRAN
22
LUELLE
23
LIRAN
24
LUELLE
SEGUNDA PARTE
25
LIRAN
26
LUELLE
27
LIRAN
28
LUELLE
29
LIRAN
30
LUELLE
31
LIRAN
32
LUELLE
33
LIRAN
34
LUELLE
35
LIRAN
36
LUELLE
37
LIRAN
38
LUELLE

39
LIRAN
40
LUELLE
41
LIRAN
42
LUELLE
EPÍLOGO
LIRAN

Greta Roscini

UN BABY PARA EL QUARTERBACK

Novela

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con empresas comerciales, hechos, lugares o personas reales, existentes o que hayan existido, es pura coincidencia.

Un baby para el quarterback
Primera edición eBook: febrero de 2025
© 2025 Greta Roscini
Cover Image © 2025 Greta Roscini

1

LIRAN

Fiestas de locos donde el alcohol corre a raudales, tías que te hacen perder la cabeza y una obsesión enfermiza por el fútbol americano que me corroe las entrañas: ese es el ADN que me define, un cóctel de adrenalina y pura demencia.

Cuando eres el quarterback más idolatrado del momento, tu vida se transforma en una cacería del placer más desenfrenado, una carrera sin fin hacia el goce extremo.

"Juega al máximo, diviértete al máximo, bebe al máximo" me susurró mi agente, una especie de mantra para mi alma maldita, y yo abracé cada una de sus palabras con un entusiasmo que sabía a desafío, mientras firmaba el contrato con una sonrisa que gritaba "que os jodan".

Desde ese día, mi vida es una escalada de touchdowns devastadores, noches salvajes que dejan huella y borracheras épicas que me hacen perder la memoria, y no me disculpo con nadie, no.

Mi existencia es un himno a la diversión y a la transgresión.

Soy considerado un dios, una leyenda viviente que se mueve en los estadios como si fueran su trono.

¿El instituto?

Un parque de juegos para niños mimados.

¿La universidad?

Un desafío para principiantes. Los destrocé como si fueran novatos, y dejé un rastro de corazones rotos y carreras truncadas.

Ahora recojo los frutos de mi gloria, soy el rey de estos aficionados, y los guío a la victoria con mi prepotencia, con mi arrogancia, con mi pura e incontrolable locura.

¿Por qué?

Porque soy la encarnación de la masculinidad sin límites, la apoteosis de la virilidad en este puto mundo. Y quien no acepte esta realidad, que se quite de en medio, antes de que lo aplaste bajo mi talón.

Tengo veintinueve años, pero juego como si tuviera veinte, la edad en la que mis actuaciones en la cama eran mi prioridad, la época dorada de mis polvos y mis noches locas.

Algunos creen que a los treinta uno está acabado, pero no conocen mi sed de adrenalina, mi obsesión por el triunfo. Soy mayor, claro, pero más letal que cualquier chaval que se cree invencible, porque mi cuerpo es un arma que no se rinde nunca, y mi libido un tornado imparable que lo arrasa todo.

"¡Vamos al puto Super Bowl!" grito, cerveza en mano, con la voz que retumba en mi refugio post-partido, una guarida de excesos donde las reglas están hechas para ser infringidas. Aquí, tocar a las chicas no solo está permitido, sino que es una exigencia animal, una expresión de mi derecho divino, una pulsión incontrolable. Es una especie de burdel personal, un santuario del placer donde el deseo no conoce límites, y donde las mujeres son solo un trofeo para exhibir.

Las paredes vibran de hormonas, las risotadas descaradas se mezclan con los gritos de diversión, y el perfume de alcohol y sexo es mi fragancia favorita, una esencia de disolución que me excita

más que cualquier otra cosa. Las manos vagan libremente sobre los cuerpos de las chicas, el contacto es una forma de adoración, una plegaria prohibida dedicada al placer, a mi polla y a mi libido incontenible.

Jaron, mi receptor favorito, se acerca con una sonrisa cargada de malicia, una mirada que parece prometer todo tipo de placer. "Prepárate para la fiesta después del Super Bowl, bro. Habrá un ejército de tías. Una montaña de tetas. Cuanto más jóvenes sean, más se fliparán." Su mirada es hambrienta, una bestia que escruta a su próxima presa, y su obsesión por las chicas es un tripudio de morbosidad.

"Ok. Entonces me las traerás aquí, Jaron. Yo estaré tumbado, medio borracho, y quiero tetas por todas partes, ¿claro?" ordeno, como un sátrapa que exige sus trofeos, como un dios que quiere sus altares llenos de mujeres listas para satisfacer cada uno de sus deseos.

Jaron se ríe, chocándome los cinco, una promesa recíproca de disolución, un pacto de sangre sellado a la sombra de una noche de excesos. "El rey quiere su harén" comenta Kurt Dvorak, pasando con una expresión de asco en el rostro, una mirada que querría fulminarme con su desaprobación. Su desprecio es una medalla para mí, una certificación de mi superioridad, una prueba más de mi dominio sobre este mundo de hipócritas.

"Por ahora, sin embargo, no te distraigas. Todavía tenemos que reventarlo todo." Su voz es un intento patético de devolverme a la realidad, pero sus esfuerzos son vanos, porque mi mirada ya está perdida entre las piernas de las chicas, mi deseo es demasiado fuerte, demasiado potente. Su decepción es una ofensa, un desafío que me empuja a transgredir aún más, a sobrepasar el límite, a desafiar cualquier tipo de ley o de prohibición.

"Claro, y lo haremos. Estamos listos para hacerlos pedazos" respondo, terminando la cerveza, y mi libido es una droga que me empuja a la búsqueda de la próxima presa. "Joder, tengo que enloquecer a alguna, Jaron. Esta noche quiero oír gritar mi nombre."

"Amigo, tienes un harén de tías. Elige la que te inspire más. Eres el rey de la diversión y las haces morir como nadie" dice Jaron, con una sonrisa de pervertido que me hace sentir orgulloso, con una mueca que sabe a lujuria.

Las cheerleaders se abren paso, un desfile de cuerpos jóvenes que se ofrecen como presas sacrificiales, un cortejo de carne fresca y de pecado. Sus uniformes son una ostentación erótica que me enloquece.

Una rubia en tanga, como salida de una película porno de serie B, se me acerca con paso felino, una pantera lista para ser domada. Su cuerpo es un espectáculo, una tentación infernal que me hace perder la cabeza. Sus curvas son una promesa de placer, una invitación a perderse, a renunciar a cualquier tipo de control.

"Tienes razón, amigo" digo, abriendo los brazos a la recién llegada, mi voz es un rugido animal, una declaración de posesión y deseo.

Su mirada es un arma que me atraviesa el corazón, una invitación a perder todo tipo de freno. Sus tetas son perfectas, dos esferas de carne dura que palpitan bajo el sujetador, los pezones dos diamantes que brillan a la luz. Su íntimo ya está húmedo, las bragas a duras penas cubren su monte de venus, los labios húmedos e hinchados son una promesa de goce, y mi mano tiembla al pensar en hacerla mía, en poseerla con toda la fuerza.

"Tengo que follármela antes del partido, trae suerte" interviene Samuel, nuestro running back, con una sonrisa maliciosa. "Y quiero oírla gritar como una condenada" añade, una declaración de intenciones que promete excesos y desenfreno. Su superstición es un pretexto para ceder a su lado más animal, una excusa para satisfacer sus deseos más oscuros.

"A ti te hace falta sobre todo mucho culo para que no te pille tu mujer" replica Jaron, riendo como un loco, un comentario irónico sobre la doble vida de Samuel, una pulla pérfida y punzante. Su broma es una alusión a su vida sentimental, un recordatorio de sus pecados y de su hipocresía.

"Amigo, mi mujer sabe que el fútbol americano es mi prioridad, y luego están estas bellezas" responde Samuel, indicando a las chicas alrededor, con una sonrisa diabólica, con una mirada cargada de lujuria y deseo. "Y créeme, mis actuaciones en la cama son de leyenda" concluye, una fanfarronada que es también una provocación, una invitación a la competición sexual, una exaltación de su ego.

"¿Quién tenemos aquí? Pareces lista para una noche de sexo salvaje" digo mientras tanto yo, mirándola como un lobo hambriento. Su mano sobre mi muslo me hace venir ganas de desnudarla, de poseerla con fuerza.

"Siempre eres increíble, ahí fuera" me susurra, con una voz que es un gemido de placer y de sumisión, una confesión de deseo y devoción. Su cumplido es una confirmación de mi potencia.

Le pongo la mano en la cintura, siento su piel, y no consigo contenerme de tocar su cuerpo, con una avidez que me enloquece. "Lo sé" respondo, dándole una palmada en el culo, un gesto de predador que saborea a la presa, una declaración de posesión y dominio.

"¿Quieres venir a un sitio más tranquilo?" Mi propuesta es una orden, una invitación a superar todo límite, a renunciar a cualquier forma de moralidad.

Ahora sus tetas me presionan contra mí, los pezones duros como piedras, y mi mano tiembla al deseo de poseerla en todos los modos posibles, de hacerla gritar de placer bajo mi peso.

"Wow, parece un club exclusivo" dice, excitada ante la idea de transgredir toda regla, de abandonarse a la perversión. Sus bragas son ya una tela transparente que revela sus formas temblorosas, y su cuerpo es un torbellino de deseo, un volcán listo para erupcionar.

"Lo es, baby. Solo para los reyes de la transgresión" miento, mi ego se infla con su admiración, se nutre de su deseo, se excita con su perversión.

"Sí, venga, Liran, llévame allí".

La arrastro, y en un instante, estamos solos, yo y mi presa, aislados del mundo, como en una jaula para animales en celo, libres de expresar nuestros deseos más oscuros. Ella se arrodilla enseguida, como si su vida dependiera de mi placer, su cuerpo es un mapa del deseo que yo quiero explorar. Su obediencia es una demostración de mi dominio, una afirmación de mi superioridad, una confesión de sumisión y devoción.

Mi polla supera ampliamente los veinte centímetros, con una circunferencia que haría palidecer a cualquiera, una verga de pesadilla, un arma de placer que me hace sentir invencible, un símbolo de poder y dominio. Es de un color encendido, las venas palpitan de deseo, y la punta es una cabeza de serpiente que espera a su presa.

"Oh, Dios mío, qué maravilla, es realmente grande" dice ella, con la voz rota por la excitación. E inmediatamente su lengua me roza el glande con una devoción prohibida. Su gemido es una música para mis oídos, una prueba de mi dominio sobre su carne.

"Sí, wow, eres enorme" gime, moviendo la cabeza con fervor, tomándome en la boca con una avidez que me enloquece.

Me siento y dejo que el placer me arrolle. Sus dedos son láminas de placer que me acarician la piel, una promesa de goce y disolución. Su toque es una descarga eléctrica, un torbellino de sensaciones que me arrolla, una llamada a mi libido incontrolable.

"Chúpamela, hazme sentir cuánto me deseas" le ordeno, y ella responde con un murmullo de

placer, tomándome en la boca más a fondo, sus ojos perdidos en un abismo de lujuria.

"Me quieres dentro de ti, ¿verdad?" le susurro, mientras continúa bombeando, sus labios una mordaza incendiada.

"Sí, hazme sentirlo todo" confirma, con la voz sofocada por el placer, y su cuerpo tiembla de deseo.

La levanto del suelo y la empujo contra la pared, su cuerpo tiembla de excitación. Le arranco el tanga, su coño afeitado está ahí, abierto y húmedo, los labios entreabiertos que me esperan. Enseguida la hago mía sin piedad, y un gemido mixto de dolor y placer se le escapa de la boca.

"Dámelo, más fuerte, quiero sentirte hasta el fondo" grita, mientras mis empujes la hacen temblar, el sonido de nuestros cuerpos que chocan es una banda sonora prohibida.

"¿Te gusta?" le pregunto, mientras el ritmo aumenta, y siento su íntimo que me aprieta, su calor que me arrolla.

"Sí, sí, no te detengas, soy tuya, hazme gritar" grita, y sus senos bailan a cada empuje.

La giro, la doblo sobre la mesa, y continúo haciéndola mía desde atrás.

"Te sientes llena de mí, ¿verdad?" le digo, empujando con toda mi fuerza, mi glande que le toca cada punto, mi libido está en delirio, una locura que me enloquece. Mi pregunta es una provocación, una afirmación de mi dominio total, una ostentación de mi superioridad sobre su carne.

"Sí, sí, y no quiero que termine".

"Estoy por correrme, ¿estás lista?" le pregunto, mientras los empujes se hacen más violentos, mi pregunta es una provocación, un desafío a su capacidad de soportar mi poder, una ostentación de mi virilidad.

"¡Sí, sí!"

Cuando estoy ya en el clímax, salgo de ella y descargo mi semen sobre mí, no quiero arriesgarme. Entonces ella se vuelve a poner de rodillas y empieza a lamer, limpiando cada rastro de placer. Su gesto es una sumisión, una oferta de total devoción. Al final, se levanta lentamente, con la seguridad de quien sabe lo que hace, se vuelve a poner las bragas como si nada hubiera pasado.

"Liran, para ti siempre estoy disponible".

"Lo sé. Ahora vete, tengo que prepararme para el partido" respondo, con una sonrisa perversa.

Ella asiente, y se va, dejándome solo con mi mente ya proyectada a la próxima locura, a la próxima conquista, porque mi libido es una llama que no se apaga nunca, es un fuego que me devora dentro y que me empuja a buscar siempre más.

Esta es mi vida, y no la cambiaría por nada del mundo. Mi existencia es una danza peligrosa sobre el filo de la navaja, un himno a la locura y al desenfreno. Mi realidad es un espectáculo, una performance continua, una ostentación de placer y transgresión, un manifiesto de mi lado más oscuro.

No es perfecta, claro, pero es mi vida.

Y tengo un plan: ganarlo todo.

2

LIRAN

El sol se está poniendo lentamente, y deja todo el estadio bajo la luz artificial, que transforma a cada jugador en una sombra en movimiento.

Es el cuarto y decisivo cuarto de la Super Bowl, y cada jugada es un duelo estratégico entre dos equipos que han luchado por esta gloria toda la temporada. Siento el peso del partido sobre mis hombros, cada músculo tenso, cada nervio alerta. Mi mente es un campo de batalla táctico: recuerdo las formaciones discutidas en el entrenamiento, analizo la defensa adversaria que se despliega frente a mí.

Abro los ojos y tomo una respiración rápida antes de volver a cerrarlos. El rugido a mi alrededor es ensordecedor, tan fuerte que mi cerebro debe ignorarlo automáticamente.

Ignóralo, Liran.

Siento el cuero en la palma, el hilo entre los dedos. Vuelvo a abrir los ojos y todo se acelera. Un bárbaro de 250 libras ha roto las líneas de defensa y quiere reventarme la cabeza.

"¡Pásala a Jaron!" grita el entrenador desde la banda.

Es el partido del campeonato de la Super Bowl. Él se lo está jugando prácticamente todo, toda su carrera. Y supongo que la cosa vale también para mí. A decir verdad, no veo la hora de conseguir llevarme este trofeo a casa, la razón de mi vida en este momento, y no quiero fallar en absoluto. Con la cabeza ya estoy en la fiesta, en lo que ocurrirá después de esta victoria. Somos los mejores, somos demasiado fuertes, somos invencibles, y yo soy el Dios absoluto de este partido. Y no me apetece nada llevarme un fracaso a casa. Va en ello mi reputación, mi credibilidad y mi propia vida.

Pido una formación shotgun. Tres receptores abiertos, uno en el slot, dos running backs. Estoy intentando abrir el campo. La defensa de los Ravens está en una Cover-2, intentando cubrir lo profundo con dos safeties. Hago señas a mis receptores, indicando con discreción un cambio de ruta, una "hot route" si ven que la cobertura cambia rápidamente. Sé que el linebacker central, conocido por sus habilidades de pass-rush, será mi principal problema.

Hago un chequeo a la línea de ataque, intentando entender si esa Cover-2 es falsa o real. Decido mantener la llamada original. ¡El balón está en juego! La línea ofensiva de los Dynamos se prepara para el bloqueo, con el centro haciendo un ligero movimiento para alterar el tiempo del snap. Recibo el balón, la bolsa se forma, pero enseguida siento la presión.

Speaker: "¡Y estamos aquí, amigos! Estamos en el cuarto cuarto, con los Ravens en ventaja de sólo tres puntos. Liran Yardley, el quarterback conocido como el 'cañón' por su capacidad de brillar cuando menos te lo esperas, está en el centro del campo, listo para escribir su leyenda. La estrategia aquí lo es todo."

¡Aquí llega el blitz!

¡Un linebacker libre!

Tengo una fracción de segundo para decidir. Con un movimiento casi de bailarín, me muevo a la izquierda, yendo contra la tendencia natural de fuga. Esto es un truco que he aprendido, una manera de forzar a la defensa a anticipar mal. Veo a Jaron hacer una "out route" hacia el campo lateral, pero sé que la cobertura es estrecha allí.

Speaker: "¡Yardley está leyendo el juego como un libro abierto! ¡Ha visto al linebacker que se ha movido demasiado pronto, dejando un agujero en la zona central!"

Decido arriesgarme, no un lanzamiento largo sino una "slant route" corta, un pase rápido que podría aprovechar la cobertura desequilibrada. Lanzo el balón con precisión quirúrgica, entre dos defensores que se están todavía reorganizando.

Speaker: "¡Ahí va el lanzamiento! ¡Un pase láser a Jaron en el slant! Pero atención, ¡hay un defensor que está intentando interceptar!"

Echo el brazo hacia atrás. La tensión entre músculos y huesos es astronómica. En un segundo, mi brazo empuja a través del aire a toda fuerza. Con un movimiento de la muñeca, el balón deja mi mano en una espiral perfecta. Todos los ojos están sobre esa espiral. Sonriendo, sé que nada puede tocarme. Soy así de bueno.

Bajo la cabeza y miro hacia delante. Ese maniaco está saltando por los aires. "Se acabó, campeón" digo con orgullo. Pero su casco me golpea el pecho y sus brazos me envuelven. Sabe que se acabó, pero debe al menos fingir que tiene una posibilidad. Lo entiendo, de verdad. Pero no puedo evitar reírme mientras caigo al suelo.

Apenas toco tierra, me quito el casco y lo aparto de un empujón. El balón está todavía en el aire, casi en las manos extendidas de Jaron. ¿La cogerá? Está en la end zone. Segundos para el final. Esto decide el campeonato.

Speaker: "¡Jaron va al suelo, pero mantiene el balón! ¡Primer down para los Dynamos! ¡Yardley acaba de llevar a su equipo a la tierra prometida de los drives ganadores!"

Las manos en la cabeza, los dientes apretados. Venga, amigo. Cógela. Tienes que hacerlo.

Los dedos de Jaron rozan el cuero vertiginoso y veo la determinación en sus ojos. Lo conseguirá. ¡Tiene que hacerlo!

El balón acaba en su mano e inmediatamente un linebacker defensivo le golpea las piernas. Jaron sostiene el balón, pero está cayendo.

"¡Joder!" me oigo gritar. He hecho un pase perfecto. Si Jaron la pierde, se acabó. Ganan ellos.

Jaron golpea el suelo y veo algo increíble. Su brazo se rompe casi enseguida, pero su determinación es asombrosa. Corro hacia el campo para ver mejor. La multitud enloquece. Es increíble de ver. Su agarre es firme.

Speaker: "¡Touchdown Dynamos! ¡Aquí está la jugada final! Yardley opta por un play-action, fingiendo una carrera central pero lanzando hacia la end zone. Jaron está libre, el lanzamiento es perfecto... ¡Touchdown Dynamos!"

"¡Touchdown!"

Las palabras me resuenan en los oídos.

Caigo al suelo y levanto las manos.

Gloria.

Todo el duro trabajo ha valido finalmente la pena. Los entrenadores corren al campo mientras Jaron es retirado en una camilla. Estará bien. Es parte del trabajo. Será intercambiado a un equipo mejor, ganará millones y acabará en el hall of fame del fútbol americano. Ha sido realmente la recepción del siglo.

***

Los chicos están ya todos en el campo, un lío de cascos y camisetas que se mueven como olas enloquecidas. La adrenalina me sube a mil, la siento hormiguear bajo la piel. Agarro el trofeo junto con Johnson, ese gigante de un tight end que parece hecho de hormigón armado, y lo levantamos al cielo. Las luces del estadio se reflejan en el metal, deslumbrándonos por un momento. Mis hermanos, mi jodido equipo, me levantan sobre los hombros, gritando como locos.

No soy de celebraciones, por lo general, prefiero las cosas tranquilas, pero esta adrenalina es una droga, una jodida droga. Por eso juego al fútbol americano. Es por eso que me esfuerzo tanto, por este momento. Y esta es la victoria más grande que hay. Es como estar en el paraíso, es la Super Bowl, ¡joder!

Sus gritos me llenan las orejas, pero yo ya tengo otro pensamiento en la cabeza. Me dejo caer de sus hombros, un salto que casi me hace estrellar contra el suelo, mando un beso al público, sólo para hacer escena, y me dirijo hacia el vestuario. He hecho mi trabajo, ahora es tiempo de relajarse, de darme una ducha y después beber algo. Hay una fiesta que me espera y será legendaria.

"¡Liran! ¡Liran! ¿Cómo te sientes después de esta grandiosa victoria?" Una reportera me pone el micrófono bajo la nariz, casi cegándonos a ambos. La luz de la cámara me quema los ojos, y querría darle un puñetazo por la invasión, pero mi atención se desplaza. Mis ojos se fijan en sus piernas, que asoman bajo el vestido.

No consigo contenerme, es más fuerte que yo. "De puta madre. ¡Voy a Disneyland!" exclamo a la cámara, y después le pellizco el culo, sólo un poco, con cierta fuerza. Su expresión es una mezcla de shock y fastidio. Le aparto el micrófono de un empujón y me río con ganas, una risa que me sale de la tripa. La tipa se lamenta, como si le hubiera arruinado el día.

Normalmente le habría echado un vistazo y ya está, pero hoy no lo consigo. Hay algo diferente en el aire, quizás es toda la adrenalina o quizás mi polla está simplemente dando la nota. "Lo siento si he sido un verdadero gilipollas" digo, y lo pienso de verdad. No suelo disculparme, pero por alguna razón, con ella es diferente. Es extraña esta sensación mía delante de esta chica, y sin embargo me he follado a docenas sin ningún problema y sin mostrarles quién sabe qué tipo de particular respeto.

"Sí, lo has sido" replica, apartándose el pelo castaño, espeso, de delante de los ojos. Sus ojos brillan de rabia, y siento una extraña atracción por esa chispa. La ayudo, llevándole un mechón detrás de la oreja, y la cosa no le gusta, pero me lo permite igualmente. Es joven, para hacer girar la cabeza. La quiero, joder.

Quiero hacerla mía ahora, no después, ahora.

"¿Quieres venir a nuestra fiesta esta noche?" le pregunto a bocajarro, intentando entender su

reacción. No sé por qué le estoy haciendo esta propuesta, no suelo dejar entrar a extraños en mi mundo. Pero hay algo en ella que me atrae, algo que me hace querer ponerla a prueba.

"Contigo? Ni de coña" bufa, y joder si es dura. Su mirada está llena de desprecio, pero siento una excitación montándome dentro. "Ok, si cambias de idea, hay una entrevista exclusiva en juego. Con tu nombre en primera página. Y será un follón, un verdadero follón. La elección es tuya. Aquí tienes la dirección." Le meto en la mano un papelito, con la dirección del party, algo que sólo el equipo y las chicas que nos frecuentan conocen.

Ella coge el papelito, lo arruga con una rabia que me excita, y lo tira al suelo. "No acepto sobornos, lo siento" dice, y su mirada es una mezcla de disgusto y desafío.

Joder, tiene el fuego dentro, y yo quiero apagarlo o alimentarlo, no lo sé bien.

Sonriendo, sacudo la cabeza y me voy.

Parece... especial, imagino. No sé por qué estoy pensando en ella. Pero hay al menos mil millones de chicas especiales ahí fuera y una docena de cheerleaders decentes me esperan en la fiesta. No tiene sentido obsesionarse con estas cosas. He ganado la Super Bowl, joder, ¿qué puedo querer de más?

En el vestuario, los chicos están ya casi todos dentro, gritan y se hacen cumplidos mutuamente. Me desvisto deprisa, con los movimientos de quien está acostumbrado a desvestirse rápidamente, y voy hacia las duchas, sintiendo el agua que cae a chorros. "Eh, Yardley." La voz de Jaron me hace girarme. "Buen lanzamiento, amigo."

Su brazo está ya escayolado, joder, son rápidos aquí, pero este es el mundo del deporte, se hacen las cosas deprisa. "Amigo, ¡qué recepción! Con esa mierda te meten en el hall of fame, seguro. ¿Todo ok?" le doy los cinco y le doy un puñetazo en el hombro, intentando no hacerle demasiado daño.

"Sí, todo bien. El médico me ha dicho que vaya con calma por un tiempo" dice con una expresión que es una mezcla de dolor y diversión. Nos reímos también nosotros, joder, es ridículo, en este mundo, el dolor y la lesión son cosas de risa, casi de las que presumir. "Es sólo cuestión de tiempo, ya."

"Exacto, amigo. Eres el MVP de la noche, no lo olvides" le digo, intentando infundirle un poco de seguridad. "¿Estarás en la fiesta, verdad?"

"Yardley, allí estaré" dice, y lo siento que ya está excitado. "Ya he echado el ojo a la más buena del lugar" dice, y me hace una sonrisa maliciosa.

Me río, sacudiendo la cabeza, y pienso en todas las chicas que nos esperan en la fiesta, pero para mí no son nada más que un contorno. Me encamino hacia las duchas, listo para quitarme el sudor. "Cógetelas todas, yo sólo quiero una."

"¿Ah sí? ¿Y quién sería?" pregunta, pillando al vuelo la toalla que le tiro encima, con una mirada de desafío.

"Esa reportera" digo.

Su expresión es una mezcla de asombro y diversión. "¡Ten cuidado, eh! Ya sabes cómo es la prensa" ríe, golpeándome de vuelta con la toalla.

"¿Qué puedo hacer?" río, sintiendo la adrenalina montar de nuevo.

"Nah, está de muy buen ver. La he notado antes" razona Jaron, como si fuera un trofeo que conquistar. "No debería ser difícil de pillar" y su tono es seguro.

"Bueno, he hecho la clásica jugada a lo Liran Yardley" respondo, y él alza los ojos al cielo, pero no dice nada. El equipo explota en un estruendo de gritos y me vuelvo hacia ellos, lleno de orgullo. "¡Eh, cerrad el pico y escuchad!"

El vestuario se calla al instante, todos los ojos puestos en mí. Subo a un banco y aprieto la toalla húmeda entre las manos, sintiéndome el líder de esta banda de locos. "Hemos hecho un buen trabajo ahí fuera. Joder, hemos estado geniales. También los otros, para ser honestos, pero no tanto como nosotros. Porque hemos jugado como un equipo. Lo hemos dado todo. Y al final, hemos traído la copa a casa."

Sus gritos me llenan las orejas, y siento el poder recorrerme las venas. "Ahora, esta noche es nuestra recompensa" continúo, hablando en voz alta, con la voz que me tiembla de adrenalina. "Quiero veros a todos en esa fiesta. ¿Y sabéis lo que quiero que hagáis?" Silencio absoluto, los ojos fijos en mí. "Quiero que os las folléis a todas."

Bajo la ducha, el calor del agua me relaja los músculos tensos, pero mi polla está dura como la roca, pensando en esa reportera. Su reacción, el modo en que me ha desafiado, me excita más de lo que querría admitir. Intento echar fuera el pensamiento, pero cada gota parece susurrar su nombre. Me pregunto si también ella estará pensando en mí.

La imagen de sus ojos llenos de rabia me hace latir el corazón más fuerte.

¿Quién es esta chica? ¿Qué tiene de diferente a las demás?

Sacudo la cabeza, intentando echar fuera estos pensamientos inútiles. No debo distraerme.

Pero la imagen de su cuerpo, de sus piernas perfectas, se entromete en mi mente y no me deja en paz.

Joder, me estoy obsesionando.

***

Subimos a un autobús, la música alta, las risas aún más fuertes, directos hacia una villa de locos, escondida entre las colinas. La villa es un verdadero desmadre, una obra maestra de lujo y decadencia, como un set cinematográfico. Columnas de mármol que brillan bajo las luces de la noche, jardines cuidados que parecen sacados de una película y una piscina iluminada que refleja el cielo, como un pequeño lago artificial.

Cada puto detalle está estudiado para el placer, para la máxima disolución: mármol de Carrara, paredes con frescos que parecen casi vivos, muebles que son una mezcla de cosas modernas y confort decadente. Sofás de terciopelo rojo que te invitan a hundirte, mesas de madera oscura con incrustaciones de oro, obras de arte que parecen hechas a propósito para provocar, todo está proyectado para estimular cada sentido.

La música que sale de los altavoces es ensordecedora, un ritmo que te entra en los huesos y te hace querer desnudarte y tirarte de cabeza en la locura de la noche. Bajamos del autobús, un estruendo de aplausos y gritos nos acogen, como si fuéramos reyes. Chicos y chicas, ya en modo fiesta, con poca o ninguna ropa encima y sonrisas llenas de promesas. La entrada es un portal para otro mundo, un arco de flores frescas que te invita a pasar, a dejar la realidad atrás.

Entramos en la villa, un banquete que parece no acabar nunca, con ostras frescas, cortes de carne suculentos, dulces increíbles que parecen obras de arte y champán que corre a raudales, como si fuera el agua de una fuente. El olor de la comida se mezcla con el perfume de las flores y el hedor a alcohol, creando una combinación que te hace dar vueltas la cabeza.

Me muevo entre la gente, los cuerpos que se rozan, los susurros y las risas que me llenan las orejas, pero el pensamiento de la reportera está siempre allí, como una señal que quema, una obsesión que no quiere dejarme. Me paro a hablar con Jaron, su brazo escayolado parece casi un trofeo de guerra, un recordatorio de la batalla que acabamos de combatir.

"Yardley, esa reportera de la que me hablabas antes… en efecto parecía que tenía huevos" dice Jaron, levantando el vaso en un brindis silencioso, pero con la mirada fija en otra parte.

"Sí, y no me la quito de la cabeza" admito, mientras mi mirada vaga por la sala, intentando individuar su figura. Me pregunto si ha venido, si está entre la multitud.

"Bueno, de todos modos, hay al menos dos diosas que no ven la hora de adorarte" dice Jaron, con un gesto de la cabeza hacia dos chicas que se acercan, sus cuerpos sinuosos que se mueven como olas. Llevan encima sólo vestidos ligeros, casi transparentes, que dejan poco a la imaginación; nada de bragas, y cada uno de sus movimientos es una promesa de placer.

"Eh, campeón, has ganado el partido, ahora gánanos a nosotras" dice una de las dos, con una sonrisa maliciosa, mientras el vestido le resbala sobre la cadera, ofreciéndome una visión que me hace girar la cabeza. "No veo la hora de descubrir lo buenas que sois" respondo, y mi polla ya se ha despertado, lista para la acción.

"Se dice que tú eres un dios de la Super Bowl, con una dotación de leyenda en todo Texas" dice la otra, acercándose a mi oreja, susurrando con voz ronca y sensual. "Y nosotras tenemos tanta curiosidad. Queremos ver si es verdad."

"Entonces tenéis que ganároslo. Mostradme cómo se adora a un dios" respondo, mi voz cargada de deseo, sintiendo la adrenalina bombearme de nuevo en las venas. "Te haremos ver, Liran. Quiero tu pollón dentro de mí, quiero sentirlo latir" dice la primera, mordiéndose el labio y restregándome las tetas contra el brazo.

"Y yo quiero lamerte hasta hacerte gritar mi nombre" añade la segunda, pasándome la lengua sobre los labios en un gesto que es una explícita oferta de sexo.

Las adulaciones me calientan el ego, pero mi mente está todavía en otra parte, con esa reportera que me está volviendo loco. Pero el deseo es demasiado fuerte, así que decido secundarlo, por un rato. "Bien, mostradme cómo se festeja a un héroe del fútbol americano" digo, y las conduzco arriba por las escaleras hacia una habitación, listo para dar rienda suelta a mi lujuria.

La habitación es un puto templo del pecado, donde cada detalle es un himno a la depravación. Una cama con dosel trona en el centro, envuelta en sedas negras, sus cortinas que caen como un velo de seducción. Los espejos en las paredes capturan cada momento de disolución, reflejando cada empuje, cada contacto, cada gota de sudor y líquidos eróticos.

Los muebles, en estilo barroco moderno, brillan de oro bajo luces cálidas, creando una atmósfera de opulencia y perdición, como si estuviéramos en otro mundo. La habitación es una invitación a dejarse ir, a olvidar cada límite, y a ceder a la tentación. "Desnudados" ordeno con una voz que no admite réplicas, cerrando la puerta, para aislarnos en este mundo paralelo.

Sin titubear, se liberan de sus vestidos, revelando cuerpos perfectos, modelados para el deseo. Sus coños están ya mojados, implorando ser violados, como si hubieran nacido sólo para mi placer.

"Venid aquí" comando a ambas, mi tono una llamada, una promesa de placer. Se arrodillan delante de mí, los ojos llenos de deseo desenfrenado. Comienzan a lamerme la polla con una voracidad que me hace girar la cabeza, sus lenguas que se besan, con mi miembro en el centro de un ritual prohibido. "Joder, sois fantásticas" gimo, perdiéndome en el placer, sus bocas que trabajan, sus lenguas que exploran cada centímetro, desde el glande hasta los huevos, mojándolo todo con su saliva caliente y pegajosa.

Sus labios se aprietan a turno sobre mi polla con una fuerza que me hace estremecer, y mi erección se hace aún más dura. "He oído decir que tu pájaro es el mejor del campeonato" murmura una de ellas, acariciándome el frenillo con la lengua, dejando un rastro de saliva

caliente y húmeda. "Quiero cada centímetro dentro de mí, hazme sentir tu poder."

"No te decepcionaré, créeme" respondo, mi voz un gruñido, una promesa de placer y dominio total. Mi polla pulsa y freme, lista para ser usada. Una se levanta, ofreciéndome su coño mojado. "¿Quieres probarlo, campeón?" me pregunta, mirándome con una sonrisa maliciosa.

"Claro" respondo, posicionándome delante de ella, mientras la otra se baja para lamerme el escroto, su rostro presionado, su lengua que explora con devoción animalesca. Entro y salgo de sus grandes labios, cada empuje una afirmación de mi dominio, su grieta que se cierra alrededor de mi asta masiva. La otra continúa trabajando en mi base, sus manos que se aventuran por todas partes, acariciando, palpando, estimulando cada parte de mí, sus dedos que me rozan el perineo, masajeándolo.

"Fóllame más fuerte, Liran" gime una de ellas, su voz una mezcla de dolor y placer, mientras la penetro con fuerza, haciéndola temblar y gritar a cada golpe. La sensación de sus paredes internas que me estrechan es increíble, cada movimiento una oda a mi virilidad, sus gemidos que llenan la habitación, un coro de sumisión y placer. Su coño gotea, sus jugos le descienden por las caderas, mientras la otra los recoge con la lengua, besando y lamiendo cada rastro de nuestro placer, su rostro mojado por el deseo de ambas.

Cambiamos de posición, y ahora es la otra la que se ofrece. No pierdo tiempo, follándola con el mismo vigor, mi polla que se desliza dentro de ella con facilidad gracias a mi saliva y a su humor. La primera continúa lamiendo y besando cada parte de mí, su lengua y sus labios un homenaje a mi placer, mordisqueándome los cojones, sus manos que me masajean el culo.

"No te detengas, continúa reventándome" grita, su voz una mezcla de dolor y placer, mientras mi polla se abre camino dentro de ella, cada empuje que la hace gritar más, cada centímetro de mí que la penetra profundamente, sintiendo cada contracción de su placer. La siento venirse, su cuerpo que se contrae, su gemido un sonido que me hace enloquecer.

El placer es abrumador, y cuando estoy cerca del límite, saco la polla y rocío mi esperma sobre la cara de una de ellas, que gime de placer bajo el calor de mi orgasmo. "Sí, sí, ensúciame toda" implora, su rostro una máscara de lujuria, cubierto por mi esencia caliente y densa, su rostro que gotea de esperma.

Se besan, limpiándose con la lengua, sus caras cubiertas de mi semen. "Me gusta el sabor de tu polla, Liran" dice una, lamiendo el rostro de la otra, sus gemidos que llenan la habitación, un coro de placer desenfrenado.

Aún arrodilladas, comienzan de nuevo a lamerme el pájaro, intentando hacerme recomenzar, sus lenguas que trabajan con renovado fervor, explorando cada centímetro, buscando cada gota de placer. Pero ya he tenido bastante, por ahora. Con una patada ligera en el culo, las empujo lejos, mi deseo momentáneamente saciado. "Basta, ahora podéis iros" digo, mi voz dura, un comando que no admite réplicas.

Se levantan, y se van medio desnudas, dejando la habitación con movimientos lánguidos, aunque su belleza es una invitación a un replanteamiento, pero yo no cedo. Quedado solo, me tumbo en la cama, la mente aún dividida entre el placer recién vivido y el deseo por esa imbécil de reportera que no consigo olvidar. Su rostro se mezcla con las imágenes de mi reciente disolución, alimentando en mí un nuevo fuego de deseo y lujuria insaciable.

Debo buscarla, quiero volver a verla. A toda costa.

3

LUELLE

¿Quién iba a decir que de la nada podía nacer algo bueno?

Yo nací de la nada, literalmente.

Provengo de un puntito insignificante en el mapa de Iowa, donde lo único que crece con fuerza es el maíz, mientras que los sueños son más raros y preciosos que las estrellas fugaces, un espejismo para la mayoría de los habitantes.

Mi padre, un granjero con las manos marcadas por el trabajo, siempre sucias de tierra, es un hombre hosco pero con un corazón enorme, y mi madre, un huracán de energía, que transforma cada tarea en la granja en una maratón diaria, y que ha criado a ocho hijos como si fuera una carrera de resistencia.

"¿Cuándo te encuentras un hombre fuerte?" me pregunta continuamente mi madre, con ese tono lleno de expectativas antiguas, que resuenan como ecos lejanos de generaciones pasadas, de tradiciones inmutables, de un mundo donde una mujer necesitaba un hombre para completarse.

"Mamá, ¿para qué me sirve un hombre cuando tengo mi propia fuerza de voluntad?" le respondo cada vez, alzando la barbilla con orgullo, sintiendo la llama de la rebelión arderme dentro, una llama que no se deja domar por las convenciones sociales. No es esa la vida que he imaginado para mí, así que, tan pronto como tuve la oportunidad, tomé lo que llaman "el billete para la libertad" y me marché.

La universidad fue mi ancla de salvación, una especie de Harvard para los soñadores de bajos recursos, para todos aquellos que, como yo, vienen de un entorno humilde pero tienen una sed inagotable de conocimiento, unas ganas de cambiar el mundo, aunque solo sea con una buena historia.

Me gradué con honores en Periodismo y Comunicación de Masas, con una especialización en Medios Digitales y una mención en Cultura Pop, porque, digámoslo, sin la cultura pop, ¿qué periodismo sería? Un conjunto de hechos aburridos contados con tono de obituario.

"Luelle, ¿cómo te ha ido con esa tesis?" me preguntó mi profesor, mientras sus ojos brillaban de curiosidad, como si tuviera delante una caja de Pandora, un misterio por desvelar.

"He desmontado las redes sociales pieza por pieza" le respondí, con una sonrisa que no escondía mi orgullo, sintiéndome como si acabara de descubrir los secretos del universo, como si hubiera destapado una caja llena de maravillas y de horrores, de verdad y de ficción.

Luego, gracias a unas prácticas en el extranjero, una experiencia que me abrió los ojos y me hizo entender que el mundo es mucho más grande que mi granja, y a un portafolio que dejó boquiabiertos a los seleccionadores, conseguí el trabajo de mis sueños en NewsBeat, un canal emergente que está rediseñando el concepto mismo de noticias, transformando las noticias en algo fresco, de lo más atractivo, interactivo, un verdadero terremoto en el mundo de la información.

Y aquí estoy, en el momento de la verdad, el instante en que mi destino parece pender de un hilo: la Super Bowl.

La jefa de NewsBeat, Cora Preston, me ha llamado, con esa voz de "o la va o la espacha" que siempre me hace sentir como si estuviera a punto de afrontar la batalla más importante de mi vida, una verdadera prueba de supervivencia.

"Luelle, ¿estás lista para el gran show?" me preguntó, con un tono de voz que es una mezcla de desafío y de expectativa. "Creemos que puedes cubrir la Super Bowl para nosotros" añadió, soltando la bomba como si fuera la cosa más natural del mundo.

Mi corazón dio un salto mortal, una especie de salto con pértiga al vacío, y el estómago se me retorció como si fuera un pretzel. Esta es mi oportunidad de oro para que mi carrera despegue, para demostrarle al mundo que soy una periodista de talento, o para hacer un epic fail que dará la vuelta a la web, acabando en algún meme viral, transformándome en la broma del momento.

"¡Oh, Dios mío, sí!" respondí, intentando parecer más fría que un polo de invierno, pero por dentro ardía con una llama incontrolable, un fuego que no sabía que tenía dentro, una energía que me empuja a superar cada límite, a demostrar de lo que soy capaz.

Y así llegó el gran día.

***

Sigo en casa, un manojo de nervios, una mezcla de ansiedad y de excitación, con las preguntas dándome vueltas en la cabeza como una canción en bucle en Spotify. Me siento preparada, me he preparado con esmero para este momento, pero esta es mi gran prueba, mi examen de licenciatura con el mundo entero como juez.

Después de tres chupitos de vodka, un gesto desesperado para calmar los nervios, el sofá me acoge como un viejo amigo, una especie de abrazo consolador que parece decirme que lo deje todo. Empiezo a pensar que quizás el trabajo de ordeñar vacas no era tan malo, una idea que hasta ayer me hacía sentir un escalofrío por la espalda.

"No, no voy" exclamo, llamando a mi mejor amiga, Kezia, mi ancla de salvación, la única persona capaz de hacerme volver a la realidad, incluso cuando estoy a punto de perder la cabeza. Mi voz delata el miedo, el temor a no estar a la altura.

"Cariño, ¿qué coño estás diciendo? Tienes que ir a toda costa. ¿Se te ha ido la pinza? ¡Levántate de ese puto sofá y mueve el culo hacia el estadio! No quiero oír excusas" me responde con un tono de voz que no admite réplicas, siempre lista para darme una sacudida de realidad, un verdadero electroshock que me hace recuperar el control. "¿Qué pasa?" me pregunta, para entender el motivo de mi pánico, la fuente de mi inseguridad.

"¡Todo!" le digo con un tono de voz que no esconde mi desesperación. "No estoy hecha para este trabajo. Soy solo una chica de campo venida de un agujero del agujero perdido" admito, con un sentimiento de inadecuación que me hace sentir pequeña e insignificante.

"Lu, ¿cuándo entenderás que eres amada por todos?" dice Kezia, con un tono que parece un abrazo. "Te envidio, ¿lo sabes? Nadie me hace nunca los cumplidos como te los hacen a ti" añade, intentando hacerme sentir especial, hacerme entender que soy única, que no debo tener miedo de nada.

"Ok, ok. Voy. E intentaré entrevistar a Liran Yardley."

"Eso, bravísima. Te animo. Querría estar en tu lugar, para poder acercarme a ese pedazo de tío".

Liran Yardley es el quarterback de portada, el rey del campo, con una belleza y una fuerza que encantan a las multitudes, pero que fuera parece un personaje de un reality show sobre los desastres personales, un concentrado de ego y locura, un verdadero peligro andante.

Al final, me despego del sofá, me preparo a toda prisa, cojo el equipo, salgo corriendo y llego rápidamente al estadio. Entro en las tribunas reservadas a la prensa, me siento en el sitio que me han asignado y empiezo a ver el partido.

Como imaginaba, ganan ellos, los Dallas Dynamos, gracias a su líder, Liran.

Después del encuentro, con la adrenalina bombeando en mis venas, haciéndome sentir invencible, decido interceptarlo, una suerte de caza al tesoro que no puedo perder de ninguna manera. El corazón me late como un tambor de guerra, mientras me abro paso entre la multitud, decidida a obtener mi entrevista.

"¡Liran! ¡Liran! ¿Cómo se siente ganar?" grito, con las palabras saliéndome de la boca como tuits sin filtro, pero con un tono de voz que no puede esconder mi admiración por ese hombre que parece encarnar la perfección.

Él se gira y sus ojos, de un verde que parece robado a los campos de mi casa, me atrapan al instante, como si un imán hubiera atraído mi mirada. Esa sonrisa, capaz de venderle hasta un frigorífico a un esquimal, se ensancha lentamente, iluminándole el rostro con una luz magnética.

"De fábula" responde, con un tono que no esconde su diversión. "Me voy a Disneyland" añade con una sonrisa descarada, pero hay algo más en sus ojos, un destello de curiosidad, de interés por mí que va más allá de la respuesta obvia, una chispa que me hace temblar las rodillas.

"¿Quieres venir a nuestra fiesta esta noche?" me pregunta, con un tono que parece demasiado íntimo para ser casual, pasándome una invitación con un gesto que no parece un simple agradecimiento.

"¿Contigo? Ni de coña" respondo, intentando disimular mi decepción.

"Ok, si cambias de idea, hay una entrevista exclusiva en juego. Con tu nombre en primera plana" insiste, su voz ahora un susurro, como si estuviera compartiendo un secreto solo para nosotros dos, una promesa que me hace sentir especial, deseada.

"No acepto sobornos, lo siento" le digo con una mirada que lo desafía a leer entre líneas, a entender qué se esconde detrás de mis palabras, mis intentos de rechazarlo.

Luego, de repente, ese toque inesperado en el rostro, un dedo que me traza una línea imaginaria en la mejilla, mandándome escalofríos de excitación por la espina dorsal. Tiemblo, no solo por el deseo que siento por ese hombre, sino por la confusión del momento suspendido en el tiempo, por la sensación de un vínculo invisible, de una conexión más allá de la lógica.

Su perfume es una mezcla embriagadora de cuero, sudor y colonia, una esencia que podría inspirar un perfume, algo salvaje e inesperadamente dulce, un perfume que me hace sentir como una presa atrapada en una trampa.

Sin embargo, es un capullo, no hay duda, un hombre que juega con fuego, un peligro para mi corazón. Pero hay algo más, un magnetismo que no se puede ignorar, una fuerza que me atrae hacia él, incluso contra mi propia voluntad. Se da la vuelta, pero no antes de mirarme por última vez, con una expresión que parece casi de arrepentimiento, una mirada intensa que me hace entender que también él está afectado por el encuentro. Da un par de pasos, luego se detiene, como si quisiera volver atrás, como si hubiera sido golpeado por algo mucho más fuerte que la simple curiosidad.

Y yo, en ese momento de silencio, advierto un vínculo invisible, una conexión que parece sugerirme que no ha terminado ahí.

4

LIRAN

Me cambio con la velocidad de quien sabe que la noche aún es joven, la prisa que me quema por dentro, y los chicos a mi alrededor aplauden como si estuviéramos en un concierto de Post Malone.

Sus gritos me llenan los oídos, una mezcla de excitación y admiración que me hace sonreír. Me quito la camiseta sudada, los músculos que aún pulsan por el esfuerzo del partido.

El aire en el vestuario está saturado de testosterona y de esa felicidad contagiosa que sigue a una victoria en la Super Bowl, una sensación que es como una droga. El sudor y la victoria se mezclan con el olor del aftershave que alguien se acaba de echar, creando una mezcla que te marea, que te hace sentir invencible. Me quito los pantalones, sintiendo la libertad de no tener que llevar más esa mierda.

"Nadie mira esa mierda" dice Jaron con una risa que resuena como el sonido de botellas de champán que se descorchan. Su voz es fuerte, llena de excitación, y se mezcla con el caos que hay alrededor. Me pongo unos vaqueros negros, sintiendo la libertad de poderme mover más cómodamente.

"¡Fuera de mis cojones, chicos!" Los empujo con un gesto, con una pequeña sonrisa, saltando del banco. Es mi noche, joder, mi victoria, aunque le daré un poco de crédito a Jaron, supongo, por su ayuda. Me pongo una camiseta blanca limpia y me miro al espejo por un segundo, sintiendo el orgullo que me sube por dentro.

"¿Estás listo para reventar el techo de la fiesta?" Le pregunto, pasándome una mano entre el pelo mojado, sintiendo aún el escalofrío del partido en las venas, como si todavía estuviera en el campo. Los músculos me pulsan, llenos de energía, y no veo la hora de verterla en la pista de baile.

"Más listo que así, se muere uno. ¿Vienes conmigo a pillar los regalos de la fiesta, bro?" Jaron me muestra esa sonrisa socarrona que siempre tiene cuando sabe que va a pasar algo grande, algo que nos va a volar la cabeza. Tiene una mirada excitada, que me hace saborear el desmadre que nos espera.

"Contigo, siempre" respondo, saboreando ya el gusto de la noche, las historias en Instagram que van a enloquecer a mis followers. Sé que cada uno de mis movimientos será inmortalizado, cada una de mis respiraciones será una noticia. Pero apenas pongo un pie fuera de los vestuarios, es como entrar en un universo paralelo, donde soy la estrella de un reality show.

Flashes de cámaras que me deslumbran, micrófonos que me asaltan como abejas a la miel, y al menos diez periodistas que gritan preguntas como si estuvieran en la final de "The Voice". La vida de Liran Yardley, el quarterback que acaba de ganar la Super Bowl, no es mi vida, es un guion, un libreto que tengo que recitar cada día. Me pregunto si seré capaz de resistir a toda esta presión.

A Jaron se lo llevan para otro lado, perdido en el caos, como si hubiera desaparecido en un agujero negro. Intento sonreír, mantener la calma, pero la multitud me empuja por todas partes.

Mi mundo se ha convertido en una mierda, un circo.

La ciudad es un tripudio de luces y colores, transformada en una orgía de festejos por la Super Bowl, la locura que me gusta. Los rascacielos están decorados con enormes pancartas que celebran a nuestro equipo, que exaltan nuestro triunfo, como si hubiéramos salvado el mundo. Los fans llenan las calles con camisetas de nuestro color, que hacen parecer la ciudad una única, gran fiesta.

Apenas salgo de la habitación de arriba y bajo de nuevo en medio del caos total de los festejos, busco enseguida con la mirada a la reportera de NewsBeat, sus piernas que parecen esculpidas por Miguel Ángel, pero nada, no creo que venga.

"¡Eh, campeón!" La voz de Jevin O'Malley, mi manager, se abre camino entre el estruendo. "Liran, tengo cosas de las que hablar contigo" me dice, con un tono que parece más adecuado para un thriller que para una fiesta.

"¿Tipo dónde voy a jugar en el próximo futuro?" le pregunto, pero no es lo que quiero afrontar ahora. Quiero solo divertirme.

"Más o menos. Llámame esta semana, tenemos que hablar." Luego me estrecha la mano.

"Ok. Nos vemos, Jevin."

Debería sentirme de puta madre, pero, en cambio, un pensamiento fijo me atormenta: esa reportera, su mirada, su clase. Sé que soy un idiota, pero no significa que no pueda tener una chance con ella. Espero solo volver a verla, encontrarla de nuevo, hacerle ver quién soy de verdad.

Enciendo el smartphone, la tentación de mirar las redes sociales es demasiado fuerte. Y enseguida me llega una llamada. Miro el teléfono, es Cadence, mi ex, la loca que me ha hecho flipar. "¿Qué coño quieres?" respondo, sabiendo ya que será otra dosis de locura, el enésimo drama de su vida.

"Te he visto en la tele, Liran" dice ella, su voz que parece una mezcla de miel y veneno, una tentación que me hace sentir incómodo. "Lo has hecho bien" respondo, la voz llena de sarcasmo, intentando no darle la satisfacción de hacerme sentir importante.

"Eres un cabrón, Liran. ¿Por qué no me has invitado al partido? Sabes cuánto me excita verte correr en ese campo" continúa, con un tono que querría ser seductor, pero que para mí es una tortura. Sus palabras son una promesa de problemas. "No te he invitado porque estás como una puta cabra y amenazas con arruinarme la vida. ¿Recuerdas? Es por eso que lo dejamos, Cadence."

"Oh, ¿qué dices? Estaba bromeando, Liran" dice con la voz llena de ficción, su actuación no me convence. "¿No echas de menos cómo te hacía sentir? Recuerdas cómo me agachaba para ti, cómo te lo tomaba todo en la boca, cómo tu polla se ponía dura solo al pensar en mis labios sobre ti? Te gustaba cuando te hacía esos simpáticos trabajitos, ¿verdad? Cuando te llevaba al límite y luego te hacía venir como nunca antes". Su voz es un susurro erótico, un viaje atrás en el tiempo a cuando nuestro sexo era fuego y pasión, y yo debo resistir.

"Cadence..." gimo, sintiendo el calor subirme por la espina dorsal. "Para."

"¿Recuerdas aquella vez en mi apartamento, cuando me empujaste contra la pared, mi falda levantada hasta la cintura, y me tomaste allí mismo, tu pito dentro de mí, tan duro, tan perfecto? Sentía cada centímetro de ti, cómo me llenabas, cómo me hacías tuya. Tus manos en mis caderas, tu respiración caliente en mi cuello, cada empujón era un éxtasis." La descripción es tan vívida, tan detallada que es como si estuviéramos de nuevo allí, su cuerpo envuelto alrededor del mío, el placer que nos consumía a ambos.

"No es el momento, Cadence" logro decir, intentando mantener el control.

"¿Por qué, Liran? ¿No echas de menos cómo te hacía sentir? ¿Cómo gritabas mi nombre cuando te venías dentro de mí?" Su voz es una tentación, una llamada al pasado que parece querer despertar algo primitivo en mí.

Suspiro, sabiendo que conoce mis puntos débiles. Pero su carácter es un campo minado. No es tan difícil resistir. "Te he dicho que me dejes en paz. ¿Por qué no escuchas?"

Se ríe, un sonido que me irrita como un picor imposible de rascar, "¿Por qué no me haces venir contigo? Eres fuerte, potente. Lo sé, he sido un poco malvada, Liran."

"Cadence..." gimo, cansado de esta danza infinita. "¿Si vienes conmigo, me dejarás en paz?"

Sigue una pausa, luego, "Ok. Pero si voy a la fiesta, quiero que sepan todos que seguimos siendo pareja. Y quizás, si te portas bien, te haré recordar de nuevo lo bonito que puede ser estar juntos." Y luego grita, "¡No veo la hora!"

Cuelgo la llamada, más frustrado que nunca. La atmósfera de alegría y fiesta por la Super Bowl se tiñe de una sombra de preocupación y tensión al solo pensar en volver a ver a Cadence.

Si solo esa reportera hubiera aceptado, ahora no estaría en este lío, pienso, mientras me sumerjo de nuevo en el caos de los festejos.

5

LUELLE

"A ver, Lu, ¿vas o no?" Kezia me espeta eso, inclinándose como una tigresa hambrienta sobre la mesa del restaurante. Sus ojos, dos faros apuntando a mi cara, gritan curiosidad y una pizca de impaciencia.

"No lo sé" respondo, y dejo que la frustración se mezcle con mi voz. "Quiero decir, es que es un imbécil de portada."

Kezia me escruta como si acabara de confesar que voto al partido de los payasos. "Es el quarterback de los Dallas Dynamos, acaba de ganar la Super Bowl. ¿A quién coño le importa si es un imbécil?"

Fijo la mirada en mi bebida, torturando la pajita entre los cubitos de hielo, y mi mente se va a la caza de fantasmas. Recuerdo el apretón de manos de Liran, y cómo mi cuerpo, mientras su mano rozaba la mía, se encendió como una llama. Lo recuerdo, con la piel empapada de sudor y la adrenalina del momento que le danzaba en las venas.

"No lo sé..." suspiro, tratando de ahuyentar su imagen de mi mente. De esa figura suya imponente, su presencia dominante que llenaba cada espacio.

"Amiga mía, acabas de salir de una relación de mierda con ese fracasado de tu novio. Siete años con alguien son una vida, joder. Necesitas un revolcón y, oh, creo que has encontrado un buen candidato" dice Kezia, con un tono que roza la arrogancia.

"¡Kezia! Uf, es tan jodidamente sexy. Pero no… no lo sé…" digo, y sin embargo no consigo reprimir una sonrisa al pensar en él. En cómo su cuerpo musculoso se movía en el campo, en cómo esos músculos podrían moverse sobre mí.

"Solo estás cabreada porque sabes que tengo razón. Esas tomas después de los partidos son más aburridas que un discurso de Donald Trump". La miro fijamente, con una mirada que podría freír huevos. "¿Qué?" pregunta, con una sonrisa pérfida que no promete nada bueno.

"Vale, vale. Fingiré que no acabas de insultar mi trabajo e iré a esta puta fiesta" admito, sintiendo un escalofrío ante la idea de volver a verlo, de enfrentarme de nuevo a esa intensidad que me ha confundido.

"¿De verdad vas a ir?" pregunta, arqueando una ceja, casi leyendo el deseo que se me ha pintado en los ojos.

"Sí, después de todo, ¿qué tengo que perder? En el peor de los casos, disfrutaré de un poco de champán."

Estalla en una risa excitada, ya imaginando la escena como si fuera una película de serie B. "¿Y cuál es el mejor escenario posible?" me pregunta.

Sonrío y me termino mi mojito, imaginando los labios de él que se insinúan entre los míos, su cuerpo que presiona contra el mío. "Oh, eres mala, Lu."

"La más mala de la ciudad" guiño un ojo. Controlo el teléfono, las 21:00. "¡Mierda! ¡Tengo que prepararme!" grito, saltando de pie. "Aquí tienes 40 dólares, quédate con el resto" digo, con el corazón latiendo como un tambor, no solo por la prisa, sino por la excitación que me sube a

raudales.

"No te preocupes demasiado. Le gustas. Esta noche será una pasada" dice, levantándose para darme un beso en la mejilla y un abrazo que huele a noches salvajes.

"Ojalá pudieras venir tú también" digo, deseando una cómplice en esta mi aventura.

"Ni de coña, no quieres eso. Me emborracharía y te arrepentirías al instante. Diviértete esta noche" dice. Salgo del restaurante corriendo, ya sintiéndome un poco eufórica y lista para la noche que me espera. Por suerte, mi casa está solo a pocas manzanas de distancia.

Apenas entro, corro arriba y me preparo un baño caliente. Si solo estuvieran aquí mi estilista y mi equipo de maquillaje para prepararme para esta noche. Me sumerjo en el agua, las sensaciones que se despiertan como un fuego lento. Inspiro profundamente, espirando, cierro los ojos, imaginando sus manos que se deslizan sobre mi cuerpo mojado. Siento desvanecerse el estrés, sustituido por un deseo que me hace hervir la sangre.

El agua me corre por el cuerpo, despertando cada terminación nerviosa, haciéndome sentir viva, vibrante. Me siento poderosa, dueña de mí misma, pero un estremecimiento que no puedo ignorar me recorre la espalda, un deseo que se contorsiona dentro como una serpiente hambrienta.

Completamente desnuda bajo el chorro del agua, cierro los ojos y dejo que la mente vague sin control. Pienso en Liran, pero no es su ego lo que ocupa mis pensamientos; es la fantasía de cómo sería sentirlo, la fuerza de sus manos, el calor de su cuerpo contra el mío. Y mientras la mente se pierde en estas visiones, con una mano desciendo entre las piernas, encontrando el clítoris ya sensible y palpitante.

El primer toque es como un rayo que me atraviesa de pies a cabeza, un escalofrío que me hace arquear la espalda. Me muerdo el labio, saboreando la sensación, mientras el pulgar empieza a circular lentamente sobre el clítoris, cada movimiento alimentando el fuego dentro de mí. El agua caliente que cae sobre mi cuerpo lo hace todo más intenso, cada gota parece amplificar el placer, haciéndome sentir cada sensación como si fuera al máximo.

Mi mente continúa jugando con la imagen de Liran, imaginándolo detrás de mí, sus manos que exploran, que reclaman cada centímetro de mi piel. Pero yo no estoy aquí para él; estoy aquí para mí. Me permito disfrutar, abandonarme a estos placeres sin la necesidad de alguien que me juzgue o me defina.

Lentamente, con decisión, hago resbalar dos dedos dentro, sintiendo mi coño acogerlos con calor y humedad. Un gemido se me escapa, profundo, liberador, mientras empiezo a mover los dedos dentro y fuera, imitando el ritmo que querría sentir de un amante, pero que en este momento es solo mío. Los dedos se mueven con un ritmo que conozco bien, cada empuje me hace sentir más llena, más viva.

Mis tetas se balancean ligeramente a cada movimiento, los pezones turgentes que rozan el aire caliente y húmedo, añadiendo otra capa de sensación al orgasmo que está creciendo. Los dedos continúan su trabajo, acelerando, mientras con la otra mano continúo estimulando el clítoris, cada toque que me acerca cada vez más al éxtasis.

Mi respiración se vuelve jadeante, los gemidos se transforman en un crescendo de sonidos que llenan el baño, el eco de mi placer rebota contra las baldosas, mezclándose con el murmullo del agua. Me siento poderosa, libre, mi coño que se contrae alrededor de los dedos, el clítoris que pulsa bajo el toque decidido, casi en sincronía con el latido del corazón.

Finalmente, el orgasmo me arrolla como una ola, haciéndome doblar ligeramente las rodillas, el cuerpo que tiembla bajo el agua. El placer es intenso, una declaración de quién soy, de cuánto

puedo disfrutar sin la necesidad de nadie que me diga cómo hacerlo. Siento las olas de placer que se propagan a través de mí, cada contracción que me hace sentir viva, potente, libre.

Me quedo allí, bajo el chorro de la ducha, recuperando el aliento, sintiendo el corazón que se ralentiza, la mente que se aclara. No estoy aquí para él, sino para mí. Y si voy a esa fiesta, será con la consciencia de que cada paso, cada toque, cada mirada serán elegidos por mí, para mí.

Me seco el sudor de la frente y sonrío, una sonrisa que es toda potencia, toda determinación. "Si hace algo mal" digo en voz alta, el tono que corta el aire como una cuchilla, "se acabó. Sin peros." Es una promesa a mí misma, una promesa de disfrute, de libertad, de ser completa e irreductiblemente yo misma.

"Kezia tiene razón" digo en voz alta, mi voz que resuena en el baño. "El año pasado fue un caos. Brad me dejó. Ese bastardo se atrevió a decirme que era inútil. Es hora de encontrar a alguien que me haga sentir especial, aunque solo sea por una noche."

Pero entonces, las dudas se insinúan como gusanos. La ex de Liran, Cadence, la ex-stripper convertida en una fotógrafa renombrada. Recuerdo las historias, las fotos que dieron la vuelta a los medios, su cuerpo expuesto, su belleza cruda. Liran ha estado con una mujer así, una que sabe bien cómo usar su propio cuerpo para obtener atención.

¿Pero yo? ¿Qué podría ofrecerle?

El pensamiento me hace temblar, pero luego me miro al espejo. Mi cuerpo, delgado y tonificado, mis senos que se alzan y bajan con cada respiro, los pezones que se endurecen al pensar en él, mis curvas que parecen hechas para ser exploradas. Mi coño, perfectamente depilado, que me invita a tocarme, a sentir ese escalofrío de excitación. Paso un dedo sobre el clítoris, imaginando cómo sería si fuera él quien lo hiciera, y siento mi almíbar mojarse, un calor que se difunde dentro de mí.

Me afeito las piernas, asegurándome de que cada centímetro de piel esté liso y perfecto, imaginando cómo sería tener sus dedos que exploran cada curva de mi cuerpo. Quizás estoy corriendo demasiado. Podría llegar y él podría no decir ni una palabra. Quizás me ignorará durante toda la noche. ¿Pero por qué me importa tanto? Decido que, si querrá valer mi tiempo, deberá luchar por estar cerca de mí. Solo así sabré que soy especial.

Vacío la bañera, me seco y voy a elegir un outfit, con el corazón latiéndome a toda velocidad al pensar en qué me pondré para él. Llegada delante del armario, me detengo de golpe. "Vale, piensa sexy. ¿Qué querría el quarterback de los Dallas Dynamos en una mujer?" murmuro para mí misma, mordiéndome el labio inferior e imaginando su reacción.

Al principio, saco el vestido más provocante que tengo, un vestido que grita sexo, escotado, muy revelador, negro, y ajustado en las caderas, imaginando su mano que resbala bajo el tejido. Funcionaría con la mayoría de los chicos. Pero sé que Liran es diferente. Le he visto salir enfurecido de las conferencias de prensa demasiadas veces para pensar que es como los otros en el vestuario. Es un caballo salvaje, uno que, en el fondo, quiere ser domado. Lo sé.

Entonces, ¿qué busca en una mujer? No quiero ser un trofeo para exhibir. Quiero que me vean por quien soy, por mi fuerza, por mi deseo auténtico.

Después de unos minutos, encuentro el outfit perfecto. Es simple pero sexy: una camisa corta abotonada que se detiene cerca del estómago, dejando entrever un atisbo de mi vientre plano, y un par de vaqueros ajustados que abrazan mis curvas. Esta noche seré la perfecta chica del Sur que todo tejano sueña, con un toque de misterio y deseo.

Antes, sin embargo, me pongo mi lencería favorita, un conjunto negro y de encaje que Brad me compró, pero que ahora está destinado a excitar a alguien más. Me miro al espejo, notando cómo

el encaje subraya cada curva, imaginando cómo Liran podría reaccionar viéndome así. Mis tetas, llenas y firmes, los pezones que se ven apenas a través del tejido delicado, mi coño que se moja ya al pensar en él. Sé que será imposible para cualquier chico resistirme con esto puesto.

Paso treinta minutos en el pelo y en el maquillaje, cada pincelada que me acerca al momento en que lo veré. Recupero el billete arrugado que Liran me dio, con su número de teléfono y la dirección de la fiesta. ¿De verdad voy a ir? ¿Después de soportar su comportamiento rudo? Hago una respiración profunda, sintiendo el deseo mezclarse con la determinación.

¿Por qué no? Quiere que vaya, ¿verdad?

6

LIRAN

Jaron me mira como si estuviera loco. "No me jodas, ¿esa zorra viene de verdad?" dice, con un tono que delata cierta excitación mezclada con desprecio.

Me río. "Sí, viene, hermano."

"Tío, Cadence debe de ser la peor criatura que he conocido en mi vida. Lo siento, sé que es tu ex, pero es una auténtica perra" dice Jaron, mientras nos abrimos paso hacia la zona VIP, rodeados de cuerpos que se mueven en un baile erótico.

"Lo sé, amigo. Me puso los cuernos, ¿recuerdas? Créeme, la detesto más que a nadie. Por algo no he entrado aquí con ella." No tardamos en encontrar al resto de nosotros, los mejores jugadores de los Dynamos, riendo y bromeando, algunos con dos o tres chicas agarradas a ellos. "Ya hablaremos de eso. Ahora solo quiero disfrutar de esta fiesta con vosotros."

Jaron asiente en señal de acuerdo. "¡Vale, chavales, hagamos un brindis!" grita, levantando una botella de vodka que ha encontrado en el centro de la mesa. Una camarera nos pone otra al instante. Yo suelto un rugido de solidaridad, sintiendo el calor del alcohol mezclarse con la adrenalina de la fiesta.

Licores de todo tipo están dispuestos de forma artística, botellas de champán de primera calidad se enfrían en cubiteras, junto a whiskies raros y tequila con gusano, invitando a los asistentes a una borrachera desenfrenada.

Chicas guapísimas, con cuerpos perfectos y esculpidos, se mueven entre la multitud. Son groupies, fans incondicionales, y algunas de ellas son escorts de lujo, contratadas para hacer la noche inolvidable, que apenas llevan lo suficiente para encender la imaginación.

Un grupo de chicas, con cuerpos de diosa, se contonean sobre una mesa en el centro de la sala. Sus movimientos están sincronizados con la música, sus cuerpos brillan de sudor y aceite que resalta cada curva.

Una rubia, con pechos generosos y piel bronceada, se inclina para besar a otra chica, cuya falda se levanta, revelando una lencería tan escasa que es casi invisible. Sus lenguas se encuentran en un beso profundo, un espectáculo que atrae todas las miradas.

En un rincón más escondido, se ve a una pareja abrazada estrechamente. Él la levanta contra la pared, sus manos agarrando sus nalgas firmes, sus gemidos apenas cubiertos por la música.

Otro chico, uno de nuestros compañeros de equipo, tiene a una chica entre las piernas, su mano deslizándose por debajo de su minifalda, los dedos insinuándose dentro de ella con movimientos audaces. Con una sonrisa maliciosa, saca los dedos, brillantes y húmedos, se los lleva a la boca, lamiéndolos lentamente, el gesto provoca risas y palmadas en la espalda de sus compañeros.

Otro, en un gesto de camaradería o tal vez por pura diversión, le echa encima un vaso de champán, haciéndolo reír aún más mientras el líquido frío corre por su cara y el cuerpo de la chica, que se contonea de forma provocativa.

Gemidos y risas se mezclan con la música machacona, creando una sinfonía de placer y abandono. La atmósfera es tan eléctrica que parece que cada gesto es parte de un ritual erótico.

La música cambia, se vuelve más lenta y sensual, y con ella, el ritmo de los encuentros. Una chica con un cuerpo de modelo se restriega contra otro de los nuestros, sus movimientos lentos y deliberados, cada toque parece una promesa de placer.

Alguien ha traído velas, que ahora están esparcidas por la sala, su calor añade un toque de sensualidad, las llamas danzantes reflejándose en los cuerpos sudados.

La fiesta es un viaje sensorial, las mesas están cubiertas de toda exquisitez imaginable - desde gambas al vapor hasta bombones rellenos de licor, cada bocado parece amplificar el deseo.

El aire está denso de perfume de feromonas, de alcohol y de excitación. Las personas se mueven como en un sueño, sus cuerpos comunicando deseos sin palabras.

Hay un sentido de comunión en este espacio, como si todos fueran parte de un único organismo de placer, cada toque, cada mirada, cada beso se multiplica en el placer colectivo.

La música, ahora casi trance, parece guiar cada movimiento, cada acto, cada beso. La habitación respira, vive, a través de los cuerpos que se mueven en sintonía.

¿Y yo?

Pues parece que ni siquiera puedo disfrutar de la noche.

Sigo buscando a la periodista y no la veo por ningún lado.

Debería haberle pedido su número, pero fui demasiado arrogante. Joder, ¿quién puede culparme? Acabo de ganar la Super Bowl, por el amor de Dios. Pero ahora estoy pagando el precio de mis acciones. De repente, siento una mano en el hombro y oigo las palabras: "¡Hola, cariño!"

Me estremezco de miedo y rabia.

Cadence.

Siento que voy a vomitar. La desprecio tanto. "Cadence, me alegro de que lo hayas conseguido" digo, con un tono que delata todo mi desinterés.

"Parece que estás entusiasmado" dice ella, sabiendo de sobra que no lo estoy, mientras se acerca, su perfume invasivo como un arma de seducción.

"¿Por qué no te sientas?" Señalo una silla libre cerca de Jaron. Él me mira con una expresión de "qué cojones".

Ella arrastra la silla y se sienta entre nosotros. Genial. Ahora ni siquiera puedo hablar con mi amigo sin tener que inclinarme sobre esta bruja. A nuestro alrededor, mis compañeros de equipo se mueven con las chicas, algunas de ellas con dos o tres juntas, directos al piso de arriba, donde las habitaciones han sido preparadas para tener más intimidad.

"¿Entonces, te gusta cómo voy vestida?" me pregunta Cadence, empujándome el culo en el regazo. La miro de arriba abajo y le hago una media sonrisa. A pesar de que pueda ser el diablo encarnado, está jodidamente sexy. Eso lo tiene a su favor. Se acerca y me susurra: "Quiero que me arranques cada pedazo de tela esta noche. Quiero que me cojas contra la pared de una habitación." Me muerde la oreja y ríe estridente, su aliento caliente contra mi piel. "Vamos, Liran, ¿no me digas que no echas de menos nuestro pequeño juego?"

Me quedo en silencio, la mente corriendo entre el deseo y el asco. La tentación de dejarse llevar es fuerte, sobre todo con ella que sabe cómo jugar con mis sentidos. "Quizás" respondo, la voz baja, casi un susurro, la atracción del pasado que intenta resurgir. Pero entonces, en ese momento, el mundo se detiene.

Justo en ese instante, la veo.

Ella, la periodista.

Es como si todo lo demás se desvaneciera. Su pelo castaño está suelto, ondulado, y le cae sobre

los hombros desnudos, cubiertos solo por un top que parece más un accesorio que una prenda. Sus vaqueros rotos revelan la piel lisa de los muslos, y su mirada es directa, penetrante, como si pudiera ver a través de toda la locura que nos rodea. Se mueve con una gracia que contrasta con el caos circundante, atrayendo todas las miradas, pero mis ojos son solo para ella.

"Yardley, ¿has encontrado algo mejor que mirar?" dice una de las chicas, la voz dulce como la miel pero con un toque de desafío, mientras me acaricia el pecho con una mano e intenta meter la otra en mis pantalones.

"Ya, parece que nuestro héroe tiene un nuevo trofeo que conquistar" ríe otro compañero de equipo, mientras una chica se sienta en sus rodillas, sus manos explorando sin vergüenza.

Ella se acerca aún más, su sonrisa parece decir que sabe exactamente el efecto que tiene sobre mí. "Espero no molestar tu fiesta" dice, su tono ligeramente irónico, pero sus ojos brillan con una curiosidad que no puedo ignorar. Siento como si me hubiera alcanzado un rayo; todo pensamiento sobre Cadence se desvanece, sustituido por un deseo nuevo, más fuerte.

Cadence, sintiendo el cambio en el aire, intenta retomar el control de la situación. "Ven, cariño, ¿no quieres divertirte conmigo?" dice, intentando devolver mi atención hacia ella, pero ahora sé que no es a otra a quien quiero. Su presencia lo ha cambiado todo, me ha embobado, y ahora todo lo que deseo es descubrir qué hay detrás de esa mirada penetrante.

7

LUELLE

Me acerco a esta villa de locos y me doy cuenta de que Liran Yardley no me ha dado ninguna pista sobre cómo entrar. Saco del bolsillo de mis jeans el trozo de papel que me ha dado.

El aire de la noche es cálido, el bullicio de la fiesta me atrae como un imán. Y yo que pensaba que iba bien vestida, miro a las demás y me siento fuera de lugar.

"¿Nombre?" me pregunta el tipo de la puerta, con aires de sobrado.

Intento responder bien, me siento como si estuviera en un examen. "Emmm, Luelle Ibarra. Liran Yardley me dijo que viniera…" suelto con una voz que suena más insegura de lo que quisiera.

El tipo ni siquiera mira la lista. Me escanea de arriba abajo, con ojos que lo dicen todo. Después de segundos de silencio tortuoso, pronuncia esa palabra mágica, "Entra".

Me cuelo dentro, caminando hacia las luces de discoteca, la música que te bombea, los jugadores de fútbol americano y los fans enloquecidos. El corazón me late fuerte, como si estuviera en medio de un campo de batalla.

Debe de haber mil mujeres aquí, todas vestidas como si estuvieran listas para un desfile de moda. Y Liran Yardley me ha pedido justo a mí que venga. No puedo evitar sonreír. Estoy excitada.

Y justo al levantar la vista, lo veo. Está inclinado sobre una mesa llena de cosas con una rubia enroscada alrededor. El olor de la fiesta, una mezcla de perfume y sudor, me envuelve mientras la vista de esa escena me saca de quicio.

Me sube la rabia y luego la típica decepción después de verlo así. Se gira, me ve y viene hacia mí. Ha soltado a la rubia, que ahora parece estar envuelta en una nube de celos.

"¡Viniste!" dice, parece contento de que esté allí. Aunque veo que está más agitado que otra cosa, hay una chispa de sinceridad en su mirada.

Respondo sin entusiasmo, "Eh. Sí". Miro al suelo, me siento engañada. La decepción es como un puñetazo en el estómago.

"¿Quieres algo de beber?" me pregunta, intentando aligerar la atmósfera pesada que se ha creado entre nosotros.

"Vale" respondo con una voz más baja de lo que quisiera. "O dos."

Se ríe, un sonido que contrasta con la tensión que tengo dentro, y me lleva a la barra, lejos de la rubia que me atraviesa con la mirada. Esa chica me dan ganas de romper algo.

Nos sentamos y veo cómo le hace un gesto al camarero que en seguida nos prepara dos cócteles. Las luces intermitentes del bar danzan sobre el líquido colorido en los vasos.

"Chin chin" dice, levantando su vaso con una sonrisa que parece casi auténtica.

"Chin chin". Doy un sorbo largo y dejo el vaso. No sé qué demonios decir. Estoy aquí con el quarterback estrella, y no sé qué hacer.

El sabor del cóctel es dulce, pero amargo como la situación. Miro alrededor, todos parecen divertirse menos yo.

Él se mueve un poco en la silla, parece incómodo. "Lo siento por antes. No debería haber sido un imbécil. Trabajas duro y mereces más" me dice, y por un momento parece realmente arrepentido.

Por fin algo dulce. Al menos parece verdad. Sus palabras me inducen a levantar la vista del suelo.

"Gracias" murmuro, con un nudo en la garganta. "¿Me concedes esa entrevista para compensarlo, o estoy perdiendo el tiempo?"

Parece sorprendido, no se esperaba que fuera tan decidida. "Claro. Cumplo mi palabra. ¿Esta noche? ¿Después de la fiesta?"

"¿Esta noche? ¿Este jaleo no termina como a las cinco de la mañana?" pregunto, con un tono que delata mi fastidio. No me quedo toda la noche. Y no tengo intención de tirarme a este tipo. Ya es demasiado complicado.

"En realidad, a las seis". Sonríe, como si fuera algo divertido. "Pero escucha. Mi ex está aquí, me sigue como una sombra. Es una zorra."

Miro a la rubia. Todavía está allí mirándonos. Parece destrozada, un espectáculo que casi me da pena.

"¿Es ella?" pregunto, intentando no hacerme notar, pero siento su mirada sobre mí como un peso.

"Es ella, sí. Puedes hasta señalarla con el dedo". Hace un gesto y sonríe, un gesto que me hace poner los ojos en blanco. Le bajo la mano inmediatamente.

"¡Oh, Dios mío!" grito, incapaz de reprimir la frustración. "No te importa una mierda, ¿verdad?"

"¿El qué?" finge no entender, con una expresión que querría ser inocente.

"¡No lo sé! ¡Nada, parece!" digo, con una sonrisa medio amarga, reflexionando sobre lo complicada que es la vida.

"Hay cosas que me importan. Pero tantas me aburren. ¿Nunca te pasa que te aburres?" me dice, como si buscara una aliada en el aburrimiento.

"No exactamente. Me encanta mi vida ahora. Antes era aburrida. Ahora tengo casi todo lo que quiero" digo orgullosa, con una seguridad que no siento a menudo.

"¿Qué te importa entonces, Liran?" insisto, curiosa por descubrir si debajo de esa máscara de playboy hay algo de auténtico.

Alza las cejas y suspira. "Buena pregunta. Muy buena. Supongo que me gustas tú" dice, con una voz que parece casi vulnerable.

Me sonrojo, sintiendo el calor subirme a las mejillas. "¿Te gusto yo? Si ni siquiera me conoces" digo, intentando mantener la calma.

"Claro que sí. Eres la periodista de NewsBeat" dice.

"Oh, Dios. ¿Es todo lo que piensas de mí? ¿Sabes mi nombre al menos?" niego con la cabeza, intentando ocultar la decepción.

"¿Kristine?" dice, sabiendo que no es mi nombre. Está jugando conmigo.

"Luelle" digo, con un tono decidido. "Me llamo Luelle."

Se ríe, un sonido que me dan ganas de abofetearlo. "Bueno, lo intenté, ¿no? Apuesto a que tú tampoco sabes mi nombre."

Le lanzo una mirada silenciosa y pongo los ojos en blanco. "No eres tan divertido como crees" le digo, sintiendo la frustración crecer dentro de mí.

"No soy un cómico, pero soy un bailarín de miedo. ¿Bailas?" me guiña un ojo, intentando

cambiar de tema.

Si tuviera un poco de autocontrol diría que no, pero obviamente digo, "¿Por qué no?"

En el fondo, tengo curiosidad.

Me arrastra a la pista. La música se insinúa bajo la piel, un ritmo que me hace olvidar por un momento el mundo exterior.

Ponen una canción lenta. Me hace dar una vuelta y me encuentro entre sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

"¿Te he fascinado?" pregunta, con un susurro que me hace estremecer.

Asiento a medias y sonrío, porque sí, en ese momento, me ha fascinado. "Un poco más que antes. Pero tu ex está hecha una furia."

La miramos. Ha tirado todas las botellas de vodka al suelo y la seguridad se la está llevando. "¡Liran! ¡Te amo!" grita, con una voz desesperada.

Se acerca y susurra, "Oh, Dios. ¿Cómo pude estar con esa mujer? No la mires. No merece nada" dice, con un tono que parece sincero.

"Esperaba que vinieras. No me creo que estés aquí" añade, mirándome con ojos que parecen realmente contentos.

"Bueno, como has dicho. Trabajo duro por lo que quiero. Y quiero esa entrevista, Mr. Yardley" digo mientras me estrecha contra sí, sintiendo su corazón latir contra el mío.

La música continúa, un ritmo que envuelve y confunde, y me encuentro pensando en lo extraña que es la vida, con sus giros inesperados.

Las luces de la pista de baile crean sombras y colores en su rostro, haciéndolo casi etéreo, como si fuera parte de otro mundo.

"Entonces, hablemos de esa entrevista" insisto, intentando mantener la mente en el trabajo, aunque su tacto me distrae.

"Claro" responde, con una sonrisa que podría derretir el hielo. "Pero antes, disfrutemos de este momento."

Me siento como si estuviera en un tiovivo, entre el deseo de huir y las ganas de quedarme. Las emociones chocan dentro de mí.

La fiesta a nuestro alrededor es un mar de rostros y cuerpos en movimiento, pero en ese momento, parece que estamos solo nosotros dos.

"Eres diferente" dice de repente, con un tono que parece descubrir algo nuevo. "No eres como las demás."

"Y tú no eres lo que pensaba" admito, sintiendo una extraña conexión con él, a pesar de todo.

La rubia, ya lejos, representa un pasado que parece querer recuperar su lugar, pero yo estoy allí, en el presente con él.

"Deberíamos irnos" propone, mirando hacia la salida como si deseara escapar de todo este caos.

"¿A dónde?" le pregunto, con una curiosidad que no consigo ocultar, imaginando un lugar lejos del ruido y la confusión.

"Un lugar tranquilo" responde, con una promesa en los ojos. "Solo nosotros."

Asiento, sintiendo un escalofrío de aventura. "Vale, vamos."

Salimos de la fiesta, dejándonos atrás el estruendo, las luces, y los recuerdos de un encuentro que no olvidaré fácilmente.

La noche nos envuelve mientras caminamos hacia un destino desconocido, el silencio entre nosotros cargado de expectativas.

La luna ilumina el sendero, y yo me siento como si estuviera caminando en un sueño, con Liran

a mi lado, un extraño compañero de viaje.

"De verdad que lo siento por antes" repite, como si intentara expiar una culpa que siente todavía pesada.

"No pienses en eso" digo, intentando dejar ir el pasado. "La vida es demasiado corta para las disculpas."

Llegamos a un pequeño bar, lejos del caos, donde el tiempo parece detenerse. El ambiente es íntimo, el contraste con la fiesta es evidente.

Nos sentamos en una mesita de madera, con copas de vino tinto que reflejan la luz de las velas, creando un ambiente casi mágico.

"Háblame de ti" dice, con interés que parece genuino, no solo una táctica para seducir.

"No hay mucho que decir" respondo, pero luego me encuentro contándole mis ambiciones, los sueños que quiero realizar.

Escucha con atención, y por primera vez, me siento vista, no solo como periodista, sino como persona.

"¿Y tú, Liran? ¿Qué hay detrás de la máscara del súper quarterback?" le pregunto, deseosa de descubrir al hombre más allá del mito.

Habla de presiones, de expectativas, de cómo todo lo que ha obtenido nunca le ha dado la verdadera felicidad.

Me doy cuenta de que, como yo, está buscando algo de auténtico en un mundo de apariencias.

La noche se hace más profunda, y con ella, nuestra conversación, revelando capas de personalidad que no habíamos mostrado antes.

8

LIRAN

"¿Qué te frena?" le pregunto, sinceramente curioso por entender por qué es un problema tan grande.

Las mujeres normalmente se mueren por venir a casa con alguien como yo. Pero con ella es diferente, hay una barrera invisible que no consigo descifrar.

Ella se ríe, una risa que parece contener un secreto, el tipo de risa que te hace sentir que estás a punto de descubrir algo importante. "¿De verdad quieres saberlo?"

"¡Sí!" exclamo, sintiendo una urgencia por comprender a esta mujer que parece tener capas y capas de misterio.

"Bueno" empieza, con una voz que parece querer decir mucho más, "no quiero venir porque no quiero acostarme contigo, y siento que si vengo, tendré que hacerlo."

Oh, ahí está la respuesta.

Después de estas palabras, normalmente la habría mandado al carajo, quizá habría buscado otra presa. Pero esta vez sucede algo extraño. Es como si ella ya supiera que no lo haría, como si hubiera visto más allá de mi máscara de playboy.

"No tienes que acostarte conmigo" digo, sintiendo las palabras salir como si fueran una idea nueva. "Estoy harto de un 'polvo y adiós'. Podemos solo... hablar." Me trago el nudo que tengo en la garganta.

¿De verdad estoy diciendo estas cosas?

Es estúpido, obviamente, pero espero que quizá quiera acostarse conmigo después de conocerme mejor, después de ver que hay más en mí.

"Quizá" admite, con una sonrisa que no consigo interpretar, pero que parece abrir una puerta hacia algo nuevo.

"Todo queda registrado, obviamente" añado, tratando de mantener un poco de control sobre la situación, aunque en realidad estoy perdiendo el control sobre todo.

Se mira alrededor y toma una respiración profunda, quizá buscando una excusa para querer levantarse, o quizá preparándose para algo inesperado.

"Vale, vamos" dice deprisa, con una decisión que me sorprende. La agarro de la mano y la atraigo entre mis brazos. Es una noche fría en Dallas y las calles están llenas de vida, de gente que celebra, de sonidos y luces que parecen celebrar nuestra fuga. Después de todo, todos siguen celebrando el partido del Super Bowl, pero para nosotros, es una evasión.

Caminamos por una acera de la calle principal, nuestros pasos que resuenan sobre el cemento. Improvvisamente ella rompe il silenzio. "¿Es raro?" me pregunta, con una voz que parece querer explorar territorios desconocidos.

"¿Qué es raro? ¿El fútbol?" respondo, tratando de entender adónde quiere llegar, sintiendo que está a punto de desvelar otra parte de sí.

Sacude la cabeza, el pelo que captura la luz de las farolas. "No. Que la gente te reconozca adonde vayas. Pienso que sería realmente extraño. Creo que lo odiaría" dice, con una inocencia y

dulzura desarmante, como si no hubiera estado expuesta nunca a este tipo de celebridad.

"Creo que lo odio yo también" río, sintiendo el peso de estar siempre bajo los ojos de todos. "Ahora entiendes por qué soy un capullo con la prensa, ¿eh?"

Es una confesión, un pequeño pedazo de mí que no estoy acostumbrado a compartir.

Me agarra del brazo, su toque me hace sentir una conexión que no me esperaba. "Creo que lo entiendo ahora" dice, con una comprensión que parece ir más allá de las palabras. "Pero todos somos personas. Debe haber un poco de respeto mutuo, ¿no?"

"Pienso que podemos encontrarlo, este respeto mutuo. Creo que sí. Entre tú y yo" río de nuevo, sintiendo que quizá estamos creando algo auténtico en medio de toda esta ficción.

Me empuja ligeramente, una juguetona que me hace sentir más humano. "¡Venga!" dice, y hay una invitación en esa palabra, una invitación a ser simplemente nosotros mismos.

Avanzamos, las luces alrededor de nosotros brillan intensamente, creando sombras que danzan sobre nuestro camino. Pasamos por delante de una fila de bares donde un grupo de borrachos está fuera, su parloteo que llena el aire de una falsa alegría. Mientras los superamos, uno de los chicos grita, "¡Eh! ¡Ese parece Liran Yardley!"

Sigo caminando, esperando que se callen, pero el corazón me late más fuerte, no por el miedo, sino por la anticipación de lo que podría suceder.

"Joder, ¡es proprio Liran Yardley!" dice su amigo al lado de él, y la confirmación de mi identidad parece resonar como una campanada de alarma en la noche.

"Mierda" murmuro entre mí, sintiendo el peso de la celebridad que no he pedido nunca. Miro a Luelle. Ella parece más preocupada que fastidiada, sus ojos que buscan los míos para una señal sobre qué hacer. Sigo caminando, esperando que la sombra de la noche nos engulla.

"Eh Liran, párate un segundo. Habla con tus fans" dice el primer chico, con una voz que tiene el sabor del peligro y del alcohol.

Me giro, reacio pero consciente de que ignorarlos podría empeorar las cosas. "Vamos chicos, es tarde. Tengo que llevar a mi amiga a casa. Si queréis, puedo hacer una foto o firmar una camiseta, pero tengo que irme" digo, sintiéndome incómodo. Estos tíos están claramente borrachos perdidos y parecen cabreados por algún motivo, quizá por el partido, quizá por la vida misma.

Explotan todos a reír, una risa que suena falsa y amenazante. "Oh, así que piensas que queremos tu autógrafo. Qué gracioso. No, estamos bien con autógrafos y fotos para Facebook. Solo queríamos intercambiar dos palabras contigo. Todo ahí" dice uno de ellos, y las palabras parecen cargadas de una intención que no me gusta.

"Bueno, ok. Pero como he dicho, tengo que ir a casa. Mi amiga aquí me espera." digo, poniéndome delante de Luelle para protegerla. No me fío de estos tíos ni un poco, su energía es oscura, como una tormenta que se está por desatar.

"La chica está bien, amigo" dice uno de ellos, con un tono que sugiere que no está preocupado por la seguridad de nadie. "Ahora te aconsejo que vengas a hablar con nosotros." Indica con los ojos hacia abajo. En la mano derecha tiene una pistola, que brilla siniestramente bajo las farolas. En la palma del amigo, un cuchillo que refleja la luz de modo amenazante. Y lentamente nos rodean, como lobos alrededor de la presa.

"¡No!" grita Luelle, pero sale como un susurro rasposo, el miedo que le aprieta la garganta.

"Todo irá bien" le susurro, tratando de tranquilizarla, pero mis mismas palabras suenan vacías en comparación con la amenaza que nos rodea.

"Sí, todo irá muy bien" murmura el claro líder del grupo, con una voz que trasuda sarcasmo y

peligro. "Ahora pon las manos donde pueda verlas."

Ponemos ambos las manos en alto e intentamos quedarnos tranquilos lo más posible, pero el corazón me late en las orejas. "¿Qué queréis de mí?" pregunto, tratando de mantener la calma aunque dentro siento el pánico montarse.

"Primero quiero todo tu dinero. Pon la cartera, el reloj y cualquier otra cosa en el suelo." dice el hombre con la pistola, la voz fría como el metal que aprieta.

Hago como dice, poniendo todas mis cosas en el suelo, sintiendo cada movimiento como si fuera en slow motion. Pero Luelle vacila, su coraje que combate contra el miedo. "Venga. Tenemos que hacer lo que pide. Podría dispararte" le digo, esperando que entienda que no es el momento para el heroísmo.

El tipo con la pistola se acerca y la apunta a la cabeza de Luelle. Las lágrimas le recorren por las mejillas, y el sentido de culpa me invade, pensando que todo esto es culpa mía. "¡Déjala en paz!" grito, con una rabia que esconde el terror que siento.

"¿Qué pasa?" le pregunta, con un tono que parece querer derribar nuestra vulnerabilidad. "¿No consigues razonar?"

Ella está ahí, temblando de miedo puro, como una hoja de papel en el viento. "Mi anillo..." murmura, con una voz que parece provenir de otra época. "Es que perteneció a mi abuelo."

"¡Ponlo en el suelo!" grita el hombre, con un comando que parece cortar el aire. Miro alrededor de nosotros en busca de una vía de fuga, mis ojos que desean desesperadamente una solución. Las únicas armas que tienen estos tíos son la pistola y el cuchillo. Si consigo tomar ambas, podemos salir de este lío rápidamente.

"No." dice Luelle, todavía temblando, pero con un coraje que me asombra. Es un no que parece llenar la noche de una nueva luz. Estoy completamente sorprendido por su determinación.

"Déjala en paz, joder. Te daré todo lo que quieras" digo, sintiendo una determinación nueva, una voluntad de proteger lo que es justo, aunque signifique arriesgar todo.

El hombre empieza a reír, una risa que suena como el sonido de la locura mientras ahora apunta la pistola hacia mí. "Todo? Sabes, nunca he sido un gran fan de los Dynamos. Más uno de Pioneers. Y después del partido de esta noche, he perdido un montón de dinero. Ahora estoy sin blanca. Podría perder mi puta casa. Todo por culpa tuya, Liran Yardley. Aposté en contra de ti." Ahora me apunta la pistola a la frente, y el mundo parece estrecharse a ese pequeño círculo negro. "Quiero que os digáis adiós."

"¡No lo hagas!" grita Luelle, con una fuerza que parece desafiar la situación desesperada en la que nos encontramos.

Veo su dedo que se dobla alrededor del gatillo, el tiempo que ralentiza como en un flashback de cada momento importante de mi vida. Es serio. Está por matarnos. Todo por una apuesta de mierda. Indico la puerta detrás de él, tratando de engañarlo. "Parece que la seguridad ha llegado al final." digo, con una voz que trata de parecer segura. Echa un vistazo rápido y se da cuenta de la mentira, estrechando la presa sobre la pistola. Es ahí que todo ralentiza para mí, como si estuviera en un campo de fútbol, cada movida calculada.

Es como estar en partido. El rugido de la muchedumbre alrededor de mí, pero ahora es el ruido de mi propio miedo. El silencio ensordecedor de la concentración me envuelve, me aísla. Doy una patada hacia arriba, con toda la energía que consigo encontrar. Mi bota golpea su mandíbula, rompiendo los huesos en un instante. No le doy escapatoria. Mientras la pistola vuela en el aire, su amigo intenta apuñalarme el abdomen. Salto hacia atrás, los reflejos afilados por años de deporte me salvan por los pelos. Lanzo un codazo a su estómago, agarro la mano con el cuchillo

y la tuerzo con una fuerza que no sabía de tener. Se rompe la muñeca y deja caer el arma, un sonido metálico que me parece la música de la salvación.

El tiempo acelera de nuevo, como si todo lo que estaba en pausa se hubiera puesto en marcha. Agarro la pistola y el cuchillo, apuntándolos contra sus amigos que ahora parecen menos seguros de sí mismos. "¿De verdad queréis intentarlo, capullos?" pregunto a uno de ellos, con una determinación que nace de la desesperación.

Bueno, creo que es todo aquí. Escapan como un grupo de niñas asustadas, dejando solo el sonido de sus pasos que se alejan. No estoy entrenado para combatir, pero estoy entrenado para jugar al fútbol, prácticamente la misma cosa. La adrenalina me recorre todavía en las venas, pero ahora hay también una sensación de triunfo. "Venga." digo, ofreciendo la mano a Luelle, sintiendo una unión que va más allá de la simple gratitud. "Te llevo a casa."

"Ha sido increíble" dice Luelle, su voz temblante pero llena de una admiración que no consigue esconder. Sus palabras son como un bálsamo sobre la tensión que me ha envuelto hasta este momento.

"No es nada" respondo, tratando de parecer despreocupado, pero el corazón me late todavía como un tambor, el eco del miedo que se mezcla con el alivio. "Solo un poco de entrenamiento en el campo." Es una respuesta que parece minimizar el heroísmo del momento, pero dentro de mí sé que ha sido mucho más.

La tomo de la mano, sintiendo la necesidad de protegerla, de llevársela lejos de este delirio. Su mano está fría, pero el calor de nuestro contacto parece prometer que todo irá bien.

Caminamos deprisa, cada uno absorto en sus propios pensamientos. La noche de Dallas parece más oscura ahora, con sombras que podrían esconder nuevos peligros. Los sonidos de la ciudad se mezclan con el latido de nuestros corazones, creando una banda sonora de supervivencia y esperanza.

"No consigo creer que haya sucedido" susurra Luelle, apretándome la mano más fuerte, como si fuera la única cosa a la que agarrarse en un mundo repentinamente enloquecido.

"Ni yo" respondo, pero sé que es la verdad de la vida de celebridad, donde la adoración puede transformarse en peligro en un instante. La realidad de mi existencia me golpea con una fuerza nueva, haciéndome consciente de lo frágil que es nuestra seguridad.

9

LUELLE

Recoge todas nuestras cosas con una prisa desesperada y llama a un taxi con el móvil.

Deberíamos haber hecho justo eso desde el principio, pero el paseo a oscuras parecía bastante romántico en ese momento.

Todavía estoy en shock, el corazón me late con fuerza contra el pecho. ¿De verdad ha pasado? No puedo creer que me haya defendido así. Liran Yardley. El mayor capullo del mundo del fútbol, conocido por su arrogancia en el campo. Y me acaba de salvar la vida. Dios, sería una noticia fantástica para los periódicos; un titular explosivo que haría girar la cabeza a todo el mundo.

"Vamos primero a tu casa" dice, mientras estamos en el taxi, su voz baja y áspera, casi un susurro en el silencio del habitáculo. "Solo quiero asegurarme de que estás a salvo. Podemos hacer esa entrevista más tarde." Sus palabras son cálidas, reconfortantes, como una manta en un frío invierno.

Asiento, demasiado aturdida para poder dar una respuesta coherente, la mente aún aferrada a los momentos de terror y alivio. Le digo al taxista adónde ir, mi voz temblorosa, y en veinte minutos estamos en mi casa. "Aquí estamos" digo, con la voz aún temblando por la adrenalina que no ha bajado del todo.

"Mira, esta noche ha sido…" empieza a decir, intentando encontrar las palabras justas para describir la locura de la experiencia, su expresión una mezcla de preocupación y alivio.

"Esta noche ha sido increíble" le interrumpo, no queriendo dejarle terminar el pensamiento, sintiendo una oleada de gratitud y deseo por él.

Ríe, un poco avergonzado, y mira al suelo, sus ojos brillan bajo las luces de la farola. "Imagino que si piensas que encontrarse una pistola en la cara es increíble, entonces sí. Ha sido perfecta."

Me río con él, sintiendo una oleada de alivio, y abro la puerta de mi casa, una sonrisa que se extiende por mi rostro a pesar de todo.

"Ven" digo, con una voz que delata la necesidad de compañía, de calor humano después del frío del miedo. "Subamos al menos un rato. Me siento rara después de todo lo que ha pasado. Necesito a alguien que me proteja." Es verdad. En este apartamento estoy completamente sola. Nadie me cubre las espaldas. Incluso Kezia, mi amiga más cercana, es esencialmente inútil en este momento. Necesito a un hombre, ahora más que nunca. Y, Dios mío, Liran Yardley me acaba de demostrar quién es realmente. Es auténtico como nunca, su gesto heroico me ha hecho ver más allá de su fachada de estrella del fútbol.

"¿Estás segura?" me pregunta, con una nota de preocupación en la voz, pero también con un brillo de deseo en los ojos.

"¡Sí! ¡Paga al hombre y alcánzame arriba!" exclamo, corriendo dentro con un ímpetu de energía nerviosa, la necesidad de sentir su cuerpo cerca del mío que me empuja hacia delante.

"¡Eh! ¡Espera!" grita, pero yo ya estoy dentro, no quiero perder tiempo, cada segundo lejos de él parece una eternidad.

Decido en ese momento que me voy a acostar con él. Y no me sentiré culpable por ello. Como ha dicho Kezia, necesito a un verdadero hombre para un "rebote" para sentirme de nuevo viva. Vale, entonces Liran es un capullo, pero también está claramente bajo una presión enorme. ¿Quién no sería un capullo en estas circunstancias? Su vulnerabilidad oculta me atrae aún más.

Me desabrocho rápidamente la camisa, sintiendo el tejido deslizarse por la piel, y bajo la cremallera de los vaqueros con una urgencia que no puedo controlar. Debajo llevo mi mejor conjunto de lencería negra, que parece implorar ser arrancado por alguien con su fuerza, su deseo. Tiro la ropa en un rincón y me tumbo en la cama, doblando las piernas detrás de mí en una postura invitante, sintiendo ya el calor palpitar entre mis piernas.

"¡Estoy arriba!" digo, tan pronto como oigo la puerta de la entrada abrirse. Sus pasos pesados resuenan en el suelo mientras se acerca a mi habitación e, inesperadamente, le oigo girar el pomo. Siento el corazón latir con fuerza mientras entra, su perfume a almizcle y sudor que llena la habitación. Las luces están apagadas y él tropieza dentro, intentando orientarse, su respiración un poco agitada por la anticipación.

"Hola, héroe" sonrío, sintiendo una alegría mezclada con excitación, mi corazón latiendo al unísono con el suyo.

Él me mira, la mandíbula desencajada por el asombro, sus ojos que se dilatan ante la vista de mi cuerpo envuelto en la lencería. "Joder santo" murmura, cogido por sorpresa, su voz que delata un deseo inmediato. "Bueno, hola."

Se desabrocha la camisa, revelando un pecho musculoso y bronceado, y se quita las botas con urgencia. Se acerca lentamente a la cama, sin camisa, su cuerpo esculpido y absolutamente sexy bajo la luz tenue. En su pecho hay un tatuaje, negro y brillante, que parece brillar con vida propia. Sus abdominales, en una escala del 1 al 10, son un perfecto 11. En otras palabras, está jodidamente sexy, el tipo de hombre que te hace desear perder todo control.

"Ven aquí" gimo, provocándole, mi voz que destila deseo.

Le paso las manos por el pecho hasta encontrar la hebilla del cinturón, sintiendo los músculos tensarse bajo mi tacto. Desabrocho el cinturón de cuero, lo paso a través de cada presilla con movimientos lentos y deliberados, y me inclino hacia él, ofreciéndome con una sensualidad que me sorprende incluso a mí. "Has sido increíble ahí fuera. Casi pensé que eras otra persona" le digo, admirándole con ojos nuevos, sintiendo el deseo crecer dentro de mí.

Él inclina la cabeza hacia atrás y suspira fuerte, como si dejara ir un gran peso, su respiración que me hace cosquillas en la piel. "Ese tipo ahí fuera. Ese soy yo. Levanto una barrera para la mayoría de las personas. No quiero que vean al verdadero yo. Pero tú... quiero que me veas por quien soy realmente. Mi chica de ojos marrones."

Sus palabras son un susurro, una invitación a explorar las profundidades de su alma.

Esto me excita más que nunca, su deseo de ser visto, de ser entendido, me inflama.

"Soy tu chica de ojos marrones. Al menos por esta noche."

Sonriendo, le bajo lentamente la cremallera de los pantalones, sintiendo su miembro ya duro contra el tejido. Los tiro abajo, revelando sus boxers y un paquete enorme debajo, que me hace quedarme sin aliento, mi excitación que crece a cada centímetro revelado.

Lo miro con los ojos muy abiertos, mi boca que se abre en un silencioso deseo, y él gime.

"¿Te gusta lo que ves?" Su voz está cargada de deseo y anticipación, una invitación a explorar cada parte de él.

Le bajo los boxers con una lentitud deliberada, disfrutando de cada segundo de revelación. Su polla lustrosa y bronceada salta fuera de debajo del tejido, libre y lista para mí, su erección que

testimonia su deseo. Está dura como el mármol, una obra de arte viviente.

"Ahora sí" digo, con una sonrisa maliciosa, mi deseo que se mezcla con el suyo.

"Oh, pequeña…" gime, cerrando los ojos por el placer que está a punto de probar, el sonido de su voz que me hace estremecer de excitación.

"Me has salvado la vida ahí fuera. Te haré convertirte en el hombre más feliz del planeta" prometo, sintiendo la necesidad de corresponder de algún modo a su gesto heroico, de hacerle sentir cada placer que merece.

Agarro su pájaro enorme con una mano, envolviéndole los labios alrededor del glande brillante, y luego empiezo a moverme lentamente, explorando cada centímetro con la lengua. Gime fuerte, pasándome las manos entre el pelo abundante, empujándome delicadamente hacia sí, cada gemido que hace eco en el silencio de la habitación. Lo acaricio mientras hago girar la lengua, asegurándome de que se sienta perfecto como puede, que cada toque sea una oda a su cuerpo. Quiero darle todo ahora, hacerle olvidar cada tensión, cada preocupación.

"Dios, eres increíble" dice, fijándome en los ojos con una tal intensidad que me hace sentir vista, realmente vista, su mirada que me penetra dentro.

Lo empujo más a fondo en mi boca, sintiéndolo expandirse con cada intento, su sabor salado que me invade, la sensación de plenitud que me hace gemir. Dentro y fuera, empuja cada vez más a fondo, un ritmo que nos lleva a ambos hacia el éxtasis. Después de un rato, extrae la polla que se está engrosando y empieza a masturbarla, mirándome con ojos llenos de deseo.

"Ahora me toca a mí hacerte disfrutar" dice, con una promesa en sus palabras que me hace temblar de anticipación.

Como si no fuera ya el chico más sexy del planeta, me levanta con una facilidad asombrosa, sus manos que me agarran con una fuerza que me hace sentir deseada. Se inclina debajo de mí, poniéndose mi coño mojado en la cara, su aliento caliente que me hace estremecer. Empieza a chupar desde el exterior, diciéndome lo buena que estoy, que soy la mejor que ha tenido nunca, y sus palabras me hacen sentir como si fuera la única mujer en el mundo. Quién sabe si es verdad, pero en ese momento le creo, cada palabra que sale de su boca me hace sentir venerada.

Su lengua gira contra mis labios exteriores, deslizándose sobre el clítoris con una precisión que me hace temblar, y cada movimiento me lleva más cerca del borde del orgasmo. Cierro los ojos y me agarro a su espalda y cabeza, empujándolo hacia delante sobre mí, deseando más, de todo. Al final, su lengua gira dentro y fuera, un ritmo que me hace perder la razón, y empieza a chupar mi clítoris mientras inserta dos dedos fuertes, un toque experto que encuentra enseguida mi punto G. Los arrolla contra ese punto, apretándolos dentro y fuera mientras chupa, cada movimiento que me acerca al orgasmo. Es un puto profesional y en un minuto siento la presión crecer dentro de mí, una ola que está a punto de romperse en la playa de mi alma. Estoy a punto de correrme. El quarterback estrella de los Dallas Dynamos me hará correrme, un pensamiento que me excita más allá de toda medida.

"¡Sí!" gimo , sintiendo el orgasmo acercarse, mi voz que se alza en un grito de placer. "¡Oh Dios, sí! Me harás correrme."

"Mmm …" es su respuesta, concentrado solo en mí, cada sonido un homenaje a mi cuerpo.

Se mueve cada vez más rápido mientras lo tengo más cerca que puedo, deseando que el momento no termine nunca, cada movimiento que me acerca a la estasi. La sensación punzante se abre camino a través de mi cuerpo hasta que no parece que rompa una cierta barrera, una oleada de placer que me arrolla. Luego todo mi cuerpo empieza a temblar, como sacudidas sísmicas, cada contracción que me lleva a otro universo.

“¡Joder!” grito, perdiendo el control, mi cuerpo que se rinde al placer. “¡Me estoy corriendo! ¡Sí!”

No me deja ir, continúa trabajándome hasta que pierdo todo control, todo pensamiento que se disuelve en el placer. Cierro los ojos y me revuelco en la cama, con su cabeza entre las piernas, sintiéndome impotente, llena de placer, en éxtasis.

“Eres perfecta.”

Me río mientras se inclina sobre mí, listo para follarme la vida, su sonrisa que promete una estasi infinita, su cuerpo que se mueve sobre el mío con gracia y deseo.

Me guiña un ojo, con una intención que me hace estremecer de anticipación, la promesa de un placer salvaje e inolvidable.

“Por favor, Liran. Hazme temblar” gimo, sintiendo la necesidad de ser consumida por él, de perderme en su deseo.

Me empuja sobre las rodillas, su toque decidido pero gentil, y yo arqueo la espalda completamente para él, ofreciéndome sin reservas, cada centímetro de mi cuerpo que implora ser explorado. Me pasa la mano a lo largo de la espina dorsal, un toque que me hace estremecer, y se introduce dentro de mí, su polla que presiona contra mis paredes, llenándome con una sensación que va más allá del placer. Estoy increíblemente mojada para él, cada empuje me hace sentir como si fuéramos hechos el uno para el otro, una unión perfecta.

“Joder” gime, empujando fuerte y lento contra mí, saboreando cada momento, cada sensación. Se alarga hacia delante, sus manos encuentran mis senos llenos, apretándolos delicadamente, su toque me hace estremecer. Su pecho está contra mi espalda, su calor me envuelve, su aliento caliente sobre mi cuello. Me agarra las caderas, empujando como un semental, cada movimiento me lleva más cerca de la estasi. Sus manos se deslizan sobre mis muslos lisos, explorando cada centímetro, cada curva de mi cuerpo, dejando una estela de calor y deseo.

“Quiero ver tu cara mientras hago el amor contigo”. Hay una dulzura en estas palabras que me toca el corazón, un deseo de conexión que va más allá de lo físico.

“¡Sí!” grito, sintiendo su glande presionar contra mi punto G, cada empuje que me manda en éxtasis, el placer que se irradia a través de cada parte de mi ser.

Me gira sobre la espalda con un movimiento fluido, sus ojos que entran en los míos con una intensidad que me hace sentir única, deseada, casi desnuda bajo su mirada. “Dios, qué guapa eres” dice, besándome, cada beso que tira mis labios con una delicadeza que contrasta con la urgencia del momento. Con una mano empieza a masajearme ligeramente el clítoris, el toque ligero que me hace gemir de placer, mientras que con la otra me alimenta de sus dedos, cada movimiento que aumenta mi excitación, cada sensación que se funde en una sinfonía de deseo.

Hace deslizar su polla de nuevo dentro de mí, cada centímetro que llena el vacío que siento dentro, y digo, “Quiero que te vengas dentro de mí.” Mi voz es un susurro de deseo, una invitación a unirse a mí en este momento perfecto, cada palabra que sale de mis labios cargada de una promesa sensual.

Él sonríe, su sonrisa que ilumina la habitación, y pregunta, “¿No es un riesgo?”

Su preocupación me hace sentir protegida, amada, incluso en este momento de pasión desenfrenada, su mirada que busca mi consentimiento, su voz una mezcla de deseo y responsabilidad.

“No, estoy bajo control. Quiero sentir tu semen llenarme. ¿Soy de verdad tu chica de ojos marrones?” le pregunto de nuevo, buscando confirmación en nuestro momento de intimidad, deseando ser suya, aunque solo sea por una noche, cada palabra que sale de mi boca un susurro

de necesidad.

"Sí, pequeña. Okay. Haré cualquier cosa que me pidas" me dice, empujando más rápido ahora, con una pasión que parece no tener fin, cada empuje que me lleva más cerca del borde del orgasmo, su voz que delata un deseo que va más allá de lo físico.

Me envuelve con los brazos, nuestro sudor que se mezcla, su respiración que acelera, sus gemidos que se hacen más fuertes, perdiéndose en mí, cada sonido que emite un testimonio de su placer. Está más fuera de control que nunca, cada movimiento que nos acerca al ápice del placer, su excitación que se refleja en sus ojos. "Ven por mí, pequeña."

Gemo, sintiendo su polla palpitar dentro de mí, cada pulsación que me lleva más cerca del éxtasis, mi cuerpo que responde a cada toque, cada empuje. "Ven por mí."

"¿Eh? ¿Quieres que lo lleve hasta el touchdown por ti?" grita, con una voz que es una mezcla de deseo y desafío, su cuerpo que se mueve con urgencia sobre el mío, cada movimiento que parece querer marcar mi cuerpo con el suyo.

"Más que cualquier otra cosa en el mundo. Lo necesito tanto" digo, pasándole las uñas a lo largo de la espalda, dejando marcas de mi deseo, cada rasguño una señal de mi pasión, mi cuerpo que reclama el suyo.

Su cuerpo se tensa, sus músculos que se tensan bajo mi toque, sus ojos muy abiertos, sabiendo que está a punto de perderse en mí, cada músculo que se prepara para la liberación.

"¡Estoy a punto de correrme!" anuncia, con un tono que me hace temblar de anticipación, cada palabra que preludia a lo inevitable, su respiración que se hace jadeante. Mis gemidos se hacen más fuertes en espera de todo, la anticipación de su orgasmo que me llena de un deseo casi doloroso. "¡Joder!" grita, y puedo sentir su glande espesarse con el placer, cada pulsación que me lleva a un nuevo nivel de placer, su cuerpo que se tensa para la culminación del placer. "¡Me estoy corriendo!"

Y con sus gemidos llega su esperma denso, disparando dentro de mí, llenándome de una sensación de plenitud y satisfacción, cada gota que me hace sentir completa, deseada, cada oleada de calor que inunda mi cuerpo. La presión me llena y él se desliza lentamente fuera de mí, aún temblando por la intensidad del momento, su respiración que se calma en un suspiro de satisfacción, su cuerpo que se relaja, exhausto y satisfecho.

"Joder…" gime, temblando de gratificación, mientras su cuerpo se relaja junto al mío, su calor que envuelve aún el mío, cada fibra de su ser que se derrite en el placer compartido. Su voz es un susurro de satisfacción, un agradecimiento por el momento vivido juntos.

Me inclino hacia delante, mi cuerpo que se apoya en el suyo, y beso su hermoso pecho, sintiendo el latido de su corazón ralentizarse, una señal de nuestra conexión profunda y temporal, cada beso un agradecimiento por el placer compartido, mi respiración que se mezcla con el suyo en un silencio reconfortante.

10

LIRAN

"Dios, creo que realmente me gustas."

Suelto una carcajada y la beso con pasión.

Siento que me responde con un ardor que raramente he encontrado en otro lugar; su lengua se enrosca con la mía, atrayéndome hacia ella con una intensidad que me hace perder el equilibrio. Con un último gesto, agarro su seno, incapaz de resistir el deseo de sentirla una vez más, luego me dejo caer hacia atrás, abrumado por la comodidad de la cama. "Nunca ha sido tan bueno con nadie más" admito, con una voz que traiciona una emoción rara.

"¿Nunca?" pregunta, su voz una mezcla de curiosidad y escepticismo. Me mira directamente a los ojos, como si estuviera tratando de leer en ellos una verdad más profunda. "Lo dudo mucho. Con todos esos trofeos y las groupies que te rodean, no me digas que nunca has encontrado a alguien que te hiciera sentir así."

"No estoy bromeando" respondo, con una sonrisa que intenta aligerar la atmósfera. "No es solo el sexo, es... eres tú. Hay algo en ti, no sé explicarlo. Bueno, es la verdad, te lo juro" continúo, poniendo las manos detrás de la cabeza, tratando de mantener un tono ligero a pesar de la seriedad de mis palabras. "Siempre ha sido bastante aburrido, ¿sabes? No me malinterpretes, hay un montón de chicas entre las que elegir, y siempre me he regodeado en ese hecho, pero..." hago una pausa, mirándola con una intensidad nueva. "Joder, tú eres totalmente diferente. Hay algo en ti que me hace sentir vivo."

"¿Estás seguro de que no estoy solo intentando meterme en la cabeza de un campeón de fútbol americano?" replica, con una punta de ironía en la voz.

"Si fuera así, habrías elegido al campeón equivocado" río. "Porque yo soy solo un chico que juega a la pelota, no un héroe."

"Bueno, gracias. Supongo."

Su respuesta es titubeante, como si estuviera tratando de establecer si lo que he dicho es un cumplido o una observación superficial.

"No estoy segura de si hablas en serio o si es solo otra de tus maneras de embaucar a la gente" añade, pero hay una sonrisa que traiciona su placer. "Lo admito, eres bastante bueno lamiendo coños. Ya sabes, para ser un deportista."

"¿Qué se supone que significa eso?" le pregunto, alzando una ceja, curioso de escuchar su opinión sobre mí, sobre el estereotipo que inevitablemente me sigue como una sombra.

"Ya sabes, los deportistas son personas egoístas. Normalmente no hacen ese tipo de cosas" responde con un encogimiento de hombros, pero en su mirada hay un desafío, como si me estuviera poniendo a prueba. "Es como si solo pensarais en ganar, en ser los mejores, sin preocuparos nunca de dar algo a cambio."

"Bueno, quizás estoy intentando cambiar ese cliché" respondo, con una sonrisa que querría demostrarle que soy diferente. "Imagino que tienes razón. Tengo que mantener una imagen, sin embargo." Le guiño un ojo, tratando de aligerar la atmósfera con una broma. "No, en serio.

Podría comerte para cenar todas las noches" digo, lamiéndome los labios de forma exagerada, para hacerle ver cuánto la deseo.

"Promesas, promesas" ríe, mordiéndose el labio inferior en un gesto que me hace desear recomenzar todo desde el principio. "¿Así que, te vas pronto?" pregunta, cambiando de tema, quizás para no dejarse involucrar demasiado en esta intimidad inesperada.

"Solo si tú también quieres. Esperaba poder quedarme un poco. Todavía tienes que hacerme esa entrevista" respondo, acercándome a ella, esperando que mi deseo de quedarme sea claro. "Me gustaría verte en acción con esa cámara, quizás no solo por trabajo."

"No te ilusiones, campeón" dice, con una sonrisa que promete más de lo que las palabras revelan. "Puedes quedarte. Me gustaría, de hecho" dice al final, con una sonrisa que revela una genuinidad que raramente encuentro.

"Bien" la palabra se me escapa como un suspiro de alivio.

"Pero dejemos la entrevista para otra vez. No tengo mi cámara aquí y prefiero que sea más profesional. Esperemos solo que consigas ganar más partidos para el equipo" ríe, mostrándome que no está solo interesada en mí por mi rol de deportista, sino por la persona que soy. "No quiero que el público piense que estoy demasiado de parte."

"Ugh, el deporte" sacudo la cabeza, una parte de mí cansada de tener que interpretar siempre el papel del ganador. "Es todo una farsa, ¿sabes?" me dejo llevar, expresando mi desencanto hacia un mundo que me ha dado tanto, pero que también me ha robado algo esencial. "No es solo el juego, es todo lo que lo rodea."

"No eres el primero que lo piensa, pero hablas de ello como si fuera una revelación" responde, con un tono que parece invitarme a continuar, a compartir más.

Parece sorprendida por mis palabras, como si no se esperara una confesión similar de alguien como yo, habituado a sonreír delante de las cámaras. "No soy una gran fan. Pero a la gente parece gustarle. Les haces creer que luchan por algo real" dice, tratando de entender a dónde quiero llegar con esta crítica al deporte.

"¡Exactamente ese es mi punto! Es todo un circo. Quiero decir, sé que soy bueno, pero no significa realmente nada. El mundo debería unirse por causas mejores, ¿no crees?" Mi voz se alza ligeramente, animada por una pasión que no es por el fútbol americano, sino por algo más grande, más humano. "No estoy diciendo de dejar de jugar, pero... hay más en la vida."

"Sí" responde ella, fijando sus ojos en los míos con una profundidad que me hace sentir comprendido, quizás por primera vez en mucho tiempo. "¿Y entonces qué harás? Quiero decir, si no te quedas en el fútbol americano para siempre." Hay una genuina curiosidad en su mirada, como si quisiera realmente conocerme, más allá de la superficie brillante de mi carrera. "¿Alguna vez has pensado en qué vendrá después?"

"Siendo honesto, nunca lo he pensado realmente. Pero quizás es hora de empezar." Mi voz es pensativa, como si estuviera explorando nuevos territorios dentro de mí.

"Solo estoy hablando por hablar. Sucederá que me cambien a otro equipo, me ofrecerán más dinero, más publicidad, otras gilipolleces y tendré que mudarme al otro extremo del país. Ese es el mejor escenario. Es una presión enorme para una sola persona" digo, mirando a otro lado, no tanto para esconder la verdad, sino para no ver la posible decepción en sus ojos. "No es fácil vivir así, siempre bajo los focos. Perdona si me voy por las ramas, pero no hay mucha gente con la que pueda hablar de estas cosas" admito, sintiendo el peso de la soledad que a menudo acompaña a la fama.

"Está bien. Me gusta" responde ella, con una sonrisa que me hace sentir menos solo. "¿Pero qué

me dices de Cadence? Estabais juntos desde hacía mucho tiempo, ¿verdad?" Su pregunta me devuelve a la realidad, recordándome las complicaciones que mi vida pública conlleva. "Parecía una historia seria."

Me pongo las manos en la frente, sintiendo una oleada de frustración atravesarme. "Dios, eso fue un error. Cadence es... una buscadora de problemas. Probablemente ya lo sabes todo. Ha amenazado con demandarme, por el amor de Dios. Lo siento, pero eso no es amor. Es algo completamente diferente" respondo, tratando de explicar sin entrar en los detalles más oscuros de aquella relación tóxica. "Era más una prisión que una relación."

"Es la vida de las celebridades, ¿verdad?" comenta, pasándose una mano entre el pelo, como si tratara de comprender mejor el mundo en el que vivo. "Todo parece más complicado."

"Supongo que sí. Estoy harto." Mi voz es cansada, y siento que estoy compartiendo con ella una parte de mí que normalmente mantengo bajo llave. "Aquí está la verdad. Ganaré un montón de dinero. Lo ahorraré. Y lo dejaré dentro de cinco años. Así podré formar una familia. Podré tener todo lo que quiero y no tendré que volver a trabajar nunca más." Estoy pensando en voz alta, pero parece más un sueño que un plan concreto. "No es solo por el dinero, es por tener una vida real."

"O te lesionas. ¿Y entonces?" Su pregunta es directa, y me recuerda que las mujeres siempre tienen una manera de abrirte los ojos, de hacerte ver más allá del velo de las ilusiones que construimos alrededor de nosotros mismos. "No siempre puedes controlarlo todo."

"No lo sé. Supongo que siempre he pensado que estaba por encima de estas cosas. Espero en Dios que lo esté. Joder, solo desearía poder pasar más tiempo contigo. Me gustas. Me gustas mucho" admito, y por primera vez, considero seriamente dejarlo todo por algo, o mejor dicho, por alguien que me hace sentir verdaderamente vivo. Es una locura, lo sé, pero el pensamiento continúa rondándome la mente. ¿Y si...? "Quizás es el momento de cambiar las cartas."

"Para mí también. Supongo que esta es la realidad, ¿eh? Tienes un montón de cosas en la cabeza. Yo también" dice, apartando la mirada, quizás para esconder el peso de sus propias batallas interiores. "Es agradable hablar con alguien que no te quiere solo por tu nombre o tu fama."

"Sí..." murmuro, sintiendo una conexión que va más allá del simple deseo físico.

"Como si vinieras a visitarme. Una vez al mes, aquí en Dallas" propone, con un entusiasmo que me hace sentir parte de algo real, de tangible. "Quizás podemos hacer algo normal, por una vez."

"¡Joder, te vendré a visitar más a menudo si puedo!" respondo, mi voz cargada de una promesa que espero mantener. "No veo la hora."

"Sabes dónde encontrarme" dice, con una sonrisa que parece iluminar la habitación.

"Y conoces mi nombre, ¿verdad?" su pregunta es casi retórica, pero quiero asegurarle que he prestado atención, que la veo, que la reconozco. "No solo la periodista, sino la persona."

"Luelle. Nunca he tomado tu apellido" admito, sintiendo que esta omisión ha sido un error, un detalle faltante en una historia que comienza a tomar forma. "Pero ahora lo conozco. Ibarra, ¿verdad?"

"Es Ibarra. NewsBeat." Se ruboriza ligeramente, quizás por la simplicidad de ese momento, por la normalidad de presentarse como persona y no como periodista. "No importa el canal, sino el hecho de que me conozcas."

"Encantado de conocerte, Luelle Ibarra. Soy Liran Yardley" digo, estrechándole la mano en un gesto formal que contrasta con la intimidad que hemos compartido. Volvemos a besarnos, y antes de que me dé cuenta, estamos de nuevo bajo las sábanas, deseosos de otro momento juntos.

"Es extraño decirlo, pero me parece conocerte de siempre."

Es extraño sentirse tan en casa con alguien, el día que lo conoces. He oído de personas a las que les ha sucedido, pero en mi profesión nunca ha ocurrido. Estoy demasiado a la vista, siempre bajo los focos, con la gente que siempre quiere algo de mí. Ahora he encontrado finalmente a alguien a quien le importa un bledo lo que hago. Es más, estoy bastante seguro de que no ha visto un partido de fútbol americano en su vida. Nunca. "Es como si tú estuvieras aquí por mí, no por el jugador."

Es perfecta, como una flor. Reservada, pero completamente segura de sí misma. Sé que tiene un pasado del que hablar, una oscuridad detrás de esa sonrisa luminosa. Sé que un día conseguiré descubrirlo, entender qué la hace funcionar. Por ahora, sin embargo, me limito a disfrutar el mirarla a los ojos, sintiendo su alma mezclarse con la mía, en un silencio que dice más que mil palabras. "Hay algo que me hace desear saber todo sobre ti."

A medianoche, mi smartphone me despierta con su sonido insistente. Es Jevin O'Malley. "Buenos días, campeón. ¿Te has divertido en la fiesta? Reunámonos en mi oficina a las siete de la mañana. Tengo unos papeles que examinar contigo." Su voz es una ruptura brusca de la burbuja de paz en la que nos encontramos.

Abro los ojos con dificultad, comprobando la hora. Son las cinco. "Mierda..." gimo, sintiendo el peso de la realidad aplastándome de nuevo. Me giro hacia Luelle, encontrando sus ojos abiertos, como si no hubiera dejado de mirarme nunca. "Lo siento, tengo que irme."

"¿Tienes que irte?" me pregunta, su voz un susurro que parece querer retener el momento, prolongar la noche. "¿Aún no ha terminado la noche, no?"

"Lo siento, es el trabajo que llama" respondo, tratando de mantener un tono ligero, a pesar del disgusto de tener que interrumpir este momento.

"Pero no será la última vez."

Asiento, sintiendo el sentido de culpa por tener que dejarla tan pronto. "Perdona. Siempre me hacen ir a reuniones. Es mi manager" explico, tratando de mantener un tono ligero, a pesar del disgusto de tener que interrumpir este momento. "Es como si no tuviera nunca un momento de paz."

"Está bien. Diviértete" dice, cerrando ligeramente los ojos, como si quisiera conservar el recuerdo de esta noche. "Pero no olvides esta noche."

"No, nunca" susurro, sintiendo que no quiero realmente dejarla.

"Pero por favor, escríbeme tu número en un pedazo de papel. Te llamaré, te lo prometo."

Ella saca un pañuelo de papel de un paquete que tiene en la mesita de noche, agarra un bolígrafo del cajón, y escribe en él su teléfono. "Aquí lo tienes, para ti, campeón y mi salvador".

Cojo el pañuelo de sus manos, la beso dulcemente en la boca, y me levanto de la cama. Me visto deprisa, le doy otro beso en los labios, tratando de imprimirle una señal tangible de mi presencia. "No es un adiós, te lo juro."

Y luego salgo a la mañana, con la cabeza llena de pensamientos que van más allá del fútbol americano, más allá de la fama, hacia una posibilidad de vida real, de amor verdadero, con una mujer que parece capaz de ver más allá de la máscara que siempre he llevado.

11

LUELLE

El sol de la mañana se abre paso con fuerza a través de las rendijas de las cortinas, dibujando rayas luminosas en el parqué.

Los dedos dorados de la luz acarician perezosamente el suelo, calentando a duras penas el aire fresco de la habitación. Abro los ojos sintiéndome aún envuelta en un calor agradable, pero enseguida me asalta una sensación de vacío.

Me estiro, alargando los brazos por encima de la cabeza, pero el lado de la cama junto al mío está desoladoramente vacío.

Un escalofrío me recorre la espalda, un pequeño sobresalto de decepción. Sin embargo, no ha desaparecido del todo. Un eco, un rastro sutil, persiste en el aire.

Su perfume de aftershave aún persiste en la almohada, un recuerdo olfativo potente. Es una fragancia familiar y a la vez nueva, que me envuelve como una caricia invisible, susurrándome al oído los detalles de la noche recién transcurrida. Es un recordatorio embriagador, casi tangible, de lo que sucedió entre nosotros, hace apenas unas horas.

Me giro lentamente en la cama, conteniendo casi la respiración.

Tengo miedo de que un movimiento brusco pueda hacer añicos el encanto, hacer desaparecer ese olor tan intenso, tan personal. No quiero perder esta última, frágil conexión con la noche recién concluida, con él. Inspiro profundamente, llenando los pulmones de esa fragancia masculina, casi como si quisiera ahogarme en los recuerdos vívidos de la velada.

Intento enfocar las imágenes en mi mente, de entender si todo lo que ha sucedido es real o sólo un sueño elaborado por mi mente hambrienta de emociones fuertes. Recorro mentalmente cada momento, cada mirada, cada susurro. Todo fue tan perfecto, tan intenso... ¿demasiado bueno para ser verdad?

Pero la realidad me golpea de repente, con la fuerza de una ola gélida.

No ha sido un sueño.

El quarterback de los Dynamos, Liran Yardley, el icono de fuerza y seguridad, me miró directamente a los ojos. Y dijo esas palabras. Esas palabras que hacen vibrar cada fibra del cuerpo, que aceleran el latido del corazón hasta hacerlo enloquecer.

Enamorarse no estaba en mis planes, absolutamente no. Y desde luego no de uno como él, un hombre que parece sacado de una novela rosa, de una portada de revista. Mi vida es otra cosa, mis planes completamente diferentes. Y sin embargo, aquí estoy, con su perfume encima y el corazón en un vuelco constante.

Me levanto de la cama, los pies descalzos rozando la alfombra suave. Me pregunto si esa conexión entre nosotros ha sido sólo un fuego fatuo, un momento de locura, una pasión intensa pero efímera. Como una estrella fugaz, bellísima pero destinada a apagarse en un instante.

Debe haber sido un sueño, pienso para mis adentros, mientras me acerco a la ventana.

No puede ser real.

¿Cómo podría alguien como él, con el mundo literalmente a sus pies, elegirme precisamente a

mí?

Es absurdo, impensable. No tiene sentido.

Pero entonces el perfume me invade de nuevo, esa estela de aftershave que parece casi una marca indeleble en mi piel. Y ese perfume me susurra otra verdad, más sutil pero prepotente. Quizás, ha habido algo auténtico en todo esto. Algo de verdad entre nosotros.

Es una sensación extraña, desestabilizadora. Como estar suspendida en el vacío, entre la realidad y el deseo, entre lo que quiero creer y lo que temo que sea verdad. Floto en este limbo incierto, tratando de entender qué ha sucedido verdaderamente.

Y mientras el sol continúa subiendo alto en el cielo, inundando de luz cada ángulo de la habitación, me doy cuenta de una cosa. Sueño o realidad, esta noche ha cambiado algo dentro de mí. Algo profundo, inesperado. Ahora, debo sólo entender si este cambio es una ilusión temporal, una burbuja de jabón destinada a estallar, o algo más sólido, más duradero.

Pero no, no ha sido una ilusión. No ha sido un sueño. Ha sucedido de verdad. Y repensarlo aún me hace vibrar de emoción. ¡Dios, también fue un amante fantástico! Parecía una escena sacada de una película romántica, de esas que hacen soñar. Una sonrisa se dibuja espontánea en mis labios, mientras me dirijo hacia el baño para lavarme los dientes.

Agarro el cepillo de dientes del vaso y busco a tientas la pasta de dientes en la repisa. Las luces del baño son cegadoras, demasiado fuertes para mis ojos aún adormilados. Mientras rebusco, mi mano golpea algo de plástico, pequeño y compacto.

Mis píldoras anticonceptivas.

El corazón se me bloquea en la garganta.

Dejo caer el cepillo de dientes en el lavabo con un golpe sordo, y me apoyo en el borde, sintiendo las piernas ceder.

¡Se me ha olvidado tomar las píldoras en los últimos dos días!

¡Mierda! exclamo, golpeándome la cabeza con las manos.

No me lo creo, no puede ser verdad.

Todo va bien, me digo tratando de calmarme, de racionalizar.

Estas cosas suceden continuamente.

No te quedarás embarazada por fuerza.

Es difícil para las mujeres quedarse embarazadas, especialmente después de una sola noche, una cosa ocasional. Pero la ansiedad continúa serpenteándome por dentro. A pesar de todo, decido llamar a Kezia, necesito un poco de apoyo, de una voz amiga.

"¿Eso es lo que te hace enloquecer?" me pregunta ella desde el otro lado del teléfono, con un tono entre lo increíble y lo divertido. "Chica, ¿pero estás bien? He salido con tipo cinco chicos diferentes sólo este mes. No me ves por ahí con un niño en la barriga, ¿verdad?"

Casi me atraganto con el agua que estoy bebiendo. "Okay, antes de nada, qué asco. Segundo, nunca se sabe. ¡A lo mejor soy realmente fértil, yo!" le respondo, tratando de quitarle importancia, pero siento la preocupación crecer.

"¡No juzgues mis maravillosas elecciones de vida!" replica ella, riendo. "Llevas tomando la píldora dos años, ¿verdad? Dudo fuertemente que seas más fértil que yo. Y luego, si estás tan preocupada, ¿por qué no tomas la píldora del día después? Es la solución más obvia, ¿no?"

Suspiro pesadamente, pasándome una mano por el pelo. "Porque esa cosa me manda al garete el sistema. ¡He oído decir que algunas mujeres no consiguen ni siquiera tener hijos después de haber tomado una sola!"

Me siento en el suelo frío del baño, sintiéndome de repente cansada y confusa.

"Sí, bueno. ¡Qué mundo, eh?" ríe Kezia, pero siento que hay un velo de ironía en su voz. No me está tomando en serio, como de costumbre.

"Qué mundo" suspiro yo también, resignada. "Vale, gracias por haber hablado conmigo. Tengo que prepararme e ir al trabajo. Ya llego tarde, como siempre."

"Bye, Lu" hace un ruidoso beso en el micrófono y cierra la llamada.

Me quedo sentada en el suelo aún por un instante, luego me levanto de golpe. No tengo tiempo para pensarlo más. Debo concentrarme en el trabajo, en mi vida. Me doy una ducha rápida, me preparo deprisa y corro fuera de casa.

***

"Llegas tarde" me acoge mi jefe apenas cruzo el umbral de la oficina. "De nuevo." Su tono es un mixto entre el reproche y la exasperación.

"¿Y qué hay de nuevo?" respondo sarcásticamente, sin pararme. No tengo ganas de disculparme, no hoy.

"Justo" dice ella, sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco. "De todas formas, tengo buenas noticias que darte" añade después, cambiando de tono repentinamente.

"¿Qué?" Mis ojos se iluminan al instante, e intento esconder una sonrisa que se dibuja espontánea en mi rostro.

¿Será un ascenso?

Espero con todo el corazón que sea algo positivo, después de toda esta confusión.

"A la cadena le ha encantado el vídeo que grabaste de Liran Yardley ayer" dice, dando palmadas en un gesto de entusiasmo casi infantil.

"¿Qué? ¿El vídeo en el que imprecaba y se comportaba como un idiota?" pregunto, incrédula. No consigo entender a dónde quiere llegar. Ese vídeo ha sido un desastre total.

"¡Sí!" grita ella, aún más excitada. "¡Se ha vuelto viral en un abrir y cerrar de ojos! ¡Todos hablan de él, es un éxito increíble!"

"Okay…" murmuro, aún confusa. "¿Entonces qué quieren de mí, exactamente?" le pregunto, tratando de entender la conexión.

"Bueno, quieren mandarte a California. A Los Ángeles, para ser precisa. Quieren que entrevistes a las estrellas en la alfombra roja. Quieren darte tu propio segmento, ¡Luelle!" Me mira con ojos saltones, esperando mi reacción.

Mi mandíbula se desencaja. "¿Estás bromeando? ¿La alfombra roja? ¿¡La alfombra roja!?" Repito las palabras como si no consiguiera comprender su significado. "Lo siento, pero estoy en shock. No sé qué decir."

"¡Tienes que decir que sí!" grita ella, con una intensidad que casi me hace sobresaltar. "¡Tienes que aceptar absolutamente! ¡Es la ocasión de tu vida!"

"Dame tiempo para pensármelo, ¿okay?" le pido, tratando de recuperar el aliento. Necesito un momento para metabolizar esta noticia bomba.

Resopla un poco, claramente decepcionada por mi vacilación, pero al final acepta. Tiro un respiro profundo, y una sonrisa radiante se ensancha en mi rostro.

Lo he conseguido. He sido elegida. Esta es mi gran ocasión.

Entro en mi oficina y cierro la puerta tras de mí. En el cajón más bajo hay una botella de bourbon medio llena. Me sirvo un generoso vaso para celebrarlo. "Por ti" digo en voz alta, alzando el vaso en un brindis solitario. Tomo un largo sorbo y cierro los ojos, saboreando el

momento.

***

Las semanas siguientes pasan en un abrir y cerrar de ojos, y mi vida cambia con una velocidad vertiginosa. Parece estar en una montaña rusa enloquecida, sin frenos ni cinturón de seguridad. Cada día es un nuevo capítulo, un nuevo desafío, otro paso hacia una carrera que no habría osado ni siquiera soñar.

He hecho las maletas y me he trasladado a Los Ángeles, la ciudad de las estrellas.

Las luces de los focos aquí son cegadoras, mucho más brillantes de las que estoy acostumbrada, y las expectativas son altas como los rascacielos que se alzan hacia el cielo. Me siento pequeña y desorientada, pero también increíblemente excitada.

Mi nombre es cambiado a Luelle Morris, un nombre que suena más "apropiado" al mundo del espectáculo, me explican. Luelle Ibarra no iba bien, demasiado "étnico" demasiado "normal". Luelle Morris, en cambio, tiene un sonido más patinado, más hollywoodiense. Empiezo a trabajar en la alfombra roja, a hacer preguntas que parecen superficiales, banales, pero que en realidad son el pan de cada día de esta vida brillante y vacía. Es un trabajo duro, agotador, pero conlleva un sentido de realización, de conquista, que no había probado nunca antes.

He construido una nueva vida aquí, entre eventos glamurosos y entrevistas a celebridades, entre fiestas exclusivas y veladas mundanas. Pero siempre hay ese momento de quietud, cuando todo se detiene, cuando las luces se apagan y el ruido se atenúa. En esos momentos, pienso en aquella noche con Liran. Aquella noche mágica, intensa, que parece ya lejana años luz, como un sueño desvanecido, un recuerdo confuso.

Pero entonces, un día cualquiera, algunas semanas después de aquella famosa noche, todo cambia de nuevo, de repente, sin previo aviso.

Estoy encerrada en mi baño, la mano me tiembla como si tuviera fiebre alta, un terremoto interior me sacude hasta lo más profundo. Miro fijamente el test de embarazo que acabo de hacerme, esperando el resultado. El tiempo parece haberse detenido.

Dos líneas rojas, nítidas e inconfundibles, aparecen en el stick. Dos líneas que me miran burlonas, crueles.

"¡Joder, joder, joder!" grito con toda la voz que tengo en la garganta, mi voz retumba entre las baldosas blancas del baño, y lanzo el test al lavabo con rabia, con desesperación, con una furia que me sacude hasta en los huesos.

¡No puede ser verdad! ¡No es posible!

Me desplomo en el borde de la bañera, las piernas blandas, sin fuerzas.

Las lágrimas empiezan a caerme calientes por el rostro, arrugando el maquillaje, manchándome la piel con la desesperación que siento dentro. No he vuelto a saber de Liran. Nada de nada. Ni siquiera una llamada telefónica, ni siquiera un mísero mensaje. Ha desaparecido en la nada, como un fantasma, como si aquella noche no hubiera existido nunca.

¿Cómo puede hacerme esto?

¿Cómo puede dejarme así, sola y confusa, después de haberme susurrado al oído que era especial, diferente a las demás?

La frustración me asfixia, me aprieta la garganta, siento el corazón romperse por centésima vez, la sensación amarga de haber sido usada, manipulada, como una pieza en un juego sucio del que no conocía las reglas.

El smartphone vibra en la repisa, rasgando el silencio cargado de dolor de mi baño. Es Kezia. Ella me ha seguido por unos días hasta Los Ángeles. Lo ha hecho por mí. Respondo inmediatamente, con la voz rota por el llanto.

"¿Te ha llamado?" me pregunta.

"No, no me ha llamado. ¡No ha hecho un carajo!" Mi voz se alza de tono, un grito de frustración, la mano aprieta convulsamente el teléfono, como si quisiera estrujarlo.

Kezia no pierde tiempo. "Voy para allá" dice con firmeza, sin vacilación, su voz es un ancla de salvación en esta tempestad emocional. "No te muevas de ahí. Voy enseguida."

En pocos minutos, oigo el sonido de la puerta de casa que se abre de golpe con un golpe sordo, como si estuviera tratando de derribar también mis barreras emocionales, mis defensas. Kezia irrumpe en el baño como una furia, el rostro marcado por la preocupación, los ojos que buscan desesperadamente los míos. "Oh, Lu" murmura, viendo el test abandonado en el lavabo y a mí, una sombra de mí misma, destruida y temblante.

Se sienta junto a mí en el borde de la bañera, me envuelve en un abrazo estrecho, fuerte, como si tratara de mantener juntos los pedazos de mi vida que están cayendo a pedazos. "Todo está okay, estamos juntas en esto" susurra, su voz es un bálsamo para mi alma herida, pero no lo suficientemente potente para apagar el fuego de la rabia que me arde por dentro. "No te dejaré sola, te lo prometo."

Su presencia es un consuelo inestimable, pero la rabia no se aplaca, no se atenúa. "Me dijo que era diferente, Kezia. ¡Que era especial para él!" exclamo, el dolor transformado en furiosa frustración. "¿Y luego nada, sólo silencio. ¡Es un puto cobarde! Prometió llamarme, escribirme, y ¿en cambio? ¡Nada!" Las palabras salen a bocajarro, como proyectiles, mi voz tiembla de rabia y decepción, de un dolor sordo y lacerante.

"Lo sé, lo sé" responde Kezia, tratando de mantener la calma para ambas, de ser la roca en este maremoto emocional. "Pero no podemos permitirle que destruya tu vida, Luelle. Eres fuerte, mucho más fuerte de lo que tú misma imaginas. No le dejarás ganar, ¿verdad?"

"No, no lo haré" digo con voz rota pero decidida, mirando a Kezia a los ojos. "No le permitiré que me rompa. No le dejaré ganar. Pero ¿cómo hago, Kezia? ¿Cómo hago con este niño?" Mi mano se posa instintivamente sobre el vientre, un gesto protector, lleno de incertidumbre y de un nuevo tipo de amor que empieza a abrirse camino tímidamente entre el caos de mis emociones.

"Lo afrontaremos juntas, Lu" dice Kezia, su voz ahora más firme, más resuelta. "No estás sola en esto. Te ayudaré con todo, te lo juro. ¿Y sabes una cosa? Este niño será tu fuerza, tu motivo para seguir adelante, tu luz. Liran es sólo una mierda, un cobarde que no merece ni siquiera ser recordado."

"Pero me siento tan... traicionada, usada" susurro, la rabia que se mezcla al dolor, a la confusión, al miedo.

"Lo sé, y tienes todo el derecho a sentirte así" responde ella, acariciándome dulcemente el pelo. "Pero debes encauzar esta rabia en algo positivo, Lu. Por ti, por este niño que llevas en el vientre. Y un día, cuando estés preparada, le mostrarás lo que significa ser una verdadera madre, una mujer fuerte e independiente, sin necesidad de él, de un hombre que no te ha merecido."

"No sé si consigo lograrlo" admito, sintiendo el peso de la soledad, de la responsabilidad, de la incertidumbre del futuro.

"No tienes que hacer todo enseguida, Lu" dice Kezia, su tono ahora más dulce, casi terapéutico. "Cada día es un paso, un pequeño paso a la vez. Y cada paso te lleva más cerca de donde quieres estar, de donde debes estar. Necesitas tiempo para elaborar todo esto, para metabolizar el dolor,

la rabia, la decepción. No hay prisa. Tómate todo tu espacio para llorar, para enfadarte, para curarte. Y recuerda, hablar de cómo te sientes, expresar tus emociones, es parte integrante del proceso de curación."

"Pero ¿cómo hago para no pensar en él cada vez que miro este test?" le pregunto, indicando con un gesto el test de embarazo abandonado en el lavabo.

"No puedes borrar el pasado, Lu" responde Kezia con sabiduría, "pero puedes decidir cómo el pasado influirá en tu futuro. Este niño no es un castigo, no es un error, es una bendición, una nueva vida que está creciendo dentro de ti. Y tú tienes el control sobre cómo escribir esta nueva historia, sobre cómo plasmar tu futuro. Busca apoyo, no sólo de mí, sino también de profesionales, si sientes la necesidad. La terapia puede ser una gran ayuda para navegar estas emociones tan intensas, para reencontrar la brújula en este momento de tempestad."

Asiento lentamente, sintiendo un atisbo de esperanza abrirse camino entre las cenizas de mi decepción. "Quizás tengas razón" digo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. "No le permitiré que arruine todo. No lo haré. No me romperá."

***

Los días y luego las semanas pasan lentos, pesados, y mi sentido de traición se vuelve cada vez más profundo, más arraigado. Cada vez que miro el móvil, esperando estúpidamente un mensaje que sé muy bien que no llegará nunca, la rabia crece, me devora desde dentro.

Mi vida continúa fluyendo, frenética, superficial, pero hay una sombra oscura que se alarga sobre cada cosa, que oscurece mi alegría, mi serenidad. Trabajo, sonrío para las cámaras, interpreto el papel de la periodista de las estrellas, pero por dentro estoy gritando, estoy asfixiándome. No sé cómo afrontar esta nueva realidad, cómo puedo ser una madre soltera, una madre sola, cuando el padre de mi hijo no quiere saber nada, cuando me ha abandonado a mi destino.

La barriga empieza a crecer, redonda y visible, y con ella crece también mi determinación, mi obstinación.

No le dejaré condicionar mi vida.

No permitiré a Liran Yardley que me rompa, que me arruine el futuro.

Este es mi desafío, mi secreto, mi carga.

Y lo afrontaré sola, con todas mis fuerzas, si es necesario.

12

LUELLE

Dos años después

Abro los ojos y me encuentro frente a una vista de ensueño, un panorama que corta la respiración.

Las colinas de Hollywood se extienden ante mí como una alfombra verde esmeralda, exuberante y vibrante. Pero a pesar de la belleza que me rodea, aún siento dentro el peso de aquel secreto, de aquella noche fatídica que cambió para siempre el rumbo de mi vida. Me pregunto a menudo si el éxito que he alcanzado, la carrera brillante que me he construido, ha sido en realidad el precio a pagar por esa carencia, por ese vacío que Liran dejó dentro de mí.

No me malinterpretéis, estoy agradecida por todo lo que tengo. Mi carrera ha despegado, tengo una oportunidad increíble, un trabajo que pocos pueden presumir. Me he convertido en Luelle Morris, la experta de la alfombra roja, la reina de las entrevistas a las celebridades. Pero a veces es difícil ver el lado positivo de las cosas, sobre todo cuando recuerdo cómo llegué hasta aquí, qué he tenido que sacrificar. Mi verdadera identidad, mi nombre original, mi vida de antes, la de Luelle Ibarra, están lejos, casi inalcanzables, sepultados bajo capas de maquillaje, lentejuelas y sonrisas de compromiso.

Y luego está él, el niño que nunca imaginé tener, mi pequeño milagro inesperado. Axton, mi secreto más dulce, mi mayor alegría. Cada día con él es una nueva aventura, un descubrimiento continuo, pero también un recordatorio constante del pasado, de aquella noche que dejó una huella indeleble en mi alma. Una huella hecha de amor, dolor, y una pizca de arrepentimiento.

Ahora, sin embargo, es el momento de ponerme la máscara, de fingir una sonrisa deslumbrante para las cámaras. "¡Hola a todos, soy Luelle Morris y esta noche estamos aquí para celebrar a las estrellas! ¡Es la noche más glamurosa del año, la noche de la moda en la Alfombra Roja!" Finjo aplaudir, lanzo una sonrisa radiante a las cámaras que me apuntan, intento crear entusiasmo, de transmitir energía positiva.

¡Sonríe, Luelle, sonríe, sonríe, sonríe! Es esto lo que tienes que hacer.

El nuevo programa está yendo de maravilla, es un éxito rotundo. He encontrado finalmente un lugar donde sentirme como en casa, un trabajo que me apasiona de verdad, a pesar de su superficialidad. Y aunque mi padre querría que volviera a vivir en las zonas rurales, sé que en el fondo está orgulloso de mí, que entiende que estoy persiguiendo algo grande, algo importante. No sé si es verdad, pero me ha dicho que ve mi programa todas las semanas. Y esto me hace sonreír.

"¡Ahí está Ben Affleck! ¡Oh, Dios mío, sí, es Ben Affleck! Corramos a preguntarle qué lleva puesto esta noche. ¡Oh, Ben! ¡Ben, por aquí!" Me pavoneo con desenvoltura entre las diversas alfombras rojas del mundo, intentando hacer preguntas superficiales, banales, pero que el público quiere oír. Preguntas como "¿Qué llevas puesto esta noche?" y "¿Los rumores sobre el divorcio son ciertos?".

Es un trabajo absurdo, a veces deprimente. Aún más, es duro mantener la salud mental haciendo este tipo de cosas, fingiendo interés por temas tan fútiles. Y aquí estoy yo, una chica de campo, catapultada a este mundo dorado y vacío, haciendo preguntas idiotas a camaleones multimillonarios. De pequeña, soñaba con convertirme en una periodista de investigación, con revelar escándalos, con denunciar injusticias. Y en cambio, me he convertido exactamente en lo opuesto de lo que quería ser.

Bien hecho, Lu.

"Hola" responde Ben a la cámara, guapo y fascinante como siempre, "Es un simple traje, la verdad. Muy elegante, ¿verdad? Es Armani" sonríe, los dientes blanquísimos brillan bajo las luces artificiales. Todos parecen increíbles esta noche. Más importante, todos se sienten increíbles. Excepto yo. Yo sólo me siento cansada, vacía, artificial.

Después de la grabación del programa, me derrumbo literalmente en el sofá de mi camerino. Exhausta. Esta es la palabra que usaría para describir perfectamente cómo me siento, por dentro y por fuera. Pienso en Liran, en aquella noche maravillosa, intensa, inolvidable. Parece haber sucedido hace una vida. Imagino que en cierto sentido lo es. Cojo el smartphone y abro Perplexity, tecleando su nombre. No es algo de lo que me sienta orgullosa, no me gusta espiar su vida, pero necesito saber qué está haciendo, cómo está yendo su carrera. Es una debilidad, lo sé, pero no consigo evitarlo.

Nunca he recibido esa llamada, ese mensaje que me había prometido. Nunca, ni siquiera una vez. Y lo entiendo, en el fondo. Estas cosas pasan, la vida es así. Él es un famoso jugador de fútbol americano, una estrella, tiene mil pensamientos en la cabeza, mil compromisos. Pero lo que más me duele, lo que no consigo tragarme, es que me dijo que era diferente. Me mintió descaradamente en la cara. Y ni siquiera he conseguido esa entrevista de él, después de todo esto. Un fracaso en toda la línea.

"Mi chica de los ojos marrones".

Así me llamó, de repente, sin motivo aparente. Como la canción. Y yo me sentí tan especial, tan única, tan vista. Ahora me siento sólo usada, tirada a la basura, olvidada. Juro solemnemente a mí misma que no me haré nunca más involucrar sentimentalmente por una celebridad, por un hombre famoso, por un personaje público.

Nunca más.

En la página de los resultados de Perplexity, leo siempre la misma cantinela. Liran ha sido transferido a los New England Pioneers. Irónico, si lo pienso. Les ganó precisamente a ellos en la Super Bowl, y ahora juega para ellos. Así va la industria del deporte, imagino. Ahora está en algún lugar de Boston, o en New England, o quién sabe dónde, mientras yo estoy al otro extremo del país, en Hollywood, a miles de kilómetros de distancia. Dos mundos completamente separados, dos vidas paralelas que no se encontrarán nunca más.

Suspiro y sigo haciendo clic en los enlaces, hojeando las noticias que le conciernen. No está jugando tan bien como antes. El equipo es criticado por todas partes, los aficionados están decepcionados, los expertos le dan por acabado. No puedo evitar preguntarme qué le está sucediendo, si es feliz, si está bien. Quizás se siente culpable por haberme dejado sin al menos una llamada de cortesía, sin un mínimo de explicación. Probablemente no, claro que no. Pero es a esta pequeña, tenue esperanza a la que me agarro por algún motivo, para no derrumbarme del todo.

Durante las llamadas nocturnas con Kezia, ella intenta siempre animarme, hacerme entrar en razón. Me dice que me calme, que todo irá bien, que debo mirar hacia delante. "Es un imbécil,

Lu" repite puntualmente. "No podrás nunca emparejarte con un imbécil. Eres mejor que eso, eres una mujer fantástica, te mereces algo mejor."

"¿De verdad lo soy?" pregunto con un tono sarcástico, amargo. "¡Uf! No le conoces, Kezia. Aquella noche fue diferente, te lo juro. Fue perfecta, como algo de una película, un sueño a ojos abiertos." Intento hacerle entender, de explicarle la intensidad de lo que he probado, la magia de aquel encuentro.

Ella hace un gesto de piedad en el auricular, un sonido que expresa toda su incredulidad y su escepticismo. "Oh, pequeña ingenua. Las películas no son reales. Y ni siquiera aquella noche lo fue. Fue un bonito flirteo, una escapada. Déjalo pasar, dale la espalda y sigue adelante con tu vida. ¡Eres Luelle jodida Ibarra! ¡Eres prácticamente una estrella, una fuerza de la naturaleza!"

"Ya no. Ahora soy Luelle Morris" río amargamente, corrigiéndola. "Imagino, de todos modos, que tienes razón. Debo seguir adelante, debo olvidarlo. Es sólo difícil, Kezia, cuando eres joven, enamorada, y te encuentras en esta situación complicada, en este lío."

Ella concuerda, me dice palabras dulces, tranquilizadoras, intenta hacerme sentir mejor conmigo misma, de recordarme cuánto valgo. Al final, debo sólo tragarme el orgullo, colgar el teléfono y afrontar la realidad de mi vida, la verdad nuda y cruda. Miro delante de mí, a mi futuro incierto.

Si sólo Liran supiera lo que ha hecho.

Pero es mi secreto, mi cruz que cargar. Sólo mío.

"Axton" sonrío dulcemente, mirando a mi niño que duerme plácidamente en la cuna. Me acerco y le beso la mejilla suave, perfumada de leche. "Mi niño."

Es guapísimo, perfecto, inocente, todo lo que de bueno y puro hay en este mundo. Y él es mío. Le abrazo estrechamente y juro a mí misma, en el silencio de la noche, que no le dejaré ir nunca, no le abandonaré nunca, como ha hecho su padre. "Mamá" susurra en el sueño, con una sonrisa angelical. Muero cada vez que le veo, que le oigo pronunciar esa palabra. Mi niño perfecto.

Pero estas situaciones suceden, en la vida. No sabía que me quedaría embarazada, no estaba en mis planes. Nadie lo sabía, nadie se lo esperaba. Kezia pensaba que la libraría, que no sucedería nada. ‘A mí no me ha sucedido’, decía. ‘¿Entonces por qué debería suceder precisamente a ti?’

Pero ha sucedido.

Ha sucedido precisamente a mí.

Me siento a mirar fuera de la ventana, la ciudad iluminada que se extiende a mis pies, con una sola lágrima que me resbala lentamente por la mejilla.

El peso del secreto, del arrepentimiento, de la soledad, me grava en el corazón.

13

LIRAN

Todo ha cambiado demasiado bruscamente para mí.

Me siento como si me hubieran echado de la cama durante un orgasmo demasiado intenso.

A la mañana siguiente de la fiesta, con el sabor del whisky aún en la lengua y el recuerdo de las manos que exploraban cada centímetro de mi cuerpo, tengo una reunión con mis agentes y jefes.

Me dicen que me han transferido a los New England Pioneers, y que seré el quarterback titular.

Todo el mundo me felicita en Twitter e Instagram, con comentarios llenos de corazoncitos y caritas que me hacen pensar en noches de pasión. Luego me explican para qué empresas tendré que hacer publicidad, imaginándome desnudo, cubierto solo por un par de Nikes, con mi polla apenas oculta por una caja de Wheaties, en un juego erótico de seducción publicitaria. Es la vida que he elegido, soy consciente de ello, pero se está volviendo monótona como una sesión de sexo sin preliminares, sin ese escalofrío que te pone la piel de gallina.

"Si soy el mejor del mundo, ¿por qué coño tengo que complacer a estas corporaciones?" pregunto, con la voz cargada de frustración, como si estuviera insatisfecho después de alcanzar el clímax sin satisfacción. Mi manager me mira con una sonrisa que parece una invitación a algo más, como si fuera un meme que no entiende. "Liran, viejo amigo. Eres el mejor, por eso. ¿Quién más escucharía al público?" Su voz es un susurro seductor, me hace pensar en todas las veces que he susurrado palabras cálidas al oído de una mujer, prometiendo placer infinito. "Quieren saber qué zapatos usas y qué cereal comes. El público confía en ti" continúa, y yo imagino esos rostros sedientos de cada detalle de mi vida, deseosos de ver cada parte de mí, como en un porno softcore.

Niego con la cabeza, asqueado, como si acabara de descubrir que mi última conquista era solo una ilusión, una masturbación sin satisfacción. "Sí, bueno, no deberían. Soy un impostor" digo, sintiendo el peso de mi máscara de estrella como si fuera un condón usado. "Nadie debería confiar en mí".

Mi manager me mira como si acabara de publicar algo vergonzoso en TikTok, la decepción en sus ojos casi palpable. "Liran, ¿me haces un favor?" me pregunta, con una voz que parece querer calmar una tormenta de deseo insatisfecho.

"¿Qué?" respondo, ya sabiendo que no me gustará lo que dirá, como cuando esperas que te digan que el sexo ha terminado demasiado pronto, sin orgasmo.

"No digas esas cosas delante de nadie más. Es deprimente. Eres lo mejor que tenemos, lo sabes. Si necesitas algo, llámame. Te lo consigo". Su oferta me hace pensar en noches salvajes, en cuerpos entrelazados y gemidos sofocados, en manos que exploran cada parte del cuerpo. "Lo que quieras. ¿Quieres chicas? Listo, te conseguimos chicas. ¿Quieres una casa nueva? Fácil, te damos una casa". Su tono es el de quien ofrece una mejora en una app de citas, pero yo imagino cuerpos desnudos y sábanas deshechas, gemidos y susurros de placer. "La mayoría de la gente mataría por estar en tu posición. Recuérdalo. ¿Quieres acabar en la calle como Cadence?" añade, como si fuera una publicación de advertencia en un foro, pero todo lo que veo es el rostro de mi

ex y los momentos pasados juntos, en el calor del pecado, sus labios alrededor de mi polla, sus manos que me guían hacia el placer.

No puedo evitar reírme de la última parte, una risa que parece liberar un poco de mi frustración sexual reprimida, como una liberación después de una larga sesión de edging. "¡Diablos, no!" exclamo, mi cuerpo tensándose hacia delante, como si quisiera abrazar o quizás escapar de esta realidad, mi deseo por Luelle manifestándose en una erección evidente. "Mira, entiendo. Te entiendo. Tienes razón" admito, sintiendo el deseo de cambiar de rumbo, de encontrar algo más auténtico, más crudo y real. "Tengo que recuperarme. Encontraré una solución" digo, pero dentro de mí siento que estoy a punto de perder followers en cada plataforma, como si estuviera perdiendo el control de mi placer, mi hambre de ella que no se sacia. "Tómate unos días libres, vete a México o algo así. Te mereces unas vacaciones" me sugiere.

Sigo su consejo, pero no voy a México. Ni voy a Hawái ni a ningún otro lugar tropical y fascinante.

***

Absorto por el ritmo apremiante de los eventos de los días siguientes, no llamo a Luelle de inmediato. Error fatal. Porque me doy cuenta, solo en el momento en que quiero hacerlo, de que ya no encuentro el trozo de papel con su número escrito.

¡Joder, joder, joder!

¿Y ahora qué?

¿Cómo diablos hago para contactarla?

Y ella ni siquiera tiene mi número.

Qué idiota soy.

Tomo inmediatamente la solución más lógica.

Al día siguiente salgo para Dallas, como si me atrajera una llamada física y primordial, el deseo de reencontrar el calor de Luelle. Recorro mis pasos de la noche de la fiesta, como si estuviera tratando de reconstruir un video borrado en Snapchat, cada paso un recuerdo de cuerpos entrelazados, de besos apasionados, de manos que exploran territorios prohibidos. "Luelle..." suspiro, su nombre mezclándose con el deseo en mi respiración, cada fibra de mi ser queriendo sentirla de nuevo debajo de mí, encima de mí, en todas partes. Se está convirtiendo en un fragmento de memoria, pero para mí es mucho más, es la promesa de noches salvajes y días de pasión desenfrenada, su cuerpo moviéndose en sincronía con el mío, sus gemidos que me guían hacia un placer insaciable.

La busco por todas partes, con la misma desesperación con la que busco alivio en los momentos de deseo insatisfecho, cada rincón de la ciudad un posible escondite para nuestro próximo encuentro erótico. Voy a su casa, pero la ha vendido, y veo mi vida con ella que se me escapa entre los dedos como arena, nuestros momentos de intimidad que se desvanecen. Ahora hay una familia que vive allí, imágenes de vida normal. Me dicen que se mudó al oeste, a Arizona o algo así, lo que me hace pensar en ella bajo el sol, el sudor corriendo por su piel dorada, su cuerpo desnudo listo para ser explorado de nuevo. Parece extraño, pero busco su nombre en Internet, como si estuviera tratando de reencontrar a una amante perdida en un mar de rostros.

Pero nada. No encuentro nada sobre Luelle Ibarra, como si hubiera desaparecido de la web, borrada como un viejo tweet. Pero mi corazón aún late por ella, por cada momento de éxtasis compartido, por cada susurro erótico, cada toque que me ha hecho sentir vivo.

Joder, ¿pero dónde demonios se ha metido?
Por el momento me rindo, y vuelvo a mi vida habitual.

***

Mientras me preparo para dejar el viejo vestuario, mi manager me agarra del brazo, su toque casi posesivo. "Liran, no lo olvides, aquí eres el rey. Pero en Boston, tendrás que reconquistar cada centímetro del campo".

"No me interesa reconquistar el campo, quiero reconquistar a Luelle" respondo, mi voz cargada de frustración sexual, como si cada palabra fuera un gemido sofocado.

"Olvídate de esa chica, Liran. Encontrarás otras mil listas para hacerte olvidar su nombre" dice, pero su consejo suena vacío como un orgasmo fingido.

En el pasillo, me cruzo con Jaron, el linebacker veterano del equipo, sus ojos mirándome con una especie de compasión. "No puedo creer que te vayas, amigo. ¿Quién nos dará la emoción de tus fiestas épicas ahora?"

"Me importa una mierda las fiestas, Jaron. Necesito encontrar a Luelle. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra" escupo, mi deseo por ella ardiendo más que el whisky que hemos bebido juntos.

"Prueba con las redes, los viejos métodos. Tal vez ha cambiado de cuenta" sugiere Jaron, pero yo niego con la cabeza, sabiendo que ya he pasado noches en vela buscando cada rastro digital de ella.

"No hay nada, amigo. Es como si nunca hubiera existido" digo, mi voz apagándose, imaginando su cuerpo, su perfume, el calor de su piel que ya no puedo tocar.

Mi teléfono suena, es mi manager de nuevo. "Liran, tengo contactos en Boston. ¿Quieres que vean si pueden rastrearla?"

"No quiero que la 'rastree' nadie, joder. Quiero encontrarla yo. Quiero verla, sentirla, tocarla" respondo, mi tono desesperado, como si estuviera implorando por un último beso.

"Cálmate, Liran. Eres un ídolo, no un detective. Deja que los expertos hagan su trabajo" responde, pero yo no consigo calmarme, la necesidad de ella consumiéndome como un fuego.

Mientras me alejo del viejo equipo, oigo la voz de uno de mis ex compañeros, Rodríguez, llamándome. "Liran, no dejes que esta mierda te tumbe. Tienes todo el mundo a tus pies, usa tus recursos".

"No quiero recursos, la quiero a ella. Es como si hubiera perdido la mejor parte de mí" respondo, mi voz traicionando una vulnerabilidad que no me puedo permitir.

"Si estuviera aquí, te diría que dejaras de hacer el gilipollas y siguieras adelante. Pero entiendo, amigo. Es duro cuando pierdes a alguien que te hace sentir vivo" dice Rodríguez, y sus palabras me golpean como un puño, recordándome cada momento erótico pasado con ella.

"No puedo seguir adelante sin ella. Cada día sin Luelle es como un día sin pasión, sin vida" respondo, sintiendo el vacío dejado por su ausencia, un agujero que ningún touchdown o contrato millonario podrá jamás llenar.

14

LUELLE

Vale, allá vamos.

Un grito que resucitaría a los muertos me catapulta fuera de la cama.

No un llanto normal, ¿eh? No, esto es nivel "fin del mundo" el tipo de sonido que te hace pensar que el Infierno ha decidido abrir una sucursal en tu dormitorio, y que el responsable es un enano de cincuenta centímetros. Es ese lamento estridente que te cala hasta los huesos, que te dice claramente: "Si no arreglas esta situación, la civilización como la conocemos dejará de existir, ahora mismo". Sí, vamos, bienvenidos a mi circo de tres pistas, también conocido como "vida de madre soltera".

Miro la hora en el teléfono, porque el reloj normal es demasiado old school para mí, obviamente. Las cuatro de la mañana. Perfecto. "Oh, Axton…" suspiro, ya derrotada de antemano. Es como mi frase favorita del momento, justo después de "Necesito un café grande como una casa" y "¿Cuándo podré dormir de nuevo?".

Me arrastro fuera de la cama, dirección a la habitación del gritón profesional, alias mi hijo.

Corro a su habitación, que he decorado con estrellitas fosforescentes porque, ya se sabe, a los niños pequeños les encanta el efecto discoteca años 80. Me acerco a la cuna, un modelo súper guay con los laterales que se bajan solos, pagado un ojo de la cara y usado quizás dos veces. "Shhh, shhh, todo está bien, todo está bien" susurro, metiendo una mano entre los barrotes. "Mamá está aquí, mamá ha llegado". Como si él entendiera una palabra, pero, hey, intentar no daña, ¿verdad?

Lo levanto con delicadeza, como si fuera una bomba a punto de explotar, y me dirijo al sillón balancín, mi personal rincón de tortura nocturna. Empiezo la cantinela de siempre.

"Duérmete niño, duérmete ya. Mamá te canta una nana…" No tengo ni idea de la letra, honestamente. Es una mezcla de "Estrellita dónde estás" "Fray Martín" y quizás hasta un trozo de "Baby Shark" porque a estas alturas de la noche, mi salud mental es un concepto bastante vago.

¡Pero, milagro! Parece funcionar.

Los gritos se transforman en sollozos, luego en murmullos, y finalmente, casi casi, en silencio. Respiro aliviada, tanto que podría inflar una colchoneta de playa.

Le acaricio el pelo, que es tan fino que parece que acaricio el aire. ¿Pero cuánto de mono es cuando duerme? Parece un angelito mandado del cielo, un pequeño Buda zen, completamente ajeno al caos que acaba de desatar. Lo vuelvo a dejar en la cuna con la delicadeza de un artificiero que desactiva una bomba, aguantando la respiración y cruzando los dedos.

Parece todo ok. Axton ha vuelto al mundo de los sueños, feliz y mudo como un pez. Suspiro aliviada, plan "misión cumplida" y hago marcha atrás saliendo de la habitación de puntillas, como una ninja. Pero en cuanto pongo un pie fuera de la puerta… ¡WAAAAH! La sinfonía del terror vuelve a empezar de nuevo.

"¿Pero estamos de broma?" murmuro, esta vez un poco menos zen y un poco más histérica.

“Dentro de dos horas tengo la reunión con el jefe. Por favor, universo, ¡dejadme dormir una santa vez!"

Vuelvo en modo sprint a la habitación, lista para el round dos. Lo cojo en brazos, esperando que la nana bis funcione. *Spoiler alert*: no funciona. Es más, parece que mi voz de gallina cansada lo irrita aún más.

¡Piensa, Luelle! ¡Piensa!

El cerebro se bloquea, plan pantalla negra del ordenador, no sé qué hacer. Entonces, en el pánico más total, empiezo a hablar a raudales, soltando palabras al azar, como si estuviera improvisando un stand-up comedy para un público de bebés insomnes.

Hablo del tiempo que hace, de cuánto cuesta la leche en el supermercado, del último drama en Instagram entre las influencers, cualquier cosa que me pase por la cabeza, con tal de distraerlo de ese grito que me está perforando los tímpanos. Intento imitar el sonido de la vaca, del perro, del gato, pero él me mira con una expresión plan "¿Me estás vacilando?"

Nada. Cero resultados.

Luego, yo qué sé, se me enciende la bombilla, y me viene a la mente Liran. Quizás porque es la única persona vagamente interesante en mi vida, aparte del tipo de las entregas de la pizza.

“Érase una vez un hombre llamado Liran Yardley…" empiezo a contar, casi susurrando, como si estuviera revelando un secreto de estado.

Y, ¡increíble pero cierto, funciona!

Axton deja de llorar de golpe, como si "Liran Yardley" fuera la palabra mágica, plan "Ábrete Sésamo" para su interruptor del llanto. Me mira con esos ojazos azules como platos, me sonríe, y hace ruiditos plan "gu gu ga ga". Vale, quizás no entiende una palabra, pero al menos está en silencio.

“Liran era fuerte, sabio y un líder flipante” continúo, dejándome llevar por el flujo de conciencia. “Un tipo duro, vamos. A mamá le gustaba mucho, ¿sabes? Era… especial”.

Se me quiebra la voz, me arriesgo a soltar una lagrimita.

Pero no, Lu, no te pongas melodramática, no estamos en una película lacrimógena.

"Y si te hubiera conocido, estoy segura de que se habría enamorado también de ti". Ahí está, la frase melosa la he dicho. Check. Sigamos adelante.

“Bueno, Liran era un verdadero cowboy, un tío buenísimo, uno de esos que vuelven locas a las chicas, ¿entiendes?” Intento hacerla más atractiva, aunque mi audiencia sea un recién nacido que se está masticando el puño. “Lo mandaron a una misión secreta, plan James Bond, poco antes de conocer a tu mamá. Tenía que derrotar a unos malos, que se llamaban Pioneers. Eran unos matones, ¿entiendes? Y nadie, pero nadie, pensaba que Liran lo lograría. Parecía una ‘mission impossible’. ¿Cómo podía un cowboy solitario vencer a un ejército de Pioneers?”

Axton me escucha en silencio, chupándose el pulgar con aire concentrado, como si estuviera siguiendo la trama de un thriller.

“Exacto, campeón. Estaba lleno de coraje, a raudales. No le tenía miedo a nada, Liran. Sabía exactamente cómo poner KO a los enemigos, era un verdadero duro. No tenía miedo de enfrentarse al mundo entero, ¿entiendes? Justo como tú, ¿eh?” Sonrío y le doy un beso en la mejilla, sintiendo su olor a talco y pañal limpio. A estas alturas, el pequeño cowboy está K.O., duerme de nuevo, plácido y feliz como un angelito (cuando no grita, obviamente). Es más, duerme tanto que se queda felizmente dormido incluso cuando lo vuelvo a dejar en la cuna y me escabullo fuera de la habitación, plan ladrona de sueño.

Suspiro aliviada, finalmente un poco de silencio. Pero la tregua dura demasiado poco, el efecto

"Liran Yardley" se desvanece rápido. Ahora estoy demasiado despierta, el cerebro me da vueltas a mil, el sueño es un espejismo lejano. Hago la rutina de siempre de zombie matutino: café, noticias y depresión post-noche en vela. Voy a la cocina, pongo la moka, que es como mi mejor amiga en estos períodos oscuros, y enciendo la tele en las noticias de la mañana, para escuchar las catástrofes de siempre y sentirme aún más de bajón.

¡Pero esta vez, sorpresa!

Las noticias no son deprimentes, es más, me suben la moral, plan inyección de vitamina C. El presentador sonríe como si acabara de ganar la lotería, y anuncia con voz estridente: "…¡y scoop mundial para todos los deportistas! ¡Preparad las palomitas, calentad los sofás, porque los New England Pioneers están despegando para California para el desafío del siglo contra los Rams! ¡El partido que todos esperaban, gente! ¿Tendrá Liran Yardley la madera para guiar a su equipo a la victoria? ¡Sintonizad el próximo lunes, no os lo podéis perder!"

En la pantalla se muestran imágenes de Liran, sonriente, musculoso, y jodidamente sexy, debo admitirlo. Son todos highlights de sus mejores partidos, plan "Liran Yardley: The Greatest Hits". Aunque este año su equipo no está brillando, y los comentarios de los haters en las redes sociales son más feroces que una manada de lobos hambrientos, el país sigue con él, todos creen en su remontada, en su regreso como rey. Se me dibuja una sonrisa bobalicona, plan "sí, lo logrará" como si fuera su groupie número uno.

Mientras sorbo mi café hirviendo, siento la cafeína entrando en mi torrente sanguíneo, plan superpoder matutino. Liran es un luchador nato, uno que no se rinde nunca. Y aunque entre nosotros se haya acabado, dentro de mí sé que sigue siendo un campeón. Y, raro pero cierto, me siento un poco orgullosa de él, plan "ahí está mi ex, ¡a tope!"

Pero no, Lu, no te pongas stalker romántica, concéntrate en el café e intenta llegar viva a la reunión de las nueve.

Cuando he terminado de desayunar, lavar los platos (¿otra vez? ¿Pero no los había lavado hace cinco minutos?), cambiar el pañal a Axton (juro que este niño produce residuos tóxicos a nivel industrial), llego mega tarde al trabajo. Miro el reloj digital, que es como mi némesis matutina: las ocho y veinte. Pánico. Y la niñera aún no se ha presentado. "¡Dios mío, dios mío, dios mío!" gimo, sintiendo el terror que sube como la marea. "¡La mato! ¡Juro que la mato si no suena el timbre en treinta segundos!" grito, obviamente bromeando, pero con una punta de verdad. Plan, si Sienna no llega en un minuto, podría transformarme de verdad en un monstruo sediento de sangre de niñeras tardonas.

Y, como si tuviera una espía en mi cocina, justo en ese momento, dring dring, suena el timbre. Suspiro aliviada, plan "gracias universo, me has salvado el pellejo" y corro a abrir, intentando ponerme mi máscara de "mamá zen y súper organizada". En el umbral está Sienna, la niñera salvavidas, con una expresión contrita y los ojos llorosos, plan "acabo de ver morir a un gatito". "Ehm, disculpe el retraso, señora Morris" Empieza a balbucear, visiblemente mortificada. "Había un tráfico absurdo, una verdadera pesadilla, y…"

Parece a punto de echarse a llorar, así que la interrumpo en seguida, no quiero hacerla sentir peor, aunque por dentro me gustaría gritar "Ya sé que había tráfico, yo también vivo aquí, ¡no estoy en Marte!"

"Tranquila, Sienna" digo, esforzándome por ser la mamá comprensiva y paciente. "Imagínate, le pasa a todo el mundo. Discúlpame tú si me has oído gritar desde dentro de casa, estaba un poco… estresada, digamos". Le hago un gesto para que entre, invitándola a no hacerse demasiados escrúpulos. "Entra, entra, no te cortes, la casa es una pocilga, pero da igual". Ok,

quizás la última parte la he pensado, no la he dicho.

"No se preocupe, señora" dice ella, entrando tímidamente en casa, como si tuviera miedo de ensuciar el suelo (que en realidad ya es un campo de batalla). "Imagino que es súper estresante criar a un hijo sola. Pero quería decirle una cosa, si puedo…" Me mira con una expresión adorable, plan "eres mi heroína" que un poco me incomoda. "Usted es una verdadera fuente de inspiración para mí".

Por poco me atraganto con mi propia saliva. ¿Fuente de inspiración? ¿Pero para quién? ¿Para los desastres ambulantes? ¿Para las madres al borde de una crisis nerviosa?

Vamos, Sienna, no me tomes el pelo, sé de sobra que soy un caos total.

Le sonrío de todos modos, esforzándome por parecer agradecida y humilde. "Eres muy dulce, Sienna, pero no te pases, ¿eh?" digo, intentando no parecer demasiado sarcástica, pero fallando miserablemente. "De todos modos, llego súper tarde, tengo que correr. Toma, esto es extra, además de la paga de siempre. Cómete un café, un helado, una sesión con el psicólogo, lo que necesites para superar este trauma matutino". Le meto en la mano unos cuantos billetes, esperando comprar su silencio y su complicidad. "Si tú o Axton necesitáis algo, llámame, aunque estaré probablemente en una reunión y responderé dentro de tres horas, pero vamos, haz como si nada".

"Por supuesto, señora, estaremos genial" dice ella, cogiendo a Axton en brazos con una calma olímpica que casi me da envidia. Ella es tan zen, tan tranquila, tan… perfecta. ¿Y yo en cambio? Soy la versión humana de un tornado, siempre con prisa, siempre con retraso, siempre al borde del colapso nervioso. ¿En qué me he convertido? Una caricatura de mí misma, una mamá desesperada que vive a base de café y somníferos. Me siento casi celosa de su serenidad, de su capacidad de gestionar la situación con una sonrisa, mientras yo estoy a un paso del meltdown.

"Sí, claro, estaréis genial" repito, un poco mecánicamente, intentando no pensar demasiado en mi desastre existencial. "Pero, a ver, a veces Axton se pone un poco… exigente, sobre todo cuando tiene hambre y…"

Mientras hablo, intentando darle las últimas instrucciones plan "manual de supervivencia al bebé gritón" busco frenéticamente en el bolso para encontrar la maldita leche en polvo. Un movimiento equivocado, un momento de distracción, y el bolso, lleno como un saco de patatas, se me resbala de las manos, estrellándose contra el suelo con un ruido plan terremoto. Se abre de golpe, derramando todo su contenido sobre la alfombra: leche en polvo que se esparce por todas partes, cartera que vuela, llaves que rebotan, pintalabios que se abre y mancha todo, toallitas húmedas que ruedan, un verdadero festival del caos.

Me desplomo en el suelo de rodillas, sobrepasada por el cansancio, por la frustración, y por la consciencia de ser un desastre total. Las lágrimas empiezan a caer, calientes y molestas, plan lluvia ácida. Me tiemblan las manos, no consigo respirar, me parece estar en una película dramática de serie B. Sí, estoy en el final del camino, al límite de la resistencia, al borde del precipicio. Y entonces, de repente, sucede algo raro. Me da por reír. Una risa histérica, nerviosa, incontrolable, que casi me da miedo. Plan, ¿me estoy volviendo loca? Quizás sí. Quizás oficialmente me he ido por la tangente.

Sienna se agacha en seguida para ayudarme a recoger el desastre, con una expresión entre preocupada y divertida. "¡Dios mío! ¿Está todo bien, señora Morris?" me pregunta, con su voz tranquila y amable de siempre, como si acabara de tropezar con una alfombra, y no al borde de una crisis existencial.

Me levanto a duras penas, me seco las lágrimas con la manga de la blusa, y respiro hondo,

intentando recomponerme, plan "nada de pánico, todo bajo control". “Estoy bien” digo, con un hilo de voz, intentando convencer más a mí misma que a ella.

Estoy bien, estoy bien, estoy bien, me repito mentalmente, como un mantra para alejar la locura. Y entonces, ¡BAM! Se me vuelve a encender la bombilla, me vuelve a la mente el anuncio del telediario. ¡Él viene a California!

Una idea loca, genial, completamente irracional, me invade la mente, plan virus informático. ¡Eso es lo que tengo que hacer! ¡Tengo que ir a encontrarlo al partido! Tengo que ver a Liran, tengo que hablar con él, tengo que… Ni siquiera sé lo que tengo que hacer exactamente, solo sé que tengo que estar allí, el próximo lunes.

¿Pero el niño?

No puedo llevarme a Axton detrás, no puedo transformar mi encuentro con él en una excursión con pañales y biberones.

¿Y Sienna?

No puedo decirle "Hola, Sienna, gracias por la disponibilidad, pero yo lo dejo todo y me voy a reconquistar a mi ex macizo, nos vemos dentro de una semana, quizás". No, definitivamente demasiado dramático.

Esto debe seguir siendo un secreto, un plan loco que debo mantener escondido, una locura mía. Sonriendo a Sienna, una sonrisa forzada y un poco psicopática, repito con más convicción: “¡Sí, sí, estoy bien! ¡Genial! ¡Es más, nunca he estado mejor!" Y sin añadir nada más, salgo corriendo de casa, me subo al coche y me escapo, dirección a la oficina, pero con la cabeza ya proyectada hacia un cierto quarterback que me está haciendo perder la cabeza.

Cuando finalmente entro en la oficina, jadeando, sudada, y con un retraso de una hora, mi jefe y el propietario del canal me reciben con una sonrisa de treinta y dos dientes, luminosa como un faro en la niebla. Una sonrisa inquietante, sospechosa, que me da escalofríos en la espalda. “Luelle, tenemos que hablar contigo” Me dicen al unísono, con un tono de voz melifluo y suave, plan serpientes de cascabel listas para morder.

Oh, no. Pienso para mí misma, sintiendo la tierra temblar bajo mis pies.

¿Y ahora qué quieren estos dos?

Vista la sonrisa de tiburones hambrientos y ese tono de voz plan "tenemos una sorpresita para ti" ya he entendido que no será nada bueno. Es más, me preparo para lo peor, plan "despido fulminante" "recorte del sueldo" "traslado a Siberia". Ya huelo el olor acre de la faena, el sabor amargo de la derrota. Y todo esto, antes de las nueve de la mañana. Fantástico. Mi día ha empezado oficialmente de la mejor manera. Ironías de la vida, obviamente.

15

LIRAN

Boom!

Todo negro por un segundo.

Luego, de golpe, el verde ácido de la hierba a pocos centímetros de la nariz.

Cara aplastada, sabor a tierra en la boca. "Ugh" murmuro, intentando escupir la tierra. La cabeza me palpita como después de un rave de tres días sin parar.

¿Dónde coño estoy? ¿Qué ha pasado?

"¿Eh?" La voz me sale ronca, más un quejido que una pregunta. Entonces veo las zapatillas de deporte de Clayton Rollins, enormes, que me bloquean la vista. Levanto la mirada y su cara me sobresale, una mezcla de diversión y burla.

"¿Pero me preguntas a mí, bro?" dice, alzando las manos como para decir 'no es culpa mía'. “Has cogido la pelota y te has plantado ahí como un poste de la luz. Te han tumbado, amigo" continúa, sacudiendo la cabeza y riendo entre dientes. Parece divertido por mi ridículo, como si fuera un novato que aún no conoce las reglas del juego.

"¡Liran, ¿pero qué coño haces?!" La voz del entrenador me llega a los oídos como una alarma. Lo veo correr hacia mí, el rostro contraído en una mezcla de preocupación y rabia. "¿Qué te pasa? ¿Qué te sucede? Has estado raro toda la semana." Su voz está cargada de frustración, como si estuviera mandando en tilt todo el sistema.

El entrenador mira a su alrededor, buscando explicaciones silenciosas en los ojos de los otros jugadores. También ellos sacuden la cabeza, desorientados, quizás incluso un poco irritados. Siento el peso de sus miradas sobre mí, un juicio silencioso y severo. "¡Vale, chicos, diez minutos de pausa!" Su decisión es brusca, un corte limpio, un intento de devolver el orden al caos que parezco haber generado yo.

“Vamos a dar una vuelta.” El entrenador me agarra por un brazo y me arrastra lejos del grupo. Su agarre es firme, pero hay una tensión contenida. Siento su mirada fija en mi nuca, una mezcla de desaprobación y sincera inquietud. Entiendo que hay un problema, un problema que debo afrontar, que debo resolver.

Una oleada de culpa me asalta, una onda tóxica que me cierra el estómago. Sé que estoy haciendo lo peor, lo que un hombre como yo no debería permitirse nunca. Estoy decepcionando a mi equipo, a mis compañeros, al entrenador. Me vuelvo hacia él, las disculpas listas para brotar.

"Lo siento" digo, la voz ronca y llena de remordimiento. “Sé cuánto contáis todos conmigo. Y sé que os importa tanto ganar. Créame, lo sé. A mí también me importa un montón.” Las palabras salen sinceras, aunque no explican el verdadero motivo de mi colapso. Quiero que entienda que no es falta de compromiso, sino algo más profundo, más oscuro.

"¿Y entonces qué pasa?" El entrenador me mira fijamente a los ojos, buscando la verdad escondida detrás de mis palabras. "Puedes hablar conmigo, Liran. Seré tu entrenador, claro, pero aquí somos una familia. Quiero que lo sepas. Estos son los Pioneers. Esto es una hermandad.” Su

voz se suaviza, se hace más cálida, más humana. Me ofrece una vía de escape, una rendija para abrirme y compartir el peso que me está aplastando.

Por un instante, solo un único, fugaz instante, pienso en contárselo todo. El impulso es fuerte, casi violento. Me gustaría hablarle de Luelle, de la situación infernal que me está devorando el alma, como un fuego que quema lento e inexorable. Pero entonces, el miedo me bloquea la garganta. Me encierro en mí mismo.

No puedo hacérselo saber. No quiero que nadie lo sepa. Es un dolor mío, personal, un secreto que debo custodiar celosamente, como una herida abierta que no quiero mostrar a nadie. Es una batalla solitaria, una guerra silenciosa que combato en lo profundo de mi ser.

"Lo sé, entrenador. Es que no he dormido mucho últimamente" miento, la mentira me resbala de los labios con facilidad desarmante, automática. Me vuelvo de nuevo hacia los otros jugadores, intentando asumir un aire más desenvuelto, más controlado. La mentira es una tirita temporal, una solución rápida que no cura la verdadera enfermedad.

"Bueno, es hora de que descanses. Tenemos un partido gordo el lunes. ¡California, baby!" me grita el entrenador, intentando quitarle hierro al asunto, de volver a centrar la atención en el objetivo principal, en el partido. Su tono vuelve a hacerse cargo de entusiasmo, de energía contagiosa. "¡California, Liran!" repite, como un mantra motivacional.

Justo. Vale. California. El partido. Debo concentrarme en eso. Debo dejar de lado todo lo demás, al menos por el momento. La realidad me cae encima como un puñetazo en el estómago: el partido es la prioridad absoluta.

Vuelvo a estar con los otros jugadores. Me esfuerzo por sonreír, por parecer cargado y determinado. "¡Vamos, chicos! ¡Hagamos el punto!" grito, intentando transmitir energía, de sacudir su apatía. Mis compañeros se estrechan en círculo alrededor de mí. Esperan mis palabras, como si fuera un gurú listo para dispensar sabiduría. Esperan la próxima jugada, la estrategia ganadora para darle la vuelta a la situación.

"Sé que no estamos jugando bien como deberíamos" empiezo, la voz firme, decidida, intentando infundir seguridad. "Y sé que muchos de vosotros me habéis echado la culpa por estas derrotas. Quizás tengáis razón" admito mis responsabilidades, aunque no explico el verdadero motivo de mi bajón de rendimiento. Es una verdad parcial, una confesión a medias.

"¡Pero es aquí donde la música cambia, hermanos!" Alzo el tono de la voz, intentando inflamar sus ánimos, de despertar el orgullo dormido. “Es aquí donde nos recuperamos y lo reventamos todo. ¿Lo sentís? ¿Conseguís ver ese trofeo entre las manos?” Hablo de victoria, de revancha, de gloria futura. Intento encender su imaginación, de proyectarlos hacia el objetivo final.

"¡Usaremos toda esta rabia para llegar directos a la Super Bowl y volver de campeones!" concluyo, alzando el puño cerrado. "¡A la de tres!" Todos unen las manos en el centro, creando un bloque compacto, un símbolo de unidad y fuerza. "¡Uno-dos-tres, Pioneers!" El grito de batalla resuena en el campo, una explosión de energía y determinación que desgarra el aire.

Fuera del campo, la realidad es bien distinta.

El mundo ficticio del football se desvanece, dejando espacio a mis problemas reales, a los fantasmas que me atormentan. Decido que puedo abandonarme al lamento, puedo recrearme en el dolor del pasado, pero esto no cambiará nada. Puedo esperar y rezar por recuperarla, pero no significa que Luelle volverá mágicamente, como en un sueño.

Es hora de seguir adelante, de reconstruir mi vida pieza por pieza, como mejor pueda. Visto que Jaron se ha convertido en un adversario, como una sombra que se desvanece al alba, me he hecho amigo de Clayton, nuestro running back más rápido, una futura estrella del campo, un

talento en bruto que hay que moldear. Necesito nuevas distracciones, nuevas compañías, de reconstruir un atisbo de normalidad.

Después de ducharme y prepararme, cojo el móvil y marco su número. Lo llamo. "Clayton. Necesito una noche fuera" le digo, la voz aún un poco apagada, pero con una chispa de deseo de evasión. Necesito distraerme, de olvidar, de apagar el cerebro por unas horas.

"Amigo, pero te has convertido en un ermitaño desde que has entrado en el equipo." Clayton responde enseguida, su voz chillona y cargada de energía. "Te hace falta más de una noche fuera. No te preocupes, tengo la solución." Parece entusiasmado con la idea de sacarme de mi aislamiento voluntario. Ya tiene en mente un plan, una estrategia precisa para la noche.

"Bien, te espero fuera en una hora. Vamos a dar una vuelta por el Pioneers Club antes. El 'después' está en tus manos" digo, estableciendo las reglas del juego. El Pioneers Club es el punto de partida, el resto lo dejo decidir a él, confiando en su iniciativa. Necesito dejarme guiar, de abandonarme al flujo de los eventos.

"Recibido" responde Clayton, colgando. Su respuesta es inmediata, un "sí" entusiasta, una señal de vía libre. Siento una pequeña descarga de adrenalina, un atisbo de excitación que me recorre las venas. Quizás esta noche pueda cambiar algo de verdad, pueda sacudirme del sopor en el que he caído.

El Club es el local más de moda de Boston en este momento, un templo de la diversión exclusivo, creado aposta para nosotros los jugadores. Es VIP exclusive, un santuario inaccesible a los comunes mortales, y el único modo de entrar es ser aprobado por nosotros, la élite, o por los porteros, los guardianes del templo. Es un mundo aparte, un universo paralelo de excesos y privilegios.

Y puedes estar seguro de que ahí dentro está todo el alcohol que un hombre puede desear. Un banquete infinito de tentaciones, un catálogo completo de vicios y placeres prohibidos. Me pongo mi mejor traje, el que me hace sentir más seguro de mí mismo, me arreglo el pelo en el espejo, intentando reencontrar una pizca de encanto perdido. Salgo.

"Es hora de reventarlo" susurro para mí mismo con una sonrisa forzada, un intento de autoconvencimiento. Debo sacudirme de encima la tristeza, hacer tabla rasa del pasado y volver a empezar con un nuevo impulso. Esta noche se cambia de registro, se sube el volumen de la vida.

Fuera de mi palacio veo una limusina stretch, negra y brillante como un escarabajo gigante. Está lista para recogerme, como un taxi lujoso que me transporta hacia la promesa de una noche inolvidable. La ventanilla se baja lentamente, con un siseo sumiso, revelando el interior opulento. “¡Ah, pero mira! ¡Ahí está, ahí está el jugador!”

"¿Qué se dice, chicos?" digo, saltando dentro de la limusina, intentando mostrar un entusiasmo que no siento del todo. El ambiente ya es eléctrico, el aire saturado de excitación. Estoy listo para sumergirme en la multitud, para socializar, para olvidar, al menos por unas horas, el vacío que me roe por dentro.

Dentro están Clayton y dos chicas. Rubias, con senos hinchados, labios carnosos y artificiales, y quizás incluso glúteos esculpidos por la cirugía. La perfección plástica, la ilusión de una belleza patinada. ¿Quién puede decir hoy en día qué es auténtico y qué es una réplica? Luces de neón iluminan el habitáculo, creando un ambiente de club privado, un escenario móvil para la seducción. Clayton ya ha descorchado el champán para todos, el brindis inaugural de una noche de excesos.

Las chicas me examinan de arriba abajo, con ojos ávidos, como si fuera un objeto precioso que

hay que evaluar, un trofeo que hay que conquistar. Sonríen, parecen complacidas con el resultado, como si hubiera superado un test, un examen de deseabilidad.

"¡La noche acaba de empezar!" anuncia Clayton, como un presentador que introduce el espectáculo principal. "Liran, te presento a Natalie y Ronda. Son tus fans incondicionales." Me guiña un ojo, ya ligeramente achispado, un cómplice guiño. Las chicas son fans, groupies, parte de mi séquito, de mi público adorador.

Natalie ya me ha puesto una mano en el muslo, un gesto audaz, una provocación estudiada. Se ha acercado a mí tanto que me roza, invadiendo mi espacio personal, anulando las distancias. Le quito la mano con decisión, un rechazo claro, una barrera invisible. Me alejo, creando un vacío entre nosotros, como si quisiera cancelar todo contacto. Para la mayoría de los hombres sería una bomba sexy, una ocasión que no hay que perder. No para mí, sin embargo. No en este momento. Es imposible no compararla con Luelle, la comparación es inevitable, dolorosa. Luelle es la original, ella una copia descolorida, una pálida imitación.

"¿Ah sí?" respondo, esforzándome por parecer interesado, de no romper el encanto de la seducción. "¿Te gusta lo que hago?" le pregunto, fijando la mirada en la apertura vertiginosa del vestido sobre sus muslos lisos, como si quisiera escrutar más allá de la apariencia. Ella se muerde el labio inferior, un gesto calculado, y asiente, confirmando lo obvio, lo banal.

"Me gustó muchísimo verte durante la Super Bowl" dice Natalie, repitiendo la frase hecha, el cumplido estandarizado. Como a todos los demás. Pienso entre mí, ignorando su elogio genérico, como si no tuviera ningún valor, ninguna autenticidad.

"Natalie nació en Rusia, pero adora los deportes americanos. Es una, ejem, su pasión" aclara Clayton, intentando dar un contexto, de añadir un toque de exotismo al personaje de Natalie. "¿Una pasión?" le pregunto, alzando una ceja, poniendo en duda su sinceridad, la profundidad de su interés. Bebo un sorbo de mi champán, está sin gas, como sus palabras, como sus emociones.

"Bueno" empieza ella, “me gustan los jugadores. Un montón.” Sonríe, se pasa la lengua sobre los labios húmedos, un gesto lento y sensual, un intento de seducción explícita. No puedo evitar pensar en lo aburrida que es, previsible, privada de originalidad.

"Soy un gran fan también de lo que hago" sonrío, sintiendo crecer dentro una molestia sorda, una creciente irritación. Ella sonríe simplemente, como si no estuviera escuchando una palabra de lo que digo, como si estuviera programada para reaccionar solo a estímulos superficiales. "Eres muy guapa" miento, un cumplido de circunstancia, vacío y privado de significado.

No es para nada lo que quiero. Es más, me gustaría que se fuera, que desapareciera de mi vista, que me dejara en paz. La limusina se acerca a la acera, hemos llegado a nuestro destino, como si la noche fuera un recorrido preestablecido, sin sorpresas. Entramos en el club, listos para penetrar en el corazón palpitante de la noche.

Dentro, la música bombea a un volumen ensordecedor, un ritmo obsesivo, una vibración que te entra en los huesos. Reservas del equipo se hacen pasar por estrellas, buscando la aprobación de la multitud, la admiración fugaz. Tragan chupitos, como si fuera una carrera a ver quién resiste más al alcohol, y hablan con chicas de serie B, presas fáciles, conquistas de una noche. Muy probablemente, acabarán tirados en su propio vómito mañana por la mañana, el espectáculo lastimoso del día después.

En pocos segundos, unos chicos del club nos ofrecen cervezas, bebidas gratuitas, homenajes para los VIP. "¡A la salud!" grita Clayton a pleno pulmón, el grito de batalla de la noche, el himno al exceso. "Salud" murmuro desganado, como una respuesta mecánica, privada de entusiasmo.

Nos abrimos paso hasta la pista de baile, donde la acción está en su punto álgido, el centro neurálgico de la fiesta. Clayton se inclina hacia nosotros y dice, "Tengo una cosa para vosotros." Un anuncio importante, una promesa de diversión. "¿Un regalo?" pregunta Ronda, los ojos que brillan de curiosidad, de expectativa.

"Sí, muñeca. Un regalo." Clayton sonríe, una sonrisa astuta, cómplice. Me guiña un ojo, como si estuviéramos en combucha, como si tuviéramos un secreto que compartir. Estas chicas son insignificantes, intercambiables, como objetos de usar y tirar. Yo ya tengo ganas de irme a casa, de encerrarme en el silencio, de reencontrar una pizca de paz.

Pero debo a mi equipo de animarme, de hacer de capitán responsable, de mostrar un poco de espíritu de equipo. Antes de todo este asunto con Luelle, era el alma de la fiesta, el rey de la noche. No me importaba una mierda nada, vivía al día, sin pensar en el mañana. El mundo era mío, un parque de juegos sin reglas, sin límites. Ahora, las cosas han cambiado, la perspectiva es distorsionada, el sabor de la vida es amargo.

Clayton abre la mano y nos inclinamos todos para ver qué esconde en la palma, la sorpresa de la noche, la llave para la diversión. "He pillado un poco de Molly para todos." Sonríe radiante, como si hubiera encontrado la panacea de todos los males, la solución a cada problema. "¿Molly?" pregunta Ronda, insegura, como si no conociera la palabra, como si fuera un término extranjero.

"Sí, cariño. Es MDMA. Éxtasis. No te preocupes" dice Clayton, con despreocupación, como si fuera un integrador natural, una vitamina para la felicidad. Sacudo la cabeza, un rechazo silencioso. Debo irme de aquí, debo huir de este circo de ilusiones, debo sustraerme a esta trampa dorada. Pienso entre mí, mientras Clayton prosigue con su plan.

"Vale, chicos. ¡Boca abierta!"

Clayton mete una pastilla en la boca a cada uno, pero yo, con un gesto fulminante, finjo tragarla, para luego escupirla a escondidas en cuanto tengo la ocasión. Mi corazón se niega a hacer un upgrade sin Luelle, de reiniciarse sin su presencia.

En pocos minutos, todos los demás son raptados por la euforia de la pastilla, transformándose en marionetas enloquecidas, bailando como si el mundo estuviera a punto de acabar. Yo permanezco al margen, como un espectador desapegado, inmune a aquella locura contagiosa. Mi pensamiento es aún prisionero de Luelle, de sus ojos, de su sonrisa.

Natalie, con un movimiento sinuoso, se acerca, rozándome el cuerpo siliconado contra el flanco. Su mano resbala descaradamente hacia mi ingle, intentando despertar un deseo sosegado, de hacerme olvidar, al menos por un momento, lo que he perdido. "¿Por qué no bailas conmigo, cariño?" susurra, con una voz ronca y cargada de promesas. Pero su voz es solo un ruido de fondo, un fastidioso zumbido que no consigue penetrar la barrera de mi dolor.

"No soy tu cariño" respondo, con un tono duro y cortante como el hielo. Dentro de mí, la falta de Luelle es un bug que no se arregla, un error de programación que manda en tilt todo el sistema.

"Ve a bailar con Clayton. Parece que necesita otra mujer" le digo, intentando alejarla con un gesto seco. No me sale de dentro, no consigo distraerme, mi corazón está clavado a Luelle, prisionero de su recuerdo.

Natalie echa una ojeada a Clayton, que entre tanto se está desabrochando la camisa con una mano temblorosa, completamente perdido en los efectos del aturdimiento. Para mí, es solo otra escena patética, un espectáculo indecoroso que no me interesa mínimamente.

Se vuelve hacia mí, con una sonrisa imbécil estampada en el rostro. "¡La mejor noche de

siempre!" exclama, con un entusiasmo fuera de lugar. Pero para mí, es solo otro momento vacío, una experiencia que no consigo vivir plenamente. Mi pensamiento está en otra parte, proyectado sobre Luelle, sobre un pasado que no quiere saber nada de pasar.

"Justo" digo, con un hilo de voz, sintiendo una distancia sideral entre mí y aquella realidad alterada, artificial. Mi corazón no está aquí, está aún atrapado en el recuerdo de Luelle.

Natalie bufa, claramente fastidiada por mi frialdad.

Estallo en una risa amarga mientras miro a todos, una manada de zombis embarazosos que intentan desesperadamente escapar de la realidad, de anestesiar sus propias miserias con la química. Aunque respeto el trabajo de Clayton en el campo, sé que no es como Jaron. No tiene mis intereses en mente, no le importa nada de mí. Mientras los observo atontados, el pensamiento de Luelle es como un crash repentino y violento, un error fatal que no se resuelve de ningún modo.

"Al diablo" balbuceo entre mí, sacudiendo la cabeza con disgusto. Me giro para irme, decidido a dejar aquel teatrillo de hipocresía y desesperación.

Pero justo mientras estoy a punto de cruzar el umbral, Natalie me agarra por un brazo, bloqueándome el paso. "No te vayas así, Liran. Quédate un poco más. Ven conmigo, hay una habitación privada donde podemos divertirnos sin distracciones." Su voz se hace de repente ronca y sensual, un susurro seductor que me hace dudar. Una onda de deseo reprimido me atraviesa el cuerpo, combatiendo ferozmente contra el tormento punzante por Luelle. A regañadientes, me dejo arrastrar.

La sigo a través de un pasillo oscuro y laberíntico, hasta una habitación apartada, evidentemente dispuesta para encuentros fugaces y placeres prohibidos. Luces suaves y rojizas crean sombras alargadas y seductoras en las paredes. Natalie cierra la puerta con llave con un clic decidido, e inmediatamente se acerca, con la seguridad de una depredadora experta. Su mano resbala rápida sobre mi cinturón, desabrochando los pantalones con gestos precisos e impacientes. "Quiero verte, Liran" susurra con un tono que es al tiempo un mandato y una invitación lasciva.

No resisto más, el deseo erótico toma el control sobre la razón, sobre la tristeza, sobre el recuerdo de Luelle. Su oferta descarada, su cuerpo expuesto, la promesa de un placer físico intenso, me aturden y me arrastran a un torbellino de lujuria. La cojo por las caderas, levantándola en peso y posicionándola de espaldas sobre el sillón de terciopelo rojo. Las piernas abiertas, ofrecidas a mi mirada hambrienta, revelan su coño, un triángulo perfecto de carne afeitada, los labios húmedos e hinchados, ya rezumantes de deseo. Un perfume intenso y dulce de sexo me embriaga, excitándome al inverosímil.

"Eres guapísima, Natalie" le susurro con voz ronca, mientras mis manos exploran las curvas perfectas de su cuerpo, acariciando los senos tersos, el vientre plano, las caderas sinuosas. Ella gime, arqueándose bajo mi toque, el coño que palpita visiblemente, los labios que se abren y se cierran como una boca hambrienta.

"Fóllame, Liran. Fóllame fuerte. Quiero sentir tu polla dentro de mí, hasta el fondo" me suplica, con los ojos vidriosos de deseo, la voz temblante de excitación.

No me lo hago repetir dos veces. Me posiciono entre sus piernas, mi polla que palpita, dura como la roca, temblorosa de deseo. Le abro aún más las piernas, ofreciéndome una visión aún más clara de su coño, la carne viva y palpitante, el clítoris prominente, ya enrojecido y turgente. Con la punta de mi polla, rozo los labios de su coño, sintiéndolos calientes y húmedos, increíblemente sensibles. Natalie gime de nuevo, empujando la pelvis hacia mí, guiándome con su cuerpo hacia la entrada de su deseo.

"Sí, así, Liran. Hazme sentir lo hombre que eres" susurra, mientras mis manos se desplazan a apretar sus senos, pellizcando los pezones duros y sobresalientes.

Empujo lentamente, guiando el glande en la entrada estrecha y húmeda de su coño. Siento la resistencia de su virginidad artificial, el músculo que se aprieta alrededor de mi miembro, acogiéndolo con una mordida cálida y ávida. Natalie gime más fuerte, agarrándose a mis caderas, las uñas que me arañan ligeramente la piel.

"Oh, Dios, qué bueno, Liran. Eres tan grande, tan duro. Me llenas toda" jadea, mientras yo continúo empujando, hundiendo cada vez más profundamente dentro de ella. Mi polla resbala en su coño con una voluptuosidad increíble, la carne húmeda y caliente que lo envuelve completamente, apretándolo en una mordida sensual. Llego hasta el fondo, sintiendo su útero que palpita contra mi glande.

"¿Te gusta?" le pregunto con un gruñido gutural, mientras empiezo a moverme lentamente dentro de ella, saboreando cada centímetro de su coño estrecho y húmedo.

"Sí, Liran, me gusta muchísimo. Fóllame, cópame, hazme enloquecer de placer" gime, levantando la pelvis para acoger más a fondo cada una de mis empujes. Sus manos se agarran a mis hombros, tirándome hacia sí, mientras su coño se contrae y se relaja alrededor de mi polla, en un ritmo frenético y sensual.

Aumento el ritmo, empezando a follarla con fuerza, hundiendo cada vez más profundamente dentro de ella, sintiendo su coño que se aprieta y se relaja con cada empuje, sus paredes húmedas y calientes que me acarician la polla con una voluptuosidad increíble. Natalie gime, grita, se contorsiona debajo de mí, su cuerpo sacudido por espasmos de placer.

"Oh, Liran, eres tan bueno. Tu polla es perfecta. No he sentido nunca nada parecido" jadea, con la voz rota por el placer, mientras su hendidura se contrae en orgasmos repetidos. Sus piernas se aprietan alrededor de mis caderas, tirándome aún más a fondo dentro de ella, mientras su coño me chupa con una fuerza increíble, empujándome al límite del placer.

"Eres fantástica, Natalie" le digo, con un gruñido de placer, mientras siento el orgasmo que me sube a la garganta, una onda de placer intenso y arrollador que me invade el cuerpo. Empujo aún más fuerte, hundiendo la polla hasta el fondo de su coño, y me vengo con violencia, rociando mi semen denso y hirviente en su útero tembloroso.

Natalie grita de placer, su cuerpo que se tensa en un orgasmo final, mientras su coño palpita y se contrae alrededor de mi polla, absorbiendo cada gota de mi semen. Permanezco inmóvil dentro de ella, respirando con dificultad, sintiendo su cuerpo cálido y húmedo apretado al mío, su perfume intenso de sexo que me embriaga aún.

"Eres increíble, Liran" susurra Natalie, con la voz ronca y temblante, mientras sus manos me acarician la espalda empapada de sudor. "Eres el mejor. Te adoro." Me besa con pasión, la boca húmeda y caliente. Me siento potente, viril, deseado. Por un momento, el pensamiento de Luelle se desvanece, sofocado por la prepotencia del placer físico, por la lujuria animalesca que me ha arrollado. Pero sé que es solo una ilusión, una breve tregua. El vacío dejado por Luelle está aún ahí, al acecho, listo para resurgir en cuanto la onda del placer se haya aplacado.

16

LUELLE

Se me corta la respiración, las palabras de mi jefe me golpean como una bofetada a plena cara.

"¿Nueva York... el lunes?" repito, con la voz reducida a un susurro incrédulo, casi temiendo haber entendido mal.

¡Pero es una locura!

Siento que se me abren los ojos, la pupila dilatada por el asombro, mientras miro fijamente a mi jefe, intentando desesperadamente entender si habla en serio o si se trata de una broma de mal gusto. Dentro de mí, un huracán de emociones contradictorias empieza a enfurecer, una mezcla de excitación, incredulidad y una pizca de pánico que me deja sin aliento.

Mi jefa me sonríe, con una expresión calmada y controlada que contrasta netamente con el caos que se desata dentro de mí. "Tendrás toda la semana en Nueva York. Hemos preparado una lista detallada de localizaciones donde grabarás. Queremos que las explores, que te sumerjas en la atmósfera de la ciudad, que las hagas tuyas. Es importante que te sientas como en casa". Su tono es profesional, tranquilizador, pero siento una sombra de misterio ocultarse tras sus palabras.

Luego llega la bomba final. "Y el viernes... es la premiere de la película de Affleck. Luelle, será un evento mediático enorme. Un trampolín de lanzamiento increíble para tu carrera. ¿Estás preparada para todo esto?". Mis ojos se abren de par en par, la pupila dilatada por la excitación y el vértigo ante esta perspectiva. "¿Preparada? ¡Claro que estoy preparada!" exclamo, la adrenalina que empieza a bombear en las venas, una ola de energía que me recorre de la cabeza a los pies. Pero... una duda empieza a carcomerme por dentro. "Pero... ¿el lunes de verdad? ¿No se podría posponer al jueves? ¿O quizás al miércoles?" insisto, intentando desesperadamente ganar tiempo. El lunes es el partido de los Pioneers. Liran está en Los Ángeles, a tiro de piedra de aquí. Tengo que estar allí. Tengo que verlo, sentir su perfume, cruzarme con su mirada. Tengo que hacerlo, punto y basta.

"El lunes es taxativo, Luelle. No podemos mover la partida" la voz de mi jefe es firme, sin apelación. "Hay muchísimo material que revisar, tenemos que definir los detalles del programa, preparar todo para el lanzamiento. Y luego, insisto, queremos que te integres en la ciudad". Su mirada se hace más intensa, casi como si quisiera penetrar en mis pensamientos.

"¿Integrada? ¿Pero por qué insistís tanto en esta integración?" pregunto, la confusión que se abre camino en mi mente. ¿Qué hay detrás? ¿Qué no me están diciendo? Siento que hay algo más, algo que escapa a mi comprensión. Su insistencia en Nueva York, en esta misteriosa integración... todo me parece extrañamente enfatizado.

Mi jefe suspira, se intercambia una mirada significativa con el propietario del canal, luego apoya con cuidado su bolso de diseño sobre la mesa de cristal. "Vale, Luelle. Quizás deberíamos haberlo hablado antes, pero... no queríamos decir nada hasta que no estuviéramos seguros". Su tono se vuelve de repente más serio, casi solemne. El aire se carga de expectación, de lo no dicho.

"¿Pero qué?" la interrumpo, la impaciencia que me crece dentro como un fuego que se propaga.

"¿Tenéis intención de seguir dándome sorpresas a raudales? ¿No podéis decirme las cosas de modo claro y directo de una vez por todas?". Siento la necesidad de verdad, de claridad, de dejar de ser zarandeada de una emoción a otra sin un mínimo de preaviso.

El propietario interviene, con una sonrisa enigmática que le arruga las comisuras de los ojos. "Es una sorpresa que vale la pena considerar, Luelle. Confía en nosotros". Hace una pausa, dejando que el suspense se acumule en el aire. "Nueva York. ¡La Gran Manzana! ¿Nunca te has imaginado vivir en el epicentro del mundo? ¿En el corazón palpitante de la cultura, del espectáculo, de la vida?". Su tono es suave, casi hipnótico, y por un momento me dejo transportar por la imagen brillante que pinta.

"Tengo un hijo" respondo seca, volviendo bruscamente a la realidad. "Un niño pequeño. ¿Os parece un buen sitio para criar a un hijo, Nueva York? ¿Entre el caos, el tráfico, el cemento?". Mi voz es cortante, llena de sarcasmo. La idea de Axton creciendo en medio del estruendo de la metrópoli me aprieta el corazón con un nudo frío.

El propietario sonríe de nuevo, esta vez con una sonrisa dulce y comprensiva. "Es tan bueno como cualquier otro sitio, Luelle. Es más, en cierto modo es incluso mejor. A Axton le encantará Nueva York, ya verás. Hay parques maravillosos, museos interactivos, mil actividades para niños. Pero, escucha" se pone más serio, "entenderemos si nos dices que no. No queremos forzarte a hacer algo que no quieres. Pero, que sepas que la cadena está lista para ofrecerte tu show. Un programa todo tuyo". Su voz baja de tono, casi para subrayar la importancia de estas palabras.

Me siento de golpe, con las piernas que se me han quedado blandas. ¿Un show mío? ¿Un programa todo mío? La noticia me arrolla como una ola gigante, dejándome sin palabras. "¿Qué tipo de show?" consigo balbucear, con la voz reducida a un hilo. El corazón vuelve a latir a toda velocidad, esta vez de pura excitación.

"El que quieras tú, Luelle. De verdad. Tú eres la estrella, tú eres la que hace la audiencia. Los números te aman" afirma mi jefe con una sonrisa radiante. "Deporte, arte, entretenimiento... lo que quieras. Danos una idea, un concepto, y nosotros lo realizamos". Me mira a los ojos, esperando mi reacción.

Las ideas empiezan a dar vueltas en mi cabeza, un torbellino de posibilidades que me aturde y me electriza al mismo tiempo. "Deporte, claro. Pero también arte, cultura, espectáculo... y quiero una sección de periodismo de investigación en cada programa. Quiero denunciar las injusticias, desenmascarar a los corruptos, dar voz a quien no la tiene. Quiero que sea un programa relevante, incisivo, que deje huella. Joder, no me puedo creer que esté siquiera pensando en aceptar" sacudo la cabeza, incrédula ante la audacia de mis propias palabras.

"Hecho y requetehecho" responde él con un entusiasmo contagioso. "Y no ha terminado aquí. También te pagamos el apartamento. ¿Qué te parece un piso de tres habitaciones con vistas a Central Park? ¿En uno de los barrios más exclusivos de Manhattan? Nosotros pagamos los primeros cuatro años de alquiler. Y si tu show despega, podemos hablar de un aumento de sueldo". Me lanza una mirada maliciosa, sabiendo que ha dado en el clavo.

"Es un trato, pero solo si mi sueldo anual aumenta de modo significativo" digo, sintiéndome de repente poderosa y segura de mí misma. Me encanta contratar, negociar, tirar del precio. Lo llevo en la sangre, es una parte innata de mi carácter. Saboreo el gusto del desafío, la emoción de la conquista.

"Dos millones al año" responde mi jefe con una sonrisa triunfante. "Es nuestra oferta final. Lo tomas o lo dejas". Me mira a los ojos, esperando mi respuesta. Siento el corazón latir fuerte, la

emoción que me sube a la garganta.

"Trato hecho" digo con una sonrisa enorme que me ilumina el rostro. "Nos vemos el lunes". Estrecho la mano a ambos, sellando el acuerdo con un apretón decidido. Siento la alegría explotar dentro de mí, un fuego artificial de emociones positivas que me inundan de felicidad.

"¡Genial!" exclaman ambos al unísono, una ola de entusiasmo que me arrolla. "No te preocupes por hoy. Los guionistas ya lo han preparado todo. Tómate el resto del día libre. Relájate, celebra, prepárate para la gran aventura neoyorquina". Me entregan mi billete de avión para Nueva York y me acompañan a la puerta con una sonrisa radiante.

Salgo de la oficina con las piernas que casi no me sostienen, aún incrédula por lo que acaba de suceder. ¿Un nuevo show? ¿En Nueva York? ¿Dos millones de dólares al año? Es todo tan surrealista, tan increíble. En un solo año mi vida ha cambiado radicalmente. Un hijo, una carrera lanzada hacia el olimpo, y ahora una nueva vida en una de las ciudades más excitantes del mundo.

Y entonces, como un rayo caído del cielo, se me viene a la mente un pensamiento. Liran. Él está en Boston, ¿verdad? A pocas horas de distancia de Nueva York. La idea me enciende una chispa de esperanza, un sobresalto de emoción que me calienta el corazón. Boston y Nueva York... tan cerca, tan alcanzables. Quizás... Pero de inmediato la realidad me devuelve bruscamente a la tierra. El lunes parto para Nueva York. El lunes me perderé el partido de los Pioneers. El lunes no podré verlo. Joder, pienso, mordiéndome el labio inferior por la frustración. Quería tanto volver a verlo, sentir de nuevo su cuerpo contra el mío, perderme en el color profundo de sus ojos. Y ahora tendré que esperar aún, quién sabe cuánto tiempo. Y quién sabe cuántas mujeres habrá encontrado, cuántas historias habrá vivido desde aquella noche mágica juntos.

Pero no, basta de soñar despierta, me reprendo severa.

Deja de ilusionarte, Lu. Liran nunca querrá una mujer como tú ahora.

Una madre soltera, con un niño pequeño que requiere atenciones constantes. Axton es un ángel, mi rayo de sol, lo más bonito que me ha pasado nunca. Pero sé cómo son los jugadores de fútbol americano. Egoístas, egocéntricos, concentrados solo en su carrera, en su imagen, en su éxito. No tienen tiempo, ni ganas, de hacerse cargo de las responsabilidades de un niño. Si Liran descubriera lo de Axton, saldría corriendo, estoy segura. No es un hombre de familia, no es un hombre para mí.

Aquella noche fue maravillosa, inolvidable, un oasis de placer y pasión en el desierto de mi vida. Pero fue solo un paréntesis, una excepción, un gran rebote tras el fin de mi anterior relación. Liran nunca será mi marido, nunca será el padre de mi hijo. Es hora de dejar de soñar, de abandonar esta ilusión infantil. Es hora de afrontar la realidad, de aceptar el hecho de que estamos destinados a vivir vidas separadas, lejos el uno del otro.

Aunque tengo la tarde libre, aunque podría correr a casa de Axton y abrazarlo fuerte entre mis brazos, siento la necesidad de desconectar, de alejarme del caos de la ciudad, de reencontrar un poco de paz y tranquilidad. Decido ir a mi parque preferido de Los Ángeles, un oasis verde escondido entre los rascacielos, un rincón de paraíso donde puedo refugiarme cuando el mundo exterior se vuelve demasiado opresivo.

Llegada al parque, me siento en mi banco preferido, el que está a la sombra del gran árbol secular, e intento meditar. Nunca he sido una campeona en estas prácticas zen, mi mente siempre está demasiado llena de pensamientos, de preocupaciones, de proyectos. Pero hoy siento una necesidad imperiosa de silencio, de introspección, de conexión conmigo misma. Más vale tarde que nunca, me digo, cerrando los ojos e intentando concentrarme en la respiración. Intento hacer

el vacío en la mente, de alejar los pensamientos negativos, de escuchar solo el sonido del viento entre las hojas, el canto de los pájaros, el murmullo lejano de la ciudad.

Pienso en lo que quiero de verdad de la vida.

Al principio, cuando era una joven reportera ambiciosa, quería solo un gran trabajo, una carrera brillante, el éxito profesional. Luego, tras el nacimiento de Axton, la prioridad se convirtió en la seguridad, la estabilidad económica, la posibilidad de garantizarle un futuro sereno. Pero ahora tengo todo esto, e incluso más. He realizado mis sueños, tengo el mundo a mis pies. Y, sin embargo... siento todavía un vacío dentro, una insatisfacción latente, una inquietud que no me da tregua. Susurro al viento, casi como si fuera una plegaria silenciosa: "Quiero la cosa que no consigo expresar. La cosa que me falta, que no sé definir, pero que siento desear con toda mi alma". Ni siquiera yo sé lo que significa, pero siento que hay algo más, algo diferente, algo que todavía no he encontrado.

Está claro que estoy inquieta, agitada, insatisfecha. A pesar del éxito, la carrera, el dinero, siento que me falta algo fundamental, algo que va más allá de la realización profesional. Me quedo sentada en silencio durante una buena media hora, intentando escuchar la voz del corazón, de entender qué me atormenta, qué me hace tan profundamente infeliz. El sol empieza a caer, proyectando largas sombras sobre el prado verde, cuando siento de repente una voz que me llama, una voz masculina y ronca que rompe el silencio del parque. "¡Eh! ¡Eh! ¡Chica reportera!".

Levanto la mirada de golpe, entornando los ojos para protegerme de la luz del sol que me deslumbra. ¿Quién me está llamando? ¿Quién se acuerda aún de mí de los tiempos de NewsBeat? "Sí, ¡justo tú! Tú trabajabas para NewsBeat, ¿verdad?". La voz se hace más cercana, más insistente.

"¿NewsBeat?" repito, sintiéndome confusa y desorientada. ¿Quién demonios se acuerda de mí de aquel período? Han pasado más de dos años, mi vida ha cambiado tanto. ¿Quién puede ser este hombre que me reconoce de un viejo trabajo del que casi me he olvidado?

El hombre se acerca, con una sonrisa abierta y cordial que le ilumina el rostro bronceado. Es increíblemente musculoso, atlético, en perfecta forma. Parece recién salido de una sesión de entrenamiento matutino, con el pelo húmedo de sudor, la ropa deportiva que le ciñe el cuerpo esculpido. "¿Te acuerdas de mí?" me pregunta, acercándose al banco.

Lo miro atentamente, intentando enfocar sus rasgos, de escarbar en la memoria. Pero nada, el vacío más total. "No, ¿debería? Lo siento, pero conozco a tanta gente en mi trabajo, que a veces me cuesta recordar todas las caras". Me disculpo, sintiéndome un poco avergonzada por mi amnesia selectiva.

"Nah, no pasa nada. No te preocupes" ríe, un sonido abierto y sincero que me pone enseguida a mi gusto. "Me llamo Jaron" dice, tendiéndome la mano. "Jugaba a fútbol americano con Liran Yardley. Te acuerdas de él, ¿verdad?". Su mirada se vuelve de repente más intensa, casi indagadora.

Niego con la cabeza, incrédula, con una sonrisa que se me dibuja involuntariamente en los labios. "Ehm, sí que me acuerdo de él" respondo, conteniendo a duras penas una risa nerviosa. Si solo supiera cuánto me acuerdo de él. Si solo supiera cuánto Liran Yardley está aún presente en mis pensamientos, en mis sueños, en mi corazón.

"Sí, bueno, cuánto tiempo ha pasado" continúa Jaron, sentándose junto a mí en el banco. "Joder, Liran está enloqueciendo sin ti, ¿lo sabes, verdad?" me lanza una mirada de reojo, esperando mi reacción.

"¿Qué?" la pregunta me sale de la boca sin que consiga detenerla. ¿Estoy soñando? ¿Es una broma del destino? ¿Liran... me echa de menos? "Anda ya" digo, negando con la cabeza incrédula. No puedo creérmelo. No quiero creérmelo.

Ríe de nuevo, divertido por mi reacción. "Ah, vale, pues no me creas entonces. Haz lo que quieras. Pero te digo la verdad, me lo ha dicho él mismo. Está flipando allí en Boston. No hace otra cosa que hablar de ti, de cuánto te echa de menos, de cuánto se arrepiente de haberte dejado ir". Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento.

"Si es verdad, entonces ¿por qué demonios no me ha buscado? ¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo? Sabía cómo me llamaba, dónde trabajaba. Me lo había prometido" digo, con la voz que se quiebra por la emoción y la rabia. Toda esta historia empieza a cabrearme de verdad, a hacerme sentir de nuevo frágil y vulnerable. Mi vida ya es bastante complicada así, no necesito ulteriores complicaciones, ulteriores sufrimientos. Y es todo culpa suya, de Liran, de aquel encuentro fatídico que me ha trastornado la existencia. Me ha usado, me ha seducido, me ha dejado embarazada, y luego me ha dejado sola para afrontar todo, para combatir contra el mundo entero. No es un hombre serio, no es un hombre fiable, no es un hombre para mí. Es solo un típico gilipollas, como tantos otros.

"No tengo ni idea. No sé por qué no te ha llamado. Yo te digo solo lo que sé, lo que me ha confiado. Joder, no sabía ni siquiera que vivieras aquí en Los Ángeles" me sonríe, con una sonrisa amigable y sincera.

"Ha sucedido todo un poco de repente, Jaron. Un cambio de vida, una oportunidad de trabajo, un nuevo inicio" digo, intentando desviar el discurso de Liran y concentrarme en algo más neutro. "Muchas cosas han cambiado desde la noche de la Super Bowl. Toda mi vida ha sido trastornada".

"No se lo digas a mí" dice Jaron, suspirando. "También en mi vida han cambiado tantas cosas". Se levanta del banco, estirándose los músculos. "En fin, te dejo en paz. No quiero molestarte más. Quería solo saludarte, hacerte saber que Liran piensa en ti, que te busca, que te espera".

Sigo aún un poco aturdida, confusa, sobrepasada por las emociones. ¿Liran me espera? ¿Es posible? "Sí, ha sido bonito volver a verte, Jaron" digo, levantándome yo también del banco.

Empieza a alejarse, pero se gira de nuevo tras unos pasos, con una idea que le surge en la mente de repente. "Ah, ¡casi lo olvido! Deberías venir al partido el lunes. El partido de los Pioneers. Estoy seguro de que Liran querrá verte. Estaría felicísimo de volver a verte". Me lanza una mirada cargada de significado, una invitación implícita a no dejarme escapar esta ocasión.

Siento el corazón hundirse, un golpe sordo que me quita la respiración. La idea de volver a verlo, de encontrarlo de nuevo, de sentirlo cerca, me atrae como un imán. Podría llevar a Axton conmigo. Podría conocer a su padre. Podríamos ser una familia, finalmente. Pero de inmediato la razón me devuelve a la realidad, amortiguando el entusiasmo, apagando la esperanza. No, no puedo. No debo. No es posible, no es justo, no es realista. No quiero que Liran sea el padre de Axton. No quiero darle este poder, esta responsabilidad, esta influencia sobre nuestra vida. Nos ha abandonado, nos ha dejado solos, nos ha vuelto la espalda. No se merece formar parte de nuestra vida.

"No puedo, Jaron. Me voy a Nueva York" digo, con la voz plana y sin emociones. "Parto el lunes por la mañana. Tengo un nuevo trabajo, una nueva vida que me espera". Me encojo de hombros, intentando minimizar la importancia de esta decisión, de esconder la decepción que me aprieta el corazón.

"Ah, qué pena" dice Jaron, visiblemente apenado. "Bueno, le diré que le saludes. Le diré que te

he encontrado, que estás bien, que eres feliz". Me sonríe, una sonrisa de despedida, un adiós silencioso. "Nos vemos por ahí alguna vez. Quizás en Dallas, la próxima vez".

"Sí, claro, quizás" digo, saludándolo con la mano mientras se aleja. "Seguro".

Pero sé que no sucederá. Sé que no lo volveré a ver nunca más. Sé que mi vida y la suya están destinadas a seguir caminos paralelos, a no cruzarse nunca más.

La vida es de verdad loca, impredecible, llena de coincidencias extrañas e inesperadas. Liran está viniendo aquí, a pocos pasos de mí, justo mientras yo estoy partiendo para la otra parte del país. Jaron ha aparecido de la nada, como un mensajero del destino, trayendo consigo noticias de Liran, palabras de amor, promesas de un futuro que no podrá nunca realizarse.

No es destino, Lu.

No está escrito en ninguna parte que debemos estar juntos. La vida tiene otros planes para nosotros, planes diferentes, planes mejores. Oh, bueno, suspiro, intentando sacudirme de encima la melancolía, la tristeza, la conciencia de haber perdido algo de importante, algo de precioso. Intento hacer lo mejor posible para ignorar el vacío que siento dentro, para sofocar el deseo de Liran, para olvidar la promesa de aquella noche mágica. Me dirijo hacia casa, con el paso pesado, el corazón melancólico, pero la mirada fija hacia el horizonte, hacia el futuro, hacia la nueva vida que me espera en Nueva York.

17

LIRAN

Joder, ¿pero qué cojones me está pasando?

No es una pregunta que le haga a Jaron, todavía no. Es un pensamiento que me explota en la cabeza como una granada, mientras la voz de mi ex compañero de equipo carraspea por el altavoz de mi iPhone. "Parece que desde que la vi, a esa… mujer… Parece que desde que ella entró en mi vida, mis putos superpoderes se hayan disuelto en la nada, como humo."

Una risa histérica se me escapa de los labios, una risa que suena vacía y desafinada incluso para mis propios oídos. Hablar con Jaron siempre es un salto al pasado, una inmersión en el corazón de mi antigua vida, cuando me sentía invencible, cuando era… yo. Ahora, en cambio, me siento una sombra, un fantasma de lo que era, y todo por culpa de ella.

"No, amigo mío, te lo digo en serio, no estoy bromeando" insisto, tratando de hacerle entender lo real que es mi malestar. "Esta tía tiene una especie de hechizo sobre mí, una cosa que no sé explicar. Es como si hubiera un hilo invisible que nos une, una conexión extraña, profunda." Me paso una mano por el pelo, frustrado. No consigo encontrar las palabras adecuadas para describir esta sensación visceral que me devora por dentro.

El silencio de Jaron al otro lado del teléfono pesa como una losa, luego finalmente lo oigo suspirar. "Escucha, bro, te digo esto solo porque eres tú, y porque sé que te estás volviendo loco." Empieza a hablar, su voz se vuelve más seria, casi confidencial. "La he visto en California, en Los Ángeles, trabaja allí ahora, lo sé con certeza. Pero hay una cosa que debes saber: ¡se va el lunes por la mañana! Se va y no vuelve más, al menos eso creo."

Su tono se vuelve más agitado, casi desesperado. "Si tan solo pudieras alcanzarla el domingo por la noche, amigo… Aún tendrías una oportunidad. Soy un imbécil, lo admito, no le pedí el número para ti, pero a decir verdad ya no parecía interesada en nada que tuviera que ver con el pasado. Parece absorta en su nueva vida, ¿entiendes? Completamente absorbida por lo que está construyendo allí."

Su voz se baja aún más, casi un susurro. "Me dio la impresión de haber pasado página, de haber seguido adelante. Pero quizás, si tú… Si tú estuvieras allí, en persona, el domingo por la noche… Quién sabe, tal vez algo podría cambiar."

Siento una chispa de esperanza encenderse dentro de mí, pequeña pero intensa, en medio de la oscuridad que me ha envuelto en las últimas semanas.

"¿Ha hablado de hombres? ¿De alguien en particular?" la pregunta me sale de golpe, casi sin darme cuenta. "¿Está saliendo con alguien? ¿Tiene un nuevo novio? No lo pillo, joder, no entiendo cómo hace para pasar página así, como si no hubiera pasado nada." Respiro hondo para calmarme, pero el aliento se me quiebra en la garganta, bloqueado por la angustia. Sacudo la cabeza, tratando de alejar los pensamientos negativos, las imágenes de ella en los brazos de otro.

"El calendario de los Pioneers está todo hecho un lío, pero" cambio de tema bruscamente, tratando de distraerme del dolor que me atenaza el pecho. "Aterrizo el lunes por la mañana temprano, joder, al amanecer, y justo después tengo que jugar contra vosotros. ¡Contra ti, Jaron!

Parece que vivo en una puta pesadilla, en una realidad paralela" bufo, pasándome de nuevo una mano por el pelo, sintiéndome completamente desorientado.

Al otro lado del teléfono, Jaron estalla en una risa estruendosa, una de esas risas que te hacen vibrar el diafragma. "Parece una mierda increíble, amigo, ¡te lo concedo! ¡Una verdadera tortura!" Sigue riendo, pero siento una nota de comprensión en su voz. "Pero no será nada en comparación con el partido, amigo mío. No, créeme. Os destrozaremos, te lo juro. Prepárate para ser aniquilado en el campo."

Su risa se atenúa, pero el tono sigue siendo fanfarrón, competitivo.

"No cuentes con ello" respondo, una sonrisa amarga que se dibuja en mis labios. "Veremos quién destrozará a quién." Luego, tratando de cambiar de tema, de aligerar la tensión, le pregunto: "Entonces, ¿celebramos después del partido o no? Gane quien gane, obviamente." No tengo muchas ganas de juerga, de emborracharme y llegar tarde, pero con Jaron las noches suelen transformarse en algo épico, memorable, y quizás necesito justo eso, una distracción total.

"Ni te imaginas si no celebramos, amigo. No veo la hora de ir de juerga contigo, gane quien gane, me importa una mierda." Su voz es entusiasta, cargada de energía. "Mierda, tengo que escapar, me están esperando. Nos vemos, bro. ¡Prepárate para perder!" Emete una última risotada, luego cuelga la llamada.

"Hasta pronto" respondo mecánicamente, luego termino la comunicación y me encuentro de nuevo en el silencio de mi casa. Salgo al jardín, el aire fresco de la noche me acaricia el rostro. Todavía tengo una hora antes del entrenamiento y no sé qué hacer para matar el tiempo. En realidad, sé muy bien qué quiero hacer: volver al campo, ahora mismo. No hay nada que desee más en este momento. Necesito sentir la hierba bajo los pies, el olor del cuero del balón, la adrenalina que corre por las venas.

He decepcionado a mi equipo, lo sé, y este pensamiento me atormenta constantemente. Algunos de mis compañeros ni siquiera se han dado cuenta, quizás, pero yo lo siento, el peso de mi ausencia, la responsabilidad que me aplasta. La temporada pasada era una máquina de guerra, un killer despiadado en el campo, y ahora… ahora soy solo la sombra de mí mismo. Por eso tengo que demostrar quién soy, quién puedo ser. Tengo que volver a ser el jugador que era, es más, tengo que volverme aún más fuerte, aún más determinado. De hoy en adelante, me repito, seré el jugador más fuerte que la NFL haya visto jamás. Se lo debo a mí mismo, a mi equipo, y quizás, en el fondo, también a ella.

***

Llego al campo y me pongo el uniforme deprisa, casi con rabia. Los movimientos son mecánicos, precisos. Hago estiramientos con concentración, cada músculo que se alarga, cada tendón que se derrite. Luego empiezo los sprints, la velocidad aumenta gradualmente, la respiración se vuelve más agitada, el corazón empieza a latir fuerte en el pecho. Visualizo el partido que voy a afrontar, cada detalle, cada sensación.

Imagino el estadio abarrotado, los aficionados gritando, las luces cegadoras de los focos. Veo a los otros jugadores a mi alrededor, los compañeros de equipo listos para combatir, los adversarios que se me echan encima como bestias hambrientas, listos para placarme, para arrancarme el balón, la vida. Siento la presión que me aplasta los hombros, el peso de las expectativas, la responsabilidad de tener que ganar. Llevo un peso en el corazón desde hace demasiado tiempo, una carga que me quita el aliento, pero esta noche, extrañamente, siento algo

diferente.

Aunque Luelle parece inalcanzable, lejana años luz, siento que las cosas no son tan desesperadas como pensaba. Oír a Jaron hablar de ella, saber que está en California, tan cerca y a la vez tan distante, me hace entender que no ha terminado, que aún hay una posibilidad. Todavía está al alcance de la mano, solo tengo que alargar el brazo, dar el primer paso. "¡Hike!" grito con toda la voz que tengo en la garganta, agarrando el balón del campo.

Retrocedo rápidamente, la mirada que escruta el campo, buscando un objetivo. Miro a la izquierda, a la derecha, y en un instante, en mi mente, visualizo a uno de mis compañeros lanzado en carrera hacia la zona de anotación. No es solo una imagen, es casi una visión, nítida, real. Siento la energía que me invade, la confianza que me inunda. Lanzo el balón con toda la fuerza que tengo en el brazo, dibujando en el aire una espiral perfecta, un proyectil que corta el aire con precisión milimétrica. El balón aterriza justo en las manos de mi hombre, en la zona de anotación.

Touchdown.

He vuelto, baby. Estoy aquí de nuevo.

De repente, un sonido inesperado rompe el silencio del campo: un aplauso. Me giro bruscamente, el corazón latiendo a toda velocidad. "Bravo." Una voz profunda, ronca, resuena a mis espaldas. Me doy la vuelta y lo veo, de pie a pocos pasos de mí, el entrenador jefe Bob Williamson, apodado Big Bob. "¡Coach!" lo llamo, sorprendido y un poco avergonzado. "No sabía que estaba aquí."

Se acerca lentamente, una sonrisa enigmática que le arruga los labios. "Vengo pronto a todos los entrenamientos, lo sabes" me explica, la mirada que vaga por el campo vacío, inmerso en la luz cálida del atardecer. "El silencio, el campo desierto… me ayuda a concentrarme, a reencontrarme conmigo mismo. Me devuelve a los viejos tiempos, cuando era yo el que corría por este campo." Luego su mirada se posa de nuevo sobre mí, intensa, penetrante. "Un buen lanzamiento, Yardley. Jodidamente bueno. ¿Dónde has estado escondido durante toda la temporada? Hubiéramos necesitado a uno como tú."

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero no son palabras de reproche, son palabras de aliento, de confianza. "Lo sé, coach" respondo, la voz ronca por la emoción. "Me siento como si me hubiera perdido, extraviado en un laberinto sin salida, por un momento. Pero ahora he vuelto. Lo siento, la energía que tenía antes está de nuevo dentro de mí. Me siento… lleno de esperanza, cargado de adrenalina" admito, abriéndome por primera vez con él, con mi entrenador.

Él asiente lentamente, pensativo, la mirada perdida en el horizonte. "Era una chica, ¿verdad?" me pregunta de repente, la pregunta que me pilla completamente desprevenido. "¿Es por una chica que te has perdido?" Su tono no es acusatorio, sino indagador, casi paternal. Su pregunta me descoloca, me deja al desnudo.

Su pregunta me hace balbucear, me pilla por sorpresa. "Yo, uh… Sí, creo que sí" confieso, sintiendo el rubor subirme a las mejillas. "Es… complicado." Trato de minimizar, de desviar el tema, pero su mirada penetrante me clava en el sitio. No puedo mentirle, no puedo ocultarle la verdad.

Sacude la cabeza lentamente, un gesto de comprensión, de empatía. "No, no lo es, Yardley. No es complicado para nada" me corrige con dulzura, pero con firmeza. "Es sencillo, muchacho mío. Has conocido a una mujer que te ha cambiado la vida, que te ha hecho sentir vivo como nunca. Es algo hermosísimo, valioso." Luego su voz se vuelve más seria, más intensa. "¿Y qué le

ha pasado? ¿Por qué no está aquí contigo, Liran? ¿Por qué la has dejado ir?"

Sus palabras me golpean como una bofetada, pero no son ofensivas, son palabras que me despiertan, que me hacen abrir los ojos a la realidad. "Es extraño, coach" intento explicar, justificarme, pero las palabras me salen confusas, inciertas. "Nos hemos perdido de vista, así, de repente. Yo me he mudado aquí, ella a Los Ángeles. He perdido su número, ni siquiera sé dónde buscarla. Bo, no lo sé, es un lío." Me paso una mano por la cara, frustrado, desesperado. "No importa mucho de todos modos." Trato de minimizar, de convencerme de que se ha terminado, de que tengo que seguir adelante. "Tengo que hacerme el hombre y aceptar lo que ha pasado, ¿no? Tengo que olvidarla y pensar en el juego."

Williamson se enfurece de repente, su rostro se contrae en una expresión de rabia, quizás incluso más cabreado de lo que lo estaba después del último partido, cuando perdimos de forma humillante. "¡Una mierda si no importa, Yardley!" truena, la voz que se alza de tono, que rompe el silencio de la noche. "Escúchame bien, muchacho. Si encuentras a la correcta, te la quedas bien agarrada, ¡joder! No la dejas escapar por nada del mundo." Luego se me acerca, me mira directamente a los ojos, con una intensidad que me asusta y me fascina al mismo tiempo.

"Yo conocí a mi esposa en mi partido número 23, ¿lo sabes?" me cuenta, un velo de melancolía que le ensombrece la mirada. "Nos perdimos también nosotros, por un error estúpido, por orgullo, por miedo. Estaba destrozado, enfermo, me sentía de mierda de todas las maneras posibles. Pero no me rendí, no me acobardé. Fui a buscarla, la busqué por todas partes, y al final la encontré." Me pone una mano en el hombro, un apretón fuerte, decidido. "Sí, tienes que hacerte el hombre y jugar al máximo, tienes que dar todo de ti en el campo, es tu trabajo, es tu vida. Pero esto no significa que tengas que olvidarte de ella, de lo que sientes. Tienes que hacer todo lo necesario para recuperarla, para reconquistarla, ¿me has oído?"

No me lo esperaba, no me habría imaginado que oiría una cosa así de Bob Williamson, del hombre que me grita cuando fallo un pase, que me espolea a dar lo máximo en cada entrenamiento. Me esperaba que me dijera que sacara la cabeza del culo, que dejara de pensar en las mujeres y que me concentrara en el juego. Me esperaba reproches, regañinas, no este aliento inesperado, este empujón a seguir mi corazón. Quizás, en el fondo, las dos cosas no son tan diferentes. Quizás, para jugar lo mejor posible, para dar lo máximo en el campo, necesito ser feliz, tenerla a ella a mi lado.

Asiento lentamente, sintiendo sus palabras que me entran dentro, que me calientan el corazón, que me dan una nueva esperanza. "He aprendido tanto de tantos entrenadores en mi vida, coach" le digo, la voz llena de emoción, de gratitud. "He estado bajo el ala protectora de hombres increíbles, que me han enseñado todo lo que sé. Pero joder, tengo que decir que he aprendido muchísimo también ahora, en estos pocos minutos." Una sonrisa tímida se dibuja en mis labios, una sonrisa que no sentía desde hacía semanas.

Williamson me sonríe a su vez, una sonrisa sincera, paternal. "Ni te preocupes, Yardley. Ni te preocupes, muchacho mío. Estoy aquí para eso, para ayudarte a convertirte en el jugador mejor que puedas ser, pero también en el hombre mejor que puedas ser." Me da una palmada en el hombro, un gesto de afecto, de complicidad. "Ahora mueve el culo a los vestuarios, sin embargo. Es hora de volver a pensar en el juego, de estar con el equipo." Escupe de lado, un gesto típico, luego mira de nuevo la zona de anotación, como si buscara inspiración, como si viera en ese punto lejano la clave para la victoria. Luego se da la vuelta y se dirige hacia los vestuarios, dejándome solo con mis pensamientos, con sus palabras que me resuenan en la mente como un mantra.

Llegado también yo a los vestuarios, empiezo a pensar en lo increíble que ha sido ese momento, algo mágico, indescriptible. Quiero decir, ha sido jodidamente iluminador, una verdadera epifanía. Cada esquema, cada jugada, cada movimiento me ha salido natural, fluido, perfecto. He visualizado cada acción con una facilidad pasmosa, como si tuviera un superpoder, como si pudiera ver el futuro. Desde el principio, desde el primer calentamiento, todo ha ido sobre ruedas, sin tropiezos, sin errores.

Me ha bastado cerrar los ojos, imaginar su rostro, su sonrisa, sus ojos luminosos, y la jugada se ha realizado sola, como por magia. Ha sido como si ella fuera mi musa, mi inspiración, mi fuerza motriz. Me he repetido, en cada instante, en cada carrera, en cada lanzamiento: si quieres a esta chica, Liran, debes jugar para ella. Debes jugar para ganar, joder. Debes demostrarle que eres digno de ella.

"¡Buen partido, chicos!" La voz potente de Big Bob rompe el silencio de los vestuarios. Se acerca, se apoya en las gradas, nos observa con una mirada satisfecha. Nos reunimos todos a su alrededor y al resto de los entrenadores, nos arrodillamos en círculo, listos para escuchar sus palabras. "Tengo una gran confianza en que ganaremos este partido, chicos. Siento en el aire algo especial, positivo. ¿Cómo os sentís vosotros?"

Un rugido ensordecedor se eleva al unísono, un estruendo que nos hace temblar el terreno bajo los pies. Golpeamos los cascos en la hierba con fuerza, descargando la adrenalina, el entusiasmo, la determinación. Siento la energía que me invade, que me corre por las venas como fuego. He nacido para este juego, lo sé, lo siento dentro. Venceré. Venceremos todos juntos, como una sola alma, como un solo cuerpo.

"Bien" vuelve a hablar Williamson, la sonrisa que le ilumina el rostro. "También yo me siento jodidamente bien, chicos. Mañana por la noche es una noche importante, no solo porque hay un partido, no solo porque tenemos que ganar. No, es importante porque es la noche en la que cambiamos las cartas, en la que demostramos quiénes somos, de qué somos capaces. Sé que lo tenéis dentro, sé que tenéis hambre de victoria, de revancha. ¡Salgamos ahí fuera y destrocémoslos, joder! ¡Destrocémoslos mañana!"

Nos abrazamos en un círculo aún más estrecho, gritando el nombre del equipo con toda la fuerza y la pasión que tenemos en el cuerpo, un grito de guerra, un himno a la victoria.

Poco después, sin embargo, la atmósfera ha cambiado, algo ha ido mal. Abro mi taquilla y enseguida me doy cuenta de que falta algo. Mi toalla, joder, desaparecida en la nada. Me giro bruscamente y lo veo, de pie a pocos metros de mí, Clayton que sonríe burlón, una sonrisa de idiota que me dan ganas de darle un puñetazo. "¿Te falta algo, Yardley?" me pregunta, la voz llena de sarcasmo, de provocación.

"Sí, en realidad sí" respondo, tratando de mantener la calma, de no dejarme superar por la rabia. No tengo ganas de estas gilipolleces, no ahora, no antes de un partido tan importante. Tenemos un vuelo dentro de poco, tengo que prepararme deprisa, ducharme, ordenar mis cosas, desconectar y concentrarme solo en el juego. Clayton se ríe de nuevo, una risa infantil, estúpida.

"¿Quieres devolverme mi toalla, Clayton?" le pregunto, la voz que empieza a temblar por la rabia reprimida. "¿O solo quieres reírte como un imbécil? ¿Quieres hacer el payaso delante de todos?" Siento la sangre que empieza a hervir en las venas, la cabeza que late, los músculos que se tensan.

"Oh, ¿un imbécil, eh?" repite, casi saboreando la palabra, como si fuera un cumplido. "¿De verdad eso es lo que piensas de mí, Yardley? ¿Un imbécil?" Alarga la mano, ostentando mi toalla como un trofeo, como una bandera de guerra. Su mirada está llena de desafío, de rencor,

de envidia.

"Escucha, amigo, te estás comportando como un imbécil, punto y final" le digo, tratando de mantener un tono firme, decidido, aunque por dentro estoy explotando. Cojo mis cosas de la taquilla, tratando de ignorarlo, de no darle satisfacción. Y es entonces cuando me doy cuenta de otra falta. La cartera, joder, desaparecida también. Obviamente, esto solo hace reír a Clayton aún más fuerte, una risa histérica, incontrolable.

"Venga, amigo, ¿por qué no dejas de hacer el flipado por una vez?" me provoca, lanzándome la cartera al suelo, a mis pies, como si fuera un perro. La situación se calienta en un instante, la tensión sube por las nubes. Se me acerca, me desafía con la mirada, pecho contra pecho. Yo sonrío, una sonrisa fría, cortante. "¿Qué, ya no somos amigos ahora, Clayton?" lo tomo a broma, tratando de sacarlo de quicio, de hacerlo reaccionar.

Se toma en serio mi provocación, su rostro se contrae en una mueca de rabia. "Creo que hemos dejado de ser amigos, Liran, en el momento en que me plantaste en el club, la otra noche" me explica, la voz ronca, llena de resentimiento. "En el momento en que me dejaste solo con ese lío, con esa puta."

No puedo evitar reírme, una risa nerviosa, histérica. ¿Es de verdad esta la gran cuestión? ¿Es por esto que está perdiendo la cabeza? "Amigo, relájate, joder. Estás en ese club casi cada puta noche, lo sabes de sobra. ¿Qué te importa si me he ido? ¿Qué te importa si te he dejado solo por unas horas?" No entiendo su reacción exagerada, su rabia inmotivada.

Se gira bruscamente, buscando apoyo en los otros jugadores, buscando a alguien que le dé la razón, que lo sostenga en su locura. Pero nadie lo mira, nadie lo escucha. Es más, la mayor parte de mis compañeros trata de hacer como si nada, de ignorar la escena, de no dejarse involucrar en esta estupidez. Es embarazoso para él, lo entiendo. Pero aún más embarazoso sería si de verdad soltara un puñetazo, si se dejara llevar por la violencia. Lo humillaría con gusto delante de todo el equipo, lo haría arrepentirse de haberme desafiado.

"¿Qué me importa? ¿En serio?" repite, la voz que se alza de tono, que se vuelve casi un grito. "¡Deberíamos ser hermanos, joder! ¡Somos un equipo, somos una familia! Yo te traigo una chica, te ofrezco droga, te hago divertir, te procuro una buena noche, ¿y tú me dejas solo? ¿Me abandonas como un perro? No está bien, amigo. No está nada bien." Me empuja de nuevo, ligeramente, pero esta vez hay más fuerza, más rabia en su gesto.

"Da un paso atrás, Clayton. Da un paso atrás, hermano. No quieres más problemas, créeme" lo advierto, la voz calma, pero firme, amenazante. "No quieres empeorar las cosas. Ya tengo bastante mierda en la que pensar ahora, no tengo tiempo para tus gilipolleces."

Luelle… su nombre me resuena en la mente como una llamada, como una promesa, como un lamento. Aprieto los puños con fuerza, los nudillos que se vuelven blancos, listo para reaccionar, para afrontar su locura. Espero su movimiento, espero que dé el primer paso. Clayton es un buen jugador, lo admito, y antes de esta historia lo consideraba también un amigo, más o menos. Pero tiene una pésima reputación aquí, lo saben todos. Viniendo de un equipo de mierda del Medio Oeste, siempre ha tenido algo que demostrar, un complejo de inferioridad que lo devora por dentro. Desafortunadamente, esta mentalidad de "tengo que conseguirlo a toda costa" hace que la gente no lo soporte, que lo evite, que lo considere un advenedizo. Por no hablar del hecho de que es un viscoso, un maniaco sexual, un creep total. Como la otra noche, por ejemplo, en el club…

Clayton decide seguir su instinto, dar rienda suelta a su rabia, a su frustración. Quizás piensa impresionarme, asustarme, demostrar que es más fuerte que yo. Pero podría no haber sido la decisión más sabia de su vida, es más, probablemente es la cagada más grande que podía hacer.

Me suelta un puñetazo, un directo potente, rápido, que me llega justo en la cara. Pero soy más rápido que él, más ágil, más reactivo. Caigo hacia atrás, esquivando el golpe en el último segundo, el puñetazo que me roza la mejilla, que me hace sentir solo el viento. "Buen intento, Clayton" susurro, una sonrisa burlona que se dibuja en mis labios.

Recupera el equilibrio en un instante, la rabia que le quema en los ojos, la respiración jadeante. Vuelve a lanzar, otro puñetazo, esta vez más violento, más determinado. Y esta vez me golpea, de lleno en la mandíbula, un golpe seco, doloroso, que me hace girar la cabeza.

No es una buena idea, Clayton. No es una jodida buena idea.

La rabia se me sube a la cabeza, la sangre me hierve en las venas, el dolor se transforma en furia ciega.

Le agarro la muñeca con un agarre de hierro, apretando fuerte, impidiéndole retirar el brazo. Empujo hacia delante con toda la fuerza que tengo en el cuerpo, cargando el peso del cuerpo sobre su brazo, doblándolo hacia atrás, torciéndolo hasta el límite de la rotura. Lo estrello contra el suelo con violencia, el cuerpo que se estampa en el pavimento con un golpe sordo. Me arrodillo encima de él, lo bloqueo con las rodillas, le tuerzo el brazo aún más, hasta sentir la tensión en los músculos, en los tendones, en los huesos. Grita de dolor, un grito desgarrador que llena los vestuarios. Me inclino sobre él, el rostro a pocos centímetros del suyo, los ojos que lo miran con rabia, con desprecio. "Ahora, quiero que me escuches bien, Clayton" susurro entre dientes, la voz ronca, amenazante. "La única razón por la que no te estoy rompiendo la muñeca ahora, aquí, delante de todos, es porque necesito que juegues un buen partido mañana. Necesito verte en el campo, al máximo de tu forma."

Le arranco la toalla de las manos, le saco la cartera del bolsillo de los pantalones, recuperando mis pertenencias. Me levanto, lo miro de arriba abajo, con desprecio, con asco. "Me llevo mi toalla y mi cartera, Clayton. Y tú no hagas nunca más una cagada así. No me hagas cabrear más, nunca más en tu vida." Me doy la vuelta y me voy, dejándolo en el suelo, dolorido, humillado.

Me giro y me encuentro delante a un equipo asombrado, enmudecido, con los ojos abiertos de par en par. La mayor parte de mis compañeros ríe, sacude la cabeza, comenta en voz baja, tomando el pelo a Clayton por su ridículo. Big Bob, escondido en un rincón, apartado, extrañamente calmo y observador, cruza mi mirada. Paso delante de él, sin detenerme, sin decir una palabra. "No quería hacerle daño, coach" digo solo, casi justificándome, casi disculpándome. "No estoy aquí para hacer daño a uno de los míos."

"Lo sé, Liran" me responde simplemente Williamson, sin juzgar, sin reprocharme. "Sé que no eres un violento, que no eres un delincuente. Eres solo… pasional." Luego me sonríe, una sonrisa comprensiva, alentadora. "Hazme solo un favor, Yardley. Recupera a tu chica. Haz lo que tengas que hacer para reconquistarla."

Lo haré, coach. Lo haré, joder, lo debo hacer.

Debo recuperarla, debo reconquistarla, debo traerla de vuelta a mi vida.

Si no lo hago, si la dejo ir, si la pierdo para siempre, todo se hará pedazos, se derrumbará todo. Dejaré el juego, dejaré el equipo, dejaré todo. Y entonces no será solo Clayton quien me odie, seré yo quien se odie a sí mismo por el resto de mi vida. Empiezo a pensar en cómo hacerlo, en qué inventarme para encontrarla, para alcanzarla en California, para hacerle entender cuánto la amo, cuánto la necesito.

Debo encontrar un modo, debo encontrar una solución.

Debo recuperarla, a cualquier precio.

18

LUELLE

Me tiemblan los brazos mientras aprieto a Axton contra mi pecho, su cuerpecito cálido y suave contra mí.

Lo mezo suavemente, hacia adelante y hacia atrás, un ritmo tan antiguo como el mundo, tratando de calmar su respiración agitada y mi corazón desbocado. "Shhh, todo está bien" le susurro, la voz ronca y frágil como vidrio soplado. Mentiras. Solo malditas mentiras que repito sin cesar, esperando que de tanto decirlas se conviertan en realidad. Pero la verdad es otra, una hoja afilada que me lacera por dentro: no está bien nada de nada. Absolutamente nada.

Siento el sudor frío perlándome la frente, a pesar de que solo son las seis de la mañana. El aire en casa aún está fresco, pero la ansiedad me calienta el cuerpo como un horno. Ya estoy exhausta, vaciada de toda energía, como si hubiera corrido una maratón mientras dormía. Y me pregunto, con un sentimiento de culpa que me corroe el estómago, a quién quiero engañar realmente con estas mentiras susurradas.

Soy una madre terrible, esa es la verdad que me quema por dentro como ácido. Al menos, así es como me siento constantemente, cada día desde que nació Axton. Como si no estuviera a la altura, como si estuviera fallando en algo fundamental. No hay nadie aquí, en esta casa silenciosa y vacía, listo para ayudarme. Nadie que me eche una mano, que me ofrezca un respiro de esta mordaza sofocante.

"Es solo por unos días, mi amor" le susurro de nuevo a Axton, acariciándole la espalda con delicadeza. Sus ojitos oscuros me miran fijamente, llenos de una confianza ciega que me parte el corazón. "Mamá vuelve antes de que te des cuenta, lo prometo." Pero la promesa suena vacía incluso a mis oídos, una melodía desafinada en esta sinfonía de sentimientos de culpa.

"No se preocupe, señora Morris. Pienso en todo yo, esté tranquila." Sheila, la niñera, me sonríe desde la puerta, su voz calmada y reconfortante. Sus ojos azules transmiten una sinceridad que me calienta el corazón, al menos por un instante. Sé que puedo confiar en ella, la he elegido con cuidado, después de mil entrevistas y verificaciones. Y, sin embargo, hay algo dentro de mí que se rebela, que no quiere dejarlo ir.

Es tan difícil, jodidamente difícil, desconectar, incluso solo por unas horas. Es como si un pedazo de mí, el más vital, fuera arrancado cada vez que me alejo de Axton. Un cordón invisible pero fortísimo nos une indisolublemente, y cortarlo, incluso temporalmente, me provoca un dolor sordo, lacerante.

Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, me veo catapultada al caos del aeropuerto, haciendo fila para el check-in. El aire vibrante de voces, olores a café y perfume de jet fuel me aturde. Una mujer no muy lejos de mí aprieta convulsamente a su bebé contra el pecho, un bultito chillón que parece querer reventarle los tímpanos a cualquiera. La mamá tiene los ojos rojos, hinchados de lágrimas, la mirada perdida en el vacío. Parece al borde del colapso, lista para derrumbarse también ella, junto con su bebé.

Reconozco esa sensación, ese pánico sordo que te paraliza los músculos y te quita el aliento. Ese

nudo en la garganta que te impide hablar, de pedir ayuda. He pasado por eso demasiadas veces, en estos meses como madre soltera, y cada vez es como revivir una pesadilla. Me gustaría acercarme, decirle una palabra de consuelo, pero estoy bloqueada, inmóvil, prisionera de mi propia ansiedad.

"Qué mono" bufa sarcástico un pasajero en la cola, la voz cargada de desprecio. Su tono ácido me pincha como un alfiler, despertando en mí una rabia sorda, visceral. Me gustaría gritarle, decirle que pruebe solo por un día a caminar en los zapatos de esa mujer, a sentir el peso de la responsabilidad que le pesa sobre los hombros.

"¡Normalmente no hace así! Lo siento mucho, de verdad" se justifica la mujer, la voz rota por el sollozo, las mejillas surcadas de lágrimas. Su humillación es palpable, casi física. Y mi corazón se aprieta en una mordaza de compasión y rabia.

"Esperemos no estar en el mismo vuelo" susurra un hombre canoso con gafas a su mujer, lanzando una mirada asqueada a la mamá en apuros. La mujer asiente, con una expresión de fastidio pintada en el rostro. Esos juicios superficiales, esas miradas de condena me hacen hervir la sangre en las venas.

Esos idiotas, esos bastardos egoístas que no saben nada de la vida verdadera, de los desafíos cotidianos, del sacrificio que significa ser padres, sobre todo solos. No tienen idea de lo que es vivir constantemente al borde del precipicio, con la ansiedad que te devora día tras día. Cada día me parece caminar sobre un hilo suspendido en el vacío, lista para caer en cualquier momento. Pero luego, me miro al espejo y veo una mujer fuerte, determinada, una guerrera. Me lo repito como un mantra: soy fuerte, soy fuerte, soy fuerte.

'Ser fuerte' significa levantarse siempre, no importa cuántas veces te caigas, no importa cuán bajo llegues. Es la lección más importante que quiero enseñarle a Axton, con mi vida, con mi ejemplo. Y sé que incluso esa mujer, con su bebé chillón entre los brazos, está peleando su batalla, enseñándole la misma lección a su pequeño. Somos guerreras silenciosas, invisibles para la mayoría, pero fuertes como leones.

Sin embargo, a pesar de esta fuerza que me obstino en mostrar, sé cuánto deseará Axton un padre algún día. Es una verdad ineludible, un pensamiento que me atormenta como una espina en el corazón. Me sorprendo soñando despierta, imaginándolo mientras juega a la pelota en el jardín con un hombre fuerte y sonriente, mientras van juntos a hacer excursiones aventureras entre los bosques, mientras lo acompaña a los partidos de fútbol americano, orgulloso de él. Imágenes robadas a una vida que nunca tendremos, a un futuro que no nos pertenece.

Ahuyento estas fantasías de la mente, con un gesto brusco de la mano, como si pudiera borrar así el dolor sordo que me oprime el pecho. No habrá nada de todo esto, me repito con amargura. Aunque una pequeña, loca parte de mí espera aún que un día, quién sabe, nuestros destinos se cruzarán de nuevo. Pero ha transcurrido demasiado tiempo desde aquella noche, desde aquel destello de pasión y locura. Y, a decir verdad, ni siquiera conozco realmente a ese hombre. Liran. Un nombre susurrado por el viento, un recuerdo desvanecido.

En el fondo, siempre me ha parecido un poco un gilipollas, un tipo superficial, incapaz de vínculos profundos. Jaron, ha intentado tranquilizarme sobre él, de pintarlo como un buen chico, pero estaba claro que solo quería ser amable, levantarme el ánimo. Los hombres son así, a veces, llenos de buenas intenciones, pero incapaces de entender la complejidad de las emociones femeninas.

Este viaje ya tiene un sabor extraño, amargo, como una medicina que debes tragar a la fuerza. Un sentimiento de inquietud me invade, como si el aire mismo vibrara de presagios negativos.

Todo me grita que no parta, que vuelva atrás, que renuncie a todo. Las señales están por todas partes, evidentes, como flechas luminosas que me indican la dirección equivocada. Y, sin embargo, debo hacerlo. No tengo elección. Mi trabajo, mi carrera, el futuro de Axton dependen de este vuelo, de este maldito viaje a Nueva York.

Es el momento de dar el siguiente paso, de demostrarme a mí misma y al mundo entero quién soy, lo que valgo. Debo sacudirme de encima los miedos, las incertidumbres, las dudas que me asaltan. Me abro paso a codazos entre la multitud, superando los controles de seguridad con un sentimiento de opresión que me aprieta el corazón como una mordaza. Cada paso me cuesta un esfuerzo inmenso, como si estuviera nadando a contracorriente en un mar en tempestad.

Una vez superados los detectores de metales, finalmente respiro, aunque el aire me parece aún pesado, cargado de electricidad. Miro la hora en el teléfono, el corazón latiendo a toda velocidad. "¡Mierda!" exclamo en voz alta, olvidándome por un instante del mundo que me rodea. Faltan solo diez minutos para el embarque, una eternidad y un abrir y cerrar de ojos al mismo tiempo.

"¡Fuerza, Luelle, muévete! No puedes perder este vuelo" me regaño, acelerando el paso, casi corriendo. La voz en mi cabeza es un grito desesperado, un motor que me empuja hacia adelante. Por los altavoces, la voz metálica e impersonal anuncia: "Se comunica que ha comenzado el embarque del vuelo 741 de Los Ángeles a Nueva York." Corro más rápido que puedo, zigzagueando entre los pasajeros, con la maleta trolley golpeándome contra las piernas, el corazón en la garganta.

"Disculpe, señorita" una voz masculina, profunda, me alcanza por detrás. Me giro de golpe, el aliento corto, el pánico subiendo a la garganta. Un agente de la policía aeroportuaria, sentado en una de esas golf carts eléctricas que circulan entre los pasillos, me mira con una expresión seria pero amable. Sus ojos oscuros, penetrantes, me ponen incómoda.

"Lo siento, pero por motivos de seguridad no podemos permitir que corra dentro del aeropuerto" me explica con calma, indicando el cartel con la prohibición de correr. Su tono es firme, pero no descortés. "Mire, ¿por qué no se sienta aquí? La acompaño yo a su puerta, en un momento. Las puertas aún estarán abiertas cuando lleguemos, no se preocupe." Me ofrece una sonrisa tranquilizadora, tratando de suavizar la tensión.

"Gracias" susurro, sin aliento, las piernas temblándome por la carrera y por la ansiedad. "Pero no, gracias, estoy bien, de verdad." No quiero perder más tiempo, no puedo arriesgarme a perder el vuelo. Vuelvo a caminar lo más rápido posible, tratando de no correr, de no atraer de nuevo la atención de ese policía celoso. El hombre asiente simplemente, sin insistir, y me sigue lentamente con su carrito, vigilando mis movimientos.

Corro, corro a todo pulmón, sintiendo el corazón martilleando en el pecho, el aliento que se hace cada vez más agitado. Las piernas arden, los pulmones parecen a punto de explotar, pero no me detengo. Debo llegar a la puerta, debo subir a ese avión, debo escapar de este sentimiento de opresión que me sofoca. Pronto, espero haber despistado a ese policía, de haberme dejado atrás su mirada juzgadora.

"Por favor, no me hagas perder este vuelo…" ruego en voz baja, casi fuera una súplica, una oración desesperada dirigida a un dios desconocido. Las palabras me salen de los labios como un suspiro, cargadas de miedo y de esperanza. De repente, mi pie tropieza con algo invisible en el suelo, quizás una maleta olvidada, quizás una imperfección del mármol pulido.

Siento el cuerpo tambalearse, perder el equilibrio, arrastrado inexorablemente por la fuerza de la gravedad. Entiendo enseguida lo que está sucediendo: me estoy cayendo. Y sé que no será una caída indolora, que me haré daño, quizás mucho daño. Cierro los ojos, preparándome para el

impacto, para el dolor, para la humillación. Pero justo en ese momento, inesperadamente, siento un par de manos fuertes, viriles, que me agarran por los brazos, bloqueando mi caída desastrosa.

Levanto la mirada de golpe, el corazón en la garganta, el aliento suspendido, el cuerpo tembloroso. Y casi me desmayo por lo que veo. El mundo a mi alrededor parece desvanecerse, disolverse en una niebla confusa. Delante de mí, a pocos centímetros de mi rostro, están sus ojos. Ojos castaños, profundos, intensos, que me miran fijamente con la misma incredulidad, el mismo asombro que siento yo.

Un sollozo ahogado me bloquea la garganta, las palabras se niegan a salir.

Trago con dificultad, tratando de recuperar el control del aliento, de las emociones que me arrollan como una ola anómala.

"¿Liran?" murmuro finalmente, la voz ronca, incierta, casi un susurro. No sé si quiero gritarle, insultarlo, abofetearlo, o si besarlo, abrazarlo, anular en un instante todos estos meses de silencio, de vacío, de dolor.

"¡Dios mío! ¿Luelle?" responde él, la voz incrédula, ronca, llena de emoción. Sus ojos me escrutan, me estudian, tratando de entender si soy realmente yo, si no es solo una ilusión, un espejismo creado por mi mente cansada y estresada.

Permanecemos inmóviles, el uno frente al otro, en un silencio cargado de electricidad, de tensión palpable. El caos del aeropuerto se desvanece en el fondo, los ruidos se atenúan, el tiempo parece detenerse. Somos solo nosotros dos, en este rincón anónimo del aeropuerto, atrapados en una burbuja de silencio y de miradas que hablan más de mil palabras. No hay necesidad de decir nada, en este momento. La situación grita sola, con toda la fuerza de un huracán. Todo lo que ha sido, todo lo que habría podido ser, todo lo que quizás, quién sabe, podría aún suceder.

Hablamos en el mismo instante, las palabras que nos salen de la boca se superponen, confusas, emocionadas. Un balbuceo sincrónico, un eco del destino. Yo digo, con un hilo de voz que tiembla ligeramente: "Liran, ¿por qué nunca me has llamado?" La pregunta me sale espontánea, instintiva, como un grito de dolor reprimido por demasiado tiempo.

Y él, en el mismo momento, responde, con la misma urgencia, la misma necesidad de explicar: "Perdí el pañuelo de papel en el que habías escrito tu número. Nunca lo volví a encontrar. Pero te aseguro que te he buscado de mil maneras cada día, Luelle. Cada día, hasta que tuve que irme."

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, descolocándome, desarmándome. Quizás, ha sido así. Un destino adverso. Quizás, he sido yo quien se ha equivocado, al interpretar mal las señales, al construir castillos de arena sobre mis inseguridades.

Nos echamos a reír, ambos en el mismo instante, una risa nerviosa, histérica, liberadora. Una risa que rompe la tensión, que rompe el silencio, que nos devuelve bruscamente a la realidad. Una risa que sabe a incredulidad, a vergüenza, pero también a alivio, a esperanza. Una risa que dice todo y nada, que esconde y revela, que confunde y aclara.

"Intenté buscarte con todos los medios posibles, te lo juro" repite él, con la mirada fija en mis ojos, buscando mi aprobación, mi comprensión. "Para ser sincero, pensé que ya no estabas interesada, que te habías arrepentido de aquella noche, que me habías borrado de tu vida." Su voz se quiebra ligeramente, traicionando una fragilidad, una inseguridad que no me esperaba encontrar en él. "¡Caray, incluso he venido a buscarte a tu casa! Sé que parece una locura, una cosa de acosador, pero…”

Lo interrumpo de nuevo, sin dejarle terminar la frase, sin darle tiempo a disculparse o a justificarse. "No es para nada una locura, Liran" digo, sacudiendo la cabeza, una sonrisa tímida

que se abre paso sobre mis labios. Las lágrimas aprietan de nuevo para salir, pero esta vez son lágrimas diferentes, lágrimas de alivio, de alegría, de reencontrada esperanza.

"¿De verdad?" me pregunta, con un destello de sorpresa y de felicidad que le ilumina el rostro. Sus ojos se abren de par en par, brillando con una luz nueva, intensa, magnética. Su expresión cambia completamente, se distiende, se relaja. Parece casi más joven, más vulnerable, más humano.

Vuelvo a sacudir la cabeza, un sollozo que se me escapa de los labios, las lágrimas que finalmente empiezan a surcarme el rostro. "Ni un poco" respondo, la voz rota por la emoción, el corazón latiendo a toda velocidad en el pecho. Las palabras me salen confusas, entrecortadas, pero cargadas de verdad, de sinceridad, de una emoción arrolladora que ya no consigo contener.

"Pensaba que te habías olvidado de mí, que me habías borrado de tu vida, para siempre" continúa él, con un hilo de voz, la mirada aún fija en mis ojos. "Pero luego Jaron me llamó hace un par de días. Me dijo que aún estabas en Los Ángeles, que no te habías mudado a Nueva York. Me dio una esperanza, una pequeña, loca esperanza de poder encontrarte de nuevo, aunque escuché que tendrías que partir hacia la East Coast." Sus ojos castaños me escrutan el alma, leyendo cada uno de mis pensamientos, cada una de mis dudas, cada uno de mis miedos. Y en ese momento, entiendo que quizás no todo está perdido. Quizás, aún hay una posibilidad para nosotros.

"Sí. Es… es por trabajo. Tengo que ir a Nueva York para un proyecto importante" digo, tratando de recuperar un tono distante, casi indiferente, para esconder la emoción que me revuelve por dentro. Pero mi voz tiembla, me delata. Miro hacia atrás, nerviosa, y veo una multitud de personas que corren hacia la puerta, arrastrando maletas y trolleys.

"Último llamado para el vuelo 741 de Los Ángeles a Nueva York…" resuena la voz metálica e impersonal por los altavoces, rasgando el silencio, devolviéndonos bruscamente a la realidad. El tiempo apremia, mi partida es inminente. Y el miedo a perderlo de nuevo, a verlo desaparecer una vez más de mi vida, me asalta con violencia.

"Mierda" murmuro entre dientes, la frustración subiéndome como una ola.

Date prisa, Luelle. Debes decidir qué hacer. No puedes quedarte aquí hablando para siempre. No puedes contarle sobre Axton, no ahora. Sube a ese avión, huye, protege tu secreto.

La voz en mi cabeza grita, impaciente, aterrorizada.

"¿Es tu vuelo?" me pregunta él, la preocupación pintada en el rostro, los ojos que me escrutan con intensidad. Entiende que algo no va bien, que estoy indecisa, dividida. Y su mirada se hace más penetrante, más interrogativa.

"Sí, debo correr…" suspiro, dejando caer los brazos a lo largo de los costados, derrotada, resignada. Siento las lágrimas arder detrás de los párpados, listas para explotar en un llanto desconsolado. Es todo tan jodidamente complicado, tan equivocado. Me gustaría detener el tiempo, volver atrás, cambiarlo todo. Pero no puedo. No ahora.

"Está bien. Entiendo" me dice, asintiendo lentamente, con una sonrisa melancólica que me parte el corazón. "Es mejor que te des prisa, entonces. No quiero hacerte perder el vuelo." Se hace a un lado, dejándome libre para ir, para escapar. Pero sus ojos me retienen, me clavan al suelo, me impiden moverme. "Tal vez nos volvamos a ver en la East Coast, quién sabe" añade, con un tono de voz que oscila entre la esperanza y la resignación.

Bajo la mirada, incapaz de sostener la suya, el corazón latiéndome a toda velocidad en el pecho. "Sí, me gustaría" respondo, en voz baja, casi un susurro, las palabras que salen a duras penas de mis labios. "Pero debo irme de verdad, ahora. No puedo esperar más." Es una mentira, lo sé. Me

gustaría quedarme, me gustaría detener el tiempo, me gustaría cancelar mi partida, pero no puedo. No debo.

"De acuerdo, adiós Luelle Ibarra." Me sonríe de nuevo, una sonrisa agridulce que me hace vibrar el alma. "Mi chica de los ojos marrones." Duda un momento, como si quisiera decir algo más, algo importante, definitivo. Pero luego se bloquea, reteniendo las palabras, tragándose las emociones. Tal vez piensa que ya no siento nada por él, que lo he olvidado, superado. O quizás, en el fondo, se ha convencido de haberme perdido para siempre, de no tener más ninguna esperanza conmigo. No importa. No puedo saberlo. No puedo detenerme a descifrar sus pensamientos, sus intenciones. No ahora.

Mi chica de los ojos marrones… Sus palabras me resuenan en la mente como un eco lejano, como una melodía dulce y melancólica. Un apodo que me pertenece, un recuerdo de un pasado que no volverá. ¿O tal vez sí?

Me giro de golpe, sin añadir nada más, escondiendo los ojos detrás de una mano para no hacerle ver las lágrimas que ya me surcan el rostro sin control. "Adiós" digo deprisa, con un hilo de voz, las palabras que se me mueren en la garganta. Y luego huyo, corriendo a todo pulmón hacia la puerta, sin volverme atrás, sin mirar a Liran una última vez. Lo dejo allí, inmóvil, solo, en medio de la multitud del aeropuerto, con mi secreto escondido en el corazón, con mi vida dividida por la mitad.

19

LIRAN

No puede ser.
Ella está aquí. Justo delante de mí.
Luelle.
El corazón me late a toda velocidad, un ritmo frenético que me retumba en los oídos.
Es real, no un espejismo, no una captura de pantalla descolorida en mi feed de Instagram. Es carne y hueso, un dulce aroma a vainilla y una sombra de incertidumbre en los ojos marrones que me han atormentado durante meses. Y yo, Liran Yardley, quarterback de los New England Pioneers, el hombre que no le teme a nada en el campo, me encuentro paralizado, incapaz de articular palabra.
La observo mientras me mira, una sonrisa tímida que le riza los labios perfectos. Me gustaría decirle mil cosas más aparte de las pocas palabras que he pronunciado, gritarle cuánto la he echado de menos, cuánta falta me hace en mi vida. Pero las palabras se me mueren en la garganta, atrapadas en un nudo de nerviosismo y deseo. Balbuceo algo incomprensible, un sonido ahogado que suena ridículo incluso a mis oídos. Me siento un completo idiota, un chaval torpe en su primera cita.
La veo alejarse, arrastrando el trolley brillante, directa a la puerta de embarque. La dejo ir, la dejo desaparecer de nuevo, como si fuera lo más natural del mundo.
¿Qué otra cosa podría haber hecho? me repito, intentando justificar mi cobardía, mi incapacidad para reaccionar. Pero lo sé, en lo más profundo de mi corazón, que acabo de cometer el error más grande de mi vida. Y me arrepentiré, ya lo sé, cada segundo.
Me arrastro hacia la salida de la terminal, el peso de la derrota aplastándome los hombros. El equipo me sigue en silencio, un cortejo fúnebre de atletas derrotados. Siento los ojos de Clayton clavados en mí, su rabia palpable como una descarga eléctrica. No me mira directamente, pero percibo su decepción, su frustración por el numerito de anoche, por mi impulsividad que nos ha costado cara.
No tenía elección.
"Está fuera de mi control" me repito como un mantra, intentando convencerme de una mentira. Intento racionalizar, buscar excusas, cualquier cosa para aplacar el sentimiento de culpa que me devora. Me digo que era el destino, que no era el momento adecuado, que quizás no tenía que ser así. Pero la verdad es que me siento un cobarde, un incapaz, un perdedor. Y el pensamiento de haberla perdido de nuevo me atormenta como una pesadilla sin fin.
Camino con la cabeza baja, la mirada fija en mis zapatillas de deporte inmaculadas, intentando ignorar el murmullo de la terminal, las voces confusas, el ruido de los trolleys que ruedan sobre el suelo brillante. Pero de repente, una chispa se enciende dentro de mí, una loca iluminación que desgarra la oscuridad de mi desesperación. Me doy cuenta de una cosa, una cosa fundamental, que cambia todo. Llego a la salida, las puertas correderas que se abren al mundo exterior, y me bloqueo de golpe, plantado como una estatua de sal.

"Eh, bro, ¿qué haces? ¿Nos vamos?" me dice Mike, uno de los suplentes, pasándome por delante con una sonrisa forzada. Me da una palmada en el hombro, intentando sacarme de mi sopor. Pero yo no lo oigo, no lo veo. Sigo atrapado en mis pensamientos, en esa loca epifanía que me acaba de arrollar.

"Un segundo..." murmuro, en voz baja, casi imperceptible. No aparto los ojos del vacío, de ese punto indefinido más allá de las puertas correderas, donde sé que ella acaba de desaparecer. Luego me giro de golpe, buscando la mirada del coach Williamson. Big Bob me observa, en silencio, con su habitual expresión impenetrable. Pero en sus ojos, por un instante, capto una chispa de comprensión, una sombra de aprobación. Él lo sabe. Entiende al vuelo lo que me está pasando por la cabeza.

Me hace un gesto con la cabeza, imperceptible, casi un entendimiento silencioso entre hombres. Un permiso no dicho, una tácita bendición. Dejo caer al suelo la bolsa deportiva, la sudadera de los Pioneers, la gorra de la suerte que me regaló mi madre. No me importa nada, no me importa nadie. Y corro. Corro como un loco, como si tuviera al diablo pisándome los talones, como si mi vida dependiera de esa carrera desesperada. Corro más rápido de lo que he corrido en mi vida, olvidando la fatiga, el dolor, la derrota.

Corro solo por ella.

¿Cuál era su terminal, maldita sea?

Me martilleo el cerebro, intentando recordar cada detalle, cada información que pueda ayudarme. Su voz, su acento, su destino. Chicago. Vuelo a Chicago. Terminal… ¿Terminal C? No, Terminal B. Claro, Terminal B. Me viene a la mente como un flash, una imagen nítida en mi mente confusa.

Ya casi estoy. Lo siento, lo sé. La adrenalina me bombea por las venas, el corazón me late a toda velocidad, pero esta vez es un ritmo diferente, un ritmo de esperanza, de excitación. Rezo a todos los dioses del cielo, a todos los espíritus guía, a todos los santos protectores de los jugadores de fútbol, a quien sea que esté ahí arriba escuchando, para no haberla perdido para siempre. Para que me den una última oportunidad. Para que me hagan llegar a tiempo. ¡Puerta 19, 20, 21! Los veo, los números que parpadean luminosos sobre las puertas. ¡Ahí está!

¡Sí! Me gustaría gritarlo al mundo entero, liberar la alegría que me explota en el pecho.

Llego corriendo a las puertas de la puerta de embarque, sin aliento, con las piernas ardiendo. Las encuentro cerradas, bloqueadas como un muro infranqueable. Pánico. Por un momento, el mundo se me viene encima, la esperanza se apaga como una vela en el viento. Pero no me rindo. No puedo rendirme. Me giro de golpe hacia la empleada detrás del mostrador, una mujer rubia con una expresión aburrida estampada en el rostro. "¡Tiene que dejarme entrar! ¡Es importantísimo!" le digo, sin aliento, con la voz temblorosa de desesperación.

Ella me mira, levantando una ceja, como si fuera un loco escapado del manicomio. "Lo siento, señor" dice, con un tono distante, casi robótico. "Las puertas están cerradas. El embarque ha terminado." Indica un cartel luminoso con el horario del vuelo, ya despegado. "Si necesita reservar otro vuelo, diríjase a la agencia de allí." Me indica un mostrador apartado con un gesto aburrido, como si estuviera hablando con un niño caprichoso. No entiende. No entiende la urgencia, la desesperación, lo que está en juego.

Me aprieto los dedos en las sienes, intentando respirar hondo, mantener la calma.

Respira, Liran, respira.

Debo encontrar una manera, debo convencerla, debo superar este obstáculo. Pero la rabia me sube por dentro, la frustración me ciega. Obviamente, no lo consigo. La calma se desvanece en

un instante, dejando espacio a la impulsividad, al frenesí que me hierve dentro. "¡No necesito otro vuelo!" grito, perdiendo el control. "¡Necesito entrar ahí dentro!" Indico las puertas cerradas con rabia, el dedo apuntando como un arma. "¡No entiende, es una cuestión de vida o muerte!" exagero, lo sé, pero en ese momento me parece la pura verdad.

"Bien, señor. Lo que necesito yo es que se aleje" responde ella, impasible, el tono aún más gélido, más distante que antes. "¡Si no llamo a seguridad y le sacarán a la fuerza! ¿Claro?" Me fija con la mirada, con los ojos azules duros como el hielo, esperando a que la mande al diablo. Desafío aceptado. Ella no tiene ni idea de quién soy yo. No sabe que soy Liran Yardley, el rey de las respuestas ácidas, del que le echan de entrevistas, bares, y sí, ¡también aeropuertos! He nacido para infringir las reglas, para superar los límites, para obtener lo que quiero, a cualquier precio.

"No, en realidad no está claro una mierda!" Ahora estoy gritando, sin control, la voz que retumba en la terminal desierta. Me acerco al mostrador, plantando las manos con fuerza, haciéndola sobresaltar. "Y le digo que si no me deja pasar ahora, hago llamar a la NFL, la arrastro a los tribunales porque..." me detengo, sin aliento, la rabia que me nubla la mente. Ni siquiera sé lo que iba a decir, una amenaza absurda, sin sentido. Pero en ese momento, no me importa nada, solo quiero entrar, solo quiero alcanzarla.

"¡Liran!" una voz resuena a mis espaldas, una voz melodiosa que reconozco al instante.

Luelle.

Me giro de golpe, el corazón dando un vuelco en el pecho, y la veo. Está allí, de pie a pocos metros de mí, con la mirada preocupada, pero también... ¿aliviada? Una oleada de adrenalina y de pura alegría me invade el cuerpo, borrando de golpe la rabia, la frustración, la desesperación.

Es ella.

Ha vuelto.

No la he perdido.

No todavía.

Le lanzo una mirada fulminante a la empleada, congelándole la sonrisa de plástico. "Mire, lo siento" digo, esforzándome por bajar el tono de la voz, por asumir una actitud contrita. "Ha sido un día pésimo. He perdido la cabeza." Le muestro una sonrisa forzada, la de chico bueno, la que uso con los periodistas, con los fans, con las viejecitas que me paran por la calle. "Si quiere entradas para el partido de los Pioneers" añado, con un tono de voz cómplice, "solo tiene que mostrar su acreditación en la ventanilla de Will-Call y la dejarán entrar." Ella me mira, confusa, como si no hubiera entendido una palabra. Probablemente piensa que estoy completamente loco. Pero no importa. Le he dado mi mejor oferta.

Le dedico mi mejor sonrisa, la que derrite hasta los corazones de piedra, y me giro de nuevo, corriendo hacia Luelle. "No podía dejarte ir" le digo, tomándole el rostro entre las manos, acariciándole las mejillas suaves. "No todavía, al menos. No sin una verdadera despedida." Le susurro estas palabras, con el corazón latiendo a toda velocidad, con la voz llena de emoción. La miro a los ojos, sus ojos marrones que me vuelven loco, intentando leer en sus pensamientos, en sus sentimientos.

Ella se levanta de golpe de la silla, los brazos rodeándome el cuello, abrazándome fuerte, fuertísimo. "¡Oh, gracias a Dios!" exclama, con la voz rota por la emoción, las lágrimas que le surcan el rostro. Me aprieta tan fuerte que casi no puedo respirar, pero no me importa. Solo quiero tenerla cerca, sentirla cerca, saborear de nuevo su perfume, su calor. Está aquí. Está de nuevo entre mis brazos. Y por un momento, todo lo demás se desvanece, el caos del aeropuerto,

la derrota del partido, la rabia de Clayton. Existimos solo nosotros dos, en este pequeño rincón del mundo, en este instante suspendido en el tiempo.

Le tomo el rostro entre las manos, secándole las lágrimas con los pulgares, y la beso. Un beso dulce, delicado, un beso de bienvenida, de perdón, de renacimiento. "Te he echado de menos" le digo, con la voz ronca de deseo, con el corazón latiendo a toda velocidad. "Te he echado de menos hasta morir." Le susurro estas palabras, con la sinceridad que me sale de lo más profundo del alma. Es la verdad más verdadera que podría decirle.

"Yo también te he echado de menos hasta morir" responde ella, con la voz temblorosa, los ojos que le brillan bajo las luces de neón del aeropuerto. Y de repente me doy cuenta de que, contra todo pronóstico, estamos de nuevo aquí, juntos, después de haber estado separados durante bastante tiempo.

Me acerco, lentamente, saboreando cada segundo, cada milímetro que nos separa. Nuestros labios se rozan, luego se unen en un beso más intenso, más apasionado, un beso que sabe a hogar, a deseo reprimido, a promesas susurradas. Ese sabor… lo he esperado durante una eternidad, durante cada día, durante cada noche en vela pasada pensando en ella. Y ahora lo tengo, ella está aquí, entre mis brazos, aunque solo sea por un momento. Su perfume me envuelve, me aturde, me embriaga como un vino de calidad. La abrazo aún más fuerte, mis manos acariciándole la espalda, intentando memorizar cada curva, cada detalle, cada matiz de su cuerpo perfecto.

Nuestras lenguas se entrelazan, bailan juntas en un vals encendido, un tango sensual que cuenta historias de pasión y de deseo. Me separo un momento, solo para recuperar el aliento, y le mordisqueo ligeramente el labio inferior, saboreando su piel dulce, su aliento cálido. Siento su respiración hacerse más corta, más jadeante, su cuerpo temblar ligeramente entre mis brazos. La intensidad crece, sube como la marea, una ola anómala de emociones que está a punto de arrollarnos. Algo incontrolable está a punto de explotar entre nosotros, una tormenta de pasión que no podemos, no queremos detener.

"Sígueme" le digo, tomándole la mano, guiándola a través de la terminal desierta.

La tiro conmigo, sin darle tiempo a pensar, a reaccionar, a cambiar de opinión. Debo llevarla lejos de aquí, lejos de las miradas indiscretas, lejos del caos del aeropuerto. Debo encontrar un lugar solo para nosotros, un rincón de intimidad donde podamos finalmente ser nosotros mismos, sin máscaras, sin miedos, sin frenos.

"¿Adónde vamos?" pregunta Luelle, riendo, excitada por la adrenalina del momento, por la locura de esta fuga improvisada. Su voz es un susurro ligero, lleno de curiosidad, de expectativa. Se fía de mí, lo sé. Se abandona en mis manos, dejándose guiar hacia lo desconocido. Y esta confianza, este abandono, me hacen sentir aún más fuerte, más decidido, más… suyo.

"Ya verás" le respondo, con una sonrisa maliciosa, un destello de deseo en los ojos. No quiero desvelar la sorpresa, quiero mantenerla en ascuas, quiero alimentar su excitación, su curiosidad. Busco un lugar apartado, un rincón escondido, un refugio secreto donde podamos finalmente liberar la pasión que nos devora.

Camino decidido, la mirada escrutando cada esquina, cada puerta, cada indicación. Luego lo veo. Un cartel discreto, casi escondido, con la leyenda "Cleaning Crew". Una sonrisa se dibuja en mi rostro, una sonrisa diabólica, una sonrisa de victoria. "Hecho" digo, en voz alta, casi como si fuera una meta, el final de una larga y difícil búsqueda. Me acerco a la puerta, pruebo la manija. No está cerrada con llave.

Perfecto. El destino está de nuestra parte.

Entramos, empujando la puerta chirriante, y nos encontramos en un trastero angosto, iluminado por una bombilla tenue, lleno de detergentes, escobas, cubos y trapos. Un aroma acre de lejía y productos químicos nos invade las narices. No es exactamente el lugar más romántico del mundo, pero en este momento, no me importa. Es perfecto. Es nuestro.

"Liran, ¡no podemos estar aquí dentro!" dice Luelle, con un hilo de voz, una mezcla de sorpresa y diversión. Me mira con los ojos desorbitados, una sonrisa maliciosa que le riza los labios. Me encanta cuando pronuncia mi nombre, me encanta oírlo salir de su boca, con ese acento dulce y sensual. Mi nombre, susurrado por ella, se convierte en una melodía, una promesa, una invitación.

Cierro la puerta con llave, con un clic seco que nos aísla del mundo exterior, del ruido, del caos, de las reglas. Ahora somos solo nosotros dos, en este pequeño espacio prohibido, en este rincón de transgresión.

"¿Siempre juegas según las reglas?" le pregunto, volviéndome hacia ella, desafiándola con la mirada, con una sonrisa provocadora. Quiero ver su reacción, quiero entender hasta qué punto está dispuesta a llegar, cuánto está dispuesta a infringir las convenciones, a dejarse llevar por la pasión.

Ella me fija con la mirada, sus ojos brillando con una luz nueva, una luz salvaje, rebelde, determinada a vivir este momento hasta el final, a aprovechar cada segundo, cada respiro que nos es concedido. "Absolutamente no" responde, con una sonrisa que me vuelve loco, una sonrisa que lo dice todo.

Es ella quien me besa esta vez, tomando la iniciativa, demostrando no tener miedo, no tener reparos. Me besa con pasión, con urgencia, como si tuviera miedo de que este momento pudiera desvanecerse de un momento a otro. Un beso que me quita el aliento. Se separa solo por un instante, sin aliento, con los ojos brillantes de deseo, y apoya la frente en la mía, susurrando palabras dulces. Luego vuelve a besarme, una y otra vez, con una voracidad que me excita, que me vuelve loco de deseo.

Le paso las manos por su pelo perfecto, largo y suave como la seda, y respiro hondo su perfume embriagador, su olor dulce y salvaje que me pone en jaque los sentidos. No consigo gestionar la oleada de emociones que me arrolla, la pasión que me inflama dentro, la necesidad de ella que me consume. "Te necesito" le susurro al oído, con la voz ronca de deseo, con el cuerpo temblando de impaciencia. "Te necesito. Ahora." Las palabras salen solas, sin que pueda detenerlas, sin que quiera detenerlas. Son la verdad más profunda, el deseo más escondido, la necesidad más urgente.

"He esperado tanto para oírte decir estas palabras" responde ella, con un hilo de voz, completamente sin aliento, el cuerpo temblando contra el mío. Me mira a los ojos, con una pasión que me quita el respiro, con un deseo que me hace arder por dentro. "Tómame" añade, sin vergüenza, sin remordimientos, con una determinación que me excita a la enésima potencia.

Le arranco la camiseta, sin delicadeza, sin preámbulos, sin pedir permiso. Quiero sentirla desnuda contra mí, quiero sentir su piel suave bajo mis manos, quiero saborear cada centímetro de su cuerpo perfecto. Mientras ella se quita los pantalones, dejándolos resbalar al suelo como una serpiente de seda, mis manos corren por su cuerpo, explorando sus formas, acariciando sus curvas, apretando sus carnes. Le recorro los muslos, las piernas, agarrándole el culo, apretándolo fuerte, fuertísimo, como si quisiera marcarla a fuego, como si quisiera hacerla mía para siempre. Me siento un rey, un puto rey, el dueño del mundo. Me siento más hombre que nunca, más vivo que nunca.

Me arrodillo a sus pies, besándole las rodillas, los muslos, subiendo lentamente hacia arriba. Ella es una diosa, una diosa bajada a la tierra para mí, una criatura divina que me ha elegido a mí, entre miles de millones de hombres. Bendigo sus tetas firmes y perfectas, su culo redondo e invitante, su cuerpo sinuoso y sensual. Antes incluso de que pueda arrodillarse, antes de que pueda ofrecerme a mí en toda su belleza, la levanto en peso, con la fuerza de un gigante, la alzo sobre mi cabeza y la clavo contra la pared, con la espalda contra las baldosas frías y húmedas del trastero. Quiero sentirla contra mí, quiero sentirla temblar, quiero oírla gritar mi nombre.

"¡Oh, Dios mío!" grita Luelle, un gemido de placer que me vuelve loco, un sonido salvaje y sensual que me excita a la enésima potencia. Su cuerpo se arquea, se contrae, se abandona al placer. La giro, con un movimiento fluido y decidido, con las manos apoyadas en la pared, haciendo caer todo lo que había en una estantería junto a nosotros: detergentes, esponjas, trapos, todo al suelo en un estrépito ensordecedor. Que le jodan a las reglas, que le jodan al ruido, que le jodan a quien sea que pueda oírnos. En este momento, no me importa nada, solo ella, solo su placer, solo nuestra pasión.

"Ahora que te tengo aquí" le susurro al oído, con la voz ronca de deseo, sin aliento, con el corazón latiendo a toda velocidad. "Ahora que eres mía" añado, con un tono posesivo, "Te devoraré." Le muerdo el lóbulo de la oreja, le lamo el cuello, el hombro, la espalda, bajando lentamente, saboreando cada centímetro de su piel. No quiero dejar nada sin probar, quiero explorar cada rincón de su cuerpo, quiero volverla loca de placer.

Le beso las caderas, la línea del vientre, hasta llegar a los muslos. Le lamo el interior del muslo, mordisqueándola ligeramente, sintiendo su cuerpo temblar bajo mis labios. En pocos segundos, he besado cada centímetro de su cuerpo, adorando cada curva, cada forma, cada imperfección. Con su culo perfecto ofrecido a mi mirada, le abro los labios con las manos, le lamo con voluptuosidad, le chupo con fuerza, le muerdo ligeramente, haciéndola gemir de placer. Quiero volverla loca, quiero llevarla al apogeo del placer, quiero hacerla correr por mí.

"Cada parte de ti es tan hermosa" murmuro, adorando su cuerpo como una reliquia sagrada, como un tesoro precioso. Le meto dos dedos dentro, sintiendo el calor húmedo que me acoge, su cuerpo que se cierra alrededor de mis dedos. Presiono fuerte sobre su punto G, masajeándolo con movimientos circulares, sintiendo su respiración hacerse más corta, más jadeante.

"Oh, Dios" gime ella, con la voz rota por el placer, el cuerpo que vibra bajo mis manos. "¡Sí, justo así!" Se agarra a mis hombros, las uñas arañándome la espalda, el cuerpo que se arquea hacia atrás.

"Corre por mí" le ordeno, con la voz ronca de deseo, la mirada fija en sus ojos desorbitados. "Quiero verte correr." Le susurro estas palabras, con un tono imperativo, con un deseo que me consume. Quiero verla disfrutar, quiero ser la causa de su placer, quiero volverla loca de deseo.

La masajeo, la estimulo, la llevo al borde del precipicio, empujándola cada vez más arriba, cada vez más cerca de la explosión. Está mojada, hirviendo, temblando, con el cuerpo que tiembla como una hoja al viento. Le beso las mejillas, el cuello, los hombros, subiendo lentamente hacia arriba. La giro de nuevo, con un movimiento fluido y sensual, y me arrodillo delante de ella, listo para darle el placer más intenso, más inolvidable de su vida. Le envuelvo el clítoris con los labios, le lamo con voluptuosidad, le chupo con fuerza, le muerdo ligeramente, haciéndola gemir de placer. Mi lengua se mueve a una velocidad increíble, explorando cada rincón, cada curva, cada pliegue de su cuerpo.

Antes de que me dé cuenta, ella está corriendo. Su cuerpo vibra, tiembla, se contrae alrededor de mí, en una explosión de placer que me contagia, que me vuelve loco a mí también. Su

respiración se hace jadeante, sus gemidos se hacen más fuertes, más salvajes, más liberadores. Me agarra el pelo, tirándolo fuerte, casi como queriendo arrastrarme dentro de sí misma, como queriendo fundirse conmigo en una única entidad. Me saco la polla de los pantalones, dura como la roca, y empiezo a masturbarme, rápido, furiosamente, siguiendo el ritmo de su placer, sincronizando mi cuerpo con el suyo.

"¡Sí!" grita Luelle, con los ojos perdidos en el placer, la boca abierta en un grito de liberación. "Dios, eres tan jodidamente sexy." Me mira con una pasión que me quita el aliento, con un deseo que me hace arder por dentro. Sus palabras me excitan a la enésima potencia, me empujan al límite, me hacen perder el control.

La beso de nuevo, profundamente, un beso que sabe a pasión, a liberación, a orgasmo. Le masajeo el coño aún temblante, le acaricio los muslos, el vientre, subiendo lentamente hacia arriba. Luego las manos suben por su cuerpo, hasta llegar al pecho. Le aprieto las tetas entre las manos, le pellizco ligeramente los pezones, sintiendo su cuerpo temblar de nuevo bajo mis dedos. Siento la punta de mi polla palpitar, hincharse, explotar en un orgasmo violento, incontenible. Y en pocos segundos, corro, gritando su nombre, liberando toda la pasión, todo el deseo, toda la emoción que se ha acumulado dentro de mí durante demasiado tiempo. Sus bragas están aún enrolladas a los tobillos, un trofeo de guerra, un símbolo de nuestra pasión arrolladora. Le disparo mi esperma caliente y denso sobre el algodón, manchándolo con la prueba de nuestro amor, de nuestro encuentro prohibido.

La pongo de pie de nuevo, lentamente, sosteniéndola entre los brazos, y le sonrío, ambos sin aliento, con el corazón latiendo a toda velocidad, con el cuerpo bañado en sudor, pero con el alma ligera, libre, finalmente saciada. Nos besamos de nuevo, un beso dulce, esta vez, un beso de agradecimiento, de promesa, de renacimiento. Nos abrazamos fuerte, como si tuviéramos miedo deperdernos de nuevo, como si este fuera el último momento que tuviéramos juntos. Pero en el fondo del corazón, lo sabemos ambos, esto es solo el principio.

Después de un tiempo que parece suspendido, una eternidad encerrada en pocos minutos, le susurro al oído, con un hilo de voz: "Has perdido el vuelo." Las palabras salen ligeras, irónicas, casi un alivio. Porque en el fondo, lo sé, no me disgusta en absoluto que haya perdido ese vuelo. Al contrario, soy feliz. Jodidamente feliz.

Ella sacude la cabeza, entrecierra sus hermosos ojos, como si se estuviera despertando de un sueño, como si estuviera volviendo a la realidad desde otra dimensión. "Uf, ¡lo sé!" dice, resoplando, pero con una sonrisa en los labios, una sonrisa maliciosa, cómplice, llena de promesas. "En el trabajo me matarán." Pero no parece preocupada, no parece arrepentida. Al contrario, parece divertida, excitada, casi... aliviada.

"Bueno, supongo que tendrás que venir al partido, entonces" le digo, riendo, intentando aligerar la atmósfera, de transformar este momento de locura en algo más concreto, más real. Le guiño un ojo, con una sonrisa maliciosa, invitándola a seguirme en mi mundo, en mi caos, en mi vida.

"Supongo que sí" responde ella, con un tono soñador, la mirada perdida en el vacío, como si estuviera imaginando un futuro diferente, un futuro junto a mí. Luego, de repente, me sonríe, una sonrisa radiante, una sonrisa que me calienta el corazón, una sonrisa que me hace entender que quizás, esta vez, las cosas irán de forma diferente. Y me da una palmada en el culo, con un gesto juguetón, sensual, que me enciende de nuevo el deseo. "Vale, guapo, ahora tienes que darte prisa y alcanzar a tus compañeros, ¿verdad? Dame tu teléfono." Cambia de tema con naturalidad, como si nada, como si fuera lo más normal del mundo hacer sexo salvaje en un trastero del aeropuerto y luego hablar de entradas para el partido.

Me saca el móvil del bolsillo de los pantalones y empieza a teclear rápido, sus dedos volando sobre la pantalla como bailarinas enloquecidas. "¡Más te vale que me llames de verdad esta vez!" dice, mientras me devuelve el iPhone, con una mirada maliciosa, con una sonrisa que promete chispas. Veo su nombre parpadear en la pantalla: Luelle – Por fin. Sonrío. Me gusta mucho como suena. Por fin. Es justo la palabra correcta.

Le beso la mejilla suave, perfumada con vainilla, y le susurro: "Te llamo esta noche". Le prometo, con todo el corazón, con toda el alma, que esta vez la llamaré de verdad. Que esta vez no la dejaré escapar. Que esta vez haré todo lo posible para tenerla conmigo, para siempre.

Cuando salimos del trastero, mano en la mano, es como si hubiéramos salido de un capullo, de un mundo paralelo, de un sueño prohibido. La puerta chirría detrás de nosotros, cerrándose sobre el secreto de nuestra pasión, sobre el recuerdo indeleble de nuestro encuentro clandestino. El aeropuerto nos parece de nuevo caótico, frenético, lleno de ruido y de gente que corre, pero nosotros somos diferentes, nosotros hemos cambiado. Algo ha sucedido en ese trastero sucio y anónimo, algo mágico, algo... nuestro. Un lazo invisible, pero indisoluble, que nos une para siempre.

Mientras nos dirigimos hacia la salida, mano en la mano, bajo el cielo de Los Ángeles, me detengo de golpe, bloqueándola por un brazo. "Luelle" le digo, tomándole el rostro entre las manos, mirándola a los ojos, intentando leer en sus pensamientos, en sus sentimientos. "Quédate. Por favor. Quédate conmigo" le suplico, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza que tengo en el cuerpo.

Ella me sonríe, una sonrisa que me calienta el corazón, una sonrisa que me hace entender que he tomado la decisión correcta, que he dicho las palabras correctas, que he encontrado finalmente el camino hacia la felicidad. Una sonrisa que me dice que ella se quedará, que no me dejará ir de nuevo, que esta vez será diferente. "Sí, me quedo y te veo jugar. Y luego... luego vemos qué pasa." Me lanza una mirada maliciosa, una sonrisa que promete chispas, una sonrisa que me hace entender que nuestro partido acaba de empezar, y que esta vez, quiero ganar a toda costa.

"Luego..." le repito, acercándome de nuevo, atrayéndola hacia mí para un último beso, un beso largo, intenso, apasionado, un beso que sabe a inicio, a esperanza, a futuro. "Luego te llevo a cenar" añado, separándome ligeramente, mirándola a los ojos, con unas ganas locas de pasar toda la noche con ella, de descubrir cada secreto, cada rincón escondido de su alma.

20

LUELLE

Me suelta la mano, de repente.

Nuestros dedos, hasta un segundo antes entrelazados en una promesa silenciosa, se separan. Lo veo alejarse, dirigirse hacia el autobús del equipo, donde sus compañeros lo esperan con impaciencia.

Liran.

Lo observo mientras se mueve, y una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios. El pelo es un desastre, rebelde como su alma, y la ropa aún más desordenada que cuando lo conocí hace unas horas. Parece recién salido de una suite de un hotel de lujo, después de una noche de fuego y pasión desenfrenada con una stripper despampanante. Y, en cierto modo, no se equivoca mucho.

Porque, al menos por hoy, soy su novia. Un pensamiento que me calienta la sangre en las venas y me hace sentir increíblemente viva.

¿Pero mañana?

Mañana es otro día, y el futuro aún está por escribir. Cierto, Liran se ha mostrado dispuesto a todo por un 'rapidito' inolvidable. Pero la verdadera pregunta es otra: ¿estará dispuesto a salir conmigo? ¿A serme fiel?

Mientras lo veo subir los escalones del autobús, una ola de pensamientos me asalta. El primer pensamiento, inevitable, corre enseguida hacia Axton, mi pequeño, maravilloso Axton. Mi bebé, mi prioridad absoluta, el centro de mi universo. Pienso en su futuro, en la increíble vida que le espera, llena de posibilidades y de amor.

Y entonces me pregunto: ¿estoy realmente preparada para poner todo esto en tela de juicio? ¿Estoy dispuesta a comprometer nuestra serenidad, nuestra rutina, por un hombre que conozco a duras penas? Porque, digámoslo claramente, Liran es aún un desconocido, a pesar de la intimidad arrolladora que hemos compartido.

Hemos vivido una hora mágica, inolvidable, un torbellino de emociones y sensaciones que me han conmocionado en lo más profundo. Pero, más allá de esos momentos incandescentes, ¿qué hay? No sé nada de él, de su vida, de sus sueños. Y él no sabe nada de mí, de mi realidad, de mi secreto más precioso. Y, sin embargo…

Sin embargo, a pesar de todas estas incertidumbres, a pesar de que la razón me sugiere prudencia y distancia, siento un vacío inconmensurable ahora que se aleja. Un vacío que me late dolorosamente en el pecho, como una llamada irresistible. ¿Por qué deseo de nuevo su presencia, su cuerpo fuerte y musculoso pegado al mío? ¿Por qué mi mente continúa proyectando imágenes de su rostro condenadamente guapo, de sus ojos penetrantes, de su sonrisa descarada?

Le he dado un beso rápido, un último contacto fugaz, un sello ligero en los labios que aún saben a su sabor. Un beso que ha sido un saludo, pero también una promesa, un hilo sutil que nos une aún. Le he susurrado al oído que lo alcanzaré después del partido, que no veo la hora de volver a verlo.

Apenas él ha puesto un pie en el autobús, todo el equipo ha estallado en un estruendo,

empezando a gritar y silbar desde la ventana, tomándonos el pelo con bromas y comentarios salaces. Pero siento que es todo en tono afectuoso, un camaradería juguetona que me arranca una sonrisa.

Lo saludo con la mano, agitando los dedos en un gesto distraído, mientras una sonrisa tonta se me dibuja en el rostro. Niego con la cabeza, entre lo divertido y lo incrédulo, y susurro entre mí y mí, mientras lo veo desaparecer detrás de la esquina de la calle.

Liran Yardley, eres un buen lío, pienso, con una punta de resignación y una avalancha de excitación.

***

Vuelvo hacia casa, el corazón latiendo a mil por hora, el cuerpo aún vibrante por su toque. Tomo mi smartphone y marco el número de mi jefa, guardado en la agenda como "Boss Lady". La línea está libre, suena un par de veces, luego oigo su voz chillona desde el otro lado del mundo.

"Hola, Dana, lo siento mucho. He tenido un problema… no he conseguido tomar el vuelo" digo, tratando de modular la voz para parecer lo más exhausta y afligida posible.

Una actriz nata, podría hacer carrera aquí en Hollywood.

"¿Qué ha pasado? ¿Todo bien?" me pregunta ella, enseguida preocupada, su voz llena de aprensión. Siento que se ha levantado de la silla, que se ha acercado al teléfono para oír mejor. Sé que se preocupa de verdad por mí, que me considera más que una simple empleada.

"Historia larga" miento, con una naturalidad que me asombra casi tanto como mi actuación. "Un contratiempo… nada grave, por suerte. Necesitaría otro vuelo, por favor, pero no hoy, mejor mañana. Descuéntalo de mi sueldo, si es necesario. Gracias." Sonrío entre mí y mí, saboreando la pequeña mentira y el poder que me da. Sé que me necesitan, que mi trabajo es fundamental para ellos.

"Espe…" La oigo que está a punto de replicar, que quiere preguntarme los detalles, entender qué ha sucedido. Pero yo no le doy tiempo a terminar la frase. Cuelgo bruscamente, sin vacilaciones, y apago el teléfono. Un gesto neto, decidido. No tengo tiempo para explicaciones, para cháchara inútil. No hoy.

No tengo tiempo para banalidades, para cumplidos. Hoy es diferente. Hoy es especial. Hoy será un día fantástico. Lo siento en el aire, lo percibo en cada célula de mi cuerpo. El sol brilla alto en el cielo, los pajaritos cantan alegres, y una sensación de euforia me invade completamente.

Llego a casa y lo primero que veo es a Axton, mi tesoro, que duerme plácidamente entre los brazos de Sheila, la niñera. Parece un angelito, con las mejillas rojas y los labios entreabiertos. "Es tan lindo" susurra Sheila, encantada por su inocencia, mientras fija sus pequeñas manos que aprietan un pedazo de su camiseta.

Luego, levanta la mirada hacia mí, me escudriña mejor, y se da cuenta de repente de algo. "¡Dios mío! ¡Ha perdido el vuelo! ¿Pero qué ha pasado?" exclama, abriendo mucho los ojos y la boca por la sorpresa. Su voz es una mezcla de incredulidad y preocupación.

Me echo a reír, una risa liberadora, llena de alegría y de excitación. Tomo a Axton en brazos con delicadeza, abrazándolo fuerte, sintiendo su aroma dulce de bebé. "Lo mejor que podía suceder" le respondo, con una sonrisa radiante que ilumina todo mi rostro. "He vuelto a ver a un viejo amigo y he 'accidentalmente' perdido el vuelo. Ahora tengo otro día para relajarme."

"Bueno, ¿quiere que me vaya a casa? De verdad necesito este trabajo…" murmura Sheila, un

poco insegura, un poco preocupada de haber perdido el día de trabajo. Sé que necesita dinero, que se está esforzando para pagarse los estudios.

"¿Irte? Absolutamente no. Necesito que te quedes. Haz de cuenta que yo no estoy. Relájate, mira la tele, haz lo que quieras. Yo… tengo, eh, planes para la noche" le digo, con una sonrisa maliciosa y una mirada cómplice.

"¡Oh! ¡Parece una cita! ¿Es una cita? ¡Por favor, dígame que es una cita!" exclama Sheila, saltando casi en el sitio por la excitación, los ojos que le brillan de curiosidad y de entusiasmo. Es joven, llena de vida, y adora las historias de amor, sobre todo las complicadas.

Apozo a Axton en su cuna, con infinita dulzura, asegurándome de que esté cómodo y a salvo. Luego me vuelvo hacia Sheila, la miro a los ojos y suspiro sonoramente, rindiéndome a su insistencia. "No es una cita" digo, tratando de mantener un tono serio, pero fallando miserablemente.

Ella continúa saltando, ignorando completamente mi negación, convencida de haber entendido todo. "¡Claro que es una cita! ¡Lo siento en el aire!" afirma, con una seguridad que casi me hace sonreír.

Suspiro de nuevo, levantando los ojos al cielo en señal de rendición. "Vale, está bien. Es una cita." admito, con un tono más serio, consciente de que no puedo ocultarle la verdad por mucho tiempo. "Y es complicado" añado, bajando la voz. "Muy complicado."

Ella juguetéa nerviosamente con el pelo, recogiéndolo en una coleta alta, mientras me mira con una expresión interrogativa. "¿Qué quiere decir con complicado? Ah, espere, no me diga que lo ha conocido en una de esas apps de citas o algo así? Tipo Tinder… Parece un tipo raro, a juzgar por lo que cuenta" dice, con un tono un poco juzgador.

"No, no. No es así" la tranquilizo enseguida, negando con la cabeza. "No es un tipo raro. Al contrario, es… Él es…" me bloqueo de nuevo, buscando las palabras justas para explicarle una situación tan increíble y delicada. Luego decido lanzarme, contarle todo, esperando que su joven edad no le impida entender. "Él es el padre de Axton."

Su mandíbula se desencaja, incrédula, los ojos que se abren por la sorpresa. "¿Qué?! ¿Quién es? ¿Quién!" grita, sin conseguir contenerse, la voz que le tiembla por la emoción. Se lleva las manos a la boca, como si tuviera miedo de haber dicho algo inconveniente.

"Cálmate" bufo, tratando de callarla, de devolverla a la realidad. "No grites, por favor. No quiero que Axton se despierte. No quiero contárselo a nadie. Es un secreto. Él es, eh, una persona importante, digamos" trato de minimizar, de no dar demasiados detalles.

"Bueno, pero ¿le gusta?" me pregunta con una inocencia desarmante, los ojos que me escrutan con curiosidad. Parece sinceramente interesada en mi historia, en mi vida complicada.

Lo pienso un segundo, antes de responder. La respuesta es obvia, está escrita en mi corazón, pero también está llena de mil matices y complicaciones. "Claro que me gusta" admito, en voz baja, casi susurrando. "Pero con Axton de por medio, las cosas se ponen un poco… extrañas. A decir verdad, lo conozco a duras penas. Parece absurdo decirlo, lo sé, pero es la verdad. Nos hemos encontrado… fue un flechazo. Una noche sola. Y luego… Axton." Suspiro, sintiendo el peso de la verdad que me oprime el pecho. "Me gusta muchísimo, Sheila. Pero no puedo hacerle saber que tenemos un hijo juntos. No puedo, y basta."

Siento la presión crecerme en el pecho, un peso enorme que me quita el aliento. Las lágrimas me escuecen los ojos, amenazan con salir, pero las ahuyento con un gesto brusco de la mano, tratando de mantener el control. No quiero llorar, no delante de ella.

La chica se sienta junto a mí en el sofá, me toma la mano y me aprieta fuerte entre sus brazos

jóvenes, ofreciéndome un consuelo inesperado. “Todo va a estar bien” dice con voz dulce, llena de comprensión y de empatía. “Entiendo.” Me acaricia la espalda, como haría una hermana. “Nosotras las mujeres siempre nos llevamos la peor parte. Siempre es así.”

Continúa abrazándome, susurrándome palabras de consuelo. “No tengo muchos consejos que darle, lo admito. Soy joven, no tengo experiencia en estas cosas. Pero una cosa la sé: si él la quiere de verdad, si le importa, deberá comportarse como un verdadero hombre y demostrarlo. Deberá luchar por ella y por Axton. Porque, a ser honestos, hasta ahora no ha hecho absolutamente nada en este sentido.” Su voz se hace más firme, más decidida.

Niego con la cabeza, sintiendo la necesidad de defender a Liran, aunque sé que Sheila tiene razón. No debería justificarlo, no debería protegerlo. Sin embargo, no consigo evitar hacerlo. “No es precisamente toda culpa suya” admito, en voz baja, casi para mí misma. “Hay más” le desvelo, abriendo una rendija sobre el secreto que me atormenta.

“¡Pero qué dice?! ¡Claro que es toda culpa suya!” exclama Sheila, acalorándose de repente, la voz que se levanta de tono. “¡Siempre es culpa de ellos! ¡Los hombres son todos iguales!” Se separa de mí, se levanta, gesticulando con rabia.

No puedo evitar reír, a pesar de la tensión, a pesar del peso que siento en el corazón. Su reacción es tan… tan típicamente femenina, tan predecible. “Vale, está bien” digo, levantando las manos en señal de rendición. “Como quieras. Tienes razón. Es toda culpa suya. Pero no importa. De todas formas, estoy dispuesta a perdonarlo, quizá. Si se compromete. Si demuestra que se lo merece.”

Continúo hablando, confesándome con Sheila, sintiendo la necesidad de compartir mi carga. “Pero no sé si estoy preparada para involucrar a Axton en todo esto. Es demasiado pequeño, es demasiado inocente. No quiero hacerle daño. Tienes razón. Él debe demostrar estar a la altura. Y hasta ahora, no lo ha hecho” repito, con tono más decidido, tratando de convencer sobre todo a mí misma.

“¡Exacto! No lo ha hecho. Pero lo hará” afirma Sheila, con una seguridad contagiosa, los ojos que le brillan de optimismo. “Ya verá. Usted lo tiene todo. Usted es guapa, inteligente, independiente, tiene un niño maravilloso. Él se volverá loco por usted, ya verá. La vendrá a buscar de rodillas” me sonríe, alentándome, tratando de infundirme valor y confianza.

No pasa mucho tiempo antes de que mi smartphone vibre de nuevo, anunciando la llegada de otro mensaje. Lo tomo en la mano, la pantalla se ilumina, y veo el nombre de Liran. El corazón me da un vuelco en el pecho, una oleada de excitación me recorre la espalda.

Lo abro, leo sus palabras, y una sonrisa se me dibuja espontánea en los labios:

“Hay un palco que lleva tu nombre” escribe, con un tono seguro de sí mismo, casi arrogante. “El mejor sitio del estadio. Vistas al campo, servicio impecable. Solo para ti.”

Continúo leyendo, la sonrisa que se ensancha cada vez más.

“Allí dentro encuentras un pase especial. Una acreditación VIP para tomar toda la comida y las bebidas que quieras. Champagne a raudales, sushi a voluntad, perritos calientes gourmet… Desátate, chica. La noche es tuya, baby.”

Justo después de estas palabras, llega otra notificación. Una imagen. La abro, y me quedo boquiabierta. Es una foto del palco. Una sala lujosa, amueblada con sofás de cuero blanco, cojines de seda, luces tenues y un ambiente de las mil y una noches. Un equipo de sonido de escándalo preside en un rincón, listo para difundir los últimos éxitos. Y en la pantalla gigante, corren las imágenes del calentamiento previo al partido. Es increíble.

“Voy solo si me firmas tu balón de fútbol americano” le respondo, con un tono sarcástico y

tratando de no parecer demasiado entusiasta. Quiero hacerle entender que no soy tan fácil de conquistar, que debe esforzarse un poco más.

Su respuesta llega en un abrir y cerrar de ojos, veloz como uno de sus pases en el campo:

"Hecho. ¡Nos vemos después del partido!"

Dejo el teléfono en el sofá, los dedos que aún vibran por la emoción. Por primera vez, después de meses y meses, siento de nuevo esa sensación en el estómago. Entendéis, ¿no? Las mariposas. Ese batir de alas ligero, ese cosquilleo agradable, esa excitación que te hace sentir viva. No las probaba desde los tiempos de la universidad, de los primeros amores, de los primeros flechazos.

Vale, quizá no es tan superficial como había pensado al principio. Quizá se está poniendo en juego, está haciendo un esfuerzo por mí. No es perfecto, claro, nadie lo es. Y quizá no es del todo culpa suya si no me ha encontrado antes, si nos hemos perdido de vista por tanto tiempo. Después de todo, soy yo la que ha cambiado de casa y ciudad sin nunca pensar en informarle. Y sé que ha hecho lo imposible para rastrearme, que no se ha rendido fácilmente.

No tengo rencor hacia él. Al contrario, a decir verdad, estoy sobre todo emocionada ante la idea de conocerlo mejor, de descubrir quién es verdaderamente Liran Yardley más allá del jugador de fútbol americano, más allá de la estrella del deporte. Entre nosotros hay una conexión tan fuerte, tan intensa, tan palpable. Algo especial, único.

¿Qué podría salir mal?

Pero justo en ese momento, como para recordarme que la vida real es siempre más compleja que los sueños y las fantasías, desde la habitación de al lado, desde el cuarto de Axton, oigo el llanto agudo de mi bebé que me devuelve bruscamente a la realidad. Un llanto estridente, desesperado, que me parte el corazón y me hace olvidar al instante las mariposas en el estómago y las promesas de una noche mágica.

21

LIRAN

Ella va a venir al partido.

¡No me lo puedo creer, joder!

De verdad está a punto de cruzar el umbral del estadio.

Reviso por enésima vez mi reflejo en la pantalla apagada del móvil, arreglándome distraídamente el pelo. No puedo permitirme parecer demasiado agitado, aunque por dentro siento la adrenalina que me recorre las venas como lava incandescente.

Es increíble pensar que hasta hace unas pocas semanas, la idea de verla aquí parecía una utopía, un sueño irrealizable. Toda esta temporada ha sido un desastre, una espiral descendente de errores y derrotas. Cada partido y cada entrenamiento se habían transformado en una pesadilla a ojos abiertos, una repetición continua de mis fracasos.

El campo, una vez mi reino, se había convertido en una prisión. Mis compañeros de equipo, mi familia extendida, me miraban con resentimiento, con una decepción palpable que me pesaba como una losa sobre los hombros. Pero todo esto está a punto de cambiar. Hoy es el día del cambio, el momento en que Liran Yardley vuelve a rugir.

"Vale, chicos, ¡haced piña!" mi voz, extrañamente ronca, rompe el silencio tenso del vestuario. Siento los ojos de todos clavados en mí, una mezcla de curiosidad y escepticismo que me pincha como mil alfileres. Sé que debo ser convincente, que cada palabra debe rezumar sinceridad y determinación.

"Escuchad" continuo, buscando el contacto visual con cada uno de ellos, "hoy debo ser completamente transparente con vosotros. No es propio de mí abrirme así, poner al descubierto mis debilidades, pero siento que es necesario. Esta temporada... bueno, digamos que he jugado con el freno de mano echado, con la cabeza completamente en otra parte". Hago una pausa, el silencio es casi ensordecedor.

"Os he decepcionado, lo sé. He decepcionado a vosotros, he decepcionado a todo el equipo, me he decepcionado a mí mismo. Clayton" mi mirada se fija en él, "hablo sobre todo contigo. Lo siento, amigo". Las palabras salen sinceras, cargadas de un arrepentimiento real y profundo.

Clayton asiente, un gesto apenas perceptible, pero que para mí vale más que mil discursos. Parece entenderlo, parece aceptar mis disculpas sin reservas. "Agua pasada" murmura, y siento un peso que se aligera sobre mi pecho.

Respiro hondo y continuo el discurso, sintiendo crecer su atención, hacerse más intensa. "Entiendo si no soy vuestro héroe, si no soy el chico de portada que todos querrían. Nunca he sido el más popular, lo sé bien. Pero hoy os ofrezco algo más importante que una palmadita en la espalda o una sonrisa de compromiso".

"Os ofrezco mis disculpas más sinceras, las más sentidas, y una promesa solemne. Os juro que no haré más gilipolleces. He mirado las estadísticas, he visto cuánto vamos por detrás, cuánto debemos empujar para volver a ser competitivos, para hacer temblar de nuevo a nuestros adversarios. Pero os digo una cosa, chicos: podemos lograrlo. Podemos darle la vuelta a todo,

podemos reescribir esta temporada de mierda. Y yo, Liran Yardley, os prometo que no os decepcionaré. Nunca más. ¿Contáis conmigo?" La pregunta resuena en el vestuario, cargada de expectativa y esperanza.

El silencio cae de nuevo, denso, casi palpable. El aire vibra de incertidumbre, de dudas no expresadas. Los veo pensativos, perdidos en sus pensamientos, sopesando mis palabras, evaluando si creer aún en mí, en un regreso que parece casi imposible. Segundos que parecen horas, marcados solo por el latido acelerado de mi corazón.

Entonces, finalmente, Clayton se mueve. Da un paso adelante, decidido, rompiendo la barrera invisible que nos separaba. "Yo sí cuento contigo, amigo". Su voz es firme, segura, y me llena de una gratitud inmensa. Me estrecha en un abrazo potente, un abrazo viril que sabe a hermandad y confianza reencontrada.

"Gracias, bro" le susurro en el oído, sintiendo su mano caliente sobre la espalda. Me separo de él y lanzo una mirada interrogativa al resto del grupo. "¿Alguien más? ¿O me he quedado solo con Clayton en esta batalla?" Mi voz es una mezcla de desafío y esperanza.

Otro jugador se adelanta, dudando un momento antes de hablar. "No nos decepciones, Yardley". Sus palabras son secas, directas, pero siento una chispa de aprobación, una tenue luz que se enciende en la oscuridad de sus dudas. Asiento, sin decir nada, dejando que los hechos hablen por mí.

Lentamente, uno tras otro, se levantan. Cada uno de ellos, a su manera, expresa su apoyo, su disponibilidad a darme una segunda oportunidad. No son abrazos calurosos, no son declaraciones de amor incondicional, pero son palabras sinceras, promesas susurradas, miradas de entendimiento. Están de mi lado, al menos por ahora. Me darán confianza, pero deberé ganármela en el campo, con sudor y sacrificio.

Sé que tengo una montaña que escalar, un abismo que superar, pero la determinación me quema por dentro como un fuego sagrado. Si quiero algo, si lo quiero de verdad con todo mi ser, nada ni nadie puede detenerme. Y yo lo quiero. Quiero la victoria, quiero la redención, la quiero a ella. Y estoy listo para tomármelas, una por una.

"¡Bien, cabezas huecas! ¡Haced que se os oiga! ¿Quiénes somos?" grito a voz en cuello, cargando la atmósfera de adrenalina pura. Siento la energía que pulsa en el aire, que nos envuelve como una onda de electricidad.

"¡Los jodidos Pioneers!" Clayton responde el primero, con un rugido que hace temblar las paredes del vestuario. Los demás lo siguen a rueda, sus voces que se funden en un coro potente y salvaje.

"¿A qué hemos venido aquí?" pregunto de nuevo, golpeándome el pecho con fuerza, sintiendo el corazón que me martillea en el pecho como un tambor enloquecido.

"¡Hemos venido a destruir!" Roger Dolloway, nuestro gigante defensivo, grita con una voz que parece provenir de las profundidades de la tierra. El eco de su voz se propaga en el vestuario, cargándonos de una furia primordial.

"¡Exacto! ¡Somos los destructores! ¡Pioneers hasta la muerte! ¡Somos un equipo unido, un muro infranqueable, y nada ni nadie nos detendrá! ¡Hoy es nuestro día, chicos!" concluyo mi discurso, sintiendo las palabras que me salen de la boca cargadas de una verdad absoluta, de una fe inquebrantable.

"¡PIONEERS!" el grito liberador explota en el vestuario, un estruendo que sacude los cimientos del estadio. Nos abrazamos, nos empujamos, nos damos cabezazos, descargando la tensión acumulada, transformándola en energía positiva, en una fuerza imparable. La excitación es

palpable, el entusiasmo contagioso. Siento la victoria ya en nuestras manos, la siento en el aire que vibra a nuestro alrededor.

Desde la puerta del vestuario, las palabras del altavoz nos alcanzan como una llamada a la batalla. "...¡Los New England Pioneers!" Es nuestra señal, el momento de entrar en escena, de demostrar al mundo quiénes somos. Derribamos las puertas de metal con un ímpetu salvaje, lanzándonos fuera al campo como una furia desatada. Corremos a todo gas hacia nuestras posiciones, cargados como muelles, listos para dar el máximo. Los que no están en el campo nos animan a pie de campo, las cheerleaders con sus sonrisas deslumbrantes, sus movimientos perfectos, sus saltos acrobáticos que encienden aún más la atmósfera.

Los Rams, nuestros adversarios de hoy, patean la pelota hacia nosotros, hacia nuestros mejores hombres. La veo pasar zumbando en el aire, un proyectil de cuero que gira sobre sí mismo, dibujando una trayectoria perfecta. Se dirige justo hacia mí, directamente sobre mi cabeza. Por un instante, aparto la mirada de la pelota, la levanto hacia el palco, hacia ese punto preciso donde sé que ella está sentada. La veo, la percibo, aunque es solo una figura indistinta entre la multitud. La señalo con el dedo, un gesto instintivo, un mensaje silencioso, un "lo hago por ti".

Luego, vuelvo a mirar la pelota. La agarro con decisión, sintiendo el agarre seguro, el cuero rugoso entre los dedos. Salgo disparado, corriendo más rápido que nunca, con toda la fuerza que tengo en el cuerpo. Siento el estruendo de la multitud que me acompaña, una onda sonora que me empuja hacia adelante, que me da la carga. Rompo la defensa adversaria como un ariete, dejándome atrás sus intentos desesperados de detenerme. Está claro, desde el principio, que hoy somos otro equipo, que hoy somos nosotros los que dictamos las reglas.

Me encuentro en el suelo, aplastado por el peso de al menos tres defensores de los Rams. Su aliento pesado me sopla en el cuello, sus voces roncas me susurran provocaciones al oído. "Sigue intentándolo, niñato" me sisean, "te haremos lamentar haber nacido. Te aseguraremos que no verás nunca más los playoffs, ni siquiera en una postal". Sus risas groseras me llegan como puñaladas.

"Quitaos de encima" respondo, con una calma aparente que esconde la rabia que me hierve por dentro. Me hago fuerte, me levanto del suelo, empujando lejos sus cuerpos sudados. "No debo demostrar nada a vosotros, no debo demostrar nada a nadie. Solo debo demostrarme a mí mismo cuánto amo este juego". Las palabras me salen espontáneas, sinceras, cargadas de orgullo y pasión.

Y así, el partido despega. Y nosotros volamos. Volamos alto, volamos rápido, volamos hacia la victoria. Estamos dominando el campo, estamos aniquilando a los adversarios, estamos jugando como no hemos hecho nunca antes. No solo ganamos, sino que ganamos por goleada, con una diferencia que crece a cada cuarto. Me gustaría llevarme todo el mérito, hinchar el pecho y decir "he sido yo" pero no puedo. Es mérito de todo el equipo, de cada uno de nosotros que hoy ha decidido dar el máximo, de creer en la remontada, de luchar por la gloria. Las agencias publicitarias, las marcas de ropa deportiva, las empresas de bebidas, imagino que ya estarán al teléfono, disputándose nuestros contratos, soñando con hacernos convertir en sus testimonios.

Pero en este momento, mientras corro en el campo, mientras siento la adrenalina que me bombea en las venas, en mi cabeza hay solo dos pensamientos. Ganar el partido, llevar a casa la victoria para el equipo, para los aficionados, para mí mismo. Y conquistar su corazón, hacerle entender cuánto la deseo, cuánto la quiero a mi lado. A cada jugada, a cada carrera, a cada lanzamiento, levanto la mirada hacia ese palco, hacia esa figura lejana que me observa. La imagino sonreír, la imagino emocionada, la imagino... enamorada de mí. Sus cabellos, largos y

sedosos, que le enmarcan el rostro perfecto. Su cuerpo, sinuoso y sensual, que me hace soñar a ojos abiertos. Espero que sienta algo, que perciba la conexión que nos une, la atracción magnética que nos acerca. Porque yo, seguro, siento algo por ella. Algo fuerte, intenso, arrollador.

El descanso llega y pasa en un abrir y cerrar de ojos. Volvemos a entrar en los vestuarios cargados de entusiasmo, galvanizados por la primera mitad de partido. Estamos en ventaja, estamos en control, estamos lanzados hacia la victoria. Este partido lo ganamos, no hay dudas. Debemos ganarlo, por nosotros, por los aficionados, por ella.

Volvemos al campo con una nueva energía, con una determinación aún más fuerte. Me encuentro cara a cara con mi excompañero de equipo Jaron, uno de los defensores de los Rams, un adversario leal y respetable. Tiene una expresión un poco sombría, un poco derrotada, pero cuando pasa a mi lado me susurra al oído: "Sigue así, Yardley. Estás jugando de maravilla. Te apoyo, siempre, contra quien sea que juegues".

Su camaradería me sorprende, me calienta el corazón. Un gesto de juego limpio, una señal de respeto recíproco que va más allá de la rivalidad deportiva. Le muestro un pulgar hacia arriba, correspondiendo su sonrisa. "Gracias, Jaron. Tú también eres uno de los mejores". Un comentario espontáneo, sincero, que no se escapa a los medios presentes a pie de campo. Ya sé que mañana los periódicos y los sitios web estarán llenos de artículos y comentarios sobre esta escena, sobre este gesto de deportividad entre dos rivales.

Quizás debería haber mantenido la boca cerrada, quizás debería haber evitado elogiar a Jaron. Porque, poco después, aquí llega el jarro de agua fría. Él, transformado de un momento a otro en una furia imparable, empieza a penetrar nuestra defensa con una facilidad desarmante. Pasa zumbando entre nuestros defensores de línea como un rayo, supera a nuestros linebacker con una facilidad irrisoria, y aplasta la pelota en la end zone, marcando un touchdown tras otro.

"¡Joder!" grito a cada una de sus anotaciones, sintiendo la rabia y la frustración que me crecen por dentro. No logro creérmelo, no puedo aceptar que estemos tirando el partido de esta manera, que estemos desperdiciando todo el trabajo hecho hasta ahora.

Llegamos al último cuarto en una situación desastrosa. Estamos por debajo de tres puntos, con solo cinco minutos de tiempo en el cronómetro. ¿Podemos aún recuperarnos? Claro que podemos. Pero el tiempo apremia, la presión aumenta, y los fantasmas del pasado vuelven a atormentarnos.

"¿Liran Yardley fallará de nuevo?"

Es la pregunta que serpentea entre el público, la pregunta que leo en los ojos de los aficionados, la pregunta que me retumba en la cabeza como un martillo neumático.

"A la mierda con todos" pienso, apretando los puños, "yo no me rindo. Yo estoy aquí para ganar. Y ganaré".

Nuestro coach, Big Bob, milagrosamente calmado a pesar de la situación crítica, pide un tiempo muerto. Debemos repensar la estrategia, debemos encontrar un modo para darle la vuelta a la situación, para anotar ese touchdown que nos llevaría a la victoria.

"Vale" empieza a decir, con la voz firme y decidida, "este es el momento de la verdad. Es el momento de demostrar quiénes somos, de qué somos capaces. Creíamos tenerlo en el bolsillo, pero los Rams no han venido aquí para hacer de sparring partner. Han sacado las uñas, han jugado sucio, nos han puesto en dificultades. Pero también nosotros tenemos cartas que jugar. También nosotros tenemos ases en la manga. Y este es uno de esos." Levanta la mano, mostrando un viejo libro encuadernado en piel, consumido por el tiempo, pero lleno de secretos

y estrategias ganadoras. Es el libro de las jugadas, la Biblia del football de los Pioneers, transmitido de generación en generación, un tesoro escondido que se saca solo en los momentos de extrema necesidad. Se dice que contiene jugadas milagrosas, esquemas imposibles de descifrar, movimientos que han hecho la historia del football. Y a juzgar por la situación en la que nos encontramos, parece ser que necesitamos un milagro.

"¿Cuál es la jugada, coach?" le pregunto, con el corazón en la garganta, escupiendo el protector bucal al suelo. Siento la adrenalina que me recorre las venas, la tensión que me paraliza los músculos.

"La jugada se llama Lock and Release. Liran, quiero que te hagan un sack." Sus palabras me llegan como un rayo a cielo sereno, un puñetazo en el estómago. No entiendo, no lo pillo.

Mis ojos se abren como platos, mi boca se abre. "¿A mí? ¿Quiere que me hagan un sack? ¿Pero se ha vuelto loco? Coach, estoy jugando bien, estoy dando el máximo, no entiendo por qué quiere sacrificarme de este modo." Mi voz está cargada de incredulidad y rabia.

"Calma, Liran, calma" me interrumpe, con un tono paciente y tranquilizador. "Escúchame bien. Estás jugando de maravilla, lo sé. Has estado fantástico, has sido decisivo. Pero tengo una idea, un plan que podría funcionar. Debemos sorprenderlos, debemos despistarlos, debemos fastidiarlos con un truco, con un engaño. Debemos hacerles creer que nos tienen en el bolsillo, que nos han puesto contra las cuerdas, para luego golpearlos a la espalda, cuando menos se lo esperan. Clayton, ¿te sientes con ganas de hacer un poco de quarterback hoy?" Se dirige a Clayton, que lo mira con una expresión interrogativa, confusa.

Clayton duda un momento, luego asiente, con una expresión dudosa, pero determinada. "Coach, yo estoy listo para todo. Dígame qué debo hacer y yo lo haré. Me fío de usted, me fío de su plan." Su respuesta me sorprende, me conmueve. Clayton siempre ha sido así, un guerrero leal, listo para sacrificarse por el equipo, por la victoria.

"Bien entonces, chicos. Parece que tenemos una jugada. Liran, tú debes fingir. Cuando te den la pelota, finge salir corriendo, querer ganar yardas. Pero en realidad, esconderás la pelota detrás de la espalda y la pasarás a Clayton. Tú continúa corriendo, haz ver que tienes aún la pelota, atrae sobre ti la atención de los defensores. Ellos te placarán, te harán un sack, pensarán que han desbaratado el ataque. Pero mientras tanto, Clayton tendrá todo el tiempo para lanzar la pelota a Joash, que se habrá desmarcado en la end zone. Joash, tú deberás solo recibir la pelota y llevarla a casa. ¿Claro?"

Williamson continúa explicándonos su plan, con calma y precisión, dibujando esquemas imaginarios en el aire. Nos miramos a los ojos, Clayton, Joash y yo, intentando entender si hemos comprendido todo, si estamos listos para poner en práctica una jugada tan arriesgada, tan loca.

Asiento el primero, sintiendo la adrenalina que me sube de nuevo, la excitación que me invade. Luego Clayton asiente, con una sonrisa determinada. Finalmente, también Joash asiente, con los ojos que brillan de desafío y esperanza. "Listos como nunca" digo, con la voz cargada de convicción.

"Vale, chicos. Cuento con vosotros. Sé que no me decepcionaréis. Esta es nuestra ocasión, nuestro momento de gloria. Vamos a tomarnos la victoria." El coach nos anima, nos espolea, nos carga de energía positiva. Salimos del tiempo muerto con una nueva confianza, con una nueva determinación, listos para dar todo, para arriesgar todo, por la victoria.

Volvemos al campo, empapados de sudor, con el corazón que late enloquecido. Las endorfinas nos invaden el cuerpo, nos hacen eufóricos, invencibles. Es ahora o nunca, no hay otra opción. El

tiempo corre inexorable, el cronómetro hace tic tac como una bomba de relojería. Debemos anotar un touchdown, debemos hacerlo enseguida, antes de que sea demasiado tarde. Solo un touchdown, solo seis puntos, y la victoria será nuestra.

Levanto la mirada hacia el palco, hacia el punto donde sé que ella está sentada. La veo, la siento cercana, aunque esté lejos kilómetros. Su imagen me da fuerza, me da coraje, me da el empuje para seguir adelante, para no rendirme, para luchar hasta el final. Siento una descarga de pasión que me atraviesa el cuerpo, una energía incontenible que me quema por dentro. "Lo haces, Liran" me susurro, pasándome las manos sobre las hombreras, cargándome de energía positiva. Agarro los cascos de Clayton y Joash, los estrecho entre las manos, golpeando el mío contra los suyos. "Lo hacemos, chicos! Este partido es nuestro!" grito, con toda la voz que tengo en la garganta, cargando a mis compañeros de equipo, transmitiéndoles mi energía, mi determinación.

Me preparo para la jugada, me concentro, visualizo el plan en la mente. Estoy listo. "Blue 42! Red 64! Hut! Hut! Hike!" El centro me pasa la pelota, siento el cuero rugoso entre las manos, la rotación perfecta. Me tiro hacia atrás, fingiendo salir corriendo, querer ganar yardas. Pero en realidad, escondo la pelota detrás de la espalda, la paso a escondidas a Clayton, que se desliza por la derecha. Ambos nos tiramos hacia atrás, alejándonos de la línea de scrimmage. La defensa de los Rams es fulminante, los defensores de línea rompen nuestras guardias como si fueran mantequilla. Se me echan encima, me placan con violencia, me echan al suelo. Siento el dolor sordo de las hostias, el peso de sus cuerpos que me aplasta. Pero sonrío, una sonrisa de satisfacción, una sonrisa de victoria. He hecho mi parte, he atraído sobre mí la atención, he dado a Clayton el espacio y el tiempo para actuar.

Giro la cabeza, mirando a través de las rendijas entre los cuerpos que me superan. Veo a Clayton, lo veo que toma la mira, que apunta hacia Joash, que se está lanzando hacia la end zone. "¡Fuerza, hijo de puta!" grito con toda la fuerza que tengo en la garganta, incitando a Joash a correr más rápido, a no rendirse, a creer en la victoria. "¡Ve! ¡Ve! ¡Ve!"

Los ojos de Joash se iluminan, se abren como platos, cuando se da cuenta de que la pelota está llegando, que está girando en el aire más rápido de lo que había previsto. En este punto, todos los ojos están puestos en él, todos los corazones están suspendidos, a la espera del milagro.

¿Ganará el partido? ¿Llevará a casa la gloria? ¿O perderá todo, destruirá nuestros sueños, nos condenará a la derrota?

Contengo el aliento, cierro los ojos, rezo a Dios para que Joash lo haga, que tome esa pelota, que nos regale la victoria.

Él corre a todo gas, con toda la velocidad que tiene en el cuerpo, con toda la determinación que lo anima. Llegado a la end zone, se zambulle de lado, con un gesto atlético, con una coordinación perfecta. Los brazos extendidos, las manos abiertas, listo para recibir el lanzamiento decisivo. Gira el cuerpo en vuelo, se retuerce en el aire, y agarra ese glorioso pedazo de cuero rotante. La pelota se encaja en su pecho, segura y protegida, como un niño estrechado entre los brazos de la madre. "¡TOUCHDOWN!" El estruendo de la multitud, una onda sonora ensordecedora, me arrolla, me inunda de alegría, de liberación. Las pantallas gigantes del estadio explotan de luces, de colores, de fuegos de artificio virtuales. El logo de los Pioneers parpadea por todas partes, símbolo de gloria, de victoria, de redención. Hemos ganado. "¡Hemos ganado, joder!" grita Clayton, tirándose sobre el montón salvaje que se ha formado sobre Joash.

Me quito de encima a los defensores de los Rams, me levanto, corro hacia la end zone, me lanzo yo también sobre el montón, abrazando a Joash, Clayton, todos mis compañeros de equipo. La alegría es incontenible, la euforia por las nubes. Hemos cumplido la gesta, hemos dado la vuelta

al partido, hemos conquistado la victoria. Levanto la mirada hacia el palco, buscando su mirada, su sonrisa. Pero la tribuna está vacía, el palco está desierto. La confusión me asalta, la decepción me aprieta el corazón.

¿Dónde ha ido a parar? ¿Por qué no está aquí para celebrar conmigo?

Confundido, me alejo del campo, siguiendo a los otros jugadores hacia los vestuarios. Pero en lugar de ir a ducharme, corro fuera del túnel, me lanzo en los pasillos internos del estadio, abriéndome paso entre la multitud de aficionados exultantes. Gritan mi nombre, me piden autógrafos, me suplican una foto. "¡Liran! ¡Eres un héroe! ¡Eres el mejor! ¡Fírmame la pelota! ¡Hazte una foto conmigo!"

Pero yo no me detengo, no los escucho, no los veo. Corro, corro, corro, con un solo pensamiento en la cabeza, con un solo objetivo: encontrarla. Finalmente, la veo. Está de pie fuera del estadio, en una esquina apartada, iluminada por la luz tenue de las farolas. Pero su rostro no es radiante, no está iluminado por una sonrisa feliz.

Sus ojos están vidriosos, surcados de lágrimas.

Está llorando.

22

LUELLE

"Lo siento. Lo siento muchísimo" susurro, las lágrimas que me surcan el rostro son como ríos desbordados que brotan de una presa derrumbada. Soy un desastre, un caos andante. Después de haberlo visto en el campo, de haberlo observado dominar el partido como un dios del fútbol americano, no consigo quitarme de la cabeza la idea de que él sea el padre de Axton.

Este pensamiento me atormenta, una mezcla explosiva de euforia y desesperación que me hace sentir perdida en un limbo de emociones contradictorias. Por un lado, está la alegría de haberlo reencontrado, la chispa de esperanza que se enciende ante la idea de tener un vínculo con él. Por otro, el peso de un secreto inconfesable, una verdad incómoda que me quema por dentro como un fuego incontrolable. No sé qué coño hacer.

Estoy atrapada en este torbellino emocional, un laberinto de sentimientos encontrados que me hacen sentir como si estuviera caminando sobre una cuerda floja, suspendida en el vacío. Cada paso es incierto, cada respiración está cargada de ansiedad.

"¿Qué pasa, nena?" me pregunta, su voz es una caricia áspera que me hace sobresaltar. Se precipita hacia mí, me envuelve entre sus brazos y me aprieta fuerte, como si quisiera protegerme de todo el mal del mundo. Me acaricia el pelo con una delicadeza que contrasta con su presencia imponente. "Eh, ¿estás bien? ¿Te he hecho llorar de alguna manera?"

Su mirada es penetrante, sus ojos me escudriñan, buscando una respuesta que no consigo darle. Su calor me reconforta, pero al mismo tiempo me pone en aprietos. Me gustaría tanto contárselo todo, pero el miedo me bloquea las palabras en la garganta. Sé que la verdad podría desencadenar una tempestad, un huracán de emociones que nos arrollaría a ambos.

Niego con la cabeza, las lágrimas siguen corriendo, alimentando mi sentimiento de culpa. Oh, qué ingenuos pueden ser los chicos a veces, pienso con una nota amarga. "No" respondo, aunque una parte de mi mente me dice que tiene razón, si lo pienso bien. "Es que estoy muy feliz" miento, mi voz es un susurro tembloroso, una melodía desafinada que intenta esconder el caos que tengo dentro. ¿Cómo podría decirle que tuve a su hijo hace poco más de un año? Sería una bomba atómica, lo sé con certeza.

Y sin embargo, me gusta estar con él. Me gusta la forma en que me habla, cómo me abraza fuerte y sobre todo cómo me mira, como si fuera la única chica del mundo, la única que valiera la pena ser vista. Una vez, odiaba a todos los jugadores de fútbol americano, a los deportistas en general. Los consideraba unos niñatos con el cerebro vacío. Ahora, me estoy enamorando del atleta más sexy del planeta, una divinidad bajada a la tierra que parece salida directamente de un vídeo de The Weeknd, un "bad boy" con un corazón que no osaba imaginar.

Pero, ¿qué demonios me está pasando?

Esta situación es una completa locura.

Un embrollo de emociones me atenaza, una mezcla de deseo y angustia que me hace sentir como si estuviera caminando por el filo de una navaja, una equilibrista sin red de protección. Estoy perdida, desorientada y con una bomba de relojería que me hace tic tac dentro del pecho.

"No pareces muy feliz" dice, interrumpiendo mi flujo de pensamientos. Su voz es profunda, ronca, una vibración que me hace temblar hasta los huesos. Su mirada es indagadora, sus ojos me escudriñan el rostro, intentando entender qué demonios estoy escondiendo.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, intentando recomponerme. "Estoy bien. Te lo aseguro" afirmo, forzando una sonrisa que parece más una mueca. Respiro hondo y, como por arte de magia, me siento un poco más calmada. Es increíble cómo un buen llanto puede poner las cosas en su sitio, al menos por un tiempo. "¿No tienes que ir a ducharte?" le pregunto, intentando desesperadamente cambiar de tema, de distraerlo de mis turbaciones.

"Nah, ya no me necesitan" ríe, un sonido que me derrite el corazón como un helado al sol. "Además, solo quiero pasar este tiempo contigo" añade, abrazándome de nuevo, con una ternura que me hace tambalear. Su gana de estar conmigo es tan patente, tan sincera, que por un momento olvido todos mis problemas.

Lo miro. Es tan listo, tan jodidamente inteligente. Me hace sentir vulnerable, expuesta como un post en TikTok, bajo su mirada que parece leerme el alma. "¿Puedo ver el vestuario?" pregunto, devolviéndole una sonrisa pícara, un destello de malicia que me ilumina los ojos. "¿Todavía hay jugadores ahí dentro?"

"Oh, ya entiendo" ríe, su voz está cargada de una excitación que me hace estremecer. "Quieres ver a todos los jugadores desnudos, ¿eh?"

Niego con la cabeza, lo empujo en broma, fingiendo estar escandalizada. "¡No! Solo si está vacío. Quiero caminar a través de esas puertas e ir al pasillo por donde salís al campo. Quiero ver cómo es, todo aquí" explico, intentando enmascarar mi curiosidad con una excusa plausible. Pero la verdad es que solo quiero sentirlo cerca, quiero ver su mundo, quiero invadir su espacio, aunque solo sea por un momento.

"Sígueme" dice, tomándome de la mano, su agarre es decidido, seguro, un toque que me hace latir el corazón como un tambor enloquecido. Todavía lleva las protecciones puestas, sudado, con manchas verdes esparcidas por el cuerpo como un cuadro abstracto. Parece un guerrero, un héroe que vuelve de una batalla épica, un dios del fútbol americano que acaba de bajar del monte Olimpo. Está jodidamente sexy, y tengo que hacer un esfuerzo titánico para no saltarle encima y zamparlo como una tigresa hambrienta. Me siento como una fan empedernida, obsesionada con su masculinidad, una groupie fuera de sí que ansía su cuerpo como si fuera lo único que importa.

Me conduce a través de las puertas privadas, bajamos las escaleras, hasta el vestuario, un lugar cargado de testosterona, un santuario de la virilidad. No es nada especial, en realidad, un ambiente aséptico y funcional, pero no es por eso que estoy aquí. La emoción que siento está ligada a él, a la posibilidad de cruzar el umbral de su mundo, de ver las cosas a través de sus ojos.

"Parece que has sudado un poco" sonrío, intentando mantener un tono ligero, como si nada. "Creo que necesitas una ducha" añado, con una mirada maliciosa que le hace estremecer los labios.

"Ja, sí, supongo que sí..." murmura, sus ojos se posan en mi cuerpo, escudriñándome con un deseo que me pone la piel de gallina. Su voz es ronca, cálida, cargada de una promesa que no veo la hora de cumplir.

"Entonces, adelante. Desnúdate para mí" digo, con una seguridad que me sorprende, una provocación que lo enloquece. Quiero ver hasta dónde está dispuesto a llegar, quiero ponerlo a prueba, quiero jugar con fuego sin miedo a quemarme.

"¿Quieres que me desnude?" me pregunta, con una sonrisa divertida, un tono que oscila entre la

incredulidad y la pura malicia.

"No te hagas el interesante" respondo, fingiendo estar ofendida. "Desnúdate para mí, vaquero" insisto, mi voz es sensual, una invitación irresistible que no puede ignorar.

Sin decir una palabra, se desabrocha los pantalones, con gestos fluidos y seguros, se libera de las protecciones pesadas como armaduras, haciéndolas caer a sus pies. Sus abdominales están esculpidos como mármol, brillantes de sudor como cristales mojados, una obra de arte que me enloquece. Se quita los pantalones y se queda ahí, frente a mí, completamente desnudo, su virilidad triunfante como un monumento a la belleza masculina. "Entonces, ¿así está bien?"

Mi boca se abre, un suspiro de deseo que no consigo reprimir. Siento mi cuerpo que se enciende como una mecha, un fuego que me devora por dentro y me hace temblar las piernas. Su físico es perfecto, una tentación irresistible, una invitación a la perdición que no puedo ignorar.

Se dirige lentamente hacia las duchas, su andar es fluido, felino, una danza seductora que me encanta. Abre el agua, el chorro caliente que se vierte sobre su piel es como una bendición divina. Lo observo mientras se enjabona, sus gestos son lentos, sensuales, sus manos se masajean el cuerpo como un amante apasionado. Su desnudez me excita, me inflama como una antorcha, me hace arder de deseo. Me paso las manos por los senos, bajando rápidamente entre las piernas, siento la humedad que crece a cada segundo, una ola de calor que me hace estremecer. Me desvisto deprisa, con gestos nerviosos e impacientes, y me meto con él bajo el agua caliente. Su piel mojada se funde con la mía, en un abrazo que me hace estremecer. Me mira mientras el agua nos arrolla, su sonrisa es maliciosa, lujuriosa, una invitación a la perdición que no puedo rechazar.

"Ahora" empiezo, arrodillándome frente a él, mi voz es ronca, sensual, una provocación que lo hace estremecer. "Creo que ahora debo dedicarme a una pequeña celebración de tu victoria. ¿No estás de acuerdo?" susurro, mientras mi mano se posa sobre su pierna, acariciándola con movimientos lentos y circulares, una tortura deliciosa que lo enloquece.

Él sofoca un gemido, sus ojos brillan de un deseo intenso, insostenible. "Estoy de acuerdo. Necesito que me des mi trofeo" dice, su voz es ronca, llena de una urgencia que me hace vibrar el alma.

"Aquí está, grandullón" sonrío, mientras mis labios se posan sobre su muslo, dejando un beso húmedo, sensual, que lo hace temblar como una hoja.

Cierra los ojos y se abandona completamente, mientras empiezo a besarle las piernas, subiendo hasta los muslos internos, a los músculos pélvicos, mi lengua explora cada centímetro de su piel, un viaje sensual que lo manda al éxtasis. Finalmente, agarro su miembro entre las manos, lo saboreo con la punta de la lengua, antes de engullirlo todo, sintiendo cada vena pulsarme en la boca. Lo hago deslizar dentro, luego lo dejo ir, provocándolo con un ritmo que lo enloquece, un juego perverso que me hace gozar como una loca.

"Te necesito dentro de mí. Ya" lo suplico, mi voz es un susurro de deseo. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez, su ausencia es un dolor físico, un tormento insoportable. Me agarra por las caderas, me gira, sus manos se hunden en mi carne, apretándome fuerte, mientras me levanta y se introduce dentro de mí, una penetración tan profunda que siento mi cuerpo explotar en mil chispas de placer.

"Joder" gimo, mientras mis músculos se contraen, mi voz es ronca, una mezcla de sorpresa y placer, una exclamación que no consigo reprimir. "Eres mucho más grande de lo que recordaba" añado, mi voz es un susurro que vibra de deseo, una constatación que me enloquece. Su virilidad es abrumadora, me llena completamente, me hace sentir viva como nunca.

Me besa la espalda, el cuello, su lengua se mueve sobre mi piel, dejando un rastro de fuego, luego se me insinúa en el oído, un susurro de placer que me hace estremecer. Cierro los ojos, quiero sentir cada sensación, cada toque, cada gemido que sale de sus labios, quiero perderme en este torbellino de excitación, quiero olvidar todo lo demás.

El agua caliente de la ducha nos arrolla, el vapor llena la habitación como una niebla sensual, una cortina de humo que nos separa del resto del mundo. Apenas conseguimos vernos, pero siento cada empuje de su cuerpo, cada movimiento rítmico que me enloquece como una desquiciada, una danza pasional que me hace perder completamente el control.

"¡Sí!" grito, mi voz se estrella contra los azulejos como una ola que se estrella contra las rocas, mientras mi cuerpo se contrae en un puño de placer, un orgasmo que me hace perder completamente la cabeza.

Se retira un poco, luego me gira hacia él, me toma el rostro entre las manos, sus ojos brillan con una luz intensa, un fuego que me enloquece. "Me gusta este juego que hacemos" dice, una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios, una invitación a continuar esta locura sensual. "Pero me gustaría seguir jugándolo, si entiendes lo que quiero decir" susurra, con una advertencia sensual que me hace estremecer como una hoja al viento.

Me besa, me tira hacia atrás el labio inferior, un beso apasionado que me quita el aliento, una promesa de placeres inexplorados.

"¿Me estás pidiendo que sea tu novia?" le pregunto.

"Estoy diciendo que me gusta estar contigo. Eso es todo" responde, su ambigüedad me excita, su incertidumbre me enloquece, su respuesta no es ni un sí ni un no, un enigma que quiero resolver a toda costa.

"Entonces quédate conmigo" digo, mi voz está cargada de desafío, una invitación a ir más allá de los límites, una provocación que lo provoca como a un toro en la arena. Quiero ver hasta dónde está dispuesto a seguirme en esta loca carrera hacia la perdición.

Me besa de nuevo, me levanta, su cuerpo es fuerte, sus músculos se tensan bajo mi tacto, una fuerza salvaje que me hace temblar. Me apoya en su cipote, un movimiento que me hace explotar, que me hace sentir mujer como nunca. Se empuja dentro de mí, me mira a los ojos, un gemido de placer se le escapa de los labios, su penetración es profunda, completa, una unión que me hace perder el contacto con la realidad. "Creo que voy a correrme" ríe, apartándome el pelo mojado de los ojos, una risa sensual que me enloquece aún más.

"Córrete dentro de mí" digo, mi voz es ronca, llena de un deseo incontrolable, una súplica que no puedo reprimir. Esta vez estoy más atenta, consciente del riesgo que estoy corriendo, sé que debo protegerme, pero en este momento la razón está lejos, sepultada bajo capas de excitación. "Quiero sentirte" añado, mis uñas se hunden en su espalda, lo abrazo fuerte, quiero sentirlo mío, quiero ser suya.

Se corre enseguida, con una intensidad que me arrolla, su orgasmo es potente, me sacude desde los cimientos como un terremoto que me hace temblar toda el alma. Lo ha guardado todo dentro, todo para mí, susurra, mientras sus músculos se contraen, en una danza de placer que me hace perder los sentidos. Siento su semen caliente que me llena, un río de placer que me inunda, una sensación que me hace sentir completa, una mujer entre los brazos de un dios. Me abrazo a él, quiero sentirlo lo más cerca posible, quiero que nuestros cuerpos se conviertan en una sola cosa. Sus músculos pélvicos se mueven dentro de mí, con un ritmo que me hace perder completamente la cabeza, en una danza apasionada que me transporta a otro mundo.

Cuando termina, me mira exhausto, una sonrisa dulce y melancólica le ilumina el rostro, una

tristeza que me calienta el corazón. "¿Quién eres, Luelle Ibarra? ¿Dónde te has escondido durante toda mi vida?" me pregunta, con una voz llena de maravilla, como si acabara de descubrir un tesoro escondido, una obra de arte que lo ha dejado sin palabras.

"Oh, ya sabes. He estado por ahí. Y tú no has buscado lo suficientemente bien".

23

LIRAN

"Bah" dice, su voz es un susurro mientras nos vestimos, nuestros cuerpos se separan con un sentido de melancolía. "Supongo que tendrás que volver con tu equipo, ¿no?" me pregunta, con un velo de tristeza en los ojos que me encoge el corazón. Su mirada es una mezcla de deseo y resignación, una llamada a la realidad que intentaba ignorar.

Su tono es dulce, casi sufriente, y me hace sentir culpable por haberla dejado sola. Es como si hubiera interrumpido un sueño precioso, una fantasía que querríamos ambos seguir viviendo. Su pregunta es un eco de una verdad que no podemos evitar, un recordatorio de nuestros mundos separados.

La miro, su rostro está iluminado por la luz de la tarde, un cuadro perfecto de belleza y melancolía. Su expresión me hace entender que no querría que me fuera, que querría seguir disfrutando de mi presencia, del calor de mi cuerpo.

Me encojo de hombros, indeciso, y le hago un pequeño gesto con la cabeza, mi gesto expresa toda mi renuencia a alejarme de ella. "Ya, creo que sí" respondo, mi voz es un susurro, un eco de su melancolía. "Pero tengo un poco de tiempo libre" añado, con una nota de esperanza en la voz, un modo de retrasar el inevitable adiós.

Mi mirada se posa en su rostro, mis ojos buscan los suyos, una invitación silenciosa a continuar nuestra conexión. Querría que el tiempo se parase, querría que este momento durase para siempre, pero sé que no es posible.

"¿Puedo acompañarte a casa?" le pregunto, con una nota de deseo en la voz, una oferta que espero acepte sin vacilaciones. Querría pasar cada minuto libre con ella, querría disfrutar de su compañía y de su presencia, aunque solo sea por un breve trayecto en coche.

Ella sonríe, una sonrisa que me hace perder la cabeza, su belleza es un arma que me atraviesa el corazón cada vez que la veo. "Me gustaría mucho, Liran" responde, su voz es un susurro dulce, una melodía que me hace vibrar el alma. Su aceptación es un alivio, una bocanada de aire fresco en un mar de incertidumbres.

Mi chófer nos viene a recoger, un SUV de alquiler, nada demasiado lujoso, pero igualmente confortable y espacioso, un coche que me hace sentir a gusto. A pesar de ello, me siento increíblemente bien sentado junto a ella durante el trayecto, mi brazo roza el suyo y siento una descarga de electricidad que me hace enloquecer. Su presencia llena el habitáculo, su aura me envuelve como un abrazo cálido y confortable.

Hay tantas cosas que querría hacer con ella en este momento, tantos deseos que me rondan en la cabeza, tantas fantasías que querría realizar. Querría demostrarle que no soy solo un quarterback superficial, una etiqueta que me ha sido pegada sin razón alguna. Quiero que sepa que soy diferente a los demás, que no soy como el chico que la hirió en el pasado.

Necesito que entienda que soy especial, que no soy un simple cliché. Si solo supiera que he pensado en ella en todo este tiempo, que no la he olvidado ni por un segundo, que su imagen ha estado siempre presente en mis pensamientos. Ella lo intuye, lo percibe de algún modo, pero no

sabe la verdad completa, no conoce la intensidad de mis sentimientos, la profundidad de mi deseo. De ahora en adelante, le demostraré que soy mejor que todos los demás, que soy el hombre que merece tener a su lado.

Llegamos al camino de entrada de su casa, una cancela blanca con plantas trepadoras que lo envuelven como un abrazo verde. Aparcamos, el motor se apaga, y un silencio de paz llena el habitáculo. "Gracias, Simon. Ha sido un viaje fantástico" le digo a mi chófer, con un tono de voz que intenta atenuar la tensión, una punta de sarcasmo que es un modo de esconder mi verdadero estado de ánimo.

Mi chófer nos abre las puertas, como si fuéramos personajes de una película, un gesto teatral que se ha convertido en una costumbre. Él hace una media reverencia, como un bufón de corte, una gag que le gusta hacer conmigo, como si fuera un rey o algo así, una usanza que me hace sonreír cada vez. Su ironía es un modo de aliviar la presión, de quitarle hierro a una situación que es todo menos normal.

Río y digo: "Vale, vale. Estaré fuera en un rato" con una nota de diversión en la voz, una promesa que espero mantener. Su tono es siempre alegre, casi despreocupado, un contraste con la seriedad de la situación que me hace sentir un poco más ligero, un poco más libre.

Subimos los escalones del porche, un sendero de madera que cruje bajo nuestros pasos, un sonido que parece el latido de mi corazón. Ella se para, me bloquea con una mano, un toque delicado que me hace temblar las piernas. "¿Estás seguro de que no puedes quedarte un poco más?" me pregunta, con un susurro que me hace vibrar el alma, una pregunta que expresa todo su deseo de estar conmigo.

Baja la mirada, como si se avergonzase de haber hecho esta pregunta, un gesto que me enternece el corazón. Su timidez es un arma que me desarma, una invitación a protegerla de todo mal, a estrecharla entre mis brazos como si fuera la cosa más preciosa del mundo. "Es solo que no hemos tenido mucho tiempo para estar juntos" añade, su tono de voz es ligero, casi susurrado. "Me gustaría conocerte mejor" concluye, su confesión es una melodía que me llena el corazón.

Su petición es una invitación a seguirla, a entrar en su mundo, a descubrir sus secretos. No hay necesidad de que me lo ruegue, no hay ninguna vacilación, mi respuesta es inmediata. "Me quedo hasta que quieras" respondo, mi voz es un susurro, un eco de su deseo. Mis palabras están llenas de sinceridad, de un deseo de estar con ella que no consigo esconder.

Mi mirada se posa en ella, mis ojos buscan los suyos, una invitación silenciosa a continuar nuestra conexión. Querría que el tiempo se parase, querría que este momento durase para siempre, pero sé que no es posible. Me giro hacia Simon, mi chófer, y le digo: "¡Eh, Simon! Podría tardar un poco más de lo que te he dicho" con un tono de voz que intenta esconder mi excitación, mis ganas de quedarme con ella.

"Mientras la propina sea sustanciosa, me da igual" dice, con una sonrisa cómica estampada en la cara, su respuesta es un modo de quitarle hierro a la situación, de hacerme sonreír, de aligerar la presión. Su ironía es un toque de ligereza que aprecio mucho.

"Siempre estás listo para vaciarme los bolsillos" digo, con un tono de voz que es una mezcla de resignación y diversión. Su petición de dinero es un rito que se repite cada vez, un juego al que participo gustoso, una costumbre que me hace sentir a gusto.

Ella abre la puerta con la llave, un sonido metálico que rompe el silencio de la noche, pero se para antes de abrirla completamente, como si dudase en cruzar el umbral. Desde dentro llega un sonido de llanto, un lamento que me hace fruncir el ceño, un eco de dolor que me pone en alerta. "¡Perdona! Yo, ehm" susurra, con un tono de voz que es una mezcla de miedo y vergüenza, una

reacción que me hace preocupar.

Su expresión es tensa, su mirada es ansiosa, sus ojos se posan en mí, como si me pidiesen ayuda. Su cuerpo es rígido, como si estuviera lista para escapar. "Creo que mi, ehm, hermana sigue aquí" añade, su voz es un susurro, un eco de un miedo que no consigue esconder.

"¿Tienes una hermana?" le pregunto, sorprendido, mi curiosidad es un río desbordado, quiero saber más sobre ella, sobre su vida, sobre su familia. Su existencia me inquieta, me atrae como un imán, quiero descubrir cada faceta de su ser. "Me gustaría conocerla" añado, con una nota de sinceridad en la voz, un deseo que nace desde lo profundo del corazón.

Su reacción es extraña, una mezcla de vergüenza y nerviosismo, una reacción que me hace sospechar que hay algo que no va bien, algo que me está escondiendo. Empieza a balbucear, sus palabras son confusas, casi incomprensibles. "¡No, bueno, sí!" dice, su voz es un susurro, un eco de su confusión. "Pero no está bien" añade, con un tono de voz que expresa preocupación. "Es, ehm, un poco loca" concluye, su confesión es una revelación que me deja sin palabras.

"Oh, bueno, da igual" respondo, intentando quitarle hierro a la situación, un modo de aliviar su tensión, de hacerla sentir a gusto. "Es tu hermana" añado, con un tono de voz que expresa comprensión y afecto. "Cualquiera que esté ligado a ti merece ser conocido" concluyo, con una nota de sinceridad en la voz, un deseo que nace desde lo profundo de mi corazón.

Mi mirada se posa en ella, mis ojos buscan los suyos, una invitación silenciosa a continuar nuestra conexión. Querría que el tiempo se parase, querría que este momento durase para siempre, pero sé que no es posible. "¿Pero qué era ese llanto?" le pregunto, mi voz es un susurro, un eco de su preocupación. "Parecía un niño o algo así" añado, con un tono de voz que intenta sondear la situación, de entender qué está sucediendo.

"Uf, siempre está con esa maldita tele a todo volumen" responde, intentando quitarle hierro a la situación, pero su tono de voz delata su preocupación, su ansiedad. "¿Te importa si entro a echar un vistazo rápido?" me pregunta, su mirada es implorante, como si buscase mi aprobación. "Tardo un segundo" añade, con una promesa que espero mantenga. En ese momento parece realmente preocupada, su rostro expresa una tensión que me inquieta, sus ojos están fijos en mí, como si buscase consuelo, un refugio seguro. Me pregunto cuán grave es la situación con esta hermana, qué está escondiendo, qué está intentando proteger.

Abre la puerta a toda prisa, con un movimiento brusco y nervioso, y corre dentro, con la agilidad de un gato, como si estuviera escapando de algo. Cierra la puerta tras de sí, con un golpe seco que me hace sobresaltar, un gesto que expresa su urgencia, sus ganas de esconderse, de proteger su secreto. "Joder" susurro, sintiéndome jodidamente confundido por toda esta situación, por su reacción repentina, por su extraño comportamiento.

Empiezo a caminar de un lado a otro por el porche, mis pasos son pesados, mi corazón late a toda velocidad, la ansiedad me aprieta la garganta como una morsa. Mi instinto me dice que hay algo extraño, algo que no va bien, algo que me está escondiendo. Hasta que finalmente Luelle y su hermana salen, mi mirada se posa en ellas, mis ojos buscan una respuesta que no consigo encontrar. Cuando lo hacen, sin embargo, ambas tienen una mirada un poco loca, como si hubieran salido de una película de terror, como si hubieran visto un fantasma.

"Habéis tardado una eternidad" digo, intentando atenuar la tensión, mi voz es un susurro, un eco de mi confusión, un intento de quitarle hierro a una situación que es todo menos normal. Mi broma es un modo de esconder mi preocupación, de fingir que todo va bien.

Su hermana se me planta delante, sus ojos están inyectados en sangre, su mirada está cargada de una furia que me espanta, me paraliza, me hace sentir vulnerable como un niño. Me apunta con

el dedo, con un gesto agresivo que me hace retroceder por instinto, una reacción que no consigo controlar. "¡Tienes que tratarla con respeto, maldita sea!" dice a gritos, como si quisiera romper el mundo con sus chillidos, un rugido de rabia que me hace estremecer hasta los huesos. "Si no lo haces, juro que te encontraré y no será agradable!" añade, su amenaza es una flecha envenenada que me atraviesa el corazón, una promesa de venganza que me hace temblar las piernas.

"Vale..." murmuro, intentando aplacar su furia, mis palabras son un susurro, un eco de mi miedo. "No tienes que preocuparte, confía en mí" añado, con un tono de voz que intenta tranquilizarla, de calmarla. Mi intento de parecer calmo y seguro es una actuación, una ficción que no convence ni siquiera a mí.

"¡Ah!" se ríe ella, una risita que me pone la piel de gallina, un sonido extraño e inquietante, una melodía disonante que me hace sentir escalofríos. Su reacción es impredecible, su inestabilidad me espanta, me paraliza. Luego se gira hacia Luelle y le susurra dulcemente: "Buenas noches, cariño" sus palabras son dulces, llenas de afecto, una caricia que contrasta con su violencia anterior.

Se va, con una sonrisa digna estampada en el rostro, como si fuera una estrella de Hollywood, una actriz que representa su papel a la perfección. Su expresión es calma, casi serena, un contraste con su locura anterior.

"¿Qué demonios ha pasado?" le pregunto, mi tono de voz es confuso, lleno de dudas, de incertidumbres.

"Ya te había dicho que estaba loca" dice ella, con un tono de voz que intenta quitarle hierro a la situación, un modo de enmascarar su vergüenza, su sentimiento de culpa. Se encoge de hombros, como si nada, un gesto que expresa indiferencia, una reacción que no me convence. "Entra. Relajémonos" añade, su tono de voz es ligero, casi despreocupado, una invitación a olvidar la extraña escena a la que acabamos de asistir.

Entramos, la casa está silenciosa, un refugio tranquilo después de la tempestad que nos ha arrollado. Ella se sienta en el sofá, sus movimientos son lentos, como si estuviera cansada, como si su cuerpo estuviera aún sacudido por la extraña escena anterior. Mientras yo camino por el pasillo, mi curiosidad es un río desbordado, quiero descubrir cada ángulo de su casa, quiero captar sus secretos, sus misterios. Observo el ambiente acogedor y bien amueblado, un espacio que me hace sentir a gusto. Es una morada bonita. Es decir, es realmente bonita, amueblada con un estilo que me gusta, una mezcla de moderno y vintage, un ambiente que parece sacado de una revista de diseño. "Eh, ven a sentarte conmigo" me dice, su voz es un susurro, una llamada irresistible que me hace perder el control.

"¿Tienes dos habitaciones?" le pregunto, mi curiosidad es una fuerza que me empuja a descubrir todo sobre ella, a conocer cada su secreto. "¿La segunda es un estudio o algo así?" añado, con un tono de voz que es una mezcla de estupor y admiración.

"¡Sí!" dice ella, saltando del sofá con la energía de una niña, una explosión de entusiasmo que me contagia, que me hace sonreír. Corre hacia mí y me agarra por un brazo, con un gesto dulce, casi infantil, que me derrite el corazón. "Anda" me implora, sus ojos brillan con una luz intensa, como si hubiera descubierto un tesoro escondido. "Siéntate y hablamos" añade, con una nota de urgencia en la voz, como si necesitara contarme todo, de compartir sus secretos conmigo. "¿Quieres una cerveza? Te traigo una cerveza" concluye, su oferta es un modo de hacerme sentir a gusto, de crear un ambiente relajado y distendido.

"¿Qué pasa?" le pregunto, con un tono de voz que expresa preocupación, su insistencia me hace sospechar que hay algo extraño, algo que no va bien. "¿Por qué quieres que me siente?" añado,

mi mirada es indagadora, mis ojos buscan una respuesta en su rostro. "¿Qué sucede?"

Siento que me está escondiendo algo, que hay un secreto que no quiere compartir conmigo, algo que se agita bajo la superficie, algo que me hace sentir incómodo.

"¿Qué sucede? Nada" responde, con un tono de voz que intenta minimizar la situación, de esconder la verdad, de fingir que todo va bien. "Solo me gusta tu compañía" añade, su tono es un poco forzado, como si estuviera representando una parte, como si quisiera convencerme a mí y a sí misma de una mentira. "Supongo que está mal" concluye, con una sonrisa que parece más una mueca, su reacción me da que pensar, me hace entender que hay algo anómalo, algo que me está guardando. Su mirada es huidiza, sus mejillas están ligeramente sonrojadas, una señal que me dice que hay algo más, que hay algo que no me está contando.

Suspiro, me siento frustrado, confuso, cansado de tener que interpretar sus reacciones, de tener que descifrar sus silencios. "Está bien" digo, con una nota de resignación en la voz, una rendición que intenta atenuar la tensión. "Como quieras. Me siento" añado, un modo de hacerla contenta, de fingir que todo va bien, de ignorar mis dudas, mis miedos. Mi decisión es una finta, una representación que hago para no hacerla preocupar, para no arruinar este momento que querría ser perfecto.

Me siento en el sofá, frente a ella, mi posición es un poco incómoda, pero no quiero que se dé cuenta, no quiero darle la impresión de ser intolerante, de estar incómodo. "Bien, ¿qué quieres saber?" le pregunto, con un tono de voz que intenta esconder mi confusión, mi deseo de entender qué está sucediendo. Mi voz es un susurro, un eco de mi necesidad de verdad, de claridad, de un poco de sinceridad.

"Todo" responde ella, con una sonrisa dulce que me derrite el corazón, con una mirada cargada de deseo, como si quisiera devorarme con los ojos. "Cuéntame todo" añade, su petición es un desafío, una invitación a desvelar mis secretos, a ponerme en cueros delante de ella.

"Es la historia americana de siempre" empiezo, con un tono de voz que intenta hacer mi historia menos dramática, más ligera, un modo de protegerme a mí mismo. "Padre conoce a madre" añado, con una nota de ironía en la voz, intentando hacerla sonreír, de quitarle hierro a la situación, de no darle la impresión de ser demasiado serio.

"Madre tiene un niño" continúo, mi voz se hace más seria, mi expresión se ensombrece, mi cuerpo se tensa al recuerdo de aquellas imágenes, de aquellos momentos oscuros. "Padre abandona a la familia porque no sabe gestionar las responsabilidades" concluyo, con un tono de voz cargado de rabia y resentimiento, un modo de dar rienda suelta a mis emociones, de expresar mi dolor.

"Oh." Sus ojos se bajan, un velo de tristeza se posa en su rostro, su mirada está cargada de empatía, de compasión. "Lo siento" dice, con un susurro, un eco de su disgusto, de su querer compartir mi dolor. "No quería ser tan invasiva, tan rápido" añade, su tono de voz es ligero, pero sus palabras están llenas de sinceridad, de un deseo de disculparse por haberme hecho revivir aquellos momentos dolorosos. "Lo siento de verdad, Liran" concluye, su confesión es un modo de hacerme entender que se preocupa por mí, que no quiere hacerme sufrir.

Le pongo una mano en el muslo, una caricia ligera, un gesto de consuelo, un modo de hacerle entender que no es culpa suya, que mi rabia no está dirigida a ella. "No te preocupes" le digo, con un tono de voz que intenta tranquilizarla, de hacerla sentir a gusto. "No te lo habría dicho si no confiase en ti" añado, mi mirada es sincera, mis ojos buscan los suyos, un modo de hacerle entender que tengo confianza en ella, que la considero especial. "Es una cosa sucedida hace mucho tiempo" continúo, con un tono de voz que intenta suavizar la gravedad de la situación, de

hacerla sentir mejor. "Es agua pasada, ¿no?" concluyo, una pregunta que es una esperanza, una petición de perdón por haberla puesto incómoda, por haberla hecho revivir aquellos momentos tristes.

"Lo sé" dice ella, con un tono de voz que expresa empatía, su mano se posa en la mía, apretándola con dulzura, un gesto de consuelo que me hace sentir menos solo. Su reacción es dulce, llena de afecto, una oleada de calor que me hace sentir envuelto, protegido. "¿Alguna vez has intentado buscarlo?" me pregunta, con un hilo de voz, su pregunta es una provocación, una invitación a desvelar mis secretos, a poner en plaza mis fragilidades. "A tu padre, me refiero" añade, su mirada es indagadora, como si quisiera empujarme a confesar todo, a no guardar nada para mí.

"Claro que sí" respondo, con un tono de voz que delata mi rabia, mi resentimiento. "Pero mi madre siempre se negó durante mucho tiempo" añado, con un velo de tristeza en la voz, el recuerdo de aquellos momentos está aún vivo en mi mente, una herida que no se ha cicatrizado del todo. "En cada victoria, en cada partido..." continúo, con un tono de voz cargado de emoción, mi cuerpo se tensa al recuerdo de aquellas imágenes, de aquellas sensaciones, "...Imaginaba su cara en todos los adversarios que derrotaba" añado, mi mirada se ensombrece, mis ojos brillan de rabia, de deseo de venganza.

"Quería encontrarlo y matarlo" admito, sin vergüenza, mis palabras son crudas, llenas de violencia, una expresión de mi deseo de revancha, de hacérsela pagar a quien me ha hecho sufrir, a quien ha abandonado a mí y a mi madre. "Lo admito sin vergüenza" añado, mi confesión es un modo de poner en plaza mis debilidades, de mostrarle mi fragilidad, de hacerle entender que no soy un héroe, sino un hombre que ha sufrido. "Dejó a mi madre en problemas, sin un duro, sin nada" continúo, mi voz se quiebra, mi tono se hace más rabioso, mi expresión se hace más dura. "Y créeme, mi madre es una santa, un ángel bajado a la tierra" añado, con un hilo de voz, mi cuerpo se llena de amor, de admiración por ella. "Haría de todo por ella" concluyo, mi confesión es una promesa, un juramento de fidelidad, un modo de decir que ella es la cosa más importante de mi vida.

Río de repente, un sonido amargo que me sorprende, una risa que expresa mi frustración, mi rabia, mi dolor. "Creo que es por esto que siempre he sido tan gilipollas con las personas del mundo del espectáculo" añado, intentando quitarle hierro a la situación, de hacerla sonreír, de fingir que todo va bien. "Era como si todo lo que me irritaba fuera culpa suya" continúo, mi voz se hace más sarcástica, mi tono más irónico. "Un modo de dar rienda suelta a mi rabia" añado, con un velo de tristeza en la voz, un modo de reconocer mis culpas, de admitir mis errores. "Claro, no es verdad" digo, con una sonrisa amarga estampada en el rostro, un reconocimiento de mis debilidades, de mis fragilidades. "Con el tiempo se crece y hay que seguir adelante" concluyo, con una nota de resignación en la voz, un modo de aceptar la realidad, de hacer las paces con mi pasado.

También ella ríe, un sonido dulce y contagioso que me derrite el corazón, su risa es una melodía que me hace sentir mejor, que me hace olvidar mis problemas. "¿Es un nuevo mantra para ti?" me pregunta, con una sonrisa maliciosa estampada en la cara, un modo de tomarme el pelo, de hacerme entender que no he cambiado, que soy siempre el mismo. "Recuerdo haber conocido a una cierta persona hace dos años que no fue muy amable conmigo" añade, con una nota de diversión en la voz, un modo de recordar mi comportamiento pasado, de hacerme entender que no me ha olvidado, que no se ha dejado engañar por mi nueva máscara.

"Estoy intentando ser un hombre diferente" admito, con una nota de sinceridad en la voz, mi

confesión es un modo de demostrar mi cambio, mis ganas de convertirme en una persona mejor. "Alguien diferente a mi padre" añado, con un tono de voz que expresa determinación. Mi mirada se posa en su rostro, buscando su aprobación, su juicio.

Sus ojos brillan a la luz tenue de la habitación, como estrellas que brillan en una noche oscura, un faro que me guía hacia la verdad, hacia la sinceridad. "Me gusta" dice, con una sonrisa dulce, sincera, su aprobación es un alivio, una bocanada de aire fresco en un mar de incertidumbres. Su consentimiento es importante para mí, es un modo de hacerme entender que cree en mí, que no soy un monstruo, que tengo la posibilidad de cambiar.

"También a mí" digo, con un susurro, un eco de sus sentimientos, un modo de hacerle entender que también yo creo en el cambio, que también yo me estoy esforzando para ser una persona mejor, un hombre que merece su amor. Mi mirada se posa en su rostro, mis ojos buscan los suyos, una invitación a continuar nuestra conexión, a compartir nuestros miedos, nuestras fragilidades.

De repente, mi smartphone empieza a sonar, un sonido molesto que rompe el silencio de la noche, una intrusión en nuestro momento de intimidad. Miro la pantalla, el nombre de mi mánager me da escalofríos, una sensación de ansiedad me aprieta la garganta como una morsa. Es uno de los tantos hombres en traje y corbata que me están siempre pisándome los talones, una manada de buitres que intentan controlarme, de gestionarme como un títere. Miro fijamente la pantalla, indeciso si responder o no, mi instinto me dice de ignorarlo, de no hacerme arruinar este momento con Luelle. "Es mi mánager" digo, con un tono de voz que expresa frustración, un modo de quitarle hierro a la situación, para hacerle entender que no es nada importante.

"Lo ignoro" añado, con un tono de voz que expresa rebelión, mi gesto es un rechazo, un modo de alejar de mí todas las presiones, todos los problemas, todos los dolores. Pero en cuanto pulso "rechaza" en el teléfono, como si fuera la palabra mágica, un sonido de llanto, como un lamento desgarrador, proviene de la otra habitación, un eco de dolor que me pone en alerta.

Me giro hacia Luelle, mi mirada se posa en su rostro, mis ojos buscan una respuesta que no consigo encontrar, mi expresión se hace confusa, llena de dudas, de incertidumbres. "No parece la tele..." murmuro, con un hilo de voz, un eco de mi miedo, un presentimiento que algo grave está por suceder.

Mi instinto me dice que algo no va bien, que hay un secreto que no conozco, algo que me está guardando. "Yo..." balbucea ella, su mirada es huidiza, como si no quisiera encontrarme, como si tuviera miedo de desvelar la verdad. Sus ojos se llenan de lágrimas, una cascada que le corre por las mejillas, un río de dolor que no consigue detener. Su expresión es tensa, su cuerpo se tensa, su voz se hace un susurro.

"Parece un niño..." digo, levantándome de golpe del sofá, mi voz es ronca, llena de ansiedad, de miedo. Mi corazón late a toda velocidad, una morsa de angustia me aprieta la garganta, mi instinto me dice que hay algo de grave que no conozco.

Me dirijo hacia la habitación, mis pasos son pesados, mi mano tiembla mientras abro la puerta, un gesto de terror, el miedo me paraliza, pero el instinto me empuja a seguir adelante.

"Lo siento" dice ella, cayendo de rodillas, las lágrimas le recorren el rostro como ríos en plena crecida, su cuerpo está sacudido por violentos sollozos, una expresión de un dolor que no consigue esconder. "No quería que lo supieras" añade, su voz es un susurro, un eco de su secreto, una admisión de una culpa que no consigo entender, de una verdad que me devasta.

Ahora lo entiendo....

24

LUELLE

"¿Cómo se llama?" me pregunta él, plantándose inmóvil sobre la cuna.

La sombra de su cuerpo macizo le oscurece el rostro, como un velo negro que cubre el sol. No logro descifrar su expresión, no entiendo si está cabreado, triste o simplemente confundido. Es una sensación horrible, un nudo en el estómago que me deja sin aire. En ese momento, desearía que nunca hubiera cruzado el umbral de esta casa, que nunca hubiera aparecido aquí, como una tormenta fuera de temporada.

No es culpa mía, lo juro. No soy yo la responsable de este lío. Es todo culpa suya, de este jodido Liran Yardley que nos ha abandonado a mí y al niño, dejándome sola con mis demonios. Es él quien ha hecho todo esto, no yo. Y ahora está aquí, que me mira como si fuera una extraña.

Querría solo gritarle en la cara todo mi dolor, toda la rabia que me consume, pero me contengo. Intento mantener la calma, para no empeorar la situación. Me siento como si fuera una actriz en el set de una película dramática, una de esas cintas independientes que ganan todos los premios y luego nadie mira de verdad.

"Se llama Axton" respondo, con un hilo de voz, mientras me seco las lágrimas que me surcan las mejillas. Y él, mi pequeño Axton, mira al padre y sonríe, como si lo conociera de siempre, como si fuera la cosa más normal del mundo. Ningún llanto sale más de esa cuna, solo el silencio de la desesperación.

Por un momento, la vista de su sonrisa me hace olvidar el dolor, pero su presencia se cierne, amenazante como una sombra. El pasado regresa, con toda su rabia y su frustración, y yo me siento de nuevo pequeña e indefensa. Desearía que desapareciera, que se fuera y me dejara en paz.

Siento las palabras que no han sido dichas, las preguntas que no han sido hechas, pero la realidad es que todo lo demás es barrido por el silencio. El dolor es una presencia constante, un huésped indeseado que me hace compañía de noche. Su ausencia es una losa sobre el corazón y su presencia es un cuchillo clavado en el pecho.

"¿Por qué no me lo has dicho?" me pregunta, inclinándose sobre el borde de la cuna, como un león que observa a su presa. Su rostro está contraído en una expresión que no sé definir, una mezcla de reproche y dolor. Su mirada me atraviesa, como si pudiera ver a través de mí, hasta el alma.

Su pregunta me hace hervir la sangre en las venas, una oleada de rabia me asalta, como una ola gigante que se estrella contra un escollo. Como si fuera tan fácil, como si la culpa fuera solo mía. Pero yo estoy cansada de hacerme cargo de todo. Es él quien ha causado este desastre, es él quien debe asumir sus responsabilidades.

Como si no lo supiera ya que me habría preguntado una cosa así, como si él, el gran Liran Yardley, no pudiera entender que no todas las personas que encuentra en la vida son una de sus groupies, que están siempre listas para saltar a su silbido. Estoy harta de su egocentrismo, de su arrogancia, de su insoportable pretensión de estar siempre en el centro del mundo.

“¿Cómo coño iba a decírtelo, visto que has desaparecido sin una palabra o una jodida justificación?” exploto, intentando con todas las fuerzas contenerme de gritar. Cada órgano de mi cuerpo va a fuego, me siento como si un incendio me estuviera devorando las vísceras. Pero sobre todo, querría solo acurrucarme en una bola y desaparecer para siempre, volverme invisible.

Mis palabras son un río desbordado, un torrente de rabia que arrolla todo. Mi voz tiembla, pero no me importa. Quiero que sepa, que entienda mi dolor, mi desesperación. Quiero que se dé cuenta de cuánto daño me ha hecho. Y quiero, sobre todo, que se vaya.

Pero hay también una parte de mí, una minúscula parte, que espera un milagro. Quizás es solo una estúpida ilusión, pero espero que Liran se dé cuenta de su error, que admita su culpa y que me pida perdón. Pero la verdad es que no lo conozco más, no sé más quién es.

Se gira, con una expresión estresada en los ojos, como si hubiera sido yo a golpearlo con una pedrada en pleno rostro. Su cara es una máscara de confusión, una mezcla de rabia, culpa y desorientación. “¿Yo? ¿Me echas la culpa a mí? A ver, cariño, no soy un vago” dice, como si fuera una cosa obvia, como si no acabara de abandonarnos a mí y a nuestro niño.

Sus palabras me hacen sonreír amargamente, su negación me hace saltar los nervios. “No sé qué piensas de mí, pero esto es un error de ambos” prosigue, como si fuera la cosa más lógica del mundo. Un error. No un niño, no un hijo. Un error.

Se me abre la mandíbula, por la incredulidad. Estoy atónita, no logro creer a sus palabras. ¿Qué coño está diciendo? No puedo creer que no se dé cuenta de la gravedad de lo que ha hecho. Me siento como si estuviera precipitándome en el vacío, como si la tierra me faltara bajo los pies.

“¿Error?! No lo llames nunca más error” respondo, con la voz rota por la rabia. Las palabras me salen de la boca como cuchillos, cortantes y dolorosas. Quiero que entienda, que sienta mi rabia. “Es la cosa mejor que me ha pasado nunca.”

Cada una de mis células tiembla, cada nervio está tenso como una cuerda de violín. “Dios, ¡lo sabía que no habría debido volverte a ver! No eres fiable” continúo, el aliento corto, la voz que me tiembla. Su mirada es una puñalada al corazón. “Eres solo Liran Yardley, el mejor jugador de fútbol americano del mundo, el buen chico de la mamita.”

No logro más controlarme, mi rabia es un fuego inextinguible. “Pues, déjame decirte una cosa. No eres nada de especial” escupo fuera, con el tono más despreciativo que logro encontrar. Quiero humillarlo, hacerlo sentir pequeño e insignificante, como me ha hecho sentir él. Quiero hacerle saborear un poco de mi dolor.

“Ese niño allí es un millón de veces más especial que tú” digo, con la voz rota por la emoción. Mi lengua es un arma afilada, y cada palabra es un golpe que inflijo a su persona. Quiero golpearlo donde hace más daño, hacerle sentir el peso de sus acciones. “Probablemente ganará diez trofeos del Super Bowl y el Nobel de la Paz. ¡Eso es lo jodidamente especial que es!”

Axton vuelve a llorar, su llanto desgarrador es como una puñalada al corazón. Siento una oleada de ternura que se mezcla a la rabia y al dolor. Me acerco a la cuna y lo cojo en brazos, lo estrecho fuerte a mí, intentando transmitirle toda mi protección. Lo mezo delicadamente, como si fuera hecho de cristal.

Me giro y salgo de la habitación, sin decir una palabra. No quiero más mirarlo a la cara, no quiero más oír su voz. Su presencia es una tortura, una continua evocación de mi dolor. Quiero solo escapar, refugiarme en un lugar seguro.

“¡Espera!” grita Liran, corriendo detrás de mí. Me agarra el brazo, pero yo le empujo lejos la mano. No quiero ser tocada por él, no quiero su contacto. Su toque me quema, como si fuera una descarga eléctrica.

“Vete” susurro, con un hilo de voz, el corazón partido en mil pedazos. “No quiero estar cerca de ti ahora” añado, con una nota de desesperación. No quiero más verlo, no quiero más oírlo. Quiero solo que desaparezca de mi vida, que se vaya y me deje en paz, con mi dolor y mi niño.

“Solo un minuto. ¿Por favor? ¿Por favor, escúchame? ¡Lo sé que soy un gilipollas. Lo sé!” me dice, la voz rota. Pero sus excusas no me bastan, no pueden cancelar todo el daño que me ha hecho. “Pero dame solo la posibilidad de explicar” continúa, implorándome con la mirada.

Apoyo a Axton sobre el sofá, con cautela, y cruzo los brazos, en señal de desafío. “Adelante” digo, con la voz firme, pero con el corazón que me late a toda hostia. Quiero oír sus excusas, quiero ver si tiene el coraje de afrontar sus responsabilidades. “Estoy esperando” añado, como un desafío.

“Mira, no sabía que te había dejado embarazada” me confiesa, como si fuera una excusa plausible, como si esto pudiera justificar su abandono. Lo miro fijamente, incrédula, no logro entender cómo pueda ser tan insensible. Sus palabras son una mentira, una excusa patética para no asumir sus responsabilidades.

“Si lo hubiera sabido, las cosas serían muy diferentes” prosigue, sin darse cuenta de cuánto daño me hace con sus palabras. Su mirada está perdida en el vacío, como si no fuera capaz de entender el alcance de su error. Estoy harta de sus mentiras, de sus excusas banales. Quiero solo oírlo decir la verdad, una vez por todas.

Sus palabras me hacen reír amargamente, su presunción me hace saltar los nervios. “Muy diferentes, ¿eh? ¿Quieres decir que Axton no estaría aquí” pregunto, sin lograr contenerme una nota de sarcasmo. Su silencio es la confirmación de mis miedos.

Sacude la cabeza deprisa, casi asustado por mis palabras. “¿Qué? No. No es para nada esto lo que quiero decir” dice, con un tono de voz que no le pertenece. Su mirada está confusa, como si no lograra entender qué está sucediendo. Parece un niño perdido, incapaz de afrontar la realidad. “Quiero decir, habríamos podido resolver todo esto juntos.”

Me hace casi reír, su hipocresía es patética. Siento los nervios subir, como una cuerda de violín que se rompe. “¿Juntos?” repito, con sarcasmo. Qué hipócrita, qué capullo. No se da cuenta de cuánto daño me ha hecho. No se da cuenta de que no existe un "juntos" entre nosotros.

Me indica a Axton, como si fuera un objeto de su propiedad. “Míralo. Es mi niño. Es mi niño” dice, con la voz rota por la emoción. Me dan ganas de llorar, oyendo sus palabras. Pero no quiero darle la satisfacción de verme ceder. Quiero ser fuerte, para mí y para Axton.

Su mirada está perdida en el vacío, como si no lograra entender la gravedad de lo que ha hecho. Sus palabras son como cuchillos que me atraviesan el corazón. No es su niño, es mío, es todo mío. No se lo merece. No merece ser llamado padre.

“No es tu niño. Es mío” respondo, con la voz rota por la rabia. “No estabas cuando lo he criado, en este último año.” Mi voz es un susurro, pero cada palabra es una acusación que lo clava a sus responsabilidades. Quiero hacerle sentir el peso de su abandono, quiero que entienda el dolor que me ha provocado.

“No le has cambiado el pañal a las cuatro de la mañana” continúo, con la voz que me tiembla por la emoción. Cada frase es una acusación, cada palabra es un golpe al corazón. No entiende el sacrificio que he hecho, no entiende cuánto he sufrido. “No has tenido que afrontar todas las pésimas niñeras. No tenías ninguna preocupación” mi voz se rompe, pero me impongo de continuar. No me doblegaré, no cederé a su egoísmo.

“Eras solo una gran estrella del fútbol americano” escupo fuera, con desprecio. No entiende mi vida, no entiende mi dolor. Para él es todo fácil, todo debido. “Mientras tanto, yo soy un jodido

cliché. Soy una madre soltera, que lucha por mantener la normalidad en esta casa" mi voz se rompe. Las lágrimas me surcan las mejillas, pero no quiero parar. Quiero hacerle sentir mi dolor, quiero que entienda el alcance de su culpa.

"Y estoy solo mandando todo a la mierda. Todo" concluyo, con un hilo de voz. El corazón me duele, como si se estuviera rompiendo. Mi vida es un lío, un desastre sin fin. Y todo es culpa suya, de su egoísmo, de su indiferencia.

Me pone las manos sobre los hombros y empieza a masajearmelos delicadamente, con un toque que no me gusta, un gesto que me parece falso e hipócrita. Su contacto me hace estremecer, me hace sentir sucia y contaminada. "Eh, no es culpa tuya" dice, con una voz que no me convence. Su hipocresía me hace hervir la sangre.

"¿Lo sabes? Eres una madre increíble" continúa, como si pudiera leerme dentro, como si pudiera entender mi dolor. "Lo veo en ti" añade, con un tono que parece casi sincero. Pero no me fío de sus palabras, no me fío de su hipocresía. No me fío más de él.

"Eres fuerte, bellísima y afectuosa" dice, intentando tranquilizarme, pero sus palabras suenan vacías y banales. "Estás llorando porque has dado toda ti misma" intenta justificar mis lágrimas, como si fueran una señal de debilidad. Pero no soy débil, no lo seré nunca. "Axton lo sabrá. Entenderá" insiste. Sus palabras son como puñetazos en el estómago.

"Confía. Recuerda, yo también he tenido un padre vago" continúa, con la voz que tiembla por la emoción. Sus palabras no me tranquilizan, no me hacen sentir mejor. No quiero comparar mis problemas a los suyos, no quiero sentirme en culpa.

Lo miro en sus ojos destructivos, pero aparto enseguida la mirada. No me sale, es demasiado difícil soportar su mirada, su hipocresía. Cada una de sus palabras es una mentira, cada uno de sus gestos es una farsa.

Es demasiado difícil, demasiado doloroso soportar su cercanía, su presencia. Todo de él me repugna. Quiero que se vaya, que me deje en paz con mi dolor y mi desesperación. Su mirada me quema como el fuego, me duele como si me hubiera atravesado con un cuchillo.

"Lo siento" digo, con la voz rota por la emoción. "Pero creo que no deberíamos vernos más. No hace bien a Axton" intento explicar, pero mi voz se pierde en la angustia. Es demasiado doloroso continuar esta conversación, es demasiado difícil soportar su presencia.

Mi cuerpo es una prisión de dolor, mi alma está herida. No logro más soportar su cercanía, su toque, sus palabras. Su presencia es una tortura, una continua evocación del pasado. Querría solo escapar, refugiarme en un puesto seguro.

"Quiero formar parte de su vida, Luelle" dice, con la voz que tiembla por la emoción. "Si no puedo tenerte a ti, al menos déjame ver a mi hijo" continúa, implorándome con la mirada. Sus palabras son como una puñalada al corazón, una enésima demostración de su egoísmo.

"Le daré todo lo que puedo" jura, con una voz que no me convence. "Prometido. Es nuestro niño" añade, como si esto pudiera cambiar algo, como si pudiera olvidar todo el dolor que me ha provocado. Pero la verdad es que no le creo más, no me fío más de él.

Sus palabras no me tranquilizan, no me hacen sentir mejor. No quiero comparar mis problemas a los suyos, no quiero sentirme en culpa. Es demasiado doloroso continuar esta conversación, es demasiado difícil soportar su presencia. Quiero solo que se vaya, que me deje en paz con mi dolor.

"A ver, ¿puedes irte? No logro pensar en nada ahora" digo, con la voz rota por el cansancio. Quiero solo que se vaya, que desaparezca de mi vida. "Tengo un vuelo mañana por la mañana" me recuerdo de repente. "¡Joder, tengo un vuelo!" Mis palabras son un grito de desesperación.

Tengo un vuelo, tengo una vida que vivir, y él es solo un obstáculo, un peso que me impide de seguir adelante.

Me recuerdo de repente que mañana debo marchar para Nueva York. Controlo los emails en el teléfono y veo el billete y un mensaje de Dana que dice: "Buen viaje. Haznos sentir orgullosos". Nada de todo esto parece importante ahora, nada tiene más sentido. Parece todo de plástico y falso, una ilusión que se estrella contra la realidad.

¿Qué estoy haciendo de mi vida? ¿Qué he hecho?

Me siento como una marioneta, movida por hilos invisibles, incapaz de tomar mis decisiones.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿Cuál es mi propósito en la vida?

Y mi trabajo, mis sueños, todo parece tan lejano, tan inalcanzable, tan falso.

"Claro. Me voy" dice, con un tono de voz que no me convence. Se levanta del sofá y estrecha fuerte el puño, como si estuviera conteniendo su rabia. "Lo que quieras, chica de ojos color avellana" añade, con una sonrisa amarga. Su expresión es una mezcla de tristeza y resignación.

Se levanta y se arregla la ropa, como si nada hubiera sucedido, como si no hubiera apenas abierto mi alma, mostrándole todo mi dolor. Me siento vaciada, como si hubiera perdido una parte de mí misma. Querría solo escapar, refugiarme en un lugar seguro, lejos de él y de todo este caos.

"Mañana estaré en Boston. Tenemos un partido en casa" dice, con un tono de voz que me suena como un desafío. "Nueva York está a pocas horas de viaje" continúa, como si fuera una invitación, una propuesta. "¿Puedo al menos verte para cenar o algo así?" Su tono es suave, casi seductor. Pero yo no quiero ceder, no quiero caer en su trampa.

"Tenemos que hablar más de todo esto" añade, como si hubiera todavía algo que aclarar. Pero la verdad es que no hay más nada que decir, no hay más nada que entender. Su mirada me hace estremecer, me hace sentir en peligro.

No quiero más verlo, no quiero más hablarle. Quiero solo que se vaya, que me deje en paz con mi vida, con mis problemas, con mi niño. Quiero solo olvidarlo e ir adelante, dar la vuelta de página y recomenzar.

"¿Por qué, Liran? ¿De qué más tenemos que hablar?" pregunto, con la voz rota por el cansancio. Cada palabra es un peso, cada frase es una fatiga. No tengo más la fuerza de discutir, de pelear, de explicar. Quiero solo que se vaya, que me deje en paz.

"Me has dejado embarazada, me has dejado a apañármelas sola y ahora mi vida es una lucha incesante" continúo, las lágrimas que me surcan las mejillas. Mi voz es un susurro, pero cada palabra es una acusación, un grito de dolor.

Mi mirada está perdida en el vacío, mi corazón está partido en mil pedazos. Me siento como una nave a la deriva de la tempestad, sin timón, sin brújula. Querría solo rendirme, pero no puedo, no debo. Debo ser fuerte, para mí y para Axton.

"Dejaría el trabajo y volvería al campo si pensara que ayudaría a mí y a Axton" añado, con un hilo de voz. Mis palabras son un grito de desesperación, una confesión de mi cansancio, de mi fragilidad. Mi cuerpo está exhausto, mi mente está nublada por el dolor.

"Dios, es todo tan liado. ¿Qué he hecho?" me pregunto, con un hilo de voz. Mis palabras son una confesión de mi fragilidad. Mi vida es un lío, un desastre sin fin. Querría solo recomenzar de nuevo, cancelar el pasado y construirme un futuro mejor, para mí y para mi hijo.

"A ver, ¿por qué no vuelves con esa zorra?" escupo fuera, con un tono de voz que no me pertenece. Mi rabia es una ola gigante, una explosión de dolor. No quiero más verlo, no quiero más oírlo. Quiero solo que se vaya, que me deje en paz.

“¿Cadence? Jesucristo” responde, con un tono de voz que parece casi incrédulo. Sus palabras me hacen reír amargamente, su hipocresía me hace hervir la sangre. “No me conoces de verdad, ¿verdad?” pregunta, como si hubiera dicho algo de absurdo.

“¿Piensas que soy un monstruo? ¿Un monstruo que quiere estar con una bruja?” me pregunta, con un tono de voz que me hace entender que no tiene la mínima idea de qué está diciendo. “Joder, Luelle” añade, la voz rota por la emoción. Su mirada está perdida en el vacío, como si no lograra entender qué está sucediendo.

“¡Quiero solo a ti. Es lo que he intentado decirte durante todo este tiempo!” me confiesa, con una voz que no me convence. Pero no me fío más de sus palabras, no me fío más de su mirada. No me fío más de él.

No quiero más escucharlo, no quiero más oír sus mentiras. “Vete” digo, con un hilo de voz. Estoy cansada, estoy exhausta, estoy desesperada. No tengo más la fuerza de discutir, de pelear, de explicar. No tengo más la fuerza de combatir.

Mis palabras son un susurro, un grito de dolor. Mi mente es un torbellino de pensamientos, de emociones, de miedos. Estoy demasiado deprimida para pensar, demasiado confusa para hablar. Quiero solo que se vaya, que me deje en paz.

“Está bien” dice, con un tono de voz que no me convence. Se levanta del sofá y estrecha fuerte el puño, como si estuviera conteniendo su rabia. “Pero te llamo mañana antes del entrenamiento” añade, como si fuera una amenaza. Su mirada me hace estremecer, me hace sentir en peligro.

“Y si no respondes, no estaré en el campo” continúa, con una voz que no admite réplicas. “Cogeré un tren para Nueva York City” añade, como si fuera un chantaje, una manipulación. Su obstinación me hace cabrear, me hace sentir atrapada.

Me aprieto las manos sobre las sienes y suspiro, con el corazón partido en mil pedazos. Mi cabeza es un lío, llena de pensamientos, de emociones, de miedos. Quiero solo rendirme, pero no puedo, no debo.

Debo ser fuerte, para mí y para Axton.

“Adiós” digo, con un hilo de voz, el corazón que me late a toda hostia. No hay más nada que decir, no hay más nada que entender. Su presencia es una tortura, una enésima evocación de mi dolor. Es justo en ese momento que se va, que cierra la puerta a sus espaldas, dejándome sola con mi dolor.

Y esta vez no hay más modo de volver atrás.

SEGUNDA PARTE

25

LIRAN

Joder, esta es la peor noche de mi vida.

La frase me resuena en la cabeza como un disco rayado, un bucle obsesivo que no da señales de amainar. ¿Cómo demonios pudo ocultarme que tenía un hijo?

¡Un hijo!

La idea me hace explotar el cerebro, una mezcla de sentimientos contradictorios que me dejan fuera de juego.

No consigo entender si estoy más cabreado u orgulloso, si quiero darle un puñetazo o abrazarla. Es un pequeño amor ese niño, eso está fuera de toda duda, lo admito, aunque no debería. Tiene justo sus ojos color avellana, esos ojazos que me derriten el corazón, y mi nariz un poco torcida, esa nariz que siempre he odiado, pero que en él es perfecta. Y joder, apuesto a que también tiene nuestra inclinación a ser unos campeones natos, unos auténticos fuera de serie, destinados a dejar huella, a hacerse notar.

Vale, debo admitirlo de una vez por todas, sin más subterfugios ni medias verdades.

Estoy jodidamente orgulloso, a pesar de todo lo que su madre quiere de mí, y no pienso dejarme acobardar por su hostilidad.

Se empeña en decir que me quiere fuera de su vida para siempre, que soy un error, una mancha indeleble en su pasado, pero no me lo creo ni por un segundo.

No quiero creérmelo.

Sé con certeza que no puedo simplemente soltar la presa, que no puedo echarme atrás justo ahora. No puedo rendirme así, sin luchar. Debo seguir intentándolo, haciéndole cambiar de idea. Es una cuestión demasiado importante, decisiva, una de esas que te cambian la vida para siempre, que te hacen entender quién eres realmente. Y estoy dispuesto a todo, incluso a renunciar a mi vida actual, a lo que siempre he sido, por él. Si quiere que deje de jugar al fútbol americano por él, lo haré sin dudarlo, sin remordimientos, sin arrepentimientos. Estoy listo para hacer cualquier cosa por ser el padre de ese niño, su héroe, su modelo de referencia, el hombre que lo guiará en el mundo, que le mostrará el camino correcto.

Sin pensármelo dos veces, me lanzo al aeropuerto y tomo el primer vuelo para volver a Massachusetts. No tengo ni un momento que perder, siento la urgencia de retomar las riendas de mi vida y empezar inmediatamente a prepararme para el próximo partido. Debo demostrar a todos y sobre todo a mí mismo que soy un campeón, dentro y fuera del campo. Mi vida es un torbellino de compromisos, un carrusel de citas que me hacen dar vueltas la cabeza: me encuentro con todos mis entrenadores, agentes, mánagers y coaches, todo en una única y estresante jornada. Tengo una cantidad de cosas que hacer que me marea, que me hace sentir como un funambulista en la cuerda, y, cosa aún más perversa, en el fondo hasta me gusta un poco, me hace sentir vivo, lleno de adrenalina, me hace sentir en el centro del universo. Justo cuando estoy a punto de soltar un suspiro de alivio, como si estuviera exhausto después de una larga batalla, me suena el móvil, sacándome bruscamente de mis pensamientos. ¡Luelle! pienso,

con el corazón latiéndome a toda velocidad en el pecho, como si estuviera de nuevo al principio de la carrera, como si mi vida dependiera de esa llamada.

Agarro el smartphone con el ansia de quien está a punto de ganar la lotería, con las manos que tiemblan y el corazón que late a toda pastilla y reviso la pantalla, esperando que sea su número. Pero el nombre CADENCE parpadea luminoso como un pecado, como un error que nunca debería haber cometido, como una herida que se reabre justo cuando está a punto de cicatrizar. “Que te jodan” murmuro entre dientes, con un hilo de voz, pulsando con rabia el botón verde y respondiendo a la llamada, con el tono más insufrible que consigo sacar. No quiero oírla, no quiero hablar con ella, querría borrarla para siempre de mi vida, borrar todo recuerdo. “¿Qué quieres ahora?” le pregunto, sin ni siquiera una pizca de cortesía, con un tono grosero e insoportable.

“¿Pero vas en serio?” replica ella, con una nota de sarcasmo en la voz, como si fuera la víctima de una cruel injusticia. "¿Vas a seguir tratándome como un trapo? ¿Como si no tuviera importancia? ¡Te he llamado más de cincuenta veces, Liran! ¡Cincuenta! ¿Piensas que podrías devolverme la llamada, al menos para darme una media explicación, para hacerme entender qué demonios te ha pasado? Me parece lo mínimo, ¿no crees?" Su voz es una mezcla entre desesperación e irritación, como si yo fuera el artífice de todos sus males, como si mi vida estuviera en sus manos, como si yo fuera su marioneta.

"Después de la quinta llamada tendrías que haber entendido que no quiero volver a tener nada que ver contigo” le respondo con un tono cortante y glacial, como si fuera un iceberg, insensible a sus lamentos y a sus recriminaciones. "Es más, pensándolo bien, tendrías que haberlo entendido después de que te lo dijera claramente, a la cara, sin dejar espacio a ninguna duda. ¿Ahora qué demonios quieres de mí? ¡Escupe el veneno de una vez por todas y déjame en paz, por favor!" Mi paciencia ha llegado al límite, estoy exasperado, no tengo tiempo para sus dramas y sus numeritos, tengo otras prioridades, cosas más importantes en las que pensar.

Emite una risa fría y estridente al teléfono, un sonido metálico que me pone la piel de gallina, que me revuelve el estómago. “Sólo quería hablar contigo, cariño, oír tu voz, saber cómo estás. Quizá no te interese saberlo, pero yo me preocupo por ti. Estoy en Los Ángeles y te aseguro que es estupenda, el cielo es azul y el sol brilla alto en el cielo. Me gustaría tanto que pudieras estar aquí conmigo, en la playa, a follarnos en el agua como hacíamos de costumbre, como aquellas noches inolvidables. ¿Te acuerdas?" dice con un tono lascivo y provocador, gimiendo ligeramente para dar más énfasis a su propuesta indecente, para intentar hacer palanca en mi virilidad, en mi lado más animal.

"Nunca hemos hecho una cosa así, Cadence, de verdad. No inventes cosas que nunca han pasado. Venga, deja de fantasear sobre una vida que nunca ha existido. ¿Por qué demonios estás en Los Ángeles? ¿Qué negocios tienes aquí? No entiendo. Nunca has salido de Dallas, nunca has ido más allá de las paredes de tu casa, ¿cuál es el motivo real de esta tu repentina mudanza, de este tu cambio radical?"

La cosa me huele a chamusquina, tiene un sabor raro, no consigo entender qué le pasa por la cabeza, qué le hace latir el corazón.

"He venido aquí por ti, cariño” me dice con un tono de desafío, casi como si tuviera en el bolsillo la carta ganadora, como si tuviera en mente un plan diabólico. Se ríe de modo grosero, una risa histérica que me pone los pelos de punta. "Quería ver tu gran partido, quería estar allí en primera fila para apoyarte. Sabía que volverías a la palestra, que jugarías como sólo tú sabes hacer, que harías historia. Al final, lo has conseguido, como siempre, nunca defraudas las

expectativas. En cambio yo… ¡yo sí que decepciono a todos! Y tú nunca me has ayudado a levantarme".

La cosa me deja literalmente sin aliento, me hace sentir incómodo. "¿Te has volado hasta Los Ángeles para verme jugar? ¿Pero estás completamente loca?" le pregunto, sin conseguir reprimir la sorpresa en la voz, con un tono que oscila entre incredulidad y fastidio. Su comportamiento me descoloca, ya no sé qué pensar de ella, no entiendo sus motivaciones, sus verdaderas intenciones.

"Para ya, Liran. Tus bromas crueles nunca me hacen reír, no son divertidas para nada. Deja de tomarme el pelo, ¡por favor! ¿No entiendes que sólo me haces daño? ¿No tienes ni una pizca de sensibilidad?" me implora con un tono insufrible de victimismo, como si yo fuera el culpable de todo su mal, como si la situación fuera toda culpa mía, como si yo fuera su verdugo.

"No estoy bromeando, Cadence. Voy en serio, quiero saberlo. ¿Estás loca? ¿Estás buscando problemas? ¿O hay algo más que no me estás diciendo, algo que estás escondiendo? No tengo tiempo que perder".

Necesito concentrarme en mi partido, en mi futuro. Debo llamar a Luelle o podría de verdad pensar que soy un padre desnaturalizado, un monstruo sin corazón, un hombre sin escrúpulos.

"No, no estoy loca" me responde, con una punta de fastidio en la voz, como si fuera yo el que tiene problemas. "Creo que el que lo está eres tú. ¿Cómo te has follado a esa chica? Dímelo, ¡porque aún no consigo creérmelo! ¿Cómo has podido hacerlo con ella? ¿Cómo has podido traicionarme de este modo?" La pregunta me pilla por sorpresa, como un puñetazo en pleno rostro, haciéndome tambalear, haciéndome sentir un gusano.

"¿De qué demonios estás hablando?" le pregunto, con un tono cada vez más rabioso, apretando la mandíbula, cerrando la mano libre en puño, listo para explotar como una bomba de relojería. Sus insinuaciones me sacan de quicio, su obsesión está superando todo límite, su celos se han convertido en una enfermedad.

"No te hagas el tonto conmigo, Liran" me dice con un tono de desafío, como si quisiera a toda costa provocarme, como si estuviera buscando una excusa para desatar un infierno. "La he visto que te miraba desde tu palco, con esos ojazos de cervatilla, como si fueras un dios bajado a la tierra. Te he visto señalarla en el campo, como si fuera tu presa, como si quisieras hacerla caer entre tus brazos. ¿No crees que ya es hora de acabar con esta estúpida representación, con este teatrillo?" Su voz está cargada de veneno, su celos son tóxicos, su rabia es incontrolable.

"Eres una jodida loca, Cadence" exclamo, sin ya conseguir contenerme, sin ya querer ocultar mi rabia. Ya no me importa lo que piensa, ya no me interesa nada de ella, ya no tengo intención de escuchar sus numeritos. Esta vez de verdad ha superado el límite, ha cruzado la línea, no se la voy a dejar pasar, no se la perdonaré jamás.

"¿Quieres saber qué pienso? ¿Quieres oír la verdad? Pienso que es una estúpida putilla, una niñata sin una pizca de dignidad, una muñeca hinchable. Pienso que está haciéndose la difícil para tenerte pegado a ella, para manipularte a su antojo. No es precisamente una santita, no te dejes engañar por sus ojos dulces, por su aire inocente, por su falsa fragilidad!" dice con un tono cada vez más malvado y venenoso, como si quisiera destruirme a palabras, como si quisiera aniquilarme con su veneno. Su envidia es palpable, su rabia es incontrolable, su corazón está lleno de odio.

"Perfecto, Cadence, ¿has dicho lo que querías? Bien, ahora basta. No me importa una mierda lo que pienses, tus paranoias, tus fantasías enfermas. No me interesa mínimamente tu opinión, no quiero volver a saber nada de ti. Déjame en paz, déjame vivir mi vida. Deja de entrometerte en mi vida, deja de perseguirme. Desaparece para siempre, desaparece de mi vista, desaparece de mi

mente!" le grito, con toda la rabia que tengo en el cuerpo, escupiendo las palabras en el auricular como si fueran piedras cortantes, como si quisiera aniquilarla, hacerla desaparecer para siempre.

"Te arrepentirás, Liran, te lo aseguro. Recuerda bien estas palabras, no las olvides nunca. Si me ignoras, si haces como que no existo, te arrepentirás amargamente. Te aseguro que no te dejaré en paz, no te daré tregua. ¡Ni con ella, ni con esa zorrita! ¡Prepárate a combatir!" dice con un tono de amenaza, como si estuviera en posesión de alguna arma secreta, como si tuviera en mente un plan diabólico. Su voz es gélida, sus palabras son cortantes como láminas afiladas.

Me pongo rojo de rabia, casi al límite del desmayo, como si estuviera a punto de perder el conocimiento. ¿Yo, arrepentirme?

¡Que se joda!

A la mierda su audacia, su presunción, su convicción de estar en lo cierto. "No me llames nunca más, ¿me has entendido? No quiero volver a oír tu voz, no quiero volver a oír tus lamentos, no quiero volver a saber nada de ti. ¡Desaparece para siempre de mi vida!" le digo con un tono glacial y decidido, colgando justo después, sin darle la posibilidad de replicar, de decir la suya. Por poco no le doy un puñetazo a la pared de enfrente, por poco no exploto como una bomba de relojería.

Respiro hondo unas cuantas veces, intentando controlar mi furia, de calmar la tempestad interior. Cuento hasta diez, con las manos apretadas en puño y los músculos tensos, y finalmente me calmo, como si hubiera sobrevivido a una guerra. Piensa en Luelle, me digo, intentando concentrarme en algo positivo, en algo que me haga sentir de nuevo vivo. Ella es la única respuesta a mis problemas, ella es la cura de todos mis males, mi ancla de salvación en el mar en tempestad.

Así que la llamo, con el corazón latiendo a mil, esperando que responda y que su voz me dé un poco de alivio, de serenidad. Sólo espero no ser para ella lo que Cadence es para mí, una persona tóxica de la que no se consigue huir, una pesadilla que se repite cada noche. Espero que su odio sea temporal, que sus barreras emocionales se puedan derribar, que me dé una segunda oportunidad, aunque entiendo su extremo resentimiento hacia mí, su rabia. Le demostraré a toda costa que soy el adecuado para ella, que haré todo lo posible por hacerla feliz, por hacerla sonreír de nuevo, y que seré el mejor padre del mundo para su hijo, mi Axton, mi pequeño campeón.

Ella responde al teléfono y susurra con un tono dulce y melancólico: "Hola". Su voz me hace temblar el corazón, me hace sentir una extraña punzada en el pecho, un dolor agudo que me quita el aliento. ¡Cuánto la he echado de menos, cuánto querría abrazarla, besarla con toda mi fuerza!

"¿Los has recibido?" le pregunto, con un hilo de voz, ansioso por saber si mi pequeño gesto la haya tocado en lo profundo, si haya colmado un poco el vacío que le he dejado dentro. Espero que haya entendido que no soy el monstruo que se ha imaginado, que soy un hombre que ha cometido errores, pero que está dispuesto a todo para recuperar nuestra relación, para remediar sus sufrimientos.

“Sí, los he recibido. Son preciosos, Liran, lo admito. Gracias” me dice con un tono un poco irónico, pero en su tono percibo una nota de dulzura, un atisbo de esperanza. "¿Te los ha mandado tu asistente? Debe haber gastado un montón de dinero para hacerlos enviar deprisa para esta mañana, no hay que negarlo, ¡para quedar bien!"

“No” le respondo riendo, con un tono ligero y jocoso, intentando aflojar la tensión. "Los he elegido personalmente, a propósito para ti. He querido ocuparme de cada detalle. Mi chófer los ha dejado en tu puerta esta mañana temprano. No soportaba la idea de que pudieras despertarte sin este pequeño pensamiento, sin un pequeño regalo que te hiciera entender cuánto te amo,

cuánto te echo de menos. De todos modos, ¿cómo ha ido el vuelo? ¿Has llegado bien a Nueva York? Espero que no hayas tenido problemas durante el viaje, espero que te hayas sentido segura".

"Bueno, gracias, supongo" me dice, con un suspiro de alivio, como si se hubiera quitado un peso del corazón. "No compensan todo lo que ha pasado, no borran mis heridas, pero es de todos modos un gesto bonito, un pequeño paso hacia la reconciliación. No te enfades si no me dejo llevar en seguida por el entusiasmo, necesito tiempo, necesito metabolizar lo que ha pasado. El vuelo ha ido bien, por suerte, pero no te escondo que echo de menos a Axton. ¿Dónde estás ahora? ¿No deberías prepararte para el partido de mañana por la mañana? ¡Tienes un partido importante, no deberías estar por ahí haciendo llamadas, deberías descansar las piernas!"

"Hoy me he entrenado todo el día, pequeña, no te preocupes. Me he entrenado duramente, he sudado siete camisas. Estaré bien, soy un campeón, puedo conseguirlo. Sólo necesitaba oír tu dulce voz, de saber que estás bien y que todo va lo mejor posible, por cuanto me sea posible, aunque sé que no será fácil olvidar el pasado. Necesitaba hablar contigo, era una exigencia vital, el corazón me estaba explotando en el pecho, me sentía solo y perdido" le confío, intentando ser lo más sincero y transparente posible, de hacerle entender cuánto me importas, cuánto la amo.

"No me llames pequeña" me responde con un tono firme y decidido, sin dejar espacio a réplicas. "Debo irme, el productor ha llegado, me está esperando. Llámame mañana, o algo así. Después de tu partido. Buena suerte, pero no te ilusiones, no está dicho que te responderé."

"Vale. Nos vemos pronto, esto te lo puedo garantizar, te lo prometo. No importa cuánto tiempo deberá pasar, no importa cuántos obstáculos habrá que superar, encontraré un modo para tenerte de nuevo a ti y a mi hijo en mi vida. ¡No me rendiré nunca, no te dejaré marchar nunca, no renunciaré a nuestro amor!" Cuelgo el teléfono con un suspiro, con el corazón que late a toda velocidad, y me dirijo hacia el vestuario, con los músculos tensos y la cabeza llena de pensamientos. El entrenamiento está a punto de empezar y, que me guste o no, debo mantener mi racha ganadora, debo dar el máximo en el campo. Debo demostrar a todos que soy un campeón, un guerrero que no se rinde nunca. Debo combatir por mí, por mi futuro, por mi sueño. Y sobre todo, debo luchar por ellos, por mi amor y por mi hijo.

26

LUELLE

El productor ha elegido el restaurante, un local italiano que rezuma pijería por cada ladrillo, incrustado en el corazón palpitante de Brooklyn.

El ambiente es una explosión de vibra neoyorquina, una de esas localizaciones perfectas para un reel en Instagram. Nos acomodamos en un rincón apartado de la terraza, casi escondidos de miradas indiscretas, y una oleada de familiaridad me envuelve, haciéndome sentir inmediatamente como en casa. Parece casi que estuviéramos en el set de una serie de televisión ambientada en la Gran Manzana.

La mesa está apartada, un refugio perfecto para nuestra charla, lejos del caos de la ciudad y de la frenesí del local. Miro a mi alrededor, observando las luces tenues, las mesas bien puestas y la elegancia discreta que impregna el ambiente. En este rincón de Brooklyn, el tiempo parece ralentizarse y el mundo exterior se disuelve, dejándonos solos con nuestras ambiciones y nuestras cartas para jugar. El aire vibra con promesas y secretos susurrados, justo como las notas de una balada R&B.

Es un sitio que me gusta.

Un oasis de calma en medio del bullicio de la ciudad, que me hace sentir protegida y segura. Es el sitio perfecto para soñar, planificar y dar forma a mis ideas. Pero sobre todo, es el sitio ideal para hacer negocios, aunque el productor que tengo delante parece más un personaje de una serie de comedia.

"Entonces, ¿estás lista para tu show?" me pregunta el productor, clavando sus ojos redondos en los míos. Es un hombre rechoncho, la calvicie acentúa la forma redonda de su cabeza, y su nariz grande parece una patata aplastada. Sus ojos, hinchados y brillantes, me miran con cierta intensidad, mientras perlitas de sudor le puntean la frente como una constelación matutina. Definitivamente no es mi tipo, se parece más a un osito de peluche que a un magnate del espectáculo, pero es el productor de mi show; así que, debo sonreír y fingir que me interesa.

Me muevo en la silla y me inclino ligeramente hacia adelante, manteniendo un contacto visual firme y decidido. "Jasper" comienzo con tono calmado pero decidido, "ahora tengo mi show, no un canal amateur en TikTok. Imagino que será un proyecto similar a los que ya he hecho, pero obviamente con mucha más carne en el asador. ¿Verdad?". Sus ojos divagan un momento, deslizándose descaradamente hacia mi escote. Si esta no fuera una importante reunión de trabajo, le abofetearía sin pensármelo dos veces por esa falta de respeto. "¿Me estás escuchando?" le pregunto, con un hilo de irritación en la voz.

Lo veo recomponerse, como uno que se despierta de un mal sueño. "¿Qué? Oh, sí, ¡claro que te escucho!" responde, recuperando su compostura, o al menos, haciendo como que lo hace. "Bueno, cariño, no es exactamente lo mismo, lo sabes. Este es otro step, un paso importante para ti. Sí, obviamente habrá más contenido, más material para poner en escena. Pero con más contenidos, llegan también más responsabilidades. Si estás convencida, si te sientes a gusto, yo también lo estoy. ¿Claro?". Me da una mirada, casi como para preguntarme si he entendido la

gravedad de la situación.

"Bueno, yo no me siento a gusto con todo esto" digo con una sonrisa sarcástica. Sus ojos se abren de par en par por un momento, como si hubiera dicho una blasfemia. "No, es broma" añado, justo después. "¡Me siento genial! Lo vamos a petar, Jasper. Confía en mí, no habrá contratiempos. A partir de ahora será todo cuesta abajo" declaro, con un tono seguro y convincente, aunque, dentro de mí, una duda continúa atormentándome. Parece visiblemente aliviado. La verdad es que no tengo la mínima idea de qué va a pasar, si este show será un fracaso o un éxito. Pero con estos hombres, debes fanfarronear y mostrarte siempre segura de ti misma, de lo contrario te reducen a una marioneta en sus manos.

La realidad de los hechos es que, en el mundo del espectáculo, si eres una mujer, siempre estás en desventaja. Para los peces gordos del sector, nosotras somos solo un par de tetas y un buen culo para exhibir. Nos reducen a un objeto, un adorno para usar y tirar. Pero yo no soy una de esas, no quiero ser catalogada y puesta en un rinconcito. Quiero ser la protagonista de mi show. Quiero transformar este proyecto en un trampolín de lanzamiento para mi carrera. Y una vez que llegue a la cima, los haré a todos saltar de la poltrona.

Este no es solo mi show, sino también el inicio de mi escalada al éxito. Quiero convertirme en una potencia, una verdadera fuerza de la naturaleza. Y cuando haya alcanzado la cima, cuando tenga su edad, Jasper se acordará de mí y de cuánto me ha subestimado. Pero no solo él. Los haré caer a todos a mis pies y demostraré a todos que las mujeres pueden hacerlo mejor que cualquier hombre, en este mundo de tiburones. Mi ambición es un volcán en erupción y mi determinación es un diamante, dura e indestructible.

Mi mente ya está proyectada al futuro, visualizo mi ascenso, mi afirmación. Yo, un verdadero icono, en boca de todos, en la cresta de la ola. Quiero ser dueña de mi destino, no una marioneta en las manos de hombres viscosos y llenos de prejuicios. Este show será mi trampolín de lanzamiento, mi salvoconducto para la fama y el poder, y yo no me conformaré con nada menos que la perfección.

"Bien, bien" responde Jasper, engullendo ávidamente su vino tinto. Lo veo sacar un cigarro arrugado del bolsillo de la chaqueta y encenderlo con un encendedor de oro. "¿Te importa si fumo?" me pregunta, mientras una nube acre se expande en el aire.

"Por supuesto, haz como si estuvieras en tu casa, Jasper. Es más, siéntete libre de sentirte como si estuvieras en un local tuyo" le digo con una sonrisa de circunstancias, tratando de ser lo más complaciente posible, aunque me dan ganas de estamparle la cabeza contra la mesa. "Después de todo" añado, con un tono irónico, "esta es tu ciudad, ¿no?". Otra nube de humo me alcanza y casi me atraganto con mi propia saliva.

En el fondo, no me importa si fuma, total, por lo que a mí respecta, no me toca más de la cuenta. Jasper está convencido de ser el dueño del mundo, el rey de la ciudad, pero en realidad es solo un pobretón con un cigarro caro y algo más de dinero. Y en este momento, yo soy la única persona que puede darle lo que quiere: un gran éxito para su show.

Poco después, llega la cena y la mesa se llena de exquisiteces. Lasaña humeante, una guarnición de albóndigas suculentas y un apetitoso pollo empanado, recubierto por una generosa dosis de salsa marinara. No es precisamente la cena romántica y lujosa a la que estoy acostumbrada, pero es de todos modos un placer para los ojos. Agarro una pequeña porción de cada cosa, mi estómago gruñe como un motor encendido y no veo la hora de probar cada bocado.

Mi rutina diaria es una mezcla de glamour y rigor, una constante oscilación entre eventos mundanos y dieta férrea. Pero esta noche, quiero disfrutar de este momento de relax, quiero

concederme un pequeño capricho y degustar estas delicias sin sentimientos de culpa. Mi cuerpo necesita energías para afrontar la semana que me espera y mi espíritu necesita un poco de consolación después de tantos compromisos y estrés. Por una noche, quiero solo comer y no pensar en nada, justo como si fuera un personaje de una serie de televisión que acaba de terminar de rodar una escena exigente.

Mi cerebro está en overdrive, estoy cargada como un resorte y no veo la hora de empezar a trabajar. Pero, en el fondo, también soy humana. El hambre se hace sentir y el deseo de comida es más fuerte que mi rígida disciplina. Después de una semana infernal, necesito mimos culinarios, necesito un poco de sano comfort food, y esta cena parece ser la respuesta perfecta a mis necesidades.

Dentro del local, algo capta mi atención. Un televisor transmite a todo volumen y las personas gritan a la pantalla casi cada treinta segundos, como si estuvieran asistiendo a la final de los mundiales. "¿Qué demonios está pasando allí dentro?" pregunto, con una punta de curiosidad.

Jasper se da la vuelta y abre los ojos como un besugo. "¡Ah, mierda! Me había olvidado. ¡Los Pioneers juegan contra los Giants!" exclama, con tono alarmado. "¡He apostado cuatro mil dólares a esta maldita partida!". Su rostro se contrae, una mueca de terror se dibuja en su cara. Parece casi que acaba de ver un fantasma, un horror impronunciable. Me pregunto si es realmente tan importante esta partida de fútbol americano, para mandar en tilt a un hombre de mediana edad.

Jasper parece haber olvidado que está cenando con su próxima estrella del espectáculo. Su mirada está pegada al televisor, mientras su cuerpo se agita como una peonza. Parece más interesado en una partida de fútbol americano que en nuestro encuentro de trabajo, que en mí, en mi profesionalidad y en mi talento. En resumen, el enésimo hombre que hace ver lo mediocre que es.

Me empujo hacia adelante, tratando de ver la pantalla a sus espaldas y logro a duras penas descifrar el puntaje. 21-14, Pioneers en ventaja. En la pantalla, como una maldición, aparece el rostro de Liran. "Oh, Dios" murmura Jasper. "Ese gilipollas. Sabes, es un verdadero imbécil. ¡Me ha costado un montón de dinero!".

Siento su tono impregnado de livor y el eco de una rabia reprimida. Parece realmente que lo detesta con todo el corazón. Lo que me hace sonreír.

Me sorprendo, me pregunto qué me interesa más: sus motivaciones de odio o el hecho de que ha apostado una suma considerable a una partida de fútbol americano. El modo en que Jasper habla de Liran revela una antipatía profunda, un resentimiento que va más allá del simple juego de azar. Hay algo personal en todo esto, una animosidad que me produce curiosidad y me empuja a indagar. Quisiera entender qué se esconde detrás de ese odio tan fuerte, si hay una historia interesante o un simple ego herido.

"¿Es por eso que lo odias? ¿Porque te ha hecho perder un montón de dinero?" le pregunto, con una nota de defensa en la voz. Claro, no quiero defender a Liran a capa y espada, pero no me gusta oír hablar mal de él a un desconocido, un hombre que no tiene la mínima idea de quién sea verdaderamente. La cosa que me da más rabia es que me habla de él como si fuera un monstruo.

Mi reacción lo descoloca. Quizás no se esperaba que hubiera tomado la defensa de Liran, o quizás está sorprendido por mi prontitud en responder. "Cariño, no soy solo yo" comienza a decir, con un tono más pausado, "toda Nueva York odia a ese tipo. ¡Es como te he dicho, un verdadero imbécil! ¿Lo has visto en las entrevistas, no?". Me mira con ojos llenos de amargura, como si buscara mi aprobación, mi apoyo en su cruzada contra el jugador.

Siento montarse en mí una intolerancia creciente. El modo en que Jasper habla de Liran me da un fastidio insoportable. Claro, no lo considero un santo, no niego sus defectos, pero oír a un extraño desacreditarlo de este modo me pone de los nervios. Mi instinto me dice que me burle de él, que lo empuje al extremo, pero me contengo, por esta vez.

Asiento, sintiendo mi presión sanguínea subir a mil, la rabia que me sube como una marea. "Sí" respondo con un tono de voz calmado, tratando de mantener el control. "Sí, lo he visto". Me detengo un momento, tratando de formular las palabras justas, de no dejarme transportar por la rabia que me está invadiendo.

Me muerdo la lengua por un momento, me esfuerzo por mantener la calma, aunque me hierve el cerebro y el corazón me late a toda velocidad. No quiero dar a Jasper la satisfacción de verme perder el control. Debo ser superior a esta situación, debo demostrar que no soy como las otras mujeres, que no soy fácilmente manipulable.

Percibo la espera en las palabras silenciosas de Jasper. Quiere saber mi opinión, quiere un juicio mío sobre Liran. Es curioso, quiere sonsacar mi punto de vista, quiere entender si estoy de su lado, si pienso como él. No sabe que está a punto de cometer un error.

"¿Y qué piensas?" me pregunta, con una nota de verdadera preocupación en la voz. Parece casi que mi opinión sea fundamental, como si fuera un veredicto del que dependiera su destino. Lo que me hace reír aún más.

"Ah, bueno, veamos un poco. Es sexy, potente, un jugador increíble y sí, es verdad, a veces es un gilipollas" respondo con una sonrisa maliciosa, "pero es uno de los mejores que este deporte haya visto jamás, uno de los más grandes de todos los tiempos. No puedes poner en discusión su talento, es pura magia". Mi tono es una mezcla de ironía y admiración, una combinación perfecta para confundirlo y dejarlo sin palabras.

Mi discurso parece descolocarlo completamente. Parece casi que no se esperaba tal respuesta, que no se esperaba que hubiera reconocido el talento de Liran, a pesar de sus defectos y su pésima reputación. Veo la sorpresa pintada en su rostro, su expresión atónita, y no puedo evitar reír interiormente.

Lo veo en dificultades. Un espagueti le cuelga de la boca, como un gusano caído del cielo, y sus ojos me miran como si fuera una alienígena. Luego estalla a reír, una risa estruendosa que llena toda la terraza. "¡Cariño! ¡Me haces morir de risa! ¿Sabes una cosa? ¡Pienso que haremos un gran equipo, tú y yo!" me dice, con un tono de voz feliz y aliviado.

Sus palabras me provocan un escalofrío de fastidio. Pero no se lo doy a ver. Soy una profesional y debo fingir, otra vez. Jasper parece haber pasado del odio a la admiración en pocos segundos. Y esto me hace entender que, en el fondo, es solo un hombre pequeño, fácil de manipular. "Yo también, Jasper" le respondo, con una sonrisa deslumbrante, "yo también pienso que haremos un gran equipo, es más, un equipo ganador".

Él no parece captar mi sarcasmo. Mi ambigüedad lo deja indiferente. Continúa riendo, como si hubiera oído el chiste más divertido del mundo. Quizás soy yo la que no lo entiendo, quizás soy yo la que soy demasiado sofisticada. No tiene importancia. Estoy aquí para hacer negocios, no para discutir sobre su idiotez.

"Oye, ¿no crees que deberíamos hacerlo participar en mi show?" le pregunto, sintiéndome de repente audaz. Quiero ver su reacción, quiero ver cuánto logra ser estúpido, quiero empujarlo al límite, quiero verlo perder el control.

"¿Qué? ¿Quién?" responde con un tono de voz incrédulo. Alrededor de nosotros, los clientes gritan y festejan, mientras los Giants, por lo visto, se han adjudicado otra meta. El ambiente se ha

convertido en un verdadero estadio, y todos parecen haber olvidado estar en un restaurante. Jasper me mira fijamente, completamente despistado, como si hubiera dicho una cosa sin sentido.

Mi pregunta lo coge desprevenido, lo coge por sorpresa. Quizás se esperaba que hubiera aceptado su punto de vista, que hubiera consentido a su antipatía con respecto a Liran. Pero la verdad es que yo no me alineo nunca a las expectativas de los otros, y menos aún a las de un productor que me acaba de mirar las tetas.

"Liran Yardley. Creo que sería un óptimo invitado" explico, con un tono de voz calmado y controlado. "Podríamos hacerle una entrevista. A lo mejor seguirlo por la calle. Podríamos titular el segmento 'Un día en la vida de Liran Yardley'". Continúo exponiendo mi plan, veo su cara perpleja, pero no me detengo. Quiero ver hasta qué punto puedo llegar, quiero empujar su límite.

"Sería un desastre" replica él, con el rostro serio como un funeral. Su entusiasmo se ha derrumbado bajo mis palabras. Parece más un contable con las manos en el teclado de un ordenador, que un productor televisivo con el alma artística.

"¡Exacto! ¡Imagina la crecida de las audiencias!" digo con un tono de voz lleno de excitación. "Las personas o aman u odian a Liran. Y, no importa de qué lado estén, mirarían mi show, lo sé. No intentes decirme que no estarías pegado a tu maldito televisor, Jasper." Mi tono de voz es decidido, cargado de seguridad, pero lo veo un poco dubitativo.

La idea de Liran como invitado parece turbarlo, casi asustarlo. Quizás no ha considerado nunca que su odio con respecto al jugador pudiera ser un recurso, un imán para los espectadores. Su mentalidad es demasiado rígida, demasiado convencional para comprender el poder de la ambigüedad y de la provocación.

En la pantalla, los subtítulos recitan: "¡Y Yardley lo vuelve a hacer! ¡Ha llevado a los Pioneers a la victoria! ¡Qué tiro!". El corazón me da un vuelco, un escalofrío de emoción me recorre el cuerpo, a pesar de mi rabia con respecto a ese gilipollas.

Las palabras del comentarista parecen haber hipnotizado a mi interlocutor. Mira el televisor, como si hubiera visto a un alienígena. Luego murmura algo, un sonido incomprensible, y se recompone de modo torpe. "Bueno, supongo que me sintonizaría yo también para eso…" dice en voz baja, su expresión es una mezcla de curiosidad y resignación. "Pero no sé aún si es una buena idea, espera aún un poco y vemos cómo van los primeros episodios, ¿ok? Luego volvemos a hablar de eso".

Su indecisión me hace sonreír. Sé que se ha dejado convencer por mis palabras, que ha cedido a mi encanto. Su mirada es aún incierta, pero sé que mi idea le ha producido curiosidad, que mi propuesta ha insinuado una semilla de curiosidad en su mente. No lleva mucho tiempo antes de que lo convenza del todo.

Mi determinación es como un río en crecida. Sé que mi idea es ganadora, que la presencia de Liran en el show será un éxito garantizado. Quiero que Jasper confíe en mí, quiero que entienda que soy capaz de gestionar cualquier situación, que soy una líder nata. "Vamos, Jasper. ¿Por favor? ¿Hazlo por mí?" pongo morritos, inclinándome sobre la mesa.

Y sé que mi encanto es mi arma secreta. Veo sus ojos fijos en mis labios, su mirada se pierde en mis ojos. Jasper es un hombre fácil de manipular, no puede resistir a mi mirada. Lo veo ceder, es como un castillo de arena bajo la ola del mar. No puede escapar a mi poder. Es demasiado frágil.

Mi determinación es como un imán, irresistible. Mi mirada lo clava, lo obliga a ceder. Sabe que no puede decir que no, sabe que deberá consentir a mi solicitud. Mi encanto es una fuerza que lo atrae, lo seduce, lo arrastra hacia mi dirección.

En realidad, estoy de acuerdo con Jasper en la mayor parte. Es una idea un poco estúpida, lo sé. Pero sé también que las audiencias serían mucho más altas con Liran, y las cadenas no tendrían nada que objetar. Y, dado que sé que Liran vendría a Nueva York o Los Ángeles a hablar de Axton, ¿por qué no transformar todo esto en un asunto? Podría ser un modo para volver a acercarme a él.

Mi mente no se detiene nunca, está siempre a la búsqueda de nuevas oportunidades, de nuevas estrategias para alcanzar mis objetivos. Aunque, en el fondo, no quiero hasta el final volver a acercarme a ese bastardo de Liran. Estoy aún cabreada negra con él. Pero debo ser profesional. Debo separar los sentimientos de mis asuntos. Este es mi modo de hacer.

Mi rabia me hace quemar la sangre en las venas. Quiero hacérsela pagar por todos los sufrimientos que me ha causado. Pero, al mismo tiempo, quiero ver si siente algo por mí, quiero entender qué hay verdaderamente en su cabeza. Quiero jugar con él, quiero ponerlo a prueba, quiero hacerlo enloquecer de celos.

"No lo sé, Luelle" murmura Jasper, con tono incierto, "Es como te he dicho, espera un poco y vemos cómo va el show…". Parece querer aplazar la decisión, echarse atrás. Pero yo no se lo permito.

No tengo tiempo que perder, no puedo permitir que su indecisión bloquee mis planes. Agarro el celular del bolso y comienzo a componer el número de Liran. "Te digo una cosa, Jasper" comienzo a decir, con una sonrisa maliciosa, "dado que no crees que se pueda hacer, llamemos a ese tipo y veamos si está disponible. Si no lo está, entonces tiraremos la idea. Pero si lo está, negociamos. Si logro hacerlo venir a un buen precio para ti, ¿cuál es el daño? Es solo un invitado".

Veo a Jasper que sacude la cabeza y se seca las perlitas de sudor de la frente con la servilleta, una mueca de terror pintada en el rostro. Parece que no le guste para nada mi idea. Pero yo no me detengo. Tengo un plan y no tengo intención de renunciar. Tomo su mano en la mía y le susurro un "Para" decidido, sin dejar espacio a una negativa suya.

El teléfono suena con insistencia. Siento la adrenalina que me sube y el corazón que late a toda velocidad. Sé que está a punto de suceder algo, que el destino está a punto de hacer su movimiento. Si estoy obligada a ver de nuevo a Liran, tanto vale hacerme unas risas. Quizás, al final, podría incluso divertirme. Después del quinto timbre, finalmente responde: "Oye, lo siento, estoy en el vestuario. ¿Qué pasa? ¿Has visto el partido?" me pregunta.

Su voz me hace sobresaltar, un escalofrío me recorre la espalda. El vino me ha calentado el cuerpo, me siento más audaz y provocativa. Mi mente es un vórtice de emociones contrastantes. Quiero tomarlo a broma, quiero castigarlo, pero no puedo evitar sonreír. Este hijo de puta me hace enloquecer.

Su tono de voz es tan tranquilo, como si fuera la cosa más normal del mundo. Me irrita, me manda a la bestia. ¿Que se tome demasiado en serio, quizás? Lo odio. Pero el hecho de que me haga cabrear tanto, me hace también sonreír. Este hombre me hace literalmente salir de la cabeza. "Sí, la he visto un poco. Pero ahora tengo huevos más grandes que freír. Oye, te debo hacer una pregunta, muy rápidamente". Jasper sacude la cabeza, está a punto de tener un infarto.

"Vale, chica ocupada. ¿Qué necesitas de mí? Todo por mi muñeca" dice Liran, con un tono de voz que me produce escalofríos. Ese sobrenombre, "mi muñeca" me dan ganas de darle una bofetada. Pero me debo controlar, debo mantener la calma. Aunque no es para nada fácil.

¡Qué gilipollas arrogante!

"Primero de todo, no soy tu muñeca" respondo con tono de voz cortante. "Segundo, ¿te gustaría

estar en mi nuevo show por la mitad de tu precio?" pregunto con una sonrisa maliciosa. Jasper está completamente despistado. No entiende lo que está sucediendo. Su cara es más confusa que un jeroglífico.

Mi propuesta lo coge desprevenido, lo veo toser fuerte, casi se ha atragantado. "¿Mitad? Parece un asunto terrible. ¡Acepto!" dice, con un tono de voz fanfarrón. No me lo puedo creer. Lo ha aceptado sin pensárselo dos veces. Estoy sin palabras. Quizás es demasiado estúpido para entender que soy solo un arma para castigarlo y herirlo.

"¿Lo harás de verdad? ¡Genial!" grito, sin lograr contenerme. Algunos de los invitados se giran para mirarme. Pero no me importa nada. Estoy demasiado feliz. Mi plan está funcionando a la perfección.

"Sí, claro que lo haré. ¿Eso significa que me he ganado algunos puntos contigo? ¿Puedo ver a mi hijo ahora?" me pregunta, con un tono de voz que me hace hervir la sangre. Pero debo contenerme, no puedo perder la calma justo ahora. No delante de Jasper, que me mira fijamente como si fuera una alienígena.

"No empieces conmigo, Liran" susurro, cubriendo el teléfono con la mano. Mirando a Jasper, veo que está aún más confuso que antes. "Gracias por haberlo hecho. Te mando un mensaje con mi dirección, ¿puedes estar aquí en tres días?" le pregunto. No veo la hora de volver a verlo, para jugar un poco con él, para hacerlo enloquecer de rabia. Quiero hacérsela pagar por todo el mal que me ha hecho.

"Sí, creo que puedo organizarme. Tendremos un par de días juntos". Su tono de voz es inequívoco, sabe lo que quiero. Su ego es un globo inflado que espera solo ser pinchado, y yo tengo todas las intenciones de hacerlo explotar.

"No insistas" digo con una sonrisa maliciosa, luego río y cuelgo el teléfono, no quiero desperdiciar mi aliento. Me giro hacia Jasper. "Entonces, ¿qué hay de postre?" pregunto con una sonrisa inocente, como si nada hubiera sucedido.

27

LIRAN

Los días pasan volando y el juego se vuelve cada vez más instintivo, casi una segunda piel.

Ya no tengo que esforzarme para meterme en el papel, me basta con canalizar mis deseos más íntimos y jugar con la determinación de quien no tiene nada que perder. En este momento, Axton y Luelle son mis estrellas polares, las únicas razones por las que lucho. Sin ellos, me siento un cascarón vacío, una sombra que vaga sin rumbo. Y esta no es una simple sensación, es mi puta verdad.

Esta consciencia es mi nueva obsesión, el mantra que me repito en los momentos de desánimo. Axton, mi hijo, es la promesa de un futuro que debo proteger a toda costa. Luelle, en cambio, es mi presente atormentado, la mujer por la que haría locuras. El pensamiento de perderlos me hace sentir vulnerable, y al mismo tiempo me da una fuerza sobrehumana, una rabia que me quema bajo la piel.

La idea de no tenerlos más me hace sentir perdido, un navegante sin brújula en un mar en tempestad. El miedo se mezcla con el amor, creando un cóctel explosivo que me empuja a seguir adelante, a no rendirme nunca. Mi único propósito es protegerlos, defenderlos, ser el hombre que necesitan, su roca en el caos del mundo.

"Estás completamente flipado, tío" me dice Jaron al teléfono. Su voz es un eco lejano, casi molesto. "Es solo un polvo, colega. Nada más. ¿No crees que yo también tengo hijos esparcidos por las ciudades en las que hemos jugado? Joder, tendré como tres. Les mando transferencias a las madres y me quedo con mi vida intacta."

Su forma de hablar, tan cínica y distante, me pone la piel de gallina. Escucho en silencio, con el corazón en la garganta, mientras me describe su mundo hecho de relaciones de usar y tirar, de amores comprados y vendidos como si fueran cromos. Su total falta de empatía me dan ganas de vomitar.

"Qué bien, parece que lo tienes todo bajo control" respondo, con una nota de sarcasmo que no puedo reprimir. Niego con la cabeza, asqueado por esa forma de pensar tan mezquina y superficial. Me siento un alienígena en su universo, un extraño que no entiende su lógica distorsionada.

"Tío, es lo que hacemos nosotros. Somos atletas. No vivimos para la familia, sino para el juego, punto y final. Sabes, empiezo a preocuparme por ti. Estás jugando de nuevo como una furia, pero quizá te sirva una escapada o un polvo para superar a esa chica" dice con un tono casi divertido, como si estuviera hablando del tiempo.

Sus palabras me suenan como un insulto, un golpe bajo a mi orgullo. La idea de que me considere todavía un "perro" en busca de diversión me irrita, me hace hervir la sangre en las venas. "Te equivocas mucho, Jaron" replico con voz firme, sin vacilar. "Lo siento, pero para mí ya no es así. Amo el juego, pero esta mujer va primero. Y el niño es mi carne y mi sangre, bro. No lo entiendes, me necesita. Necesita que lo cuide."

Intento hacerle entender que he cambiado, que ya no soy el chico egocéntrico que solo pensaba

en sí mismo. Intento mostrarle mi evolución, mi nueva forma de entender la vida y los sentimientos. Pero su mente está cerrada, sellada dentro de un esquema que no consigue cuestionar.

Es difícil hacerle entender cuánto he cambiado, por qué ahora tengo prioridades diferentes. Pero sé con certeza que no soy el mismo Liran Yardley de antes. Ya no soy un sabueso que corre detrás de cualquier falda que se cruza en su camino. Soy un hombre, con responsabilidades, un padre que haría cualquier cosa por sus hijos.

Estas son las únicas conversaciones que tengo sobre este tema. La única persona que se interesa de verdad y entiende por lo que estoy pasando es Big Bob, el entrenador Williamson. Cada vez que me lo cruzo, me pide novedades sobre la situación. Y a medida que mi vida avanza, juego mejor. Tengo más determinación para tener éxito, y atribuyo todo a quienes más amo.

El entrenador es un faro en la tempestad, una isla de comprensión en un mar de indiferencia. Cada una de sus preguntas, cada una de sus miradas es una confirmación de que no estoy solo, de que hay alguien que cree en mí y en mi capacidad para afrontar este momento difícil. Su confianza es mi arma más potente, el combustible que alimenta mis ganas de ganar.

Y cuanto más se complica la situación con Luelle, más crece mi garra, mi hambre de éxito se vuelve insaciable. Parece que mi cuerpo está canalizando toda mi ansiedad, mi rabia y mi desesperación en una fuerza propulsora que me empuja a superar mis límites. Me siento como un león enjaulado, listo para rugir para defender a sus cachorros.

Decido tomarme unos días libres y vuelo a Nueva York. En la Gran Manzana, la casa de nuestros rivales. Increíblemente, me gusta este sitio. Tiene una vibración rara, falsa y verdadera al mismo tiempo. Es totalmente diferente a Dallas, eso seguro.

La ciudad me acoge con su caos ordenado, con su trajín frenético que no se detiene nunca. Me siento un pez fuera del agua, un cuerpo extraño en un ecosistema que no me pertenece. Y sin embargo, hay algo magnético en este sitio, algo que me atrae y me repele al mismo tiempo.

Me siento un alienígena en este ambiente tan frenético, pero también un protagonista. Camino por las calles con una mezcla de curiosidad y desconfianza, intentando entender qué me empuja a volver aquí, a este laberinto de asfalto y cristal. Las luces brillantes de los rascacielos se reflejan en los escaparates de las tiendas, creando juegos de color que me distraen de mi inquietud.

Mi chófer me deja en el corazón de Manhattan, justo delante de la nueva y elegante casa de Luelle. Ella abre la puerta y me hace entrar.

Luelle es una visión, un espejismo que se materializa delante de mis ojos. Su sonrisa es una luz que me ciega, su figura un imán que me atrae con una fuerza irresistible. Me gustaría abrazarla, besarla, estrecharla contra mí y no dejarla ir nunca más.

Lleva un vestido de verano rosa palo, y, joder, está que te mueres. Me gustaría arrodillarme, deslizarme bajo el dobladillo de esa falda y adorarla como se hace con una diosa. Tendría ganas de explorar cada centímetro de su piel, de perderme en las curvas de su cuerpo, de sentirme parte de ella.

Pero me controlo. En cambio, le beso suavemente la mejilla y le susurro: "Estás preciosa." El corazón me late a toda velocidad, la respiración se me corta, mientras mi deseo la arrolla como una ola gigante.

"Cállate" me dice, con una sonrisa burlona que le riza los labios. "Lo estás intentando demasiado y no va a funcionar." Siento la tensión en el aire, el sutil juego de miradas y silencios que se establece entre nosotros. Sé que no será fácil reconquistar su confianza, pero estoy dispuesto a jugármela.

Claro, no es una verdadera declaración de amor, pero sé que hay algo profundo y real. Luelle intenta mantener las distancias, no quiere ceder demasiado fácilmente, pero su mirada la delata. Sé que ella también siente algo por mí, un sentimiento que va más allá de la rabia y el resentimiento.

"Voy en serio. Estás incandescente ahora mismo. Bellísima hasta la locura." La rodeo la cintura con los brazos y siento el calor de su cuerpo. Su cara se pone roja y me aparta ligeramente. Su incomodidad es una dulce melodía para mis oídos, una confirmación de que ella también me desea.

El contacto físico me vuelve loco, me dan ganas de hacerla mía, de perderme en su abrazo. Pero me esfuerzo en mantener la calma, en respetar sus tiempos. Sé que no puedo forzar la mano, que debo ser paciente y hacerme perdonar por mis errores.

"Gracias. Tú tampoco estás mal" responde, con un tono que intenta ser indiferente. Entiendo que no quiere ceder tan fácilmente, que debo merecerme su perdón. No importa, estoy dispuesto a todo. Le lanzaría el mundo a sus pies con tal de hacerla mía de nuevo. Pero debo ser paciente, debo jugarme bien mis cartas. "Venga, el equipo está en la otra habitación."

Sus palabras me devuelven a la realidad, me hacen recordar el propósito de mi visita. El equipo de televisión, la entrevista, su carrera de periodista... un mundo al que no pertenezco, y sin embargo aquí estoy, listo para hacer mi parte.

Mientras entramos en la otra habitación, una oleada de nerviosismo me asalta. "¿Qué tengo que hacer exactamente?" le pregunto con tono directo y un poco torpe. No estoy acostumbrado a este mundo, hecho de luces, cámaras y micrófonos.

Mi corazón late a toda velocidad y mis manos empiezan a sudar. Me gustaría escapar, refugiarme en mi mundo, donde no hay ojos indiscretos que juzgan cada uno de mis movimientos. Pero sé que debo afrontar mis miedos, que no puedo esconderme detrás de mis debilidades.

Me siento incómodo, fuera de lugar, como un pez rojo en una pecera de cristal. Pero por Luelle haría esto y más, aunque no fuera fácil para mí. No puedo hacer otra cosa que confiar en ella.

Luelle me mira fijamente y dice: "Honestamente, nada del otro mundo. Me debes esa entrevista, es verdad. Solo te estoy obligando a mantener tu promesa. No te voy a explotar, tranquilo. Te respeto demasiado para hacer una cosa así" me tranquiliza con su mirada dulce y sus tonos suaves.

Sus palabras me llegan como una caricia, una promesa de respeto y comprensión. Me acuerdo de la promesa que le hice, de la entrevista que le debo. Era mi deber, y no podía echarme atrás. Soy un hombre de palabra, no un simple fanfarrón.

Su rostro es sincero y sus palabras me hacen sentir un poco mejor. Me siento aliviado al saber que puedo confiar en ella, que no me usará como un muñeco para aumentar la audiencia. La entrevista es una promesa mía, y estoy dispuesto a cumplirla, no por su carrera, sino por nuestra relación.

Pienso en cómo nos conocimos, en el día en que me comporté como un completo idiota, y sobre todo en aquellos momentos de tensión y miedo, cuando vi aquella pistola apuntando a sus sienes. Aún recuerdo su expresión. Fue en ese momento, en ese preciso instante, que entendí que quería a Luelle más que a nada en el mundo.

No hay lógica en mi sentimiento, es una fuerza primordial que me ha arrollado, dejándome sin aliento. Le prometí la entrevista de su vida, y le daré mucho más. Mi obsesión por ella es ya total e irracional.

"Liran, este es nuestro productor, Jasper Donovan. Y allí, el equipo" me dice, presentándome a sus colegas.

Donovan es uno de esos tipos que me dan urticaria al instante. Su sonrisa fingida, su apretón de manos viscoso, me dan ganas de darle un puñetazo. Su forma de ser, tan afectada y meliflua, me irrita, me hace sentir incómodo.

Lo veo acercarse a Luelle, ponerle la mano en el hombro, y mi instinto de protección se pone en marcha. No soporto a esos tipos que usan a las mujeres como si fueran objetos, a esos lobos disfrazados de corderos que se esconden detrás de una sonrisa de circunstancia.

Odio a los tipos como él, a los que sufrieron bullying en el colegio y que se vengan en las mujeres, a los monstruos que se han enriquecido y que piensan que pueden comprar el mundo. Y este Jasper Donovan parece el emblema de todo esto.

"Encantado" murmuro, con un tono que no esconde mi aversión. "Entonces, ¿cuál es el plan?"

Su mirada es ambigua, una combinación de complacencia y malicia. Veo los signos de los dólares brillar en sus pupilas, y esto no hace más que aumentar mi antipatía hacia él. Su actitud de falso amigo me da náuseas.

Odio a los tipos como él, a los productores, a los managers, a los falsos gurús que se esconden detrás de su fachada de éxito. Son todos iguales, todos unos parásitos que se nutren del talento de los demás. Mis ganas de partirle la cara crecen a cada segundo.

"Empezaremos con la entrevista. Creo que deberíamos hablar de tu vida familiar durante tu crecimiento, la gente se vuelve loca con estas cosas. Luego cortaremos con algunas escenas tuyas disfrutando de Nueva York" me explica con un tono que parece casi una orden.

Su plan es un concentrado de banalidad, de estereotipos que no me pertenecen. Odio la idea de tener que mostrarme, de tener que interpretar un papel que no me corresponde. Pero debo hacerlo, por Luelle, por nuestra relación.

"Vale, jefe" respondo, intentando mantener la calma.

Me siento en la silla, sintiendo el calor de las luces que me ciegan. Luelle se sienta frente a mí, con las piernas cruzadas. Me gustaría saltarle encima, aquí y ahora. La deseo tanto.

Mi cuerpo se inflama, mi respiración se vuelve jadeante. Su presencia es una tortura, una tentación a la que no puedo ceder. Debo concentrarme en la entrevista, debo intentar mantener la lucidez.

Me gustaría hacer cualquier cosa por ella, incluso si eso significa torturar mis deseos. Pero sé que debo mantener el control, que no puedo ceder a mis impulsos. Debo respetar sus tiempos, debo esperar a que sea ella quien decida.

"Liran Yardley, estoy muy entusiasmada de tenerte aquí en el programa" dice Luelle con una sonrisa que me derrite el corazón.

Su voz es dulce, melodiosa, como una canción que me acaricia el alma. Me gustaría perderme en el sonido de sus palabras, olvidar todo lo demás, el mundo, las luces, las cámaras. Pero debo permanecer concentrado, debo mantener el control.

"Gracias, Luelle, estoy feliz de estar aquí" respondo, con una sonrisa sincera que me ilumina el rostro.

Mi tono es calmado, controlado, pero mi corazón late a toda velocidad. Estoy enamorado de esta mujer, no puedo vivir sin ella.

Mi deseo por Luelle es tan fuerte que casi no consigo respirar. Me gustaría besarla, abrazarla, estrecharla contra mí y no dejarla ir nunca más. Me gustaría susurrarle palabras dulces, palabras de amor que le hagan entender lo especial que es para mí.

Donovan interviene y grita: "¡Corta, corta, corta! Volvamos a hacerlo."

Su tono es irritante, su voz estridente como una uña en la pizarra. Siento la tensión crecer dentro de mí, la rabia que me sube a la garganta. No soporto a este tipo, su actitud de dueño, su forma de tratar a las personas como objetos.

Su mirada está cargada de arrogancia, de soberbia, de una envidia que no consigue esconder. Me gustaría darle un puñetazo, hacer desaparecer esa sonrisa de mierda de su cara. Pero debo mantener la calma, debo soportar este calvario.

Odio cuando las tomas se bloquean por culpa de un imbécil como él. No soporto a los productores de televisión, su necesidad de protagonismo, su obsesión por la perfección. Todo esto me irrita, me pone a prueba.

"¿Cuál es el problema?" le pregunta Luelle, con un tono de voz que intenta esconder la incomodidad.

Su mirada es preocupada. No quiero hacerla sufrir, no quiero que se sienta incómoda por mi culpa. Me gustaría abrazarla, hacerla sentir segura.

Donovan me mira y me sonríe de forma condescendiente. "Liran. ¿Qué puedo hacer para que te relajes? ¿Quieres una cerveza? ¡Eh, Sienna, tráele una cerveza!" llama a su asistente con un tono casi despreciativo.

Su propuesta es una ofensa, un insulto a mi intelecto. No soy un títere, no soy un alcohólico al que entretener. Su forma de ser es patética y ofensiva. La rabia me crece dentro como si fuera un volcán listo para entrar en erupción.

Su presunción es insoportable, su forma de tratarme como si fuera un idiota me dan ganas de darle un puñetazo. No soporto a los tipos como él, a los que piensan que pueden manipular a las personas como si fueran marionetas. Su actitud me hace hervir la sangre.

"¿De qué estás hablando? Estoy bien" respondo con un tono seco, intentando contenerme.

Su arrogancia es irritante, sus palabras una ofensa. Me siento como un león enjaulado, listo para rugir para defender mi territorio. La rabia me monta dentro como un río en crecida.

Mi paciencia está al límite, no sé cuánto más conseguiré contenerme. Su sonrisa fingida y sus modales viscosos me dan náuseas, me dan ganas de partirle la cara. No soy un muñeco, no soy un alcohólico, no soy un bufón al que entretener.

"¡Tráele esa puta cerveza, Sienna!" grita de nuevo a su asistente.

Su forma de gritar me hace sentir como un animal, me hace entender que este es su mundo, su jaula dorada donde las personas son tratadas como objetos. No soy uno de ellos, no quiero formar parte de este circo.

Su actitud de matón de calle es insoportable, su forma de tratar a los demás es asquerosa. La rabia me quema dentro, las ganas de hacérsela pagar me devoran el alma.

"No me traigas esa cerveza, Sienna" digo, apretando fuerte la mandíbula. Mi voz es un susurro, pero mis palabras son duras como piedras. No quiero su cerveza, no quiero su ayuda, no quiero nada de él. Quiero solo hacerle entender que no me dejaré manipular.

Mi respuesta lo pilla por sorpresa. Veo su sonrisa agrietarse, su expresión ponerse tensa. Mi gesto es un acto de rebelión, un desafío a su poder.

"Córtalo, Jasper" le advierte Luelle con un tono que es al mismo tiempo implorante y amenazante.

Su mirada es preocupada, su rostro tenso. No quiere que la situación degenere, no quiere que mi rabia explote. Intenta protegerme, de hacerme entender que no vale la pena discutir con un tipo así.

Su voz es como un bálsamo, una dulce melodía que me calma y me tranquiliza. Pero la rabia sigue ahí, lista para explotar a la mínima provocación.

Pero él no se rinde. Por lo visto quiere que le rompan la nariz. "Liran, perdona. Solo quiero que la entrevista salga bien. Tengo una cadena que gestionar, y lo que emitimos debe tener un cierto "toque". Ha sido un buen comienzo, pero ¿por qué no sacamos un poco más la personalidad de Liran Yardley?" dice.

Su intento de justificarse es patético, una ofensa a mi inteligencia. No me gusta este juego, no me gusta su representación. Me gustaría levantarme e irme, dejarlo solo con su sed de poder.

Su forma de manipular la situación me dan ganas de gritar. No soporto a quien usa las palabras como armas, a quien intenta hacer sentir a los demás inadecuados. Me gustaría desenmascarar su hipocresía, hacerle entender que no me dejaré pisar.

"No sé de qué coño estás hablando" respondo con un tono agresivo, levantándome.

Mi mirada está cargada de rabia, mi cuerpo tenso como una cuerda de violín. No soporto este juego, no soporto su fingida cordialidad. Mi paciencia ha terminado, no hay más espacio para la diplomacia.

Mi rabia es ya incontenible, mis ganas de reaccionar irrefrenables. No soporto a quien usa las palabras para manipular a las personas, no soporto a quien intenta controlarme con sus falsas adulaciones.

Donovan da unas palmadas fuertes. "¡Sí! ¡Eso es! ¡Esta es la actitud! ¡Eres tú, Liran, lo que necesitamos! ¡Es este Liran el que nuestro público conoce y adora!" dice con una sonrisa que es una máscara diabólica.

Su sonrisa de serpiente es insoportable, su forma de usar mi rabia es despreciable. Me gustaría darle un puñetazo, hacer desaparecer esa cara de imbécil de una vez por todas.

"No me conoces, amigo" digo con un tono amenazante.

Mi mirada está fija en sus ojos, mi voz ronca de rabia. No soporto a las personas como él, a las que se escudan en su poder para humillar a los demás. Me gustaría hacerlo desaparecer de la faz de la tierra.

"Jasper, cálmate. Ya me encargo yo. La entrevista saldrá bien. ¿Puedes irte a casa o hacer algo? Estás poniendo todo difícil" interviene Luelle, con la cara roja de vergüenza.

Su mirada es preocupada, su voz implorante. No quiero ponerla en dificultades, no quiero hacerla sufrir por mi culpa. Me gustaría abrazarla y hacerla sentir segura entre mis brazos.

Su intento de mediación es conmovedor, un gesto de generosidad que me calienta el corazón. No quiero que se sienta culpable a causa de su jefe, no quiero que se sienta incómoda por mis reacciones.

"¿Difícil? Luelle, cariño. Lo que es difícil es satisfacer al público" dice, caminando detrás de ella y poniendo sus manos sobre sus hombros. Sus dedos se deslizan sobre la piel, rozando casi la parte superior de sus senos. "¿Qué te parece si dejas que decida yo, cariño? Yo lo dirigiré todo hacia la dirección correcta. Confías en mí, ¿verdad?"

Su gesto me hace hervir la sangre, su confianza me dan ganas de gritar. No soporto a los tipos como él, que piensan que pueden comprar a las personas con el dinero y el poder. Su desfachatez es un insulto, una falta de respeto hacia Luelle.

Su violación del espacio personal de Luelle me dan ganas de gritar. No soporto a quien usa a las mujeres como si fueran objetos, a quien se arroga el derecho de tocarlas sin permiso. Su gesto es una provocación, un desafío a mi control.

No le doy siquiera la oportunidad de responder. "No la toques" digo, con un tono que no admite

réplicas.

Mis palabras son como un trueno que desgarra el silencio. Mi mirada está cargada de rabia, mi cuerpo listo para saltar como un resorte. No soporto su arrogancia, su falta de respeto hacia Luelle.

"No tocas a una mujer si ella no te lo pide" repito con un tono que es al mismo tiempo amenazante y gélido.

Mis palabras están llenas de desprecio, de un odio que no consigo esconder. No soporto a quien se comporta como un cerdo, a quien no tiene respeto por las mujeres. Mi instinto de protección se hace sentir con fuerza.

"¿Qué?" me pregunta.

Su mirada es atónita, su rostro confuso. No se esperaba mi reacción, no se esperaba ser puesto en cuestión. Su arrogancia es como una máscara que cae, revelando su verdadera naturaleza.

Su pregunta es una provocación, un desafío a mi control. No me dejaré intimidar por sus mentiras, no me dejaré manipular por su poder. Me gustaría hacerle entender que no soy un títere, que no me dejaré controlar por sus órdenes.

"¿Por qué no te vas a la mierda, imbécil?" me dice.

Sus palabras son una provocación, un insulto a mi inteligencia. Siento la sangre hervirme en las venas, la rabia que me sube a la garganta. Su agresividad me hace perder la razón, me hace desear hacérsela pagar de una vez por todas.

Mi instinto de venganza es tan fuerte que casi no consigo respirar. Me gustaría darle un puñetazo, hacer desaparecer esa sonrisa de su cara. Pero debo mantener el control, debo esperar el momento justo para golpear.

Su desafío es una trampa, un intento de hacerme perder la calma y hacerme reaccionar de forma incontrolada. No quiero darle esta satisfacción, no quiero dejarme manipular por su juego.

Mis manos se cierran en puño, mi rabia explota en toda su intensidad. Echo el brazo hacia atrás como si estuviera a punto de lanzar un pase ganador, siento la adrenalina que me recorre las venas. Mi cuerpo es una máquina de guerra, lista para golpear con toda su fuerza.

Mi gesto es instintivo, una reacción a su violencia verbal. Quiero hacerlo sufrir, quiero hacerle sentir el dolor que ha causado con sus palabras. Mi rabia es como un río en crecida, y quiero que la sienta toda.

Luego, con la velocidad de un relámpago, mis nudillos se estrellan contra su nariz y su mandíbula. ¡Crack! Siento su cartílago hacerse añicos contra mi mano. El dolor es como una descarga eléctrica que me atraviesa el cuerpo, pero no me importa nada.

El ruido es como el sonido de mi liberación. He hecho lo que debía, he defendido el honor de Luelle, he castigado su arrogancia. No me siento culpable, siento solo una rabia que quema y se alimenta de venganza.

Su cuerpo se derrumba como un muñeco de madera, su sonrisa desaparece y deja paso a una mueca de dolor. He hecho lo correcto, lo sé, lo he hecho aunque no debía. Ese asqueroso es un gusano que debía ser aplastado.

"¡Liran!" grita Luelle, corriendo hacia Jasper. "¡Oh, Dios mío! ¡Jasper, lo siento mucho! ¡No tenía ni idea de que harías esto!"

Su voz está llena de miedo, su rostro consternado. No quería ponerla en dificultades, no quería hacerla sufrir, pero ya es demasiado tarde. La rabia ha tomado el control.

Su mirada está llena de decepción, de un dolor que me atraviesa el corazón. Me siento un monstruo, un idiota, un violento. Quería protegerla, pero he acabado por meterla en problemas.

Su rostro es una máscara de desprecio, sus ojos llenos de rabia y de dolor. Me gustaría abrazarla, hacerle entender que no quería hacerla sufrir. Pero sé que mis palabras no servirán de nada.

"¡Ah, mierda!" murmuro. "Mira, solo estaba intentando protegerla, ¿vale? Lo entiendes, ¿verdad?" Ayudo a Jasper a levantarse, intentando no tocarlo. La sangre está incrustada en su chaqueta, y su cara está deformada por el dolor.

Mis palabras son sinceras, mi intención era buena. He defendido el honor de Luelle, he castigado a un hombre que no respetaba a las mujeres. Mi gesto ha sido impulsivo, pero justo.

"¡Mi nariz! ¡Os voy a demandar, gilipollas! ¡Os voy a demandar a los dos! No volveréis a trabajar nunca más en esta ciudad. ¡Esto os lo prometo! ¡Joder!" grita, saltando por la habitación como un niño.

Su amenaza no me asusta. Es un cobarde, un gusano que se esconde detrás de su poder. No me dejaré intimidar, no me dejaré manipular por su rabia. He hecho lo que debía.

Su histerismo no me da miedo, al contrario, me hace sonreír. Sé que no demandará, sé que no tiene el coraje de venir contra mí. Sus palabras son solo palabras al viento.

"Pagaré los gastos hospitalarios y algo más. Solo no toques a la gente de esa forma. No son tus objetos" digo con un tono firme. Me siento justificado. Sé que tengo razón. Ese tipo es un asqueroso. Solo he hecho lo que otros tenían demasiado miedo de hacer. No me demandará. Nunca lo hacen.

Mi conciencia está limpia, mi gesto ha sido instintivo, pero justo. He defendido a una mujer que estaba en dificultades, he castigado a un hombre que se comportaba como un gusano. No me arrepiento de lo que he hecho.

Mis palabras están llenas de sinceridad, de un orgullo que no consigo esconder. Sé que he hecho lo correcto, que he dado una lección a un matón. No me importan las consecuencias.

Me giro hacia Luelle y digo: "Lo siento de verdad."

Mi mirada está llena de arrepentimiento, mi corazón atravesado por un sentimiento de culpa. No quería hacerla sufrir, no quería ponerla en dificultades. Solo he intentado protegerla.

Mi cuerpo tiembla, mi voz se quiebra. Me gustaría abrazarla, hacerle entender cuánto lo siento, cuánto es importante para mí. Pero sé que no es el momento adecuado, que mis palabras no serán suficientes.

"Vete" responde con lágrimas en los ojos. Su rostro es duro, pero su mirada está rota.

Estoy decepcionado de mí mismo, no quería todo esto.

28

LUELLE

El día siguiente transcurre íntegramente entre las asépticas paredes del hospital, al lado de la cama de Jasper.

Liran no hace más que repetir su letanía, jurando que quiere arreglarlo todo, que necesita recomponer los pedazos. O al menos, eso es lo que sigue pregonando a los cuatro vientos. Los hechos, sin embargo, permanecen cristalizados en su cruda realidad: el padre de mi hijo ha tumbado de un puñetazo a mi productor, y ahora mi programa pende de un hilo finísimo, a punto de romperse de un momento a otro.

Soy un desastre andante.

Y no es que antes fuera exactamente un oasis de equilibrio zen. No, ni mucho menos.

Suplico a Jasper con la tenacidad de un abogado que defiende un caso desesperado, implorando, ofreciendo cualquier cosa con tal de hacerle entrar en razón, hasta que, agotado por mi incesante y desesperada oratoria, finalmente cede, como un dique que se desmorona bajo la presión del agua. Dejará que mi programa continúe, pero con una condición inamovible, categórica, grabada en mármol: que yo no vuelva a llevar jamás a Liran al plató.

El episodio, sin embargo, deberá esperar pacientemente su turno. La producción está en pausa, congelada como un brazo de mar en la tundra siberiana. Yo debo regresar inmediatamente a Los Ángeles, como una pieza que se mueve en el tablero de un juego cruel, y quedarme allí en *stand-by* hasta que su nariz y su mandíbula vuelvan a sus formas originales, olvidando el encuentro cercano con el puño de Liran.

Dios mío, ¿es que nunca puede haber buenas noticias?

Y así, con un equipaje lleno de frustración, rabia y una pizca de resignación, vuelvo a Los Ángeles, a pesar de todo. Liran, con su habitual estilo de ‘yo hago lo que me da la gana’, decide seguirme en esta huida precipitada. Nos embarcamos en un jet privado del equipo, con todas las comodidades del caso, una verdadera reggia volante. Lástima que yo esté tan cabreada que no consiga disfrutar ni siquiera una migaja de ese lujo desenfrenado.

Me quedo sentada, con la mirada fija en la ventanilla, escrutando las formas cambiantes del mundo bajo mí, como un alma perdida en un limbo de pensamientos oscuros. Las nubes parecen velos transparentes que me separan de la realidad, y las ciudades de abajo son minúsculas manchas luminosas, sin historia, sin alma.

"Lo siento muchísimo, de verdad" dice, con la voz grave y llena de remordimiento, cuando entramos de nuevo en mi apartamento. "Sé que tengo un carácter de mierda, lo admito, soy una persona irascible, lo sé".

Yo, sin embargo, ni siquiera hago ademán de girar la cabeza hacia él, lo ignoro con la misma facilidad con la que ignoro un anuncio de Coca-Cola en YouTube. Ni siquiera es que esté furiosa con él por haberle dado una paliza a Jasper, no es ese el punto. Donovan es un ser viscoso, un gusano que se merecía incluso algo peor, y es sabido. El verdadero problema es que Liran se comporta siempre como si el mundo le debiera algo, como si tuviera el derecho de hacer todo lo

que le pasa por la cabeza. Y todos los vips, todas las estrellas, son así.

Su privilegio tóxico es una constante que me hace hervir la sangre. "No sé ni siquiera si puedo volver a confiar en ti" afirmo, como si las palabras fueran una corriente de aire que me saliera de la boca de forma incontrolada. No las he sopesado, no las he elegido, simplemente las he pronunciado. Es la cruda realidad, y no puedo hacer absolutamente nada para cambiar mis sentimientos, no puedo ceder a compromisos con mi corazón. La confianza, una vez rota, es como un jarrón precioso que se hace añicos en mil pedazos.

"¿Qué puedo hacer para que vuelvas a confiar en mí? Por favor, Luelle, dímelo. Haría cualquier cosa, cualquier cosa con tal de recuperarte" me implora con la voz rota, el rostro contraído por la desesperación. "Quiero estar contigo, quiero criar a Axton a tu lado. Quiero que nos convirtamos en una familia. Por favor, dame al menos una oportunidad, dame una chance".

Pero las suyas son solo palabras vacías, eslóganes de marketing de una mala agencia de comunicación, promesas que se desinflan como globos pinchados. No valen nada. Solo los hechos, las acciones concretas, tienen un peso real en este mundo de hipócritas.

"Nada. Intenta solo ser una persona normal, ¿vale? Por una vez en tu vida, sé lo que dices ser, deja de representar un papel" le respondo con una firmeza que me sorprende incluso a mí misma. Necesito espacio, tiempo, aire limpio para respirar. No quiero volver a oír sus falsas promesas, sus vacías palabras, sus mentiras. Estoy cansada de vivir en un guion escrito por otro, quiero ser la guionista de mi vida, aunque no esté segura de saber hacerlo.

Apenas aterrizamos, me acompaña con su coche a casa. Siempre es su chófer quien conduce, pero él se sienta en el asiento del pasajero delantero, dejándome todo el espacio en el asiento trasero.

Al llegar a mi casa, me bajo rápidamente del coche, mientras Liran me sigue con el aire de un perro apaleado. Pero yo me giro bruscamente y lo fulmino con la mirada, haciéndole entender que no es bienvenido en casa.

"¿Así que me estás echando? Bien, no hay problema. Me voy" dice con un tono de bravucón, sacudiendo la cabeza con un gesto de mal disimulada indignación. Su arrogancia es una máscara que le sienta como un guante, una segunda piel que no consigue quitarse ni siquiera cuando está visiblemente arrepentido, cuando debería pedir perdón. Es una actitud que me irrita, un signo de inmadurez que me dan ganas de abofetearle.

"¡Bien!" grito con toda la voz que tengo en la garganta, cerrando la puerta con una fuerza que hace vibrar las paredes. Luego me dejo caer en el suelo de madera, con la espalda apoyada en la puerta, agotada, vacía, derrotada. Axton me mira fijamente con sus ojitos azules, una mirada llena de inocencia y de curiosidad, sin entender qué está sucediendo. Yo soy un despojo, una embarcación a la deriva en un océano tempestuoso, y me siento completamente sola.

La niñera me mira, pero no dice ni una palabra. Ha intuido mi estado de ánimo, y prefiere desaparecer en silencio, dejándome a solas con mi tristeza.

"Perdóname, cariño" digo, con la voz reducida a un susurro débil, mientras los ojos se me llenan de lágrimas. "Mamá solo está cansada, muy cansada". Me gustaría decirle la verdad, explicarle que el mundo es un lugar de mierda y que su madre ya no sabe qué hacer, pero luego me doy cuenta de que es demasiado pequeño para entender, que mis problemas no deben recaer sobre él. Debo protegerlo, debo apoyarle, aunque me sienta una nulidad.

Él gatea con su culito bonito hacia mí, como si sintiera mi desesperación, y yo extiendo los brazos para acogerlo en mi abrazo. Es tan condenadamente precioso, tan perfecto, su sonrisa consigue transformar un día de mierda en algo especial, soportable. Lo abrazo fuerte, como si

pudiera curar mis heridas, como si pudiera darme la fuerza para seguir adelante. Su olor a leche y a bebé es mi perfume preferido, mi droga de consuelo, mi esperanza.

Pero luego, cuando finalmente llega a mí, mi pequeño ángel hace algo inesperado, estremecedor: agarra el borde inferior de la puerta de entrada, como si hubiera aferrado un ancla de salvación, y dice sus primeras palabras, dos sílabas que me golpean como un puñetazo en el estómago. “Papa?” señala el jardín con su pequeño dedo regordete, sin entender el significado de sus palabras. “Papa, vai?” me pregunta, con la mirada fija en mis ojos, esperando una respuesta.

Sus primeras palabras. Un parpadeo y mi mundo se derrumba en un torbellino de emociones encontradas. Siento el cielo nocturno de California que me envuelve, como un sudario que me sofoca, una capa oscura que me impide respirar. ¿Qué puede hacer una mujer si no hay nadie en quien confiar? ¿Si los hombres en los que confía siempre resultan ser un desastre, un error, una decepción? Mi vida es un chiste triste, un drama por entregas donde siempre soy la actriz protagonista de una comedia de enredos.

29

LIRAN

Ella me cierra la puerta en las narices con una violencia que me estremece hasta los huesos, una mezcla explosiva de confusión y rabia que me invade.

La he cagado otra vez, un puto desastre. Solo que esta vez, joder, es diferente, todo jodidamente diferente. Y no consigo sacudirme esta sensación de fracaso total. He metido la pata hasta el fondo, hasta el punto de que me odia la única mujer que me importa. Quizás "odiar" sea una palabra demasiado fuerte, pero ya no se fía de mí. Y es precisamente eso lo que me cabrea aún más. Ya no se fía. Y entre "odiar" y "no fiarse" hay un abismo, un agujero que se abre en mi estómago. Perder la confianza es mucho, mucho peor que ser odiado.

Le he pedido a Simon que me deje aquí tirado, no me apetece volver al hotel en coche ahora mismo. Así que le he dejado que se vaya con el SUV. Siento que he hecho un puto desastre, me apetece reflexionar un poco, quedarme a solas con mis pensamientos, no quiero hablar con nadie, solo quiero estar solo, perderme un poco por las calles de Los Ángeles.

Camino por la avenida principal, con las manos metidas en los bolsillos de los jeans, la cabeza gacha, como si buscara una respuesta en el cielo nocturno. La luz cortante y despiadada de la luna me envuelve por completo, sumergiéndome en una especie de halo misterioso. Es como si me estuviera escrutando, juzgando cada uno de mis movimientos.

"¿Qué puedo hacer?" me pregunto, dirigiéndome al cielo estrellado como si fuera un viejo amigo que puede darme un consejo. "¿Cómo puedo arreglar este desastre?"

Las imágenes de mi hijo me invaden la mente, un flujo imparable de recuerdos que me golpean directamente al corazón. Su sonrisa, esa sonrisa que me derrite cada vez. Su carita, tan pura, tan inocente. La forma en que gatea hacia mí, buscando mi abrazo. Cuando está cerca de mí, parece tan jodidamente sereno, tan en paz con el mundo. Es como si supiera que soy yo su puerto seguro.

Aunque él no se dé cuenta de nada, joder, tengo que encontrar una solución. No puedo permitirme pifiarla, rendirme cuando las cosas se ponen difíciles. No soy de los que tiran la toalla al primer obstáculo. Cierto, no soy perfecto, pero sé que tengo que encontrar una manera de arreglar las cosas.

Sigo caminando, sin un rumbo fijo, perdido en mis pensamientos, buscando una maldita respuesta en el laberinto de mi cerebro. Paso por delante de una tienda de televisores, un escaparate iluminado que llama mi atención. Me paro a mirar los titulares, a ver qué dice la tele de mi vida de mierda.

En una pila de pantallas, veo mi cara que me mira fijamente, mi imagen agrandada y distorsionada. "Furia de rabia" parpadea en la pantalla, un titular a letras mayúsculas que me pone los pelos de punta. Luego, por si fuera poco, aparecen las palabras "Patriota Loco" etiquetas que me dan ganas de reventarlo todo.

Me siento como si me hubiera convertido en el protagonista de una serie de televisión de pésima calidad. La pantalla cambia de encuadre, mostrando a la corresponsal de ESPN, Karen Molfield,

con su sonrisa fingida y su voz meliflua. "Buenas noches a todos y bienvenidos" dice con su cantinela habitual.

"Esta noche tenemos una historia bastante particular para ustedes. Quizás conozcan a Liran Yardley" continúa ella, como si estuviera hablando de un personaje imaginario, "el quarterback estrella tanto de los Pioneers como de los Dynamos. Pues bien, al parecer, ha tenido algún problemilla".

La cámara se desplaza, encuadrando a Chris Hughes delante del Chrysler Building, una imagen que parece tan falsa, tan pulida, que me dan ganas de vomitar. Todo es tan construido, tan artificial, que me hace sentir aún más alienado. "Guai en el Paraíso es el titular de hoy" dice Hughes, con su voz de presentador de televisión. "Les explico el porqué". "Liran Yardley, el super quarterback de los Pioneers" continúa, usando palabras que me suenan lejanas, irreales, "agredió a alguien ayer y, al parecer, se trata nada menos que del productor de nuestra propia cadena". Hago una mueca de asco.

¿Pero qué puta noticia es esta? No me interesa escuchar lo que tienen que decir los medios sobre mi vida de mierda.

Dejo de mirar esas pantallas hipnóticas, porque no vale la pena perder el tiempo para oír todas sus gilipolleces. Mi móvil vibra en el bolsillo, una vibración continua, molesta como el zumbido de un mosquito.

Mis asesores de relaciones públicas están fuera de sí, sus mensajes me llueven como una granizada de mierda. Uno de los mensajes, el que me cabrea más, dice: "Llámame lo antes posible. La prensa se está cebando contigo. Tenemos que dar una respuesta estudiada".

Suspiro y sacudo la cabeza, tratando de no dejarme llevar por el pánico. Nunca consigo tener un puto momento de tregua en esta vida de mierda. Es como si estuviera condenado a vivir en un círculo vicioso, un infierno mediático donde todos parecen querer verme sufrir.

No soy un psicópata. No soy un asesino o un sádico, ni soy un capullo sediento de poder, como dice la tele y todos los comentarios de la web. Soy solo un jugador de fútbol americano, joder, nada más y nada menos.

Y ahora soy un monstruo. Y no me parece justo.

Solo un jugador de fútbol americano con un leve problema de temperamento y agitación. Pero no es tan inusual, ¿no? Diablos, ¿quién no tiene problemas en esta vida de mierda?

Parece que me he convertido en el chivo expiatorio de todos los males de este país, una etiqueta que me aprieta como una camisa de fuerza.

Me pregunto si alguien entenderá alguna vez cómo me siento de verdad, quién coño soy.

Nadie me conoce realmente. Nadie. Ni siquiera Luelle. Me gustaría que me entendiera, que viera más allá de mi fachada de tipo duro, pero soy como una caja cerrada con llave, envuelta en capas sobre capas, una matrioska de emociones que no consigo controlar. Soy jodidamente difícil de pillar, un puzzle complicado que nadie parece tener la paciencia de resolver. Y no puedo culparla. Al fin y al cabo, yo soy el primero que no me entiendo. Soy un desastre, un puto desastre andante, y no sé cómo salir de esta. Es como si estuviera aprisionado en una jaula de emociones, incapaz de expresar lo que siento de verdad.

Cuando mi padre nos abandonó, me hizo pedazos, joder. Tenía solo seis años. ¡Seis años! Un puto niño. Dejó a mi madre, claro. Hombres y mujeres lo hacen continuamente, se dejan, y es desgarrador, joder. Pero hay una cosa que nunca he conseguido superar, una imagen que se me ha grabado a fuego en el cerebro. Le vi escabullirse una noche, a escondidas, sin decir una palabra.

Tenía una mochila y una maleta, algunas cosas sueltas, y una expresión en el rostro que decía: "Me voy de aquí". Y esa jodida imagen me persigue aún hoy, como un fantasma del pasado.

Le pregunté: "¿Papá? ¿Adónde vas?".

Él se inclinó hacia mí, susurrando como si no quisiera que le oyeran. "Vuelve a la cama. Voy a hacer un pequeño viaje" me dijo, con un tono tan extraño, tan falso. "Volveré antes de que te des cuenta".

Pero sentía que no era verdad, que me estaba mintiendo. Había algo raro, algo torcido, en esas palabras.

Y, joder, sabía que no iba a volver nunca más.

Lo sentí dentro, en lo más profundo de mi corazón de niño.

Le pregunté: "¿Puedes llevarme contigo? Quiero ir yo también de viaje" rogándole con los ojos, con el corazón, con toda la fuerza que tenía. Cualquier cosa con tal de estar cerca de él, con tal de no sentirme abandonado.

"No" me respondió con voz dura y fría. "A mamá no le gustaría. Tienes que portarte bien porque los niños buenos consiguen lo que quieren. ¿Te portarás bien por mí?".

Pero sabía lo que quería decir con esas palabras. Ser un niño bueno significaba mantener la boca cerrada, joder. Ser un niño bueno significaba asentir a los cabrones que tomaban decisiones de mierda.

Y yo era solo un niño, no sabía cómo reaccionar.

No sabía cómo gritarle a mi madre, no sabía cómo retenerle. Era como si fuera impotente, un títere en manos del destino.

Me alejo de los televisores con rabia, cojo el smartphone y lo lanzo con toda mi fuerza a la carretera transitada. El móvil se hace añicos bajo las ruedas de un puto camión, una explosión de plástico y cristal.

¡No estoy loco, maldita sea, no lo estoy! ¡Soy solo un hombre que necesita a una persona!

Soy solo un capullo que está sufriendo.

Soy solo un hombre que necesita ser amado.

Y ahora, tengo miedo de perder a la persona que amo.

Porque siento que estoy al borde del abismo.

Me detengo de golpe, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, con una iluminación repentina que me corta la respiración. Es verdad. La amo, la amo hasta la locura. Y no tengo intención de dejar de amarla tan pronto.

No puedo perderla. No puedo permitirlo.

Me niego a rendirme.

Sigo caminando sin rumbo, sin una dirección precisa, confuso y desorientado, hasta que paso por delante de una extraña floristería, con una luz tenue que me atrae como a una polilla.

Me detengo. Son las nueve de la noche, pero la tienda todavía está abierta por unos minutos. Es como si el destino me hubiera guiado hasta aquí, como si hubiera una fuerza invisible que me empuja a entrar.

Siento que tengo que hacer algo, tengo que hacer cualquier cosa para arreglar las cosas.

Entro en la tienda, la campanilla que suena con un sonido dulce y cristalino, rompiendo el silencio de la noche. Una mujer amable me recibe con una sonrisa, una sonrisa que parece sincera, no una máscara de cortesía como las que veo en la tele.

"Buenas noches" me dice con un tono cálido y acogedor.

"Necesito flores" digo, las palabras que me salen de la boca sin que me dé cuenta. "Muchas

flores".

Siento que necesito llenar el mundo de flores, para sofocar la rabia y el dolor que me están lacerando por dentro.

Siento que necesito un milagro, un gesto desesperado, para reconquistar el corazón de la persona que amo.

"Bueno, ha venido al lugar adecuado" me responde la mujer, con una sonrisa que me hace sentir un poco menos solo en este mundo. "¿Cuántas necesita?" me pregunta, cortando los tallos de un par de rosas rojas, como si estuviera curando heridas.

"Suficientes para llenar un jardín" respondo, las palabras me salen de la boca como un río desbordado. "Suficientes para decir que lo siento y que la amo más que a nada. Suficientes para decir...".

Las palabras se me atoran en la garganta, las emociones me ahogan.

Pero la mujer me sonríe, una sonrisa que me hace sentir entendido, no juzgado.

"Creo que puedo ayudarte" dice ella, con un tono de voz que parece una promesa. "Ven".

Me hace un gesto para que la siga, y me conduce hacia una puerta en la parte trasera de la tienda, una puerta que parece abrirse a otro mundo. En el interior hay una habitación llena de composiciones florales frescas, una explosión de colores y perfumes que me aturde.

Es como si hubiera entrado en un jardín secreto, un oasis de paz en medio del caos de mi vida.

"Me las llevo todas" digo, sin dudarlo. "Es más, me llevo toda la maldita tienda".

Es como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa, a gastar todo mi dinero por ella, para intentar hacerle entender lo que siento.

Porque, joder, quiero recuperarla.

30

LUELLE

Se suponía que esto iba a ser un paseo, una vida de ensueño, eso era lo que siempre me habían prometido.

Y en cambio, me veo catapultada a un tornado de angustia y dolor, una auténtica mierda que no parece querer abandonarme. Un bucle infinito de sufrimiento que me está consumiendo el alma.

El problema es que ya ni siquiera puedo hablar de ello con Kezia, mi mejor amiga de siempre. Cada vez que intento confiarme, me responde con una frialdad que me da escalofríos. Parece casi que mis problemas son insignificantes, como una errata en un trabajo de primaria.

Es una tortura que me está consumiendo lentamente, y ya no sé a dónde ir a parar, ni con quién hablar de ello. Me siento cada vez más aislada, una verdadera chica perdida que vaga en la nada. Me parece que ya no tengo asideros ni puntos de referencia en esta vida.

Y esta soledad me está volviendo literalmente loca. Las pocas veces que intento que me escuchen, soy sistemáticamente ignorada y silenciada, o, peor aún, me toman por loca y acabo sintiéndome todavía peor, como si fuera una especie de leprosa.

Me encuentro así, sin un lugar seguro donde refugiarme, sin un hombro sobre el que llorar o una mano que estrechar en los momentos de dificultad. Ya no tengo a nadie a mi lado, nadie que me escuche de verdad, que me entienda y que se preocupe por mí.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, la oscuridad de la noche sigue siendo un manto pesado sobre todo. Pero no es el silencio lo que me da la bienvenida, sino una melodía inesperada: el sonido de los violines que se difunde en el aire matutino, una extraña banda sonora de una película que no he elegido rodar.

Espera un momento, ¿violines? Debe ser una broma, una parte de un sueño extraño y retorcido que mi mente se ha inventado durante la noche, pienso entre mí, todavía medio dormida y confundida por ese sonido, tan surrealista. Pero el sonido continúa, impertérrito, como un despertador que no quiere apagarse.

Lentamente me levanto de la cama, con los músculos doloridos y la cabeza todavía pesada por el sueño, y abro la puerta de mi habitación, como si estuviera a punto de desvelar un misterio milenario. Entrecierro los ojos contra la luz lunar, que inunda la casa, como un proyector apuntando a una escena teatral.

Y lo que veo me deja literalmente sin palabras, una escena surrealista que no me habría esperado ver nunca en mi vida. Fuera de mi casa, en el jardín, hay una orquesta entera, todos vestidos como si tuvieran que tocar un gran concierto para el Presidente de los Estados Unidos.

"¿Qué demonios...?" susurro, incrédula, como si estuviera hablando con un fantasma. Camino, casi arrastrándome, hasta el borde del césped, con los pies hundiéndose en la hierba húmeda y fría, y me siento en los escalones del porche, casi como si estuviera en el escenario de un teatro.

La escena es de una belleza desarmante, casi cinematográfica, como si fuera la protagonista de un videoclip de Taylor Swift. Alrededor de los músicos hay guirnaldas de flores, rosas rojas y tulipanes amarillos, como si estuviera en medio del set de un desfile de moda.

Hay tantas flores que podría darme un baño, nadar en un mar colorido y perfumado. Y en el centro de toda esta maravilla, hay letras gigantes, compuestas con las mismas flores, que forman una inscripción que parece emerger de un sueño.

Intento leer la inscripción, pero desde abajo, las letras son demasiado grandes, un verdadero enigma para descifrar. Siento la necesidad irrefrenable de ver mejor, de entender qué hay escrito en esa extraña instalación de arte floral.

Corro de golpe al jardín, con la adrenalina pulsando en mi sangre, como si estuviera a punto de afrontar una maratón de carrera. Y luego me subo al tejado, como si estuviera a punto de escalar el Everest, una verdadera Indiana Jones que necesita desvelar este misterio.

Es como si tuviera una necesidad irrefrenable de entender, de ver con mis propios ojos qué hay escrito, de descifrar ese mensaje en código que parece estar destinado solo a mí. Subir al tejado es lo más loco que podría hacer, pero al mismo tiempo, es lo único que me parece sensato en este momento.

Me cuesta muchísimo impulsar los pies sobre el tejado, mis piernas tiemblan como un terremoto de grado 7 en la escala de Richter. Mi cuerpo parece una máquina averiada, pero mi determinación es más fuerte que cualquier obstáculo. El pensamiento de la inscripción me da la carga justa.

Cuando finalmente pongo un pie bien firme, mi cuerpo pierde el equilibrio, como si me hubiera golpeado una balonazo en plena cara. Resbalo y caigo hacia atrás, una verdadera especialista sin doble. Mis sentidos se agudizan.

"¡No!" grito, con el terror helándome la sangre en las venas, segura al cien por cien de que estoy a punto de estrellarme contra el suelo como una pera madura. Estoy lista para el final, para abrazar mi destino. Pero el universo tiene otros planes para mí.

Es en ese momento que siento un par de manos calientes que me agarran al vuelo, como si me hubiera atrapado al lazo un cowboy en medio del Far West. Un toque cálido y familiar que me arranca de las garras de la muerte.

Levanto la mirada, colgando del tejado, como una mona asustada colgada de una rama, y mis ojos se encuentran con la mirada de Liran, ese chico que tiene el poder de hacerme perder la cabeza y hacerme sentir a salvo al mismo tiempo.

"Deja que te ayude" dice él, con una voz calma que me hace derretirme como un helado bajo el sol de Miami. Me sube al tejado con una fuerza sorprendente, como si fuera una pluma. Un salvador inesperado.

Una vez a salvo, sobre la superficie plana del tejado, lo miro con una mezcla de rabia y asombro, con las cejas fruncidas y el corazón latiendo como loco, como si acabara de terminar de correr una maratón. Me siento como una loca, como si me hubieran secuestrado los extraterrestres.

"Solo déjame explicarte" dice Liran, con una voz cargada de una extraña urgencia, como si tuviera una bomba atómica a punto de explotar entre las manos. Se dirige hacia el borde de la casa, como si estuviera a punto de darse un chapuzón en la piscina olímpica.

"Mira" añade después, con un gesto de la cabeza. Y yo, a pesar de la confusión y el caos interior, no puedo hacer otra cosa que seguirlo con la mirada, como un autómata teledirigido.

Nos sentamos ambos en el tejado, con las piernas colgando en el vacío, como si fuéramos dos niños en una excursión escolar, que han decidido faltar a la clase de matemáticas para disfrutar del panorama. Y en ese momento, todo parece suspendido en el tiempo.

La orquesta continúa tocando, con una delicadeza que me llega directa al alma, las cuerdas que

vibran como mi corazón cuando estoy cerca de él, creando una sinfonía perfecta que parece envolvernos como una manta caliente. Y luego están las luces de la ciudad, que brillan en la distancia, como estrellas caídas del cielo, un verdadero espectáculo impresionante que me hace sentir pequeña pequeña.

Es un espectáculo tan bonito y surrealista que me hace olvidar todo lo demás, incluso el miedo que he sentido hace pocos minutos, la ansiedad de haberme caído de un tejado, todas esas preocupaciones que me vuelven loca la cabeza cada día. El caos parece desaparecer.

"Sabes, nunca he estado aquí arriba" admito, mi voz que se rompe como un disco rayado. Mi mirada está perdida en el vacío, casi en trance, como si estuviera viendo por primera vez toda la belleza que me rodea. Me siento una niña que acaba de descubrir las maravillas del mundo.

"Toda la ciudad es visible desde aquí. Es increíble" añado después, con un hilo de voz, como si acabara de salir de un sueño. Mis ojos brillan, cautivados por esa vista que me hace sentir tan pequeña e insignificante, pero al mismo tiempo tan poderosa y libre.

"A veces las mejores cosas de la vida están justo delante de tus ojos" dice Liran, con una calma y una sabiduría que nunca le he reconocido. "Solo tienes que mirarlas de forma diferente para verlas" añade, con una voz que me hace vibrar por dentro, una melodía dulce y profunda.

Me encuentro mirando de nuevo hacia abajo, las letras gigantes compuestas por pétalos y tallos que flotan en la brisa ligera, como si hubieran sido pintadas por un artista loco y genial. La luz de la luna las hace brillar como si fueran hechas de cristal.

Y luego veo la inscripción, esa que ha removido mi alma: "Te amo". Un mensaje tan simple, y sin embargo tan potente, que me hace temblar las rodillas, una explosión de emociones que me arrolla como una ola gigante. Mis mejillas se ponen al rojo vivo.

El estómago se me cierra en un puño, y el corazón empieza a latir fuerte, como si quisiera salirse de mi pecho, una sinfonía de emociones que me hace sentir viva, frágil y condenadamente vulnerable, justo como una niña en su primer amor.

"Oh, Liran…" susurro, mi voz que se rompe a la mitad, como si fuera una adolescente enamorada en su primera cita. Es un suspiro que sale directamente del alma, una explosión de sentimientos que ya no consigo contener, una mezcla de dulzura, sorpresa y maldita gana de este chico.

"Hasta los confines de la tierra y de vuelta" dice Liran, con una voz ronca que me pone la piel de gallina. Me estrecha entre sus brazos, como si quisiera protegerme de todo el mal del mundo, un abrazo que me hace sentir a salvo y amada, como no me sucedía desde hacía tiempo.

La fría brisa de la noche nos envuelve, como una manta invisible, pero yo no siento frío, solo siento su calor, su perfume, su presencia que me hace vibrar cada una de las células de mi cuerpo, una explosión de fuego que me abrasa por dentro.

"Nací para vencer" continúa, con una voz que me hace perder la cabeza. "Pero no fue el partido que tenía que ganar, esos que se juegan en el campo de fútbol o en los campeonatos de lucha libre. Nací para conquistar tu amor" dice, como si fuera una confesión, un secreto susurrado en la oscuridad de la noche.

"Ahora, quizás he cometido un desastre" añade, bajando el tono de la voz. "Sé que tengo problemas, que no soy perfecto, como todos los humanos de este mundo. Pero eso no significa que tú no debas amarme" dice, como si estuviera intentando convencerme, de hacerse perdonar, de volver atrás en el tiempo para remediar sus errores.

"Te demostraré que soy el adecuado. Te amo" susurra, como si fuera una plegaria, una promesa hecha a un Dios desconocido. Deja de hablar y me mira, sus ojos que brillan como dos estrellas

en la noche, esperando una respuesta mía, como si su vida dependiera de mis palabras.

Apoyo la cabeza sobre su hombro, y suelto un suspiro de extraño alivio, una sensación de paz que no sentía desde hacía tanto tiempo, casi como si hubiera encontrado finalmente mi lugar en el mundo, una especie de refugio en ese caos que me devora el alma.

"Esta es la cosa más especial que alguien haya hecho jamás por mí" digo, con un hilo de voz, como si fuera una niña que acaba de recibir su regalo preferido. Mi corazón se calienta y se derrite al calor de sus palabras.

"Hay más" susurra, con una voz que me pone los pelos de punta. "Cada día de nuestra vida juntos será un regalo" añade, sus labios que me rozan la cabeza, una promesa susurrada que me llena el corazón de esperanza.

Me siento tan cerca de él, a pesar de todo lo que ha sucedido, a pesar de la rabia, el dolor y la traición. Pero al mismo tiempo, siento también un muro invisible entre nosotros, una barrera que no consigo superar, una especie de prisión que me mantiene encerrada en el pasado.

Es como si estuviera luchando entre el amor y el miedo, entre el deseo de confiar en él y la necesidad de protegerme de su poder destructivo, una especie de montaña rusa emocional que no sé cómo gestionar. No sé lo que quiero realmente, lo que me hace estar bien.

"¿Pero cómo puedo fiarme de ti?" le pregunto, mi voz cargada de una extraña ansiedad. "¿Cómo voy a saber que no volverás a hacer una cosa estúpida de ese tipo?" añado, con el terror asaltándome como un tsunami. Mi miedo es una mezcla de rabia y terror.

"Esta es una nueva era para mí. Ya no seré el hombre que era" dice Liran, con una determinación que me sorprende. Sus palabras parecen sinceras, pero la duda es una carcoma en mi mente, una sombra que no consigo espantar. Necesito pruebas, no promesas.

Y luego, de repente, me confiesa algo, algo que nunca me había dicho antes, un secreto que le está devorando el alma desde dentro, una especie de piedra en el corazón. Me cuenta su pasado doloroso.

"Cuando era pequeño, quizás cuatro o cinco años, quizás incluso seis" empieza, su voz que tiembla como una hoja al viento. "Mi padre era un hombre severo. No le gustaba cuando las cosas no iban sobre ruedas en casa" añade, su voz que se agrieta por el dolor.

"Si, por ejemplo, una taza se quedaba en la encimera más de un día, se enfurecía" continúa, su mirada perdida en el vacío, como si estuviera reviviendo esos horribles momentos. "La tiraba de la encimera, la hacía añicos y te abofeteaba. 'Aprenderás lo que es la maldad', decía" añade, con una voz cargada de odio y resentimiento.

"Bueno, mi madre y yo intentábamos hacerlo lo mejor posible, pero era como caminar sobre huevos cerca de él" dice Liran, con un suspiro cargado de dolor. "Bastaba una pequeña cosa para que saltara, para transformar nuestra casa en un campo de batalla, en un lugar lleno de terror y miedo" añade, sus ojos que se ponen oscuros como la noche.

"Luego, poco antes de que nos dejara, empezó a comportarse como un loco. En plan, de verdad loco" continúa, su voz que se rompe, como si estuviera reviviendo esas escenas atroces. "Las bofetadas se transformaron en verdaderos puñetazos" dice, su rostro que se contrae por el dolor.

"Encontraba a mi madre sangrando en el suelo del baño, incapaz de pedir ayuda" añade, con un hilo de voz, como si estuviera confesando un crimen. "Toda la casa estaba llena de miedo y paranoia, rabia y tristeza absoluta" dice, con la voz cargada de dolor y desesperación.

Respira hondo, como si necesitara recuperar el aliento, de recuperar el control de sus emociones. Sus ojos se ponen vidriosos y su labio tiembla, como si estuviera a punto de echarse a llorar de un momento a otro.

Intenta retener las lágrimas, con todas sus fuerzas, pero sé que no lo conseguirá, que el dolor es demasiado fuerte, que el pasado es un monstruo que lo está devorando desde dentro. Lo veo en su mirada perdida.

"Liran. Dios mío… Es horrible" le digo, con un hilo de voz, como si me hubiera golpeado un balonazo en plena cara. No sé qué más decir, las palabras no me salen, como si me hubiera quedado afónica de repente. Mi alma está herida por su dolor.

Su pasado es una jaula, y él es prisionero de sus recuerdos, un alma sufriente que busca su libertad. Me gustaría abrazarlo, protegerlo de todo el mal del mundo, pero no sé cómo hacerlo.

Continúa hablando, a pesar del dolor, como si necesitara liberarse de ese peso que le aplasta el pecho. "Y se llegó al punto de que mi madre tuvo que ir al hospital una vez" dice, su voz que se rompe de nuevo.

"Le rompió la nariz, le destrozó el tabique nasal, le contusionó las costillas" añade, su voz que se convierte en un susurro, como si estuviera confesando un secreto inconfesable. Mis ojos se ponen vidriosos y siento un nudo en la garganta.

"Habría hecho..." se bloquea, y sacude la cabeza, como si quisiera sacudirse de encima para siempre esos recuerdos horribles. "Le habría hecho de más, cosas de las que ni siquiera quiero hablar, ¿entiendes? Yo solo era un niño y ella solo era una madre que intentaba proveer a su hijo" añade, con el rostro contraído por el dolor.

"¿Pero él? Era el diablo. Estoy seguro" dice Liran, con una voz llena de rabia y resentimiento. "Sé que no puedes confiar en mí, Luelle, lo entiendo perfectamente, no soy estúpido. Y sé que debo vencer esos recuerdos dentro de mí" añade, su voz cargada de dolor y determinación.

"Debo liberarme de esa rabia y de ese dolor para corregir mis reacciones hacia ciertas personas" continúa, su voz que tiembla, como si estuviera combatiendo una batalla contra sí mismo. "Pero que sepas que sería el mejor padre para Axton" dice, con una fiereza que me llega a lo más profundo del corazón.

"Le daría más de lo que me daría a mí mismo" añade, su voz que se hace más dulce. "Y nunca dejaría, nunca, a vosotros dos. Ni siquiera dentro de un millón de años" dice, con una promesa que parece grabada en la piedra, un juramento eterno e inmutable.

Deja de hablar y respira con calma, secándose las lágrimas de los ojos. Su rostro está cargado de dolor, pero también de esperanza, como si hubiera encontrado la fuerza de seguir adelante, de superar su pasado y de recomenzar una nueva vida.

Mis ojos están inundados de lágrimas.

Y ahora se encuentran con los suyos, y veo a una persona que nunca he conocido verdaderamente, un hombre frágil y vulnerable, pero también fuerte y determinado, un alma atormentada que necesita ser amada y aceptada, justo como todos nosotros en este mundo.

"Te he juzgado mal" digo, con un hilo de voz, como si fuera una niña que acaba de descubrir una gran verdad. "Desde el principio, te he considerado una persona que no eres" añado, mi voz cargada de una mezcla de vergüenza y disgusto.

"Pensaba que eras un imbécil, un deportista que no sabía controlarse" continúo, como si estuviera haciendo una autocrítica, una confesión que me hace sentir humilde y consciente de mis errores. Mis ojos están perdidos en el vacío.

"Ahora estoy pensando, quizás debería ver dónde has crecido y dónde estás luchando" digo, con un susurro, como si estuviera hablando conmigo misma. "Quizás…" añado después, levantando mi mirada hacia él. "Quizás, debería estar ahí para ti como tú lo estarías para mí" susurro, como si estuviera tomando una decisión importante.

Y una nueva luz me ilumina los ojos. Su dolor me ha abierto el corazón. Quiero descubrir qué hay detrás de ese muro de rabia y miedo, quiero ver su verdadera esencia, el hombre que se esconde tras la máscara del deportista chulo e irascible.

Quiero amarlo.

Mis palabras son un punto de inflexión, un nuevo comienzo para ambos, una posibilidad de superar el pasado y construir un futuro juntos, una oportunidad de perdonar y de ser perdonados, de ir más allá de las apariencias y de descubrir la verdad que se esconde dentro de nosotros.

Liran sonríe, y una extraña paz se difunde en su mirada. Me pasa las manos por el pelo, con delicadeza, como si estuviera acariciando un tesoro precioso. Me besa la mejilla suave, un gesto de ternura que me derrite el corazón como mantequilla al sol.

"No merezco nada" dice, con un hilo de voz, como si se sintiera un pecador. "Pero te necesito, necesito tu amor, tu presencia, todo lo que eres. Es una locura lo mucho que te amo" añade, con una voz cargada de pasión y deseo.

"Todos merecen una segunda oportunidad, ¿verdad?" digo, con una sonrisa que finalmente me ilumina el rostro. "Haré lo posible por perdonarte" añado, intentando infundir coraje, a mí misma y a él, para afrontar el futuro con esperanza.

"Solo prométeme que a partir de ahora serás fiable" continúo, con un tono de voz que se hace más serio. "No puedo estar con alguien que me arruina la carrera o que escupe en la cara a mi cámara" añado, con una risa ligera que se mezcla con el sonido de la música.

Mi risa es la respuesta a su dolor, una medicina para curar las heridas del pasado, una pequeña chispa de esperanza que ilumina nuestro futuro, un atisbo de locura y de felicidad que nos hace humanos. Mis miedos se vuelven pequeños como un grano de arena.

"¡Y no haré más papelones en las alfombras rojas!" añado después, con tono jocoso. Me río a gusto, no porque sea tan divertido, sino porque siento que las cosas están cambiando, que un nuevo capítulo de mi vida está a punto de comenzar, una nueva aventura que vivir y que compartir con él.

Y todo esto parece casi mágico, casi irreal. Y sin embargo, es todo verdad. En ese momento, bajo la luz de la luna, con el sonido de los violines que llena el aire, y una extraña alquimia que parece ligar nuestras almas, ya no parece tan imposible.

Es como si estuviéramos en una película, una de esas historias románticas que siempre acaban con el final feliz, donde el amor vence siempre sobre todo, un clásico sin tiempo que siempre me ha hecho soñar, y que ahora estoy viviendo en primera persona.

Y la sensación del perdón se hace cada vez más fuerte, me invade el corazón como un río en crecida, borrando la rabia y el rencor, transformándolos en una nueva energía, un nuevo deseo de amar y de ser amada.

Liran asiente, masajeándome los nudos del cuello, como si quisiera derretirme todos los miedos y las incertidumbres, sus movimientos como una caricia, una cura para las heridas de mi corazón y de mi alma.

"Sé que yo tampoco querría algo así de ti" susurra, con un hilo de voz, como si estuviera hablando consigo mismo. "Cadence siempre hacía cosas aventuradas, gritaba contra las cámaras, se subía la camiseta delante de la gente y se drogaba demasiado. Odiaba todo eso de ella" añade, su rostro que se contrae por el dolor.

"¿Entonces por qué debería hacértelo a ti? Lo siento. Por todo" susurra, con la voz rota por el dolor. Y sus palabras me alcanzan el alma como una flecha lanzada por un arquero sin piedad.

"Te perdono" susurro, mi mano que acaricia su pecho caliente, como si estuviera intentando

transmitirle toda mi ternura, todo mi amor, todas mis ganas de creer en él. Un beso ligero.

Cierro los ojos, abandonándome completamente a su abrazo, a su calor, a su perfume. Todo lo que ha sucedido hasta ahora parece un recuerdo lejano, una pesadilla de la cual me acabo de despertar.

Los miedos se desvanecen y todo parece hacerse más sereno, más ligero, como si hubiera encontrado finalmente mi lugar en el mundo. Las cosas irán mejor a partir de ahora, deben ir mejor, porque la vida no puede ser solo dolor y sufrimiento, quiero creer en el poder del amor.

"¿Liran?" susurro, mi voz que se hace endeble.

"Sí, ¿mi chica de ojos marrones?" responde él, con una voz que me derrite como nieve al sol. Y su tono de voz es una melodía que me hace vibrar por dentro, una serenata que me hace sentir a salvo y amada.

"Te amo también" digo después, las palabras que salen de mi boca como una liberación, un secreto finalmente confesado, un sentimiento que no puedo esconder más, una verdad que me hace sentir libre y feliz, condenadamente enamorada.

No pasa mucho tiempo antes de que nos durmamos juntos, nuestros cuerpos que se estrechan y se entrelazan, nuestras espaldas apoyadas en las baldosas del tejado, nuestras almas que se funden en un único latido del corazón.

La luz del sol de la mañana acaba haciéndose camino sobre los valles y las montañas en los confines del mundo, iluminando nuestros cuerpos abrazados, como si fuéramos dos estrellas caídas del cielo, y todo lo demás parece desvanecerse, como si existiéramos solo nosotros dos.

Todo va bien en mi mundo, es más, no, es todo perfecto. En ese momento, y por primera vez después de tanto tiempo, me siento verdaderamente feliz, amada, satisfecha, como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo, un oasis de paz en el desierto del alma.

31

LIRAN

"¡Vamos! ¡Ánimo, tú puedes! ¡Guau, eres tan grande y fuerte!"

Axton corre hacia mí a toda velocidad, con los brazos abiertos como alas, mientras emite un rugido de dinosaurio que haría palidecer a un T-Rex.

El corazón me late a mil por hora. Lo miro mientras se mueve con esa energía incontenible, una fuerza de la naturaleza que me llena de alegría.

Es increíble cómo ha cambiado en tan poco tiempo, de un bebé indefenso a un pequeño tornado de emociones.

Lo observo correr hacia mí, con el rostro iluminado por la felicidad, y es como si una descarga eléctrica me recorriera el cuerpo.

"¡Oh, Dios mío!" Luelle levanta la voz para que todos los presentes escuchen su sorpresa, pero sin apartar los ojos de Axton. "¡Nunca había corrido tanto antes! ¡Parece un pequeño rayo!"

Su expresión es una mezcla de asombro y orgullo, como si estuviera presenciando un milagro.

Entiendo perfectamente su emoción, porque es la misma que siento yo en este preciso instante.

Cada pequeño progreso suyo es una gran victoria para nosotros, una confirmación de que estamos haciendo algo bien.

"¡Vamos, campeón! ¡Tú puedes!" lo animo, con un punto de ansiedad en la voz. Veo que tropieza y cae al suelo, pero se levanta inmediatamente, sin siquiera un lamento. Su mirada se fija en la mía, cargada de determinación, y luego se lanza a mis brazos riendo feliz.

Aprieto fuerte su pequeño cuerpo contra el mío, embriagado por su olor a niño y por la energía que emana. "¡Lo has logrado! ¡No puedo creer que hayas llegado hasta aquí!" le susurro, inundándolo de besos.

Su entusiasmo es contagioso, una ola de positividad que me arrolla. Es increíble cómo un simple abrazo puede llenar mi corazón de tanta alegría.

"¡Papá! ¡Yo papa!" dice, mezclando las palabras en un galimatías adorable. Su pronunciación es imperfecta, pero cada sílaba es una obra maestra.

Su forma de expresarse es un pequeño paso hacia un mundo más amplio, una anticipación de todas las historias que un día contará.

Cada vez que lo oigo hablar es una pequeña magia, un sonido nuevo que se añade a la banda sonora de mi vida.

Nunca me canso de escucharlo, su voz es mi melodía preferida.

"¡No me puedo creer que hable tanto!" exclama Luelle, con una sonrisa radiante que le ilumina el rostro. "No tiene sentido. ¡Nunca ha dicho una palabra conmigo!"

Sus palabras son una mezcla de asombro y diversión, como si hubiera descubierto un secreto inesperado.

Observándola, entiendo lo sorprendida que está por esta pequeña gran evolución, como si hubiera asistido al nacimiento de un nuevo mundo.

A nuestro alrededor, hay una miríada de familias, madres y padres que disfrutan de sus hijos,

inmersos en su pequeño microcosmos de amor.

"Probablemente era solo el momento justo" razono, tratando de dar una explicación lógica a este pequeño milagro. "Crece cada día más, y a cada día corresponden nuevas etapas evolutivas. Quizás es por eso que se ha desbloqueado de repente".

Las palabras me salen espontáneas, casi para tranquilizar a Luelle, aunque en el fondo sé bien que no hay una verdadera explicación racional.

A veces, la vida nos reserva sorpresas inesperadas, pequeños eventos que nos dejan sin aliento.

Y este momento, aquí y ahora, es uno de los que quiero enmarcar en mi álbum de recuerdos más preciados.

Ella suspira, mientras sus ojos se pierden en los míos. "Lo sé" dice, con una nota de melancolía en la voz. "El tiempo pasa tan rápido. Parece ayer que nos conocimos la primera vez, en el estadio en Dallas, después de tu victoria en el Super Bowl, y luego en la fiesta..."

Su tono es dulce, teñido de una pizca de nostalgia por los momentos transcurridos.

El tiempo parece volar de las manos, llevándose momentos que se convierten en recuerdos para guardar celosamente.

Y me encuentro pensando en cuánto hemos cambiado, en cuánto hemos crecido, en cómo nuestra vida se ha transformado en un abrir y cerrar de ojos.

"¡Mamá! ¡Amor!" grita Axton, interrumpiendo nuestros pensamientos con un agudo vocerío. "¡Amor Mamá!" repite, estirando los brazos hacia Luelle, como si la quisiera abrazar fuerte.

El sonido de su voz es como una flecha que golpea el corazón de Luelle, que se derrite en una sonrisa radiante.

Es increíble la conexión que los une, un hilo invisible que los une en un abrazo eterno.

El amor es el verdadero pegamento de nuestra familia, el motor que nos impulsa a dar lo máximo cada día.

Su corazón se hace añicos, obviamente, frantumado por el amor, y yo no puedo evitar sonreír, testigo de este espectáculo.

La veo agacharse para besarle la barriga, sus ojos brillan con una luz intensa, mientras lo levanta hacia el cielo.

Es un gesto instintivo, una forma de anular las distancias y de hacerle sentir todo el amor que siente por él.

"¿Quieres ir al columpio? ¿Quieres que mamá te empuje?" le pregunta ella con la voz temblorosa de emoción.

Su corazón es un polvorín de sentimientos, una sinfonía de amor que llena el aire.

Axton asiente y bate las manos en señal de aprobación, impaciente por empezar la diversión. "¡Okay!" dice Luelle, acomodándolo con cuidado en el asiento del columpio para niños. Su mirada está llena de premura, mientras lo acomoda bien y luego lo empuja suavemente.

Su toque es ligero, casi una caricia, mientras le da el primer empujón, inaugurando un nuevo juego.

Lo observa con atención, mientras el columpio comienza a moverse, y una expresión de total alegría se dibuja en el rostro de mi hijo.

El sonido de sus risas es la sinfonía más bella del mundo, una armonía perfecta que llena el parque y mi corazón.

Lo empuja suavemente y lo observa mientras se divierte de lo lindo. Es increíble de ver. Es como si el columpio lo lanzara a otra dimensión.

Su rostro es un espejo de felicidad, mientras sus piernas cuelgan en el vacío, y sus risas

resuenan en el aire.

Es como si para él no existiera nada más, en ese preciso instante.

Solo el viento que le despeina el cabello y la sensación de volar libre hacia el infinito.

Es un espectáculo conmovedor, que me llena de una alegría inmensa.

Imagina a tu hijo, ese que de alguna manera has creado tú, que ahora es lanzado al espacio solo por un pequeño empujón en un columpio.

Es una metáfora potente, que me hace reflexionar sobre el significado de la paternidad y sobre la fuerza del amor.

Cada pequeño gesto, incluso el más simple, puede convertirse en un momento especial, si se vive con la justa intensidad.

El amor es una energía inagotable, que nos permite superar cada obstáculo y de alcanzar cimas impensables.

Me pongo delante de él, teniendo en la mano un balón de fútbol americano de peluche, más pequeño que su cabeza. "¡Axton! ¡Corre largo!" grito, lanzándolo en su dirección. Quiero hacerlo sentir parte de mi mundo, aunque todavía no comprenda las reglas del juego.

Su mirada se ilumina de alegría, mientras el balón vuela hacia él, y su rostro se distiende en una sonrisa maravillosa. Es como si hubiera entendido mi intención, sintiéndose parte de algo especial. Su felicidad es mi tesoro más grande, un premio inestimable por cada esfuerzo.

Aterriza en el asiento del columpio. Exulta como si acabara de marcar un touchdown, un grito de alegría que se dispersa en el aire. Su entusiasmo es incontenible, y yo no puedo evitar sonreír, contagiado por su euforia. La suya es una victoria especial, una conquista personal que lo llena de orgullo.

Cada pequeño éxito suyo es una gran emoción para nosotros, una confirmación de que nuestro amor lo está guiando hacia un futuro radioso. Quisiera poder detener el tiempo, e imprimir para siempre en mi memoria cada instante de esta jornada.

Después de pocos minutos, estamos todos cansados. Los rayos del sol, ya bajos, comienzan a pintar el cielo con tonalidades cálidas e intensas.

El parque está envuelto por una luz dorada, que crea una atmósfera mágica y surreal. El atardecer es el preludio de una nueva noche, un momento de paso que anuncia la calma y el reposo.

En la lejanía, la ciudad comienza a iluminarse, transformando el paisaje en un cuadro viviente.

Las familias se preparan para volver a casa, cargadas de recuerdos y emociones para conservar en el corazón.

El aire se hace más fresco, trayendo consigo una sensación de paz y de serenidad.

Me giro hacia Luelle y le beso su piel maravillosa, saboreando la dulzura de sus labios y la fragancia de sus cabellos.

Su toque es como una caricia, un abrazo que me tranquiliza y me hace sentir protegido.

Es un momento de intimidad que nos une, un silencio cargado de emociones y de sentimientos.

En este preciso instante, el resto del mundo no existe más, estamos solo nosotros dos y nuestro amor.

"Nunca habría pensado que Axton tendría a alguien en su vida" me confía con un hilo de voz, mientras nos tumbamos en la hierba, abrazados, con nuestro hijo que juega con mis cordones. "Quiero decir, me quedé embarazada y pensé: 'Podría ser fácil. Puedo lograrlo sola'. ¡Qué ingenua era!" sonríe amargamente, mirando hacia el cielo.

Su tono es melancólico, teñido de un lamento por un pasado que no podrá nunca volver. La veo

repensar en todas las dificultades que ha afrontado, en todas las noches en vela y en todos los miedos que ha debido superar. Su fuerza es admirable, una llama que no se ha apagado nunca, a pesar de las mil tempestades.

"Lo habrías logrado" respondo, admirando su fuerza, la determinación que se esconde detrás de esa fragilidad aparente. "Solo se necesita un poco de tiempo para acostumbrarse, pero sé que eres una mujer increíble y una madre maravillosa".

Mis palabras son un homenaje a su tenacidad, un reconocimiento por todos los sacrificios que ha hecho por nosotros. Su fuerza es mi inspiración, mi brújula en este mar de emociones. Y estoy orgulloso de tener una mujer tan especial a mi lado.

"Imagino que tienes razón" me dice, con un suspiro. "Pero no es lo mismo. Un niño necesita a su papá. Necesita una figura masculina en su vida. Es como si en el momento en que Axton te ha visto hubiera cambiado. Ha dicho sus primeras palabras. Corría. Tú lo cargas de energía, Liran. Le das mucha fuerza".

Sus palabras son un dulce cumplido, una declaración de amor que me llena el corazón de alegría.

Me doy cuenta de cuán importante es mi rol en la vida de Axton, y me siento agradecido por haber tenido esta oportunidad. Y prometo a mí mismo hacer lo mejor que pueda para ser un padre siempre presente y amoroso.

"Es fácil amarlo" digo, con una sonrisa que me ilumina el rostro, mientras le acaricio el cabello. "Todo lo que viene de ti debe ser un ángel". Mis pensamientos corren veloces y mi voz está llena de un amor sincero y profundo.

Las palabras me salen del corazón, como una confesión espontánea, sin filtros ni arrepentimientos. La belleza de nuestro amor es un don precioso, un faro que nos guía en la oscuridad.

"No veo la hora de volver a Massachusetts" digo, con un velo de melancolía. No logro evitar repensar en los partidos importantes que me esperan, en los playoff que podrían cambiar el curso de mi carrera. Mi mente está ya proyectada hacia el futuro, hacia los campos de juego y los desafíos que me esperan. Pero en mi corazón hay también un poco de tristeza por tener que dejar a mi familia, mi punto de referencia. Y quisiera tener la certeza de que todo esto no terminará nunca, que podré siempre volver entre los brazos de las personas que amo.

"No será tan malo" razona ella, haciéndome volver al presente con una sonrisa alentadora. "Yo estaré en Nueva York. No está lejos. Y vendré a todos los partidos de la región, prometido. Además, te divertirás al estar de nuevo con los chicos, a hacer el tonto como los verdaderos millennials."

Su optimismo es contagioso, una oleada de positividad que me levanta el ánimo. Sus palabras son un bálsamo para mi corazón, una promesa que me da la fuerza de seguir adelante. Y estoy agradecido de tener una mujer tan fuerte e independiente a mi lado.

Casi estallo a reír, solo al pensar en una fiesta entre hombres. "¿Divertirme? Toda la NFL me odia en este momento" digo, con un tono irónico. "Los Pioneers se estarán preguntando dónde me he metido, si me han tomado en serio o si por casualidad he hecho una broma de youtuber en directo. No soy exactamente un jugador de deporte perfecto a los ojos de mi agente" concluyo, dejándome escapar una risa amarga. Mi tono es sarcástico, teñido de una consciencia amarga de mi situación actual. La verdad es que he montado un lío, y ahora debo pagar las consecuencias. Pero sé que no puedo permitir que el miedo me frene, debo seguir adelante con la cabeza alta, tratando de hacer lo mejor que pueda.

"Oye, mira el lado positivo" me dice con un tono ligero, como si me estuviera tomando el pelo. "No eres tan malo como OJ Simpson, venga. Al menos tú no has matado a nadie, por lo que sé". Su sarcasmo es punzante, pero me hace sonreír y me ayuda a quitarle hierro al asunto. Su ironía es un arma poderosa, una forma de afrontar las dificultades con ligereza y optimismo. Y estoy agradecido de tener una mujer tan inteligente y ingeniosa a mi lado.

"Joder, espero que no" replico, con una risa nerviosa. No quiero ni siquiera imaginar que me comparen con un monstruo así. Me levanto con dificultad, tomando de la mano a Luelle, y nos dirigimos juntos hacia el coche.

Su toque es ligero, una caricia que me tranquiliza y me hace sentir a salvo. Juntos, superaremos cualquier obstáculo, incluso el más insuperable. Y no veo la hora de vivir todos los momentos bellos que nos esperan. En pocos días estaré de nuevo "en casa". Me volveré a tirar a entrenar, a practicar, tratando mientras tanto de hacerme un buen nombre, de escalar las clasificaciones de popularidad, con todos los followers que me esperan de nuevo en las redes sociales. Mi mente está ya proyectada hacia el futuro, hacia los campos de juego y los desafíos que me esperan. Pero en mi corazón hay también un poco de tristeza por tener que dejar a mi familia, mi punto de referencia. Y quisiera tener la certeza de que todo esto no terminará nunca, que podré siempre volver entre los brazos de las personas que amo. Sé que al principio será difícil. Sé que mis compañeros me evitarán, me lanzarán pullas ácidas. No será fácil ganarme de nuevo su confianza, pero estoy listo para dar lo máximo.

Mi determinación es mi arma más poderosa, esa que me permite superar cada obstáculo y de alcanzar mis metas. Y no veo la hora de ponerme a prueba, y de demostrar a todos que no tengo miedo de nada.

¿Pero cuándo no me han evitado? Es una especie de mi marca de fábrica, mi brand identity. Me miro al espejo y veo mis tatuajes, mi corte de pelo a la moda, mis piercing. Soy diferente a los otros jugadores, y esto no es un defecto, sino un valor añadido.

Mi unicidad es mi fuerza, lo que me permite distinguirme de la masa y de dejar huella. Y estoy orgulloso de ser así, de no tener miedo de expresarme a mí mismo en cada situación. Por ahora, tengo un hijo que criar. Y no está tan mal, más bien. Es la cosa más bella que me haya pasado nunca en la vida. Mi familia es mi puerto seguro, mi refugio contra las tempestades.

Mi amor por Luelle y Axton es incondicional, una fuerza que me impulsa a dar lo máximo cada día. Y no veo la hora de vivir con ellos todas las aventuras que la vida nos reservará, con la esperanza de que no termine nunca.

32

LUELLE

"¿Realmente Liran Yardley tiene lo que se necesita? Ha destacado en algunos partidos últimamente, pero ¿será capaz de mantener este nivel cada noche? ¡Esa es la pregunta que todos se hacen esta mañana mientras los New England Pioneers se preparan para enfrentarse a los Denver Broncos!"

La voz del comentarista me entra por las orejas como un disco rayado, mientras enciendo la tele. La retransmisión previa al partido ya ha empezado, y mientras en la pantalla desfilan imágenes de Liran en el campo, siento que el corazón me late más rápido. Me siento en el sofá, con Axton apoyado en mí, e intento concentrarme, aunque es prácticamente imposible.

Siento una energía extraña en el aire, y no es solo por la emoción del partido que está a punto de empezar. Hay algo más, una mezcla de nerviosismo y expectación que me revuelve el estómago. "¡Qué contenta estoy de que estés en la ciudad!" grito hacia la cocina, con la voz que me tiembla ligeramente. Kezia está aquí solo de pasada, por dos días, y estoy felicísima de tenerla de nuevo por aquí.

"¿De verdad?" responde ella, con una sonrisa que le ilumina la cara, mientras juguetea con su banana split. La veo agitar la cuchara, con la habitual energía contagiosa que la distingue. "Pues prepárate para verme mucho más a menudo. ¡Me han ascendido en el trabajo!" anuncia, con un toque de malicia en los ojos.

Le robo la cereza de su copa y me la trago rápidamente, sonriendo como una tonta. "Estoy en el séptimo cielo por tu ascenso. ¡No te lo puedes ni imaginar! Representante para California de Dior, ¡es una pasada!" digo, con un énfasis que casi me hace reír. No sé por qué siempre soy tan impulsiva.

"Sí, habrá un montón de viajes, es verdad, pero significa que puedo escapar de Dallas cada mes. Yo diría que es más que aceptable" replica, con una nota de alivio en la voz. Luego apoya la cuchara y se inclina hacia mí, como si fuera a decirme un secreto.

"¡Espera, espera! ¡Está hablando él ahora!" exclamo, interrumpiendo la conversación. En la pantalla, ha aparecido un clip de una entrevista hecha hace unos días. La voz de Liran es profunda, penetrante. "Sé en mi corazón que seremos nosotros los próximos campeones de la Super Bowl. Es solo cuestión de tiempo, ya"

Lo oigo hablar con una seguridad que casi me asusta. "¿Cómo lo sabes, Liran?" le pregunta el periodista, con un tono casi sumiso.

Él se encoge de hombros, con una sonrisa chulesca que me pone la piel de gallina. "Porque soy el mejor" responde, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Oigo a los comentaristas imitar su ego desmesurado. "Ahí está la actitud arrogante que todos conocemos y amamos. Aunque, esperemos solo que consiga mantener a raya su temperamento en el partido de esta mañana."

"¡Pero qué tonterías!" grito, olvidándome por un momento de que Axton todavía está apoyado en mí. "No digáis nunca esas palabras" susurro, besando la cabeza de mi niño, con un gesto

protector que no me pertenece.

Kezia me mira, con una expresión extraña en la cara. Su sonrisa me hace sentir expuesta. Después de un minuto de esta tortura, me giro hacia ella y levanto las manos, rindiéndome. "¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?" le pregunto, en un susurro.

"¡Estás enamorada hasta las trancas!" grita, como si hubiera descubierto un secreto de estado. Axton aplaude fuerte y se ríe, como si lo hubiera entendido todo. Sus ojitos vivarachos están dirigidos hacia mí.

"No es verdad" respondo, enrojeciendo hasta la punta del pelo. Su afirmación me pilla completamente desprevenida. Me siento como si me hubieran pillado espiando en la vida de otra persona.

Kezia me bloquea con una mano, como si no pudiera soportar mis tonterías. "Chica, sé reconocer el amor cuando lo veo y tú lo tienes estampado en los ojos. No intentes hacer jueguecitos" dice, con un tono que no admite réplicas. Se inclina hacia delante, con una energía que casi me deja sin aliento. "Entonces, ¿él lo sabe?" me espeta, con una mezcla de curiosidad y malicia.

Me cubro la cara con las manos y respiro hondo, como si acabara de terminar una maratón. "Uf" suspiro, sintiéndome perdida en un laberinto de emociones. No sé por qué siempre es todo tan complicado en mi vida.

"¡Anda, tienes que contármelo todo! Soy tu mejor amiga y no me has llamado en semanas. Pensaba que habías pasado a mejor vida. ¡Me esperaba llegar aquí y encontrar un cadáver en la habitación!" bromea, con una nota de sarcasmo en la voz. Su humor negro me dan ganas de darle un pellizco.

"Para ya" susurro, apretando la cara contra la camiseta, intentando respirar hondo. Su sarcasmo no me hace sentir mejor. "Él lo sabe. Axton lo sabe. Lo sabemos todos. Somos una gran familia feliz" añado, con un hilo de ironía en la voz.

"¿En serio? ¡Oh, Dios mío!" se ríe a carcajadas, aplaudiendo y saltando en el sofá como una niña. No sé qué me da más risa: su reacción exagerada o el hecho de que mi vida se haya convertido en un reality show.

"Cálmate. No es para tanto, Kezia. Estamos, uh, intentando entender cómo movernos. Veremos cómo va a acabar" digo, intentando minimizar. Pero dentro de mí, las emociones son una auténtica batidora.

Ella muerde vorazmente el helado, con una expresión de placer que me hace la boca agua. "Más te vale tener cuidado" dice, con un tono de advertencia. "¿Has visto cómo dejó a tu productor? He oído que tuvo que hacerse una reconstrucción facial completa. Sé que los deportistas están un poco locos, pero ¿de verdad crees que Axton necesita toda esta agresividad en casa?" Mi hijo, más despierto de lo que pensamos, empieza a llorar.

Sus palabras me pinchan en lo vivo. Me levanto de golpe, con Axton en brazos. "Ven, pequeño" susurro, acariciándole la cabeza. Lo llevo hacia su habitación, intentando calmarlo.

"¡Oh, para! No quería decir nada malo. De verdad. Lo siento" me grita detrás, mordiéndose las uñas. Sé que está intentando disculparse, pero sus palabras han desatado algo dentro de mí.

"¡Papá!" grita Axton, indicando la pantalla con un dedo regordete. Sus ojitos están puestos en la tele, donde Liran ha vuelto a ser protagonista.

"Lo sé, lo sé. Pero tienes que ir a dormir, cariño" susurro, besándole la cara. Lo meto en la cuna y lo tapo con su manta favorita.

"Te estás poniendo pesado, ¿eh? Pronto te tendremos que comprar una cama de mayor" digo,

acariciándole la cabeza. Cojo su juguete favorito, un balón de fútbol americano de peluche que le dio su padre. Los ojos se me llenan de lágrimas. Dentro de poco será un hombrecito. El tiempo vuela, joder.

Vuelvo al salón y me siento al lado de Kezia, sintiéndome de repente agotada. "Ya le he dado muchas vueltas" digo, con un tono de voz más pausado. Sus palabras me han empujado a aclarar las cosas dentro de mí.

"Estoy dispuesta a darle otra oportunidad. Deberías verle con Axton, Kezia. Es un padre increíble. De verdad" añado, intentando justificar mi decisión. Su amor por Axton es mi ancla.

"Vale" dice ella, sin añadir nada más. Su tono es ligeramente escéptico, pero entiendo que está intentando apoyarme.

Nos sentamos a ver el partido, en un silencio cargado de tensión. Lo raro es que ¡me gusta de verdad! Lo que antes era un aburrido partido de gente dándose de hostias, ahora me da una descarga de adrenalina y excitación.

La televisión explota en aplausos, con el habitual caos cacofónico que acompaña a cada comentario deportivo. "¡Liran Yardley en persona acaba de llevar el balón a la zona de anotación! Es decididamente el favorito del entrenador en este momento, y con razón. Si ganan este partido, accederán a los campeonatos de la Super Bowl."

Otro comentarista replica enseguida, con su habitual tono de bravucón. "Eso es lo que pasa cuando intentas placar a Liran Yardley. No se puede hacer, punto y final. El marcador actual es de 28 a 3 para los Pioneers. ¡Me encanta cada segundo de este espectáculo, Chris!"

"Lo conseguirá" susurro para mí misma, mientras aprieto los puños y me muerdo el labio inferior. Siento un estremecimiento de excitación, mientras veo a Liran que corre por el campo, con la velocidad y la gracia de un dios. Kezia me mira y se ríe, sacudiendo la cabeza. "¡Los llevará a la Super Bowl!" grito, perdiendo completamente el control.

En el campo, veo a Liran que mira a su alrededor, de modo frenético. Grita números, estudia la defensa, con una atención maniaca que me pone la piel de gallina. Cuando se siente finalmente preparado, llega la orden. "¡Hike!" El balón le llega rápido como una bala.

Un lineman ha conseguido romper la guardia ofensiva. Liran se gira de golpe, y se agacha para esquivarlo. Busca con los ojos a un compañero, y encuentra a Clayton a una decena de metros de distancia. Lanza el balón con un movimiento fluido, pero es inmediatamente placado. El balón no llega ni de lejos a Clayton.

"¡No!" grito, saltando de pie, como si me hubiera dado una descarga. No puedo creer lo que veo. Mi corazón late a toda velocidad, por la ansiedad. "¡Anda! ¡Es una falta o algo así!" me giro hacia Kezia, para buscar consuelo. "¿Verdad?"

Ella se encoge de hombros, con una sonrisita irónica en la cara. "¿Qué sé yo? Pero es verdaderamente divertido verte volverte loca por una cosa que a duras penas entiendes." Su indiferencia me dan ganas de tirarle un cojín a la cara.

"¡Espera! Un segundo…" digo, con un tono de voz que no admite réplicas. Mi atención vuelve de nuevo a la tele, donde la situación está en pleno desarrollo. Veo a Liran que está discutiendo con el jugador que lo ha placado. Levanta las manos en señal de frustración y se quita el casco. El otro jugador lo empuja, haciéndolo casi caer.

"Por favor, no lo hagas, Liran" imploro, como si él pudiera oírme. "No me defraudes, joder…" susurro, con un hilo de voz. Mi mirada está fija en la pantalla, como si estuviera en trance. Kezia me observa con una expresión de curiosidad.

Los jugadores de ambos equipos corren enseguida al campo, intentando evitar una pelea. Liran

tira el casco al suelo con rabia y carga rápidamente el brazo. "¡No!" grito, con todo el aliento que tengo en la garganta. Su puño hiende el aire y se abate sobre la mandíbula del jugador que lo ha provocado. El hombre cae hacia atrás sobre el manto herboso, inconsciente.

"Se acabó" murmuro, con un tono de voz carente de emociones. "Se acabó para él" repito, como si estuviera recitando una fórmula mágica. Siento un nudo en la garganta, mientras veo la escena que se está desarrollando.

"Solo ha sucedido en el campo. No es una cosa grave, Luelle. Estas cosas pasan siempre, ¿qué te esperabas?" me pregunta, con una voz que parece provenir de otra dimensión. Pero es demasiado pronto después de lo que ha sucedido con mi productor, el dolor es todavía demasiado fresco, la rabia me corroe las entrañas. Me hizo una promesa. Y la ha roto solo pocos días después.

El resto del equipo ha explotado en una pelea furibunda. Clayton, Joash y todos los demás se dan puñetazos como posesos. Liran es parado por dos agentes de la seguridad, mientras se retuerce como un loco para liberarse. Veo los músculos de su cuerpo contraerse, mientras intenta zafarse de su agarre.

Finalmente, un escuadrón entero de seguridad y de policía entra en el campo para parar el caos. Es un verdadero espectáculo indecente, que me dan ganas de vomitar. No consigo entender cómo se puede llegar a tanto.

El comentarista, en cambio, está en el séptimo cielo. "¡Nunca he visto nada igual! ¡Ambos equipos se están masacrando en el campo, Chris! Es un desastre completo. Lo he dicho también antes, la misión de ese cabeza caliente de Liran Yardley es la de destruir el partido. ¡Y esto vale también para todos los jugadores!"

Alzo las manos por encima de la cabeza, grito y agito el puño. "¡No! ¡No! ¡No!" grito. "¡Deficiente!" añado, con la voz que me tiembla por la rabia. No consigo creer a lo que veo.

"Su carrera, Chris, está en riesgo en este momento. No es una buena luz bajo la que verlo. Estoy seguro de que los patrocinadores no estarán muy contentos" añade, con un tono complacido, como si estuviera saboreando el desastre que se va a abatir sobre Liran.

"Oh, apaga. No aguanto más mirar" digo, volviéndome hacia otra parte, intentando huir de la realidad. Su comportamiento es imperdonable. No puedo soportar ver todo esto.

Kezia agarra el mando a distancia y apaga la tele. "Bueno, estoy segura de que tendrá sus buenas razones para haber hecho lo que ha hecho. El tío, de todas formas, lo había empujado." Sus palabras, sin embargo, no me hacen sentir mejor.

En la tele, antes de que la pantalla se apagara, los había oído claramente decir: "Fuentes dicen que sus recientes explosiones de rabia podrían ser debidas al hecho de que se está viendo de nuevo con Cadence Stonebridge. No es una buena señal. Estas son, debo decir, solo rumores y los tabloides podrían equivocarse. Sin embargo, él…"

Kezia ha apagado la tele a tiempo.

"¿Se está viendo de nuevo con Cadence? Pero qué cojones…" repito, con un hilo de voz. Siento el corazón latir a toda velocidad. La rabia me está subiendo, como un río en plena crecida. Dudo por un momento, pero luego la verdad me golpea de lleno, con toda su fuerza. "¿Sabes una cosa? Probablemente tienes razón. Estoy segura de que tiene un montón de razones para comportarse de este modo. ¡La principal es que me está engañando, joder!"

"Será mejor que me vaya" suspira Kezia, con una expresión contrita. "Lo siento de que te esté sucediendo todo esto, Luelle. De verdad. Tienes que dejar a ese perdedor. Si no lo haces, no digas que no te había advertido. ¿Desde cuándo te interesan los deportistas, de todas formas?"

me pregunta, con una nota de curiosidad, que no sé si me irrita o me divierte.

"Kezia, él es el padre de mi hijo" digo, alzando las cejas. No sé cómo hace para no entenderlo, después de todo este tiempo. "De todas formas, probablemente tienes razón. Necesito estar sola por un tiempo. Debo reflexionar sobre todo" añado, con un tono de voz que me sale endeble.

"Vale, cariño. Prométeme solo una cosa. Haz lo que es mejor para ti y para tu hijo, no para nadie más. Liran es un adulto. Y debería empezar a comportarse como tal." me dice, con una nota de seriedad en la voz. Son palabras que me resuenan dentro como una advertencia.

33

LIRAN

"¡Me cago en la puta! ¡Me cago en la puta de todo!" grito con una rabia que me incendia las venas, dando un puñetazo tan fuerte en el suelo que hace temblar toda la habitación.

La descarga de adrenalina me sacude las extremidades, mientras que los nudillos se me ponen incandescentes. Siento el sudor que me corre como ríos desbordados por los ojos, inundándome la vista de mil chispas y goteando, finalmente, sobre las zapatillas de deporte que llevo puestas. Es una sensación asquerosa, pegajosa y molesta, como toda esta jodida pantomima que me está mandando al manicomio.

¡Todo una farsa, eso es! Una gigantesca, patética payasada que me dan ganas de romperlo todo.

Hemos ganado el partido, por lo visto. El speaker del estadio lo ha anunciado con su voz atronadora y engreída, que me dan aún más ganas de patear la pared. Pero la amarga verdad es que lo han ganado sin mi putísima ayuda. Sin que yo tocara el balón ni un solo segundo. Me han sacado del juego como a un perro sarnoso, sin un mínimo de explicación o de aparente lógica. Solo órdenes gritadas y manos que me agarran, arrastrándome como a un saco de basura.

Big Bob, con su habitual forma de sargento mayor, me da vueltas con una expresión tan sombría que haría palidecer incluso al más tenebroso de los personajes de terror que he visto en Netflix. Parece un buitre que espera solo el momento justo para devorarme. Valora sus opciones, como si fuera un maldito experimento de laboratorio, y yo siento una rabia ciega montarme dentro. El resto de los entrenadores y mi agente de relaciones públicas están sentados en un sofá de cuero, frente a mí, con los brazos cruzados sobre sus trajes nuevos de paquete, tan perfectos que parecen sacados del último número de GQ. Tienen la pinta de un pelotón de ejecución.

El entrenador se detiene y con su mirada de hielo, me pregunta: "¿Qué quieres de nosotros, Liran? ¿Acaso quieres que nos quedemos mirando sin hacer nada, mientras provocas un lío en el campo? ¿Quieres que nos hagamos a un lado mientras destruyes toda nuestra reputación y la del equipo? Nuestro trabajo está en riesgo, ¿lo sabes? Nuestro futuro está en la cuerda floja. Joder, tu trabajo está en riesgo" concluye, usando un tono de voz que me dan ganas de darle un cabezazo.

La pregunta me hace sobresaltar, pero lo miro directamente a los ojos, con una mirada que no admite réplicas. "¿Me suspenderán?" pregunto, sintiendo las palabras rebotar en la habitación con un eco sombrío, que resuena como un toque de campana fúnebre. El corazón me martillea en el pecho, mientras que la consciencia de mi cagada me golpea como un puñetazo en el estómago. No debería haber reaccionado de ese modo. Pero ha sido más fuerte que yo.

Mi mánager, Jevin O'Malley, con su habitual aire de sabelotodo y su sonrisa falsa estampada en la cara, se entromete, interrumpiendo mi flujo de conciencia y mis más secretas fantasías de violencia. "La prensa ya está enloqueciendo, Liran" dice, con un tono de voz de predicador que me dan ganas de gritar. "Es peor que una suspensión. Tus patrocinadores amenazan con retirarse. Te estás convirtiendo rápidamente en un nombre al que nadie quiere ser asociado. Es hora de que te des una maldita regulada" concluye, con una expresión de falso remordimiento que me dan ganas de reventar toda la oficina.

Las imágenes de mi padre me destellan en el cerebro, como un viejo film en blanco y negro, descolorido y consumido por el tiempo. Me siento aturdido. Confuso. Siento el mundo que me gira alrededor, como si estuviera en un maldito carrusel que no se detiene nunca. No ha sido culpa mía, nunca es culpa mía, y esta es mi maldición. Si solo supieran lo que me ha dicho ese tipo, si solo hubieran podido entender, quizás no me estarían encima como una jodida colección de buitres listos para banquetearse sobre mi cadáver.

El agente de relaciones públicas no me da un instante de tregua y continúa, despreocupado de mi evidente sufrimiento. "¿Es verdad que te estás viendo de nuevo con Cadence?" me pregunta con ese su tono de voz melifluo e insoportable, como si estuviera hablando de la previsión del tiempo. La pregunta me golpea como un rayo a cielo sereno, una repentina descarga eléctrica que me dan ganas de destrozarlo todo.

Casi me caigo hacia atrás sobre la silla, sintiendo la rabia montar como una marea impetuosa. "¿Qué demonios de pregunta es esa?" respondo, con un tono de voz tan cargado de frustración que hace temblar las paredes. No puedo creer que me esté preguntando una cosa así, justo en este momento. No es asunto suyo lo que hago con mi vida privada. Y Cadence… Cadence es un capítulo cerrado desde hace tiempo.

"Es una persona tóxica, Liran" continúa el agente, como si estuviera leyendo un guion escrito por algún guionista fracasado de Hollywood. "Te meterá en problemas. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez, cuando intentó demandarte? Los medios te masacraron" concluye con ese su tono de voz condescendiente que me dan ganas de darle un puñetazo en la cara de buen chico.

"No es solo una persona tóxica. Es un pedazo de basura al margen de la carretera, un completo desastre de vida. No saldría con ella ni aunque me pagaran" escupo fuera, con un desprecio que me sale por cada poro. De repente siento un fuerte dolor de estómago, como si hubiera tragado una tonelada de clavos oxidados. El asco me sube a la garganta, junto a una repentina náusea.

"No es eso lo que le está diciendo al Enforcer" replica el agente, como si acabara de descubrir la última teoría conspirativa en TikTok. El Enforcer es el tabloide preferido de todos, el receptáculo de todo género de cotilleo y bulo. Son famosos por sus exageraciones, sus mentiras y por no verificar nunca sus fuentes, pero la gente continúa leyéndolos como si fueran la última palabra de la verdad.

"¿Y ustedes le creen?" pregunto con un tono de voz teñido de incredulidad y desprecio. "Dios, ¿qué clase de gente son? Dejen de leer esa basura y concéntrense en el partido" concluyo, con un bufido de exasperación. Pero sé que estoy jodido, que he caído directo en el fango. Como mínimo me suspenderán y Luelle me dejará, harta de todas mis cagadas. Lo he intentado, joder. Lo he intentado de verdad, con toda mi alma.

Jevin, sin embargo, no suelta la presa. "No es mi tarea concentrarme en el partido, hijo. Es mi tarea concentrarme en lo que la gente dice de ti" me dice con un tono de voz de superior que me dan ganas de darle un cabezazo. "Ahora, un montón de personas probablemente saben que no es verdad. Lo que intento decir es que hay muchas otras personas que no lo saben. Así que lo que tenemos que hacer es hacer circular una declaración en la prensa. Si de verdad estás diciendo la verdad, y por tu bien espero que sea así, entonces tenemos que denunciarla en seguida" concluye, con un tono de voz de héroe que me dan ganas de vomitar.

Su discurso me hace salir de quicio. "¿Qué más ha dicho?" le pregunto, mirándolo con expresión seria, intentando mantener un control que se me está escapando de las manos. Necesito saber hasta qué punto se ha ido esta sucia mentirosa, hasta dónde se ha adentrado en su densa red de mentiras y calumnias. Quiero saber qué ha dicho de tan asqueroso como para hacerme llegar a

este punto.

El hombre duda, como si estuviera por pronunciar una palabrota o contar un secreto inconfesable. Tose por la saliva, como si hubiera tragado una mosca e intenta esconder su vergüenza con una sonrisa forzada. "Ha dicho…" comienza, mirando a los entrenadores en la habitación, casi para pedir una especie de aprobación o de consejo. En este momento están conteniendo la respiración y sacudiendo la cabeza, como si acabaran de ver un zombi.

"Bueno, Liran. Afirma que te has propuesto a ella. Más de una vez" concluye, con un tono de voz tan neutro que me dan ganas de saltarle encima. Siento sus palabras que me golpean como proyectiles, haciéndome faltar el respiro. Es una acusación absurda, ridícula, una completa locura, y aún así sé que hay quien le creerá, quien se dejará convencer por esta sucia mentirosa.

"¡Es una jodida mentira!" grito con una rabia que me hace temblar la voz. "No me haría nunca más a esa troll, ¿me oyes? ¡Nunca más!" concluyo, con un desprecio que me sale por cada poro. No entiendo cómo hacen para creer aunque sea por un segundo a una mentira así. No entiendo cómo no ven la verdad que se me lee en los ojos, el dolor que me desgarra el corazón.

El entrenador, exhausto, suspira y me hace una señal para que me calle. "Cálmate. No necesito oír hablar más de eso. Solo necesitamos que tú te ocupes de todo. ¿Te parece bien?" pregunta, con un tono de voz tan plano que me dan ganas de reventarle la cara de bronce.

"Parece un plan" respondo, intentando mantener a raya la rabia que me está devorando desde dentro. No puedo perder el control, no ahora. Tengo que mantener la calma, tengo que fingir que soy fuerte. Y tengo que encontrar un modo para hacérsela pagar a esa sucia mentirosa.

"Bien, chicos. Creo que han oído todo lo que tenían que oír" dice Williamson con un tono de voz de general que está por mandar las tropas a la batalla. "Ahora, les pido a todos que se vayan. Necesito un poco de tiempo a solas con mi quarterback" concluye, ahora mirando fuera de la ventana, con una mirada perdida en el vacío, como si estuviera intentando vislumbrar una verdad que no existe.

Los hombres a nuestro alrededor balbucean, como si fueran una manada de animales enfurecidos, y se dirigen hacia la salida, en pequeños grupos, todos juntos, como un pelotón de soldados en fuga. Mientras cierra la puerta, mi mánager se inclina hacia dentro, metiendo la cabeza como un perro curioso. "Llámame enseguida después de salir de aquí. Necesitaremos una declaración. Es más, hagamos también una conferencia de prensa esta semana" me dice con una sonrisa falsa que me dan ganas de darle una patada.

"Sí, claro" balbuceo, con un tono de voz cansado y carente de esperanza. "Te llamo yo" concluyo, dándole la espalda, cansado y agotado por esta inútil farsa. Ya no tengo ganas de escuchar sus parrafadas, sus discursos insulsos y sus consejos falsos.

El coach cierra la puerta con llave con un chasquido metálico, como si quisiera sellar mi condena. Emete un gran suspiro de estrés, como si se acabara de liberar de un peso insoportable. Después, increíblemente, hace una cosa que me deja completamente sin palabras. Se pone a reír a gusto, sacudiendo la cabeza como si acabara de asistir a una comedia divertidísima. "¿Qué coño? ¿Le hago gracia?" pregunto con un tono de voz que oscila entre la incredulidad y la frustración, confuso por el hecho de que todo eso le divierte.

"¡Amo tu energía, Yardley!" ríe, con una risa que me da escalofríos por la espalda. "¡Finalmente juegas como si quisieras ganar!" continúa, con un tono de voz de loco que me dan ganas de darle de hostias. "Escucha, vamos al grano. Te suspenderán, Liran" concluye con una voz de hielo, apagando de repente la sonrisa que se le había dibujado en el rostro.

"Mierda" digo con un susurro, sintiendo una oleada de pánico que me hiela la sangre en las

venas. Casi me demito en ese preciso instante, sintiendo la rabia subir como una marea impetuosa. En mis veinte años y pico de carrera, no he faltado nunca a un partido. Nunca. Ahora me hablan de suspensión, como si fuera la cosa más normal del mundo, y yo siento el mundo derrumbarse sobre mí como un castillo de cartas. "¿Por cuánto tiempo?" pregunto con la voz rota por el miedo.

"Un partido" responde, con un tono de voz tan indiferente que me dan ganas de reventarle la cara. "¡Eh, no me mires así!" me amonesta con el ceño fruncido. "Tienes suerte de que yo haya dicho cosas amables sobre ti. Los de arriba te querían fuera por más tiempo. Decían que eres una responsabilidad para las emisoras. Un partido y volverás al campo, a guiar al equipo a la victoria" concluye, con una expresión de héroe que me dan ganas de vomitar.

"¿Ah, sí? Entonces, supongo que el partido es todo una cuestión de cuotas de audiencia, ¿eh?" pregunto, con un tono de voz teñido de sarcasmo y amargura. "Bien, esta es una buena noticia" continúo, intentando esconder mi decepción detrás de una máscara de ironía. Su discurso me da asco, me da grima, me dan ganas de mandarlo todo a la mierda, de dejar que este circo de hipócritas se hunda en su propio fango.

"Echa un vistazo fuera por un segundo, Liran" me dice, con un tono de voz de padre que intenta dar un consejo al hijo rebelde. Me hace una señal para que vaya a estar a su lado, cerca de la ventana de la oficina, y yo lo sigo a regañadientes, con un peso en el corazón que me hace temblar las piernas. "¿Ves ese cartel?" me pregunta, indicando con un dedo un anuncio publicitario colgado al exterior del edificio. "¿Y qué decir de ese cartel de allí? ¿Ves también ese de al lado? Estos tres carteles proporcionan a nuestro equipo dos millones de dólares" concluye, con un tono de voz de hombre de negocios que acaba de concluir un gran negocio. "Ahora, quizás no son muchos para ti. Pero pagan tus cuentas" se detiene y reflexiona un segundo, como si estuviera sopesando las palabras a usar.

"Me parece todo tan falso" balbuceo con un tono de voz cansado y carente de esperanza, bajando la mirada sobre la alfombra, como si fuera la única cosa verdadera en este mar de hipocresía. "Esto es todo lo que intento decir" concluyo, apretando las manos en dos puños, como si estuviera intentando aferrar un atisbo de verdad.

"Sabías a qué te atenías" replica el entrenador, con un tono de voz que me pone de los nervios. "No hay duda. ¿Recuerdas cuando te reclutamos? Debes haber jugado más de mil partidos. Eras la mejor elección. La mayoría de los chicos habría matado por estar en tu lugar" continúa, con un tono de voz de gurú que me dan ganas de darle una patada. "Cuando te reclutamos, te dimos todo. Todas las chicas que hubieras querido. Incluso te dimos coches nuevos, una casa. Te dimos el mundo" concluye, con un tono de voz de benefactor que me dan ganas de vomitar. "¿Ahora dices que te parece demasiado falso? Liran, venga ya. Esta es la serie A. Sabes exactamente qué quieren de ti. Te mastican y te escupen. En seguida, te hacen hacer de entrenador y te dicen 'Haz que este chico sea mejor de lo que eras tú o estás fuera.' Es duro, pero es a lo que nos hemos comprometido a hacer" concluye, con un tono de voz de filósofo que me dan ganas de gritar.

"Ese tipo ha dicho conocer a mi nueva novia" comienzo, con un tono de voz que tiembla de rabia y de asco. "Ha dicho haberla visto por la calle. Ha dicho haber oído decir que era la chica más mojada de la ciudad. No veía la hora de darle una vuelta, que yo era menos que un hombre. No recuerdo las palabras exactas. Pero esto es más o menos lo que me ha dicho" continúo, sintiendo el corazón que me late enloquecidamente. "Y, que se fíe, no estaba hablando de Cadence" concluyo, apretando las manos en dos puños, como si estuviera por lanzar un ataque frontal. "¿Qué se esperaba que hiciera? Tenía que defenderla. Nadie habla de ese modo de la

mujer que amo. Nadie" concluyo, con un tono de voz teñido de desafío y de dolor.

Miro la fea alfombra debajo de mis pies, sintiendo la rabia montar como una marea impetuosa. Es una alfombra tan horrible que no puede ser concebida, llena de manchas y de polvo, que me dan ganas de arrancarla a tiras. Es la alfombra sobre la que los hombres ricos y estúpidos apoyan sus escritorios y ensucian sus zapatos. Dudo que estos tipos miren los partidos, que sepan aunque sea remotamente qué significa bajar al campo y poner todo uno mismo en la lucha por la victoria. No, probablemente se despiertan temprano, reciben sus recordatorios y beben su café, y le dicen a la persona siguiente en fila qué hacer. Joder, los jugadores deberían gestionar esta mierda. En cambio, somos solo una manada de esclavos, marionetas en las manos de un grupo de hombres que ni siquiera saben qué es la vida verdadera.

"Tiene razón, coach" digo de repente, con un tono de voz inesperadamente calmo, como si acabara de aceptar mi destino. "Y usted ha sido bueno conmigo" continúo, con un tono de voz que no sé si es verdad o si solo estoy intentando tirarlo a mi lado. "Óptimo, a decir verdad. Usted es mi mentor y estoy orgulloso de decir que es también mi amigo" añado, intentando hacer trasparentar un atisbo de sinceridad. "Sé que siempre me ha cubierto las espaldas. Los tiempos son difíciles ahora. ¿Sabe que tengo un hijo? Lo he descubierto hace pocos días" concluyo, con un tono de voz que me traiciona, revelando todo mi miedo y mi vulnerabilidad.

"¿Un hijo?" me pregunta, con un tono de voz teñido de incredulidad y preocupación. "¿Con esa mujer? Y entonces, ¿qué tienes intención de hacer?" continúa, con una expresión que oscila entre el estupor y el pánico. Se sienta al escritorio, como si necesitara apoyarse a algo para no caer.

"Lo único que puedo hacer" respondo, con un tono de voz lleno de determinación y de una nueva esperanza. "Criar a ese niño y ser el mejor padre que se haya visto nunca" concluyo, alzando la mirada hacia lo alto, como si estuviera intentando vislumbrar un futuro en el que seré digno de ser llamado padre.

34

LUELLE

Ha llegado el momento crucial: Axton y yo nos mudamos a Nueva York.

He preparado la maleta con todo lo necesario para la semana, lista para catapultarme a la Gran Manzana. Mi idea era apagar el teléfono y concentrarme en cuerpo y alma en mi show, pero, seamos sinceros, es una misión imposible de llevar a cabo. El destino, como de costumbre, tiene otros planes.

La mañana de mi llegada, heme aquí, en Central Park con Axton. Nos acomodamos en el césped, intentando disfrutar de un poco de paz y relax, al menos por un par de horas. Pero en cuanto mi trasero toca el pasto, el celular empieza a vibrar. Es él, obviamente.

Es su llamada, la que hace añicos mi tranquilidad, destruyendo cualquier apariencia de serenidad.

"Liran, por favor, déjalo ya" suspiro, con la voz cargada de fastidio. "No tengo la mínima gana de discutir otra vez sobre esta historia."

Su voz explota al otro lado del teléfono, una tempestad de palabras que me embiste. "¡No entiendes un carajo de lo que pasó! He visto los videos, las imágenes de lo ocurrido han sido amplificadas y distorsionadas. ¡Parece todo mucho más grave de lo que realmente fue! Estas peleas están a la orden del día en el mundo del fútbol. ¡Son algo normal!"

Su réplica me hace hervir la sangre en las venas, desatando una ola de rabia incontrolable. "¡Y es precisamente por eso que quiero cerrar esta maldita historia de una vez por todas! Odio la vida en el fútbol. Detesto la NFL, no soporto a esos patéticos Pioneers y, sobre todo, ¡no soporto la violencia que te han inculcado dentro! No es normal pelearse continuamente, ¡no es vida! No quiero que Axton crezca en un ambiente tan tóxico y violento." Me darían ganas de lanzar el teléfono contra un árbol, quizás en una de las fuentes del parque. Quiero pasar un día de paz con mi hijo y él me arruina todo, obligándome a pelear por una historia que ya no tiene razón de existir.

"¡Entonces me retiro del fútbol!" grita presa de la ira. "¡Dejo de jugar, joder! ¿Serías finalmente feliz, ahora?"

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, desatando una ola de amargura y rencor. "Mira, Liran, no me interesan las excusas que te inventes esta vez. Nada de lo que digas me hará cambiar de idea. Es claro que no logras controlarte allá afuera. ¿Cómo pretendes controlarte aquí, en casa, cuando las cosas se ponen difíciles? Estás echando a perder tu carrera, tu imagen pública y has destrozado la confianza que había depositado en ti. ¡Me das asco!". La rabia me impide llorar, una extraña combinación de sentimientos que me lacera por dentro. "¡Cristo Santo, Liran, también supe que te han suspendido!"

Sus palabras intentan amainar mis certezas, pero su tono débil y casi suplicante no hace más que alimentar mi furia. "No entiendes, pequeña. Me han suspendido solo por un partido, ¡no es el fin del mundo! Yo…"

Lo interrumpo bruscamente, cansada de sus mentiras y de sus vanos intentos de justificación.

"¡Entiendo, y tanto! Entiendo mucho más que tú, créeme. He entendido que entre nosotros se acabó. He entendido que nuestra historia no tiene futuro. Tuvimos una noche loca, una noche casual y estúpida, y tú te has obsesionado con la idea de estar conmigo. ¡Pero tú no quieres estar conmigo! Quieres pelearte con tus amiguitos. No serías un buen padre, ni siquiera si te esforzaras." Es una frase cruel, lo admito. Pero siento que debo decirlo para protegerme a mí misma y a mi hijo. No es una persona mala, lo sé, pero esta historia se ha convertido en un verdadero desastre. No sé cómo arreglar las cosas. Y esta violencia que le corre por las venas es algo de lo que no quiero formar parte en absoluto.

Nos encontramos, arrastrados por la pasión y el deseo, sin un verdadero control de la situación.

Nos perdimos en un vórtice de emociones, dejándonos llevar sin preocuparnos por las consecuencias. Y de esta mezcla de ignorancia y esperanza nació una vida. He aquí cuál es nuestra historia.

"Te amo" susurra él, con una voz tan débil que parece un suspiro. No logro entender si es sincero o si simplemente se ha resignado al final. Yo, por mi parte, le concedo aquello que ambos necesitamos desesperadamente: el final de la conversación. Cuelgo, con un gesto decidido y definitivo. Se acabó, no hay más excusas.

Me giro hacia mi niño, dulce e inocente, mi pequeña obra maestra. Sus ojitos azules brillan de alegría, mientras una sonrisa le ilumina el rostro. Pero a cada risa, a cada expresión, veo también a él, a Liran.

Su naricita respingona, los hoyuelos que le enmarcan las mejillas regordetas, el color del cabello. Todo me remite a Liran, el padre de mi hijo. Es una conexión que no puedo negar, una realidad que debo afrontar cada día.

A lo lejos, diviso los columpios del parque, un pequeño oasis de diversión en medio del caos de la ciudad. Recuerdo cuando era niña y mi padre me llevó a la ciudad, una experiencia mágica que me abrió un mundo nuevo.

Era una de las pocas excursiones que hacíamos fuera de la granja, una verdadera fuga de la monotonía.

Aún recuerdo la sensación del viento que me despeinaba, mientras mi padre me abrazaba fuerte y me hacía dar vueltas en el aire. El cielo estrellado que me envolvía, las luces de la ciudad que me deslumbraban, los rascacielos que se alzaban en el horizonte, imponentes y majestuosos. "Un día, todo esto será tuyo" me susurró mi padre, con una sonrisa orgullosa y llena de amor.

"Axton, ¿quieres dar una vuelta en el carrusel?" le pregunto, intentando distraerlo de su melancolía.

Su mirada se ilumina por un segundo, pero luego su vocecita me rompe el corazón. "¿Papá? ¿Dónde está papá?".

Su necesidad de su padre es una cuchilla afilada que me atraviesa el alma, recordándome mi incapacidad de darle a mi hijo la familia que merece.

Son momentos como estos los que me hacen dudar de mis elecciones, momentos en los que el peso de la realidad me aplasta. ¿Por qué debía presentarle mi hijo a ese maldito idiota?

"Papá no viene. Tiene un partido importante" susurro, con una sonrisa forzada pintada en el rostro.

Intento esconder el dolor y la decepción detrás de una máscara de aparente tranquilidad. Mi voz tiembla ligeramente, traicionando las emociones que me atormentan.

Sus ojos azules se llenan de lágrimas, mientras su labio inferior empieza a temblar. Entiendo que está a punto de echarse a llorar, y el corazón se me estruja en el pecho.

Lo tomo en brazos, abrazándolo fuerte. Sus bracitos me ciñen el cuello, en un abrazo que me rompe el corazón. De nuevo, siento a Liran, un eco de su presencia que me atormenta a cada respiro.

"Lo siento por todo" le digo, con voz rota por la emoción. "Sé que ha sido difícil para ti. Muy difícil."

Mis palabras están dirigidas a él, pero en realidad las estoy pronunciando para mí misma, intentando aliviar el dolor que me devora. Estoy intentando darle un sentido a este caos, de encontrar un motivo para seguir adelante, a pesar de todo. Mientras me dirijo hacia los columpios, intento contener las lágrimas que amenazan con salir.

Axton no responde, sus sollozos atenuados por mi abrazo. Es aún demasiado pequeño para comprender mis palabras, para aferrar la complejidad de esta situación. Pero espero que sienta mi amor, mi protección, mi deseo de hacer lo correcto para él. Porque, en el fondo, es él lo único que importa.

"Pero ha sido difícil también para mí" confieso, con un susurro que es casi un lamento. "Tu padre es... bueno, es diferente. Un tipo duro, uno de esos que gustan a todas las chicas. Pero su trabajo da miedo."

Mis palabras están dictadas por la frustración, la rabia, el miedo. Liran es un hombre complicado, una mezcla de encanto y autodestrucción. No entiendo qué me ha impulsado a enamorarme de él, a desearlo de modo tan obsesivo. Pero sé que no puedo permitir que su peligrosa existencia ponga en riesgo a mi hijo.

"¿Miedo?" me repite Axton, con los ojitos muy abiertos.

Su vocecita ingenua me arranca una sonrisa amarga, mientras me esfuerzo por esconder mi angustia. Su inocencia es una luz que me guía a través de las tinieblas, la promesa de un futuro mejor, un futuro que le debo a él.

"Sí, miedo" respondo, con un suspiro. "No es malo, créeme. Tiene un corazón bueno, un corazón enorme. Solo que es... impredecible. Y mamá necesita a alguien que pueda dar su todo a ti, no a un maldito juego estúpido."

Mi tono está lleno de amargura y decepción. Estoy cansada de las promesas incumplidas, de las excusas y de las justificaciones. Estoy cansada de luchar contra los fantasmas del pasado, las sombras de un amor equivocado. Quiero un hombre que me ame de verdad, un hombre que ponga mi felicidad y la de mi hijo en primer lugar, no una estúpida pelota de fútbol.

Finalmente alcanzamos el carrusel, un pequeño mundo de magia y alegría. Es el mismo carrusel en el que me llevó mi padre tantos años atrás, un eco de un pasado que no puedo olvidar. El mismo carrusel que ahora me ofrece una esperanza, una posibilidad de alejar las sombras que me persiguen.

"Quería pedirte perdón ahora, Axton" le digo, intentando no dejarme superar por las emociones. "Un día serás un hombre fuerte, un verdadero hombre. Encontrarás una mujer de la que querrás cuidar, una mujer a la que amar para siempre. Cuando suceda, dale el 100%, toda tu alma y tu corazón. Porque si no lo haces, ella se irá para siempre."

Mis palabras son una advertencia, un consejo dictado por mi experiencia. Sé cuánto es doloroso ser abandonadas por un hombre que no sabe dar su todo. Sé qué significa sentirse inadecuadas, no amadas, no deseadas. Quiero que mi hijo aprenda de mis errores, que no cometa los mismos fallos. Quiero que sea un hombre mejor que su padre.

Las personas a nuestro alrededor me miran como si estuviera loca. Sus miradas están llenas de curiosidad y sospecha, y no me importa un carajo. Quizás me he vuelto loca de verdad, quizás

este estrés se me ha subido a la cabeza. Pero siento que debo decirle estas cosas a Axton, quiero que él entienda la verdad, la realidad de la vida.

"Dos billetes para el carrusel, por favor" le digo al hombre de la taquilla, con la voz aún rota por la emoción. Le dejo el dinero en la mano, con un gesto decidido. Tomo los billetes que me ofrece y me dirijo hacia el pequeño mundo de magia, en busca de un poco de tranquilidad y despreocupación.

Es un oasis de alegría en medio del caos, un lugar donde puedo reencontrar un poco de mí misma, y sobre todo a mi hijo. Es el lugar correcto, donde podemos estar solo él y yo, sin espectros del pasado que nos persigan.

Me acerco al carrusel de madera, admirando sus decoraciones coloridas y fantasiosas. Hay caballos, ranas, leones y otros animales de madera, todos listos para transportarnos a un mundo de sueño. Siento que estoy por entrar en un cuento de hadas.

Ayudo a Axton a subir en una de las cabinas, una carroza pintada de un azul brillante, y lo acomodo sobre mis piernas. Mi pequeño príncipe se acomoda cómodo, sus ojos que brillan de maravilla. Mira hacia arriba hacia las luces que giran, los viejos cuadros con escenas de vida pasada.

"Ahora estamos solo tú y yo, pequeño" susurro, besándole la cabeza. Mis labios se posan sobre su cabello suave, mientras siento el suelo que empieza a moverse, transportándonos a una nueva dimensión.

El carrusel empieza a girar, lentamente, haciéndonos dar vueltas suavemente en el aire. Somos libres, pero conectados a todo lo que nos rodea. Es un momento mágico, una experiencia única e inolvidable.

Es difícil ver al exterior de nuestra carroza, el mundo parece ralentizar, detenerse. Siento que nos estamos alejando de todo lo que me hace daño, de las sombras que me atormentan. Siento que debemos ralentizar, tomarnos un poco de tiempo para nosotros mismos, para reencontrar la serenidad. Y, quizás, para volver a empezar a vivir de verdad.

Lo que necesito ahora, en cambio, es una noche salvaje, una noche de locura por la ciudad, una ocasión para olvidar todo y dejarme llevar.

Quiero olvidar el pasado, las decepciones, los errores. Quiero bailar, cantar, reír, divertirme, como si no hubiera un mañana. Quiero sentirme libre, ligera, despreocupada. Quiero perderme en la multitud, en el caos de la noche, para luego reencontrarme a mí misma. Necesito una fuga, una sacudida, un escalofrío que me haga vibrar el alma.

Ha llegado el momento de retomar las riendas de mi vida, de rebelarme a las decisiones equivocadas, a los miedos que me paralizan. Quiero ser la protagonista de mi historia, no una comparsa, no una víctima.

Necesito una noche de juerga, una noche para olvidar todas las gilipolleces de mi vida. Quiero una noche mágica.

35

LIRAN

Las suspensiones, seamos sinceros, no están hechas para uno como yo.

Es sabido, en el mundo del fútbol americano, que saben perfectamente cuánto me necesitan desesperadamente en el campo. Por eso, al final, me he librado con solo un partido de sanción.

Un solo partido, al principio, me pareció un desastre, un castigo excesivo, pero al final la pena se redujo a medio partido, después de una extenuante negociación con la directiva y mi agente, que ha hecho que mi posición en el equipo sea de nuevo, si cabe, incluso más poderosa que antes.

En el fondo, no puedo quejarme demasiado. Aparentemente, aquella pelea de bar le ha dado un empujón notable a mi carrera, una especie de *boost* inesperado. Mi valor se ha disparado, como un fuego artificial el 4 de julio, después de que me hiciera viral en TikTok y en todas las demás redes sociales.

Mis búsquedas en internet se han ido por las nubes, convirtiéndome en un *trending topic* en las redes. Por otra parte, se sabe, a la gente le gusta verme hacer el imbécil en el campo. A los aficionados les encantan los *bad boys* y yo, con mi gran asombro, me he convertido en su nuevo ídolo, aunque, a veces, me siento más un personaje de un manga japonés que un jugador de fútbol americano.

Pero toda esta euforia virtual no basta para llenar el vacío que siento dentro. Sigo siendo rechazado por la única persona que verdaderamente amo, por Luelle, la madre de mi hijo. No lo entiendo. A pesar de todos mis esfuerzos, mis disculpas, parece que mis sentimientos ya no la alcanzan.

A pesar de todo, lo doy todo. Estoy listo para dar el primer paso. Le he escrito mil mensajes por WhatsApp, mensajes de voz en los que le confesaba cuánto la echo de menos. Si solo supiera lo que me dijo aquel tipo ahí fuera, quizás lo entendería. Quizás lograría ver cuánto he cambiado, cuánto me falta, cuánto la deseo.

Ya no tengo nada, ya. Debo volver a empezar de cero. Debo volver a lo básico, al duro trabajo, a la disciplina, al entrenamiento extenuante. Debo sacudirme toda esta mierda y volver a empezar de cero.

Mi vida ahora se ha convertido en un esquema repetitivo. Me lanzo de cabeza a los entrenamientos, como un novicio en un monasterio. Ya sea practicar los lanzamientos, levantar pesas en el gimnasio o estudiar los esquemas de juego hasta el agotamiento, dedico toda mi vida a esto.

Lo hago a todas horas del día y de la noche, sin ni un instante de tregua, sin un momento de descanso. Me he convertido en un puto monje, un ermitaño del fútbol americano, en una burbuja de silencio y de sudor. Solo existe el fútbol americano o nada, no existe otra cosa en mi vida.

Pero dentro de mí sigue habiendo una chispa de esperanza. Me he prometido que cuando venza y lleve a mi equipo a la cima, recuperaré a Luelle. La recuperaré a ella, la única mujer que he amado verdaderamente. La recuperaré a ella y a mi niño, la única razón por la que siento que mi

vida no está completamente desperdiciada.

Mi misión es la de transformar mi desesperación en fuerza. Quiero recuperarlos. Quiero demostrarle a Luelle que he cambiado, que puedo ser un padre y un compañero mejor que antes.

Quiero que mi hijo esté orgulloso de mí, no un día, sino cada día. Quiero que sepa que soy un hombre que lucha por aquello en lo que cree, que no se rinde nunca.

Lo que más me duele, pensándolo bien, es que en realidad sé que soy un buen padre. Soy, lo sé con certeza, al menos un millón de veces mejor que el mío, que siempre se ha comportado como un perfecto gilipollas, bestial, egoísta y narcisista como no hay otro.

Sí, lo admito, cometo errores, siempre he cometido errores, pero forman parte del juego, ¿no es así? Son el precio a pagar cuando eres un *bad boy* de éxito, cuando vives una vida al límite, siempre en equilibrio entre el amor y el odio.

A veces, te pasa que acabas en alguna pelea callejera, o que levantas un poco demasiado el codo, o que flirteas un poco demasiado con la primera que se te cruza, pero no es una tragedia, no es el fin del mundo. Es decididamente mejor que llevarse una conmoción cerebral o hacer algo verdaderamente estúpido.

Y, sin embargo, como siempre, estas cosas se silencian. Se esconden debajo de la alfombra, como si no fueran importantes, como si no tuvieran consecuencias, como si fuera el único en hacerlas, como si fuera el único que se equivoca. A los tabloides les importa una mierda las lesiones cerebrales a largo plazo, los sufrimientos silenciosos, las heridas del corazón.

Sexo y violencia. Es esto lo que hace vender los periódicos, es esto lo que hace ganar dinero, es esto lo que hace avanzar el mundo. Pero yo, a decir verdad, ahora me he cansado de todo esto, desde que he conocido a Luelle. Desde que he conocido a mi hijo.

Su presencia en mi vida ha transformado mi existencia en algo más grande e importante. Desde aquel día mi vida se ha transformado en una noria de emociones, en un baile de pasiones que no habría imaginado jamás que podría probar.

Pero por el momento, es todo lo que tengo. El fútbol americano, las peleas, las noches de juerga y las historias inventadas por los periodistas, son mi realidad. Es la única cosa que me permite no volverme loco, la única cosa que me hace sentirme todavía vivo, aunque, a veces, siento que estoy más muerto que vivo.

El pasado está atrás, no puedo hacer nada, debo solo mirar hacia adelante, al futuro, a mis sueños, a mi familia. Debo hacer lo mejor que pueda para convertirme en un hombre mejor, para conquistar el corazón de Luelle y para no perder de vista a mi niño.

Incluso mis compañeros de equipo la tienen tomada conmigo. Se han vuelto fanfarrones, descarados, arrogantes, como si fueran ellos los campeones y no yo. Parece que mi suspensión les haya dado el permiso de tomar mi puesto, de invadir mi zona de confort, de tomar mi poder.

Se han vuelto tan seguros de sí mismos que su juego empeora de día en día, bajo mis ojos. Sus pases son imprecisos, sus carreras lentas, sus placajes débiles e ineficaces, como si tuvieran miedo de hacerse daño.

Un gilipollas de la segunda plantilla, un chaval que no ha jugado nunca un partido de verdad, un tipo que se hace el duro en Instagram, pero que luego tiene miedo de una sombra, ha incluso dicho: "Oye, Yardley. Ahora que estás fuera de juego, ¿te importa si pruebo alguno de tus esquemas favoritos?"

Le he lanzado la pelota en las manos temblorosas, con una sonrisa sarcástica pintada en el rostro. "Me gustaría verte probarlo, chaval" le he dicho riendo, pero sin alegría alguna, con una frialdad glacial que siempre me ha caracterizado.

Luego me he acercado y le he susurrado, como un demonio tentador, a pocos centímetros de su oreja: "Sé que dirías cualquier cosa por una reacción, pero yo me mordería la lengua si fuera tú. No querría hacerte pasar malos momentos en el campo."

Él ha continuado sonriendo, pero en sus ojos he visto el miedo, el terror, la consciencia de haber errado al desafiarme. No es un hombre y no lo será nunca. Sé que en lo profundo tiembla de miedo, que siente mi mirada como un cuchillo afilado, listo para herirlo.

"¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar?" me ha preguntado, con la voz que le temblaba como una hoja al viento. Parecía un niño asustado, no un atleta de fútbol americano. Su miedo me ha llenado de una extraña satisfacción, de una rabia que no lograba controlar.

"Oh, ¿es esto lo que te asusta? ¿Que te pegue?" le he respondido con una voz gélida. "No, no te pegaré, chaval. Haré algo peor. Me aseguraré de que tú no juegues nunca más al fútbol americano. Haré que acabes como una rata muerta, te humillaré delante de todos, te haré entender que no eres nadie, que eres solo un pequeño gusano."

Luego, he continuado con mi amenaza, con una sonrisa luciferina pintada en el rostro: "Porque cuando venza y lleve a este equipo al trofeo del Super Bowl como he hecho con los Dynamos, la gente me besará los pies. Todos, incluso tus groupies. ¿Y sabes qué, socio? Cuando llegue ese momento, me acordaré de esa tu cara fea, de esa tu mirada de idiota, y te haré arrepentirte de haberme desafiado."

Ha sido una amenaza inútil, lo sé, pero debo defender mi posición de un modo u otro. Debo hacer entender a todos que no he terminado, que soy todavía el rey, que soy todavía el mejor, que nadie puede tomar mi puesto. Mi equipo ahora me odia, lo sé, lo siento en sus miradas llenas de desprecio, en sus comentarios ácidos y cortantes.

Pero no tengo intención de renunciar tan fácilmente a mi corona, no soy un cobarde, no me rindo nunca, no abandono nunca. No tengo intención de dejar que estos niñatos mimados y arrogantes me roben mi trono, mi éxito, mi identidad.

Además, soy todavía el mejor jugador del equipo, aunque no pueda jugar, aunque esté relegado en el banquillo a mirar a los otros que hacen lo que hago yo mejor que todos. Lo demostraré de nuevo, lo juro.

Todo el entrenamiento está plagado de comentarios sarcásticos e intentos de poner a los entrenadores en contra de mí, de hacerles entender que soy peligroso, que soy un mal elemento para el equipo. Parece que estos niñatos hayan hecho un pacto con el diablo para intentar destruirme y para aniquilar mi carrera.

Sus ataques son taimados, escondidos detrás de sonrisas fingidas y cumplidos hipócritas, pero yo no soy estúpido, veo perfectamente lo que están intentando hacer, no me he caído de un guindo. Intento ignorar todo, de no darle satisfacción a estos pequeños monstruos.

No entienden que los entrenadores ya están de su parte, que ya han sido manipulados por estos niñatos envidiosos y rencorosos. La narración es: "No es todavía seguro alinearlo en el campo, necesita tiempo para reflexionar, para calmarse, para demostrar que ha cambiado".

Y, en el fondo, tienen razón. No he sido nunca tranquilo. La rabia es mi motor. Y, quizás, soy demasiado peligroso para el juego. Porque no me controlo. Podría hacer daño.

Lo peor es que no se dan cuenta de cuánto todo esto me hace estar mal, de cuánto me encabrona su comportamiento, sus calumnias, sus manipulaciones. Pero yo no lo voy a dar a ver, no lo demostraré nunca.

***

La noche antes del partido, decido salir, desconectar, alejarme de todo y de todos. No importa, tanto mañana me estaré sentado en el banquillo, como un príncipe decadente, como un rey sin reino.

Camino a lo largo de la calle principal, sin una meta precisa, sin una dirección, sin un deseo, a la búsqueda de un puesto donde pueda hacerme explotar las venas, donde pueda ahogar mis pesares, donde pueda hacerme estallar la cabeza.

Busco un bar cutre, un agujero en el asfalto, una cueva donde pueda esconderme del mundo, donde pueda hacerme daño sin hacerme ver, donde pueda perderme en el alcohol y en las historias llenas de dolor, de rabia, de arrepentimiento.

Cuando finalmente encuentro un bar de mala muerte, un local oscuro, apestoso y ruidoso, un puesto que parece salido de una película de los años 70, un infierno lleno de humo y de almas perdidas, un verdadero y propio refugio para desesperados, decido pararme.

Es justo lo que necesito. El puesto perfecto para mí. El lugar donde puedo hundirme, donde puedo convertirme en una sombra, un fantasma, un alma en pena.

"Querría un bourbon" balbuceo al camarero de mediana edad, un tipo con cara de delincuente, un hombre que parece haber pasado una vida combatiendo contra el mundo, un superviviente. Parece que ese tipo me entienda, me mire como si me conociera de siempre.

Tiene una toalla apoyada sobre el hombro derecho, una camiseta negra metida dentro de los pantalones, un tatuaje de una sirena sobre el antebrazo, y la mirada dura, fría y calculadora de un criminal que ha visto demasiadas cosas feas, demasiadas cosas dolorosas, demasiadas cosas injustas.

Se gira hacia mí, con una expresión que no deja traslucir emoción alguna, con un gesto lento y medido. "El bourbon se ha acabado hace una hora" dice con una voz ronca, como si acabara de salir de un sueño profundo, como si estuviera cansado de la vida misma.

Luego me mira directo a los ojos, con una mirada que me penetra hasta el alma, como si quisiera saber quién soy, qué busco, qué escondo. "¿Te apetece whisky?" me pregunta, sin sonreír, sin mostrar compasión alguna.

Asiento, como a decir: "Claro, amigo. Cualquier cosa que me haga emborrachar más deprisa, cualquier cosa que me haga perder la cabeza, cualquier cosa que me haga olvidar quién soy, qué he hecho, qué he perdido". Necesito perder los sentidos, olvidar todo, incluso a mí mismo.

Me sirve un chupito, sin prisa, sin hablar, sin mirarme. Me lo trago enseguida, sin saborearlo, sin sentirlo, como si fuera agua. "Otro" digo con voz dura, golpeando el vaso sobre la barra, con una violencia que me sorprende.

El camarero me mira, con una mirada de desaprobación, pero no dice nada, no me juzga, no me condena. Toma el vaso, lo rellena de nuevo y me lo tiende, con un gesto silencioso y resignado.

De nuevo, lo bebo, sin vacilar, como si fuera un ritual, como si fuera un castigo, como si quisiera hacerme daño. Lo hago con rabia, con un deseo de autodestrucción que no logro controlar.

"Otro" digo, con cara seria, sin mostrar emoción alguna, con un tono de voz plano, monótono y falto de calor. Estoy cansado. Estoy cansado de mi vida, estoy cansado de todo, estoy cansado de la gente, estoy cansado de mí mismo. No físicamente o algo así, pero estoy cansado de toda la mierda que me rodea, estoy harto de este circo mediático, de este mundo de ficción, de esta hipocresía que me dan ganas de vomitar. Estoy harto del juego, harto de la industria, harto de la gente que me adora y me odia al mismo tiempo, harto de su juicio, de sus expectativas, de sus

mentiras.

El alcohol es una especie de tirita para mí, un modo para anestesiar el dolor, para no sentir, para no pensar, para no sufrir. Pero sé que no sirve para nada, que no resolverá mis problemas, que no borrará mi pasado, que no hará volver a Luelle.

Es solo un modo para perder el tiempo, para hacer pasar la noche, para no afrontar la realidad. Es solo una excusa para hacerme daño, para destruirme, para acabar en el abismo. Mi cuerpo, mi corazón, mi alma están en caída libre.

Pero no me importa. Quiero solo perder el control, quiero solo dejar de sentir, quiero solo no ser yo mismo. Esta noche me siento como si tuviera un deseo de muerte, una atracción fatal por el vacío.

Quiero que quien sea se adelante y me pruebe, que quien sea me desafíe, que quien sea me ponga a prueba, que quien sea me haga sentir algo, aunque sea dolor, aunque sea rabia, aunque sea odio. Quiero solo sentir algo, cualquier cosa, no importa qué. Quiero llenar este vacío, esta soledad, esta desesperación que me está comiendo vivo.

"Vale. Otro" dice el camarero, con un tono de voz resignado, con un suspiro de cansancio, vertiendo el whisky en mi vaso, sin preguntarme nada, sin decir nada, como si supiera que no hay nada que pueda pararme.

Vierte y me hace deslizar el vaso, sin mirarme, sin sonreír, sin decir una palabra. Su mirada está fija en el vacío, como si viera algo que yo no veo, como si supiera algo que yo no sé.

"Ahh" bebo de nuevo, sintiendo el ligero ardor descender por la garganta. Un fuego que me invade el cuerpo, que me quema dentro, que me hace sentir vivo, aunque sea por un solo instante. Ha pasado un poco de tiempo desde que he bebido algo, pero es siempre la misma vieja bestia.

Bella y destructiva al mismo tiempo. Un placer doloroso, un éxtasis infernal, un beso de muerte que me hace sentir potente y frágil, fuerte y débil, vivo y muerto, todo en una vez. Es una dependencia que no logro controlar, un vicio que me está consumiendo, una obsesión que me está aniquilando.

"Otro" digo, sin vacilar, sin pedir permiso, sin agradecer, sin mirar al camarero, sin preocuparme de nada, de nadie. Me he convertido en una máquina, un autómata, un robot programado para beber, para destruir, para aniquilar.

"Oye, amigo, ya te he vertido tres. ¿No crees que es bastante por ahora?" El camarero alza la voz, pero sin rabia, sin agresividad, como si quisiera solo hacerme entender que me estoy haciendo daño, que estoy exagerando, que me estoy destruyendo.

"¿Te he pedido que pares?" Respondo, con un tono de voz amenazador, con una mirada de desafío, con una rabia que está a punto de explotar. "He dicho otro. Esta vez te dejo una propina triple" afirmo, con una seguridad que es solo apariencia, con un intento desesperado de esconder mi fragilidad, mi miedo, mi soledad.

"Claro. Ningún problema" dice el camarero, con una sonrisa sarcástica, con una expresión de indiferencia, como si supiera que no soy un hombre para tomar a la ligera, que no soy uno con el que se bromea, que no soy uno para desafiar.

Esta vez me mira con cautela, con un ojo crítico, con una atención casi sospechosa. Es obvio que no soy uno con quien bromear, que no soy un cliente normal, que soy una bomba lista para explotar, un volcán a punto de erupcionar, un alma perdida que está intentando ahogarse en el whisky.

Bebo, golpeo el vaso sobre la barra y pido otro, con un gesto mecánico, con un automatismo que

me da miedo, con una repetición que me está consumiendo. Es un ritual, una letanía, una plegaria al dios del alcohol, una invocación al demonio de la destrucción, una invitación a la muerte.

"Otro" digo, con una voz que se está haciendo siempre más ronca, siempre más baja, siempre más indistinta, como si estuviera desapareciendo, como si estuviera disolviéndome en el humo, en el alcohol, en la noche.

"Todavía uno, campeón. Luego te quiero fuera de mi bar" dice el camarero, con un tono de voz decidido, firme, que no admite réplicas, que no acepta objeciones, que no tolera transgresiones. "Hablo en serio. El último" precisa, vertiendo otro chupito, con una mano que no tiembla, con una mirada que no vacila, con una consciencia que me da miedo.

"He entendido" balbuceo, con un tono de voz resignado, con una mirada apagada, con una expresión vacía. Bebo el chupito, sin sentir el sabor, sin sentir el calor, sin sentir nada, como si no estuviera más vivo, como si no fuera más yo mismo.

"Vale, es hora de irse" dice, sin mirarme, sin tocarme, sin hablarme, como si fuera un objeto, como si fuera un extraño, como si fuera un fantasma. No me quita los ojos de encima por un segundo, con una atención que me hace sentir incómodo, con una preocupación que me hace sentir en culpa.

"¿Miras siempre así a tus clientes?" pregunto, con un tono de voz irónico, con una sonrisa amarga, con una rabia que está a punto de salir. "No he venido a armar jaleo. Quería solo beber en paz" afirmo, con una mentira que no convence a nadie, con una excusa que no se sostiene, con una mentira que hace reír a las paredes.

"Miro a las personas que entran en mi local con emociones negativas, con una rabia que se ve a kilómetros, con una desesperación que se siente en el aire. Hay muchas aquí, hay demasiadas, pero tú eres diferente, tú eres peor. Si un hombre bebe cuatro chupitos seguidos, sé que me arrastrará consigo, sé que me hará daño, sé que me arruinará la velada" dice el camarero, con un tono de voz sincero, con una mirada directa, sin miedo de decir la verdad, sin temor de ofenderme, sin compasión alguna.

"¿Entendido? Ahora vete" me dice, indicando la puerta con un dedo, con una determinación que me hace reír, con una fuerza que me da envidia, con un coraje que me hace admirar.

Me hace reír porque este es el primer hombre que ha probado a ponerme en vereda, a decirme que pare, a ponerme enfrente de mis errores. No me asusta, no me da miedo. Al contrario, me dan ganas de levantarme, de estrecharle la mano, de hacerme un *selfie* con él.

No me asusta porque sé que he tocado fondo, porque no tengo más nada que perder, porque no tengo más nada que esconder, porque no tengo más miedo de nada, tampoco de mí mismo.

En este punto de la noche, estoy borracho perdido, soy un resto, un náufrago, un alma perdida que vaga en el mar de la vida. En realidad, quiero solo desaparecer, quiero solo desvanecerme, quiero solo no ser más yo mismo.

"¿Sabes quién soy?" le pregunto, con un tono de voz descarado, con una sonrisa maliciosa, con una arrogancia que es solo una máscara, un intento desesperado de esconder mi fragilidad, mi inseguridad, mi soledad. Me dirijo hacia la puerta, tambaleándome, como un borracho sin meta, como un vagabundo sin casa, como un fantasma sin cuerpo.

"Eres el tío de mi madre" responde el camarero, con un tono de voz sarcástico, con una expresión de desprecio, con una indiferencia que me hiere, con una verdad que no quiero oír. "No, no sé quién coño eres y me importa una mierda. ¡Fuera!" añade, con una dureza que me hace mal, con una frialdad que me hiela, con una condena que me rompe el corazón.

"Soy Liran Yardley. El número 18 y *quarterback* titular de los New England Pioneers" digo,

con una voz que me tiembla, con una mirada que se pierde, con una identidad que está desvaneciéndose, con una vida que está derrumbándose. Resbalo, tropiezo, pierdo el equilibrio y el resto del bar no logra reprimir una risa, una risa cruel, una risa burlona, una risa que me hiere como mil cuchillos.

Abro la puerta con violencia, como si quisiera reventar todo, como si quisiera hacerme daño, como si quisiera huir de mí mismo. El viento me golpea inesperadamente el rostro, con una fuerza que me hace perder el equilibrio, con una frescura que me hace sentir todavía vivo, con una sensación que me hace esperar, aunque sea por un solo instante.

"¡Adiós adiós, Liran Yardley!" alguien grita borracho desde su puesto, con una voz chillona, con una ironía que me hace mal, con un desprecio que me aniquila. Soy solo un nombre, un número, una etiqueta, un personaje, una sombra que se está disolviendo en la noche.

Camino sin meta, sin una destinación precisa, sin un propósito, a la búsqueda de un puesto donde pueda refugiarme, donde pueda esconderme, donde pueda desaparecer. A la búsqueda de un poco de humanidad en un mundo siempre más inhumano, siempre más virtual, siempre más contaminado.

Mi cuerpo está cansado, mi cabeza está confusa, mi corazón está roto, mi alma está perdida. Vago como un alma en pena por las calles, bajo la luz tenue de las farolas, en busca de un poco de consuelo.

No sé adónde voy, no sé qué busco, no sé más quién soy. Continúo caminando, con la esperanza de encontrar un poco de paz, un poco de descanso, un poco de amor.

Cuando finalmente encuentro un emporio, una luz encendida en medio de la oscuridad, una esperanza en mi desierto personal, me paro, me miro alrededor, tomo un respiro profundo y decido entrar, como si fuera mi última ancla de salvación.

"La luz al final del túnel" me susurro, con un tono de voz débil, con una sonrisa amarga, con una ironía que es solo un modo para no llorar, un intento desesperado de no derrumbarme. Esta noche no podía ir diferente.

Compro una botella de whisky, como si fuera el único modo para afrontar mi soledad, mi desesperación, mi rabia. Es una dependencia que no logro controlar, un vicio que me está consumiendo, una obsesión que me está aniquilando, una espiral autodestructiva de la que no logro salir.

Salgo del emporio, tambaleándome, como si fuera un autómata sin control. La botella en mi mano es como un ancla de salvamento en medio del mar en tempestad. Me siento solo, perdido y desorientado. Camino hasta el parque allí cerca, un oasis de verde y de silencio en medio del caos de la ciudad.

Me siento sobre un banco, en medio de la oscuridad, en medio del silencio, en medio de la nada. Bebo, sin preocuparme de nada, sin pensar en nada, sin sentir nada.

Me pregunto: "¿Cuánto sería divertido si un policía me viera ahora?" con un tono de voz irónico, con una sonrisa amarga, con un deseo de autodestrucción que no logro esconder, con la consciencia de ser un desastre andante.

Podría perder mi carrera, mi reputación, mi vida. Y quizás, sería mejor así, quizás, sería la cosa correcta, el final más oportuno para mí.

Quizás entonces podría recuperarla, quizás entonces podría tener una verdadera jodida vida. Pero lo sé, en el fondo de mi corazón, que no sucederá, que es solo un sueño, una ilusión, una fantasía. Sé que ella no volverá, sé que no me perdonará nunca, sé que no me amará nunca más.

Luelle no volvería nunca a este resto, no volvería nunca a este hombre destruido, no volvería

nunca a este náufrago que se está ahogando en el whisky. Ella se ha ido hace tiempo, desde que ha decidido de no amarme más, desde que ha decidido cerrar las puertas de su corazón, desde que ha decidido dejar que yo me ahogara en este mar de dolor.

Y yo, simplemente, debo aceptarlo. Debo aceptar la dura verdad, la cruda realidad, el final de mi cuento de hadas, el final de mi sueño, el final de mi amor. Pero los hombres como yo no aceptan fácilmente la dura verdad, no se rinden nunca, no abandonan nunca.

Los hombres como yo combaten. Somos guerreros, somos gladiadores, somos héroes. Nos hacemos mutilar, disparar y perder miembros por las cosas importantes de la vida, por aquello en lo que creemos, por lo que amamos, por lo que deseamos. Estamos dispuestos a morir para proteger a las personas que amamos.

La noche en la que la conocí, aquella noche maldita, aquel día de sangre, aquel día de miedo, aquel hombre nos apuntó una pistola a la cabeza. No he vacilado ni un instante a ponerme en medio para protegerla. He arriesgado de ser golpeado, de morir, de dejar este mundo sin ella, pero no he tenido miedo, no he tenido vacilaciones, no he tenido dudas.

He arriesgado de ser disparado solo para salvarla, solo para protegerla, solo para decirle cuánto la amaba. Pero ella no lo entiende, no lo ve, no lo siente, no lo prueba. No sabe cuánto la he amado, no sabe cuánto la amo todavía.

No entiende que habría dado mi vida por ella, que habría hecho cualquier cosa por ella, que habría ido al infierno por ella. No entiende mi amor, no entiende mi dolor, no entiende mi desesperación. Parece que no me conozca para nada.

Mierda, las relaciones son difíciles y las personas cometen errores, somos humanos, somos imperfectos, somos frágiles. Es fácil equivocarse, es fácil caer, es fácil perderse. Pero si amas verdaderamente a alguien, ¿no deberías darle más de una oportunidad? ¿No deberías probar a entender, a perdonar, a volver a empezar?

Yo sé que he cometido errores, lo sé, no soy un estúpido, no soy un cobarde, no soy un hipócrita. Sé que la he herido, sé que la he desilusionado, sé que la he hecho sufrir. Pero estoy dispuesto a cambiar, estoy dispuesto a mejorar, estoy dispuesto a volver a empezar.

Estoy dispuesto a dar un paso en una nueva dirección. Quiero convertirme en un hombre mejor, un padre mejor, un compañero mejor. Quiero demostrarle que he cambiado, que he aprendido de mis errores, que estoy listo para volver a empezar, que estoy listo para amarla de nuevo, con un amor todavía más grande, todavía más fuerte, todavía más verdadero.

Me duermo con aquella botella en mano, con el whisky que me corre en las venas, con el corazón que me late enloquecido, con la cabeza que me explota, con la desesperación que me está matando. Cuando cierro los ojos, la botella está vacía y seca como un hueso, como mi alma, como mi corazón, como mi vida.

El parque está inmerso en la oscuridad, en el silencio, en la soledad. Me duermo, abrazado al vacío, acunado por el dolor, anestesiado por el alcohol. Ha terminado también esta jornada, pero no sé si llegará nunca otra.

Tengo un gran vacío dentro de mí. Me siento solo como un perro callejero. Y tengo miedo, mucho miedo. Miedo de no encontrar nunca más la felicidad. Miedo de no encontrar nunca más a mí mismo. Miedo de no ser amado nunca más.

36

LUELLE

La tele del bar carraspea a todo volumen, con ese molesto sonido que te dan ganas de tirar el mando contra la pantalla.

Normalmente no soy muy de mimosas a estas horas, prefiero un buen café o un matcha latte, pero hoy he decidido darme un capricho: mi cuerpo está de vacaciones, al menos hasta las ocho de esta noche, cuando tendré que volver al set. Así que ¿por qué no darme un gustazo? Una nueva niñera sugerida por la red, gracias a alguna divinidad benevolente, se está ocupando de Axton, mi terremoto personal.

Así que estoy yo, completamente sola. Justo como en los viejos tiempos, antes de que Axton entrara en mi vida como una tormenta perfecta. Podría hacer cualquier cosa, podría ir de compras o al cine, o podría simplemente disfrutar del silencio de mi apartamento. En cambio, aquí estoy sentada, hipnotizada como una groupie cualquiera, mirando el puto partido de los Pioneers en un bar perdido en el Lower East Side de Manhattan, en medio de unos nerds con sus camisetas descoloridas.

Y así, aquí está otro partido de fútbol americano, un ritual que no entiendo, pero que extrañamente me atrae. En este bar donde el aire huele a cerveza y a historias no contadas, me encuentro pidiendo otra mimosa, como si estuviera siguiendo un guion preestablecido, en una escenografía donde mi papel no es tan claro.

"Otro, por favor" le digo al camarero, con un tono de voz que querría ser distante, pero que traiciona una cierta prisa por ahogar mis pensamientos en otra copa de burbujas. Su mirada me dice que no soy la única que busca un refugio en este local.

"Claro" responde el camarero con una sonrisa profesional, su mirada me evalúa como un algoritmo de Instagram. Impecable, como uno de los protagonistas de las películas románticas en las que actúo, pero con un toque de rudeza neoyorquina que me hace sentir en casa. Su actitud es lo opuesto a mi vida frenética, donde todo parece fluir demasiado rápido, sin un verdadero respiro.

La tele truena sobre nosotros, como una playlist a volumen máximo, mientras los comentaristas gritan como si el fin del mundo fuera inminente. "¡Y ahí lo tenemos, gente! Los Pioneers, que han jugado bien esta mañana, pero no lo suficiente" dice el comentarista, con un tono que parece sacado de un vídeo viral de TikTok.

El segundo comentarista no se hace rogar para echar un poco más de gasolina al fuego. "Quién sabe qué habría hecho Liran Yardley" continúa impertérrito, alimentando la curiosidad de todos los que ven el partido como si fuera un thriller psicológico.

El primer comentarista se ríe. "Si se han sintonizado ahora, Liran no aparece por ninguna parte. Parece que su suspensión de media parte se está transformando en una ausencia total..." parece que todo es un guion ya escrito, con los mismos protagonistas que se repiten hasta el infinito.

El camarero sacude la cabeza mientras me sirve mi segunda mimosa. Un gesto de frustración, quizás por el equipo, o quizás por la vida misma, una especie de emoji de desaprobación del

mundo real. Yo, mientras tanto, sorbo mi bebida y lo escruto, tratando de descifrar sus expresiones, como si fuera un enigma por resolver.

"¿Por qué sacude la cabeza?" le pregunto, con un tono de voz que quiere ser neutral, pero que revela una chispa de curiosidad que me hace sentir viva en este caos.

"¿Dónde demonios está?" me responde, levantando las manos al cielo como si estuviera pidiendo ayuda a los dioses del fútbol americano.

"¿Quién? ¿Liran Yardley? ¿No es de Nueva York? No puedes ser un fan de los Pioneers" bromeo, tratando de aligerar la tensión que se respira en el bar.

"Soy de Boston, nacido y criado" replica él, con un tono de voz que me hace entender que su fe por los Pioneers es una cuestión seria. "Estoy aquí por este trabajo. Aposté a que los Pioneers ganarán la Super Bowl. Tiene que estar en el campo. Son una mierda sin él" continúa con un tono casi implorante, como si estuviera hablando de un superhéroe que ha olvidado ponerse la capa.

"Pero es un poco irresponsable, ¿no crees?" le pregunto, mordisqueándome el labio como si estuviera interpretando el papel de la chica pensativa.

"¿Irresponsable? Es el mejor quarterback que el mundo ha visto" replica él. "¿Se ha metido en una pelea? Incluso a la NFL le importan una mierda estas cosas" dice, como si fuera algo absolutamente normal.

"Pero ha sido suspendido" replico.

"Sí, por media parte. Yo también lo he visto" dice. "No significa nada. Tienen que hacer estas cosas. Saben que no deben presionarlo demasiado o se les volverá en contra. Lo necesitan. Gana y vende entradas" continúa con un tono que me hace pensar que está hablando de una estrella de Hollywood, no de un jugador de fútbol americano. "No sé dónde está o qué demonios está haciendo para no presentarse" concluye con un suspiro, como si su alma de fan hubiera sido rota.

"Ya, yo tampoco" susurro, mientras el móvil se convierte en mi nuevo mejor amigo. Saco mi iPhone del bolso y decido hacer lo impensable, como si estuviera rodando una escena de una película. Lo llamo, con el corazón latiendo a toda velocidad como el volumen de una canción de Billie Eilish.

"¿Me disculpa un segundo? Tengo que hacer una llamada" le digo al camarero, con un tono que suena como una frase de una vieja película romántica. Mi mirada se concentra en el móvil, como si fuera una brújula que me guía en este laberinto de emociones.

"Claro, nena" responde el camarero. Su mirada me hace sentir una protagonista, al menos por un momento, mientras el teléfono suena en mi oído.

En algún lugar de Massachusetts, Liran responde al teléfono con una voz que parece un eco lejano. "Sí" dice, con un tono que parece una nota desafinada en una melodía perfecta.

"¿Liran? Soy Luelle..." espero una reacción, una palabra, un sonido que me diga que está bien, aunque me haya decepcionado como un filtro que no funciona bien. Quiero saber que sigue siendo el chico que conocí, el chico que me hizo creer que todo era posible, incluso un amor que parecía salido de una novela rosa.

"¿Luelle? Hola, ehm, hey. ¿Cómo estás?" Su voz es pastosa, como si acabara de terminar de cantar en un karaoke, o como si acabara de terminar de dormir durante una semana entera. Lo raro es que oigo a gente hablar de fondo.

"¿Dónde estás? ¿Qué demonios estás haciendo?" le pregunto, con una voz que parece una mezcla entre un mensaje de voz y una escena de celos.

"He ido a dar un paseo" dice, con un tono de voz que suena como una mentira. "¿Qué pasa?

Pensaba que no querías hablarme más" continúa, como si nuestra historia fuera un chat de grupo que se ha transformado en un caos sin fin.

"No he dicho eso" replico, con un tono que parece una notificación de un mensaje que no se puede ignorar. "Solo quiero que reconozcas tus errores" continúo. "De todas formas, es un discurso diferente para otro momento. ¡Tienes que jugar, joder!" exclamo. La gente al lado de mí en el bar se gira y me mira, como si fuera un personaje famoso que acaba de perder los nervios.

El camarero, con una expresión de asombro que parece un meme, deja de secar uno de sus vasos y susurra: "No puede ser él, ¿verdad?" como si mi vida fuera una serie de televisión y él fuera un espectador que no sabe qué va a pasar.

"Estaba suspendido, ¿recuerdas?" me dice, con un tono furioso. "Y luego ninguno de ellos me quiere en el campo" continúa, como si fuera un influencer que ha perdido todos sus seguidores. "Soy una jodida broma. Para todos. Ya no valgo una mierda" concluye. "Cuando las cosas se ponen difíciles, los hombres como yo son echados a la basura. No pasa mucho tiempo antes de que todos se olviden de tu nombre" continúa, con un tono que me hace pensar que está hablando de una estrella caída en desgracia.

"Liran, tienes que escucharme. Llama a un taxi y que te lleve al estadio. Tómate un café, dúchate y haz todo lo necesario para despertarte y jugar" concluyo, con un tono que quiere ser alentador, pero que parece más una plegaria.

Grita al auricular. "¡No! He terminado con este juego. ¿Me oyes? He terminado" dice, con una voz que me hace entender que está borracho y fuera de control. Falta aproximadamente una hora para el descanso y si no se recupera pronto arrastrará a su equipo al abismo, a un agujero negro que no dejará escapar a nadie.

"Idiota. Tu equipo te necesita. Están perdiendo malamente" continúo, como si estuviera contando una película de terror. "Si es verdad que ahora te odian, no será así cuando los lleves a la victoria" concluyo, con un tono que suena como un speech motivacional. "Así que espabila, bastardo, y lleva a tu equipo al partido del campeonato. Necesitamos un héroe esta mañana" digo, con un tono que espera abrirse camino en su corazón. El camarero tiene una enorme sonrisa estampada en la cara. Ha dejado de hacer todo para escuchar mi conversación, como si fuera una serie de televisión y él fuera un fan que no quiere perderse ni un episodio.

"¿Todavía has terminado conmigo?" me pregunta, con una voz que parece una notificación de un mensaje que no se puede ignorar.

"Ya hemos tenido esta conversación" replico, con un tono que parece una respuesta automática. "No quiero repetirla. Si no puedes ayudarte a ti mismo, entonces nadie puede hacerlo" concluyo, con un tono que parece una canción de adiós. "Ni yo, ni tus entrenadores, ni nadie" añado, como si nuestra historia fuera un libro que ha llegado al final. Cuelgo el teléfono, furiosa con él una vez más, como si fuera una gamer que acaba de perder la partida más importante. ¿Cuándo aprenderá que tiene que ser fuerte sin mí? Era lo que me había gustado de él, al principio, esa su determinación y seguridad que me había hecho creer que todo era posible.

Ahora se está perdiendo, se duerme en los parques y se salta los partidos importantes, como si fuera un personaje de una película que ha perdido el guion. Ni siquiera puedo pensarlo, no consigo elaborar lo que está sucediendo.

"¿Era...?" El camarero indica mi smartphone, como si acabara de presenciar un espectáculo de magia, sus ojos que brillan como emojis en una pantalla.

"Sí. Nos conocemos. Larga jodida historia". Tomo un gran sorbo de zumo de naranja y champán, como si estuviera tratando de ahogar todos mis problemas en un cóctel. "Necesitaré un

tercero, por favor" añado, con un tono que quiere ser desenfadado, pero que revela un deseo de olvidar.

"¿Jugará? ¿Qué ha pasado? ¡No me puedo creer que conozcas a Liran Yardley!" exclama de forma que todo el bar oiga, como si fuera una estrella de Hollywood y él mi fan número uno.

"Cálmate. Preferiría no hacer entrar a todo el bar en mi vida privada" digo, invitándolo a hablar bajo y cerca de mí, como si fuera una espía que está a punto de revelar un secreto. "Quién sabe lo que hará" me encojo de hombros, como si estuviera decidiendo el final de una serie de televisión que acabo de terminar de ver.

"Jodida suspensión..." murmura el camarero con rabia, como si su equipo acabara de perder el partido más importante.

El descanso va y viene como si fuera un anuncio en YouTube que no se puede saltar y los Pioneers son masacrados de forma brutal. Si estuviera en la televisión comentando este partido, diría que el equipo está acabado, como si estuviera dando un avance de un final de temporada que nadie quiere ver.

"Toda esperanza de que Liran Yardley pueda salvar la situación se ha desvanecido. Amigos, creo que sabemos cómo va a terminar, como si fuera una película que se concluye de forma previsible, sin sorpresas ni giros inesperados".

Niego con la cabeza, como si estuviera enviando una reacción enfadada en WhatsApp. Bebo mi quinta mimosa del día.

"¡Maldito Yardley!" grito a la pantalla.

"Que le jodan a los Pioneers" dice alguien desde un box detrás de mí. Ni siquiera me giro a ver quién es, estoy pegada a la pantalla, como si fuera una gamer que está jugando el partido más importante de la vida.

"Los Green Bay Packers se están llevando este partido a casa" oigo decir al comentarista como si estuviera dando la respuesta a la pregunta de un quiz que no sé. "¡Otro touchdown!" continúa, como si estuviera añadiendo un ingrediente asqueroso a una receta que ya apesta. "Siento decirlo, pero no veo una luz al final del túnel para los Pioneers" concluye, como si estuviera dando una reseña negativa a una película que quería ver. "En este punto, necesitan un milagro" afirma.

"Vamos..." susurro, como si estuviera hablando a un alma perdida, una esperanza que se desvanece. "No me decepciones de nuevo" añado, como si estuviera rezando por un último milagro, como si fuera una fan de un reality show que espera que su concursante favorito no sea eliminado. Es extraño lo involucrada que estoy en el partido, como si mi vida dependiera del resultado.

Liran y yo podríamos haber terminado para siempre, como si fuéramos personajes de una serie de televisión que han sido cancelados sin un final digno de este nombre, pero estaremos siempre conectados de un modo u otro, como si nuestra historia fuera una canción que sigue sonando incluso cuando no queremos escucharla. No puedo limitarme a mirar mientras su equipo se cava la fosa solo, como si fuera una amiga que está mirando a su mejor amigo perder el control de sí mismo.

"¡Esperen un segundo! ¡Madre mía, gente! No puedo creer lo que ven mis ojos. ¿Es...? ¡Sí! ¡Es Liran Yardley!" La voz del comentarista se desata.

"¡Sí!" grito, saltando de la silla.

"No va a hacer una mierda" grita alguien más a la televisión. "Mírenlo. Parece un despojo" añade.

"¿Ah sí? ¿Es lo que piensan?" me giro y los confronto, con un tono de voz que parece un reto a

un duelo. "Miren y aprendan" añado, como si estuviera a punto de revelar un secreto que cambiará todo, como si fuera la estrella de una película que está a punto de dar el golpe de efecto.

37

LIRAN

"Yardley, ¿de verdad eres tú?"

La oleada de decibelios me atropella, un muro de sonido que me hace vibrar hasta lo más profundo. La multitud, esa masa informe de rostros en delirio, me necesita desesperadamente. Más que mi propio equipo. Más que cualquier otra cosa, ahora.

La adrenalina me bombea por las venas. Levanto los brazos al cielo, en un gesto que es casi una rendición, y con una descarga de energía que me hace sentir invencible, me lanzo hacia Big Bob.

"Soy yo" murmuro, la voz ronca, casi un susurro en medio de ese estruendo. "Vamos a patearles el culo a esos malditos Packers."

Pero la reacción del entrenador es todo menos acogedora. "Pareces un despojo andante. Estaría casi tentado de mandarte directo a casa. ¿Dónde demonios te habías metido?" sus palabras son una explosión, su cara una máscara de desaprobación. Los brazos cruzados sobre el pecho son la perfecta representación de su furia. Y, sin embargo, percibo el sutil hilo de necesidad que se esconde tras su rabia. Sabe que me necesita, a pesar de todo.

"Estaba por ahí tomándome algo" respondo, una sonrisa burlona que se me dibuja en el rostro. Estoy al límite, al borde del precipicio. Pero en este momento, me importa una mierda. Ganaré este partido, cueste lo que cueste. Fin de la historia. No hay otra cosa que cuente.

El entrenador me tira hacia sí, el cuerpo contra el suyo, para que ningún objetivo indiscreto pueda leer nuestros labios. "¿Vienes a mi campo y me faltas al respeto de esta manera? He estado de tu lado desde el primer día, Yardley, y esto es una gilipollez absurda. Eres un puto milagro que te necesite, en este preciso instante. Si no fuera así, te mandaría a casa sin pensármelo dos veces y recomendaría una suspensión de por vida." Sus palabras son un escupitajo venenoso, que va a caer sobre el césped bajo nosotros.

"No se preocupe, entrenador. Yo me encargo de todo. Mande fuera a ese tipo" le digo, indicando al quarterback de reserva que han sacado al campo en el último minuto. Una idea ridícula.

El entrenador se acerca, su silbido corta el aire como una espada y hace señas al suplente para que salga del campo. Su mirada me lo dice todo, una mezcla de rabia y frustración. Pero yo susurro: "Mira cómo juega un verdadero campeón" y corro al campo, sin volver la vista atrás.

En la melé, me encuentro cara a cara con mis demonios. Mi némesis. Mis errores. Mis sentimientos de culpa. Cruzo las miradas de cada uno, uno por uno, dejando que mis ojos se pierdan en los suyos, y finalmente respiro aliviado. Es como si estuviera sacando el aire viciado de los pulmones.

"Es bueno estar de vuelta aquí, en este maldito campo" digo, la voz ronca, pero llena de una renovada energía. "Sé que me odiáis, chicos. Quizás con razón, pero ahora no es el momento de poneros en mi contra. Estamos catorce puntos abajo, según mis cálculos, es una puta remontada fácil. Pero tenéis que escucharme. Tenéis que jugar como sé que sabéis hacerlo. Durante las próximas horas, ¿estáis conmigo? ¿Seremos un equipo y guiaremos a estos Packers directos a la

tumba?"

Miro a mi alrededor, escudriñando cada rostro, buscando una señal de rendición o de rebelión. En cambio, cruzo la mirada de Clayton, que asiente lentamente. "Eres un verdadero hijo de puta, ¿lo sabes?" dice, y una sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

"Oh, lo sé de sobra" río, la tensión que se disuelve en una risa nerviosa. De alguna manera, todo esto me hace sentir vivo.

Joash interviene, su voz afilada como una cuchilla. "¿Cuántas veces te presentarás en este campo con disculpas? Ya no necesitamos tus disculpas, tus discursos motivacionales, nada. Solo necesitamos ganar este puto partido."

"Entonces ganemos" respondo, la sonrisa que se hace más decidida, cargada de una nueva determinación. "A la de tres. Victoria." Nuestras manos se unen en el centro del círculo, una sobre la otra, un pacto silencioso y poderoso.

"Uno, dos, tres: ¡VICTORIA!" Nuestras manos vuelan en el aire, un grito de batalla que resuena en el campo. La energía se me propaga por todo el cuerpo.

En un abrir y cerrar de ojos, estamos de nuevo en el campo, los ojos puestos en la línea de defensa adversaria, listos para esquivar los golpes más duros de la NFL. Pase tras pase, carrera tras carrera, como un río en plena crecida, comenzamos a ganar terreno.

Los comentaristas deportivos están en delirio, sus voces cargadas de excitación e incredulidad. "¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Liran Yardley, el de siempre, rebelde, controvertido hasta la médula, está reescribiendo las reglas del fútbol americano. Lo está dando todo de sí mismo en este partido, y es realmente un espectáculo digno de ver." Parece que están hablando de otro.

Cuarto intento, y la distancia es larga. Solo tenemos una única, maldita posibilidad. Todavía estoy con resaca, la depresión me está comiendo vivo, y la rabia hierve bajo la piel, pero cuando entro en esa maldita zona, no hay nadie que me pueda parar. "¡HIKE!" La pelota llega directa a mis manos. Busco a Clayton. No está libre. Joash, quizás... No, no es una situación favorable.

Los tres hombres de línea adversarios se abalanzan sobre mí, como una manada de lobos hambrientos. Ahora todo se mueve lento, cada movimiento parece a cámara lenta. Los ruidos se amortiguan, los sonidos se hacen lejanos y confusos, casi inexistentes. Las manos de uno de los adversarios me agarran los hombros. Me giro y me libro de su presa, con una torsión del cuerpo que me hace sentir ligero como una pluma. "Joder" pienso. "¿Se acabó? ¿Así es como se siente perder?"

Pierdo el equilibrio, caigo casi al suelo, y me siento perdido, listo para derrumbarme, pero algo me mantiene en pie. Es la rabia, el orgullo herido, la determinación de no rendirme. Decido que mi única posibilidad es correr, escapar como si tuviera al diablo pisándome los talones. Empujo a un adversario, mientras me agacho para escapar de los brazos extendidos del otro.

Es como correr en medio de un tiroteo, donde las balas te silban al lado y cada segundo puede ser el último. Tengo delante de mí solo un camino estrecho, un minúsculo hueco entre los muros de carne que intentan bloquearme, y si no consigo superar esa barrera, lo perderé todo. Tomarán la pelota, y la llevarán directa a nuestra end zone.

Faltan solo siete yardas. Tengo que superar esta maldita línea. Una yarda, dos yardas, tres yardas, cuatro yardas que se suceden como una cadena imparable. Uno de los Packers me agarra los tobillos, y su presa es fuerte. "¡No!" grito, arrastrando los pies, intentando no perder el equilibrio. Otra yarda más. Tengo que mantenerme en pie, maldita sea. Y luego otra, y otra más, mientras me siento caer a pedazos.

Los hombres me saltan encima, llegando desde todas las direcciones, como enjambres de

avispas enloquecidas. Se acabó, lo sé. Comienzo a perder el equilibrio, a caer. Pero luego estiro los brazos hacia delante, con toda la fuerza que me queda, y al final caigo al suelo, con un golpe sordo. El rugido de la multitud me invade como una ola, y yo intento entender si sus gritos son buenos o malos. Miro la pelota, luego al árbitro, y la decisión llega, como un rayo a cielo sereno. He obtenido mi primer down.

Levanto el puño en el aire y con una sonrisa salvaje corro hacia la melé, el cansancio barrido por una descarga de adrenalina. "Ok, chicos, segunda oportunidad" grito, la voz ronca de excitación. "Formación estándar. Joash, vete en profundidad. Tenemos que partirles el culo, de una vez por todas." Él asiente, la mirada encendida. "Clayton, cúbreme las espaldas. Hoy serás mi sombra" le digo, y él me hace un gesto, una pequeña sonrisa que le arruga las comisuras de la boca. Rompemos la melé, y la decisión está tomada.

Me echo hacia atrás, con la mirada fija en el objetivo. Joash asiente, mientras se gira sobre sí mismo, y yo lanzo la pelota, con una fuerza y una velocidad igual a un proyectil disparado por una pistola. La presa es limpia, perfecta, un gesto fluido y natural. ¡Touchdown! Me siento como si estuviera volando, mis manos que no tiemblan. Nadie puede competir con mis lanzamientos, lo sé.

Doy los cinco a mis compañeros de equipo, la alegría pura que me explota en el pecho, y luego me dirijo hacia la línea lateral. Williamson me estrecha la mano, con una sonrisa que le ilumina el rostro, y luego me da una palmadita afectuosa en el trasero, un gesto que me hace sentir de nuevo vivo. Salto hacia adelante. "Lo has hecho bien, ahí fuera."

"¿Sí?" me quito el casco y paso las manos entre el pelo empapado, saboreando la sensación del viento en la piel. "¿No quiere mandarme más fuera del campo? Imagino que no es una buena idea, ahora, ¿eh?"

"Lo estás haciendo genial. Solo tienes que llevar el partido a casa" dice, una punta de orgullo en su voz.

"Gracias, entrenador" respondo, y dentro de mí siento que lo lograré.

El partido procede como un reloj suizo. El juego es una perfecta sinfonía de defensa, impenetrable como una fortaleza, y de ataques, potentes e imparables como un río en plena crecida. Cada jugador está al máximo de la forma. Cada paso, cada lanzamiento, cada presa es una obra de arte. Touchdown tras touchdown. Lanzamiento tras lanzamiento. Hasta la victoria final.

Al final, cuando la sirena decreta el fin del partido, me vuelvo y miro a la multitud. Los rostros son borrosos, todos iguales. Al fin y al cabo, son solo números. Cada persona en ese estadio ha elegido venir aquí a vernos ganar, noche tras noche, para representar a su propio estado. Hasta ahora, hemos estado a la altura de sus expectativas. ¿Y nosotros qué obtenemos a cambio? ¿Coches de lujo? ¿Dinero a raudales y una satisfacción efímera?

Me siento en la conferencia de prensa con este pensamiento que me roe dentro, como una carcoma que no me da tregua. Luelle. La mayoría de los hombres se habrían rendido, a estas alturas. Habrían renunciado a su propia obsesión. Pero algo dentro de mí me empuja a seguir intentándolo, a no ceder. Quizás soy un idiota, quizás soy masoquista. Quizás debería haberlo dejado ya hace tiempo. Pero quizás, no va conmigo un tipo como yo. Un verdadero hombre no se rinde. Un verdadero hombre afrontará las llamas, a pesar de las adversidades.

Una periodista, una joven licenciada proveniente de alguna universidad prestigiosa como Columbia o Harvard, se levanta y me dirige la pregunta. "Ha tenido un inicio de temporada muy difícil. ¿Qué ha cambiado dentro de Liran Yardley? ¿Qué le ha empujado a jugar mejor?" Me

escruta con atención, el cuaderno listo para acoger cada una de mis palabras.

"¿Qué quiere decir, además de mi obsesión por la victoria? ¿El dinero? ¿Los coches? No, estoy bromeando. La verdad es que he conocido a una chica por la que vale la pena luchar, aunque ahora ya no estemos juntos. Ella me ha dado esperanza y me ha recordado mi amor por este deporte justo cuando estaba a punto de dejarlo ir para siempre" respondo, con una nota amarga que me arruga la voz.

"¿Dejarlo ir? ¿Qué quiere decir con esto?" me pregunta. Parece interesada y curiosa. No se espera una respuesta tan profunda.

Me rasco la cabeza, un gesto nervioso que traiciona mi incomodidad. Es embarazoso tener todos estos micrófonos apuntándome, y veo todas las miradas sobre mí, a la espera de mi opinión filosófica sobre argumentos que conozco a duras penas. Formo parte de este juego, creo, pero no sé por cuánto tiempo más seré capaz de soportarlo. Espero solo que Luelle esté mirando todo esto.

"Es más sencillo de lo que parece" respondo. "Detesto admitirlo, pero después de haber ganado ese Super Bowl el año pasado, mi amor por el fútbol americano se estaba desvaneciendo. Me gusta jugar, pero toda esa mierda que rodea este deporte no tiene nada que ver con el campo. En secreto, estaba listo para rendirme. Quería dejarlo todo e irme para siempre." Mis compañeros de equipo se agitan nerviosamente en sus sillas. Uno de los entrenadores tose fuerte, para intentar interrumpirme. "A la mierda, no tengo miedo de decir la verdad. Esta mujer me ha salvado. Esto es todo. Y ahora quiero avisar a todos los equipos restantes: estad preparados. Porque estoy llegando para vosotros." El sonido de los disparos de las máquinas fotográficas, el clic de los teclados de los portátiles y los bips de los smartphones que resuenan en la habitación me hacen sentir bajo los reflectores de un escenario.

Otro periodista se levanta, con una sonrisa socarrona. "¿Nada de peleas, hoy, eh?" Alzo los hombros, con una despreocupación que es solo aparente. No tengo intención de picar el anzuelo tan fácilmente. "Imagino que la suspensión le ha hecho reflexionar sobre lo que está en juego."

"Se ha equivocado" río, cerrando los ojos por un segundo, en un gesto de cansancio. Tengo que decidir cómo responder. "Sabe, un jugador puede usar muchas tácticas en el campo para intimidar al otro equipo. Usar las palabras, sin embargo, es la vía más fácil y más débil, en general." Me interrumpo, haciendo una respiración profunda.

38

LUELLE

"¿Te apetecería profundizar en eso, Liran?" me susurro, con un toque de sarcasmo que me escuece en la lengua.

A estas alturas, mi huida personal del bar ya está en marcha desde hace un rato. ¿La dirección? Obviamente, casa. La rueda de prensa de Liran está puesta, una especie de banda sonora para mi noche surrealista, mientras tengo a Axton en brazos, con el ceño fruncido y las gafas de ver bajadas en la punta de la nariz, intentando coser el bolsillo de sus adorados pantalones de superhéroe.

Liran sonríe a la cámara. Una de esas sonrisas que haría caer rendido a sus pies hasta al más aguerrido de los periodistas deportivos, con esa típica mirada chulesca de chico malo que vuelve literalmente locas a sus fans en TikTok e Instagram. "Si hoy alguno de los jugadores se hubiera atrevido siquiera a respirar en mi dirección en el campo" declara con una seguridad que roza la arrogancia, "lo habría molido a puñetazos sin pensármelo dos veces, igual que hice con ese pringado del segundo equipo en el último partido. ¿Entendéis? A veces vosotros con las cámaras y los micrófonos no oís las chorradas que nos decimos en el campo. Pues bien, resulta que ese tío al que tumbé, se lo merecía y mucho".

El murmullo en la sala de prensa sube de volumen, una especie de runrún impaciente. Mis manos, mientras tanto, se paran, la madeja de hilo rojo aún colgando de la tela. Siento el estómago caer en picado a una velocidad de montaña rusa. ¿Me estaba defendiendo? Pero, ¿qué está pasando? Este chico no deja nunca de sorprenderme, sea para bien o para mal.

Su voz cambia de tono, se vuelve más dulce, casi humilde, cada palabra pronunciada con cuidado. "He perdido la cabeza, sí. Es verdad. Me he cabreado muchísimo" confiesa, como si estuviera hablando consigo mismo. "No es tan raro enfadarse en el campo. Es más, a vosotros de la prensa os encanta, lo sé, y también al público. Pero esta vez ha sido diferente. Si un hombre tiene la intención de insultar a la mujer que amo, al menos que tenga el valor de mirarme a los ojos mientras me lo dice. Lo habría tumbado igual, no hay duda, pero al menos sería un poco más leal por su parte, ¿no?" Una media sonrisa se dibuja en sus labios. "No, en serio, la gente se ríe cuando oye que digo estas cosas, pero no tengo intención de seguir así. Estoy harto de pelearme como un cavernícola. No soy de esos tíos que se divierten pegando puñetazos a la gente en cada partido. Pero si se permiten ofender a la madre de mi hijo, entonces es mejor que se preparen para la idea de un probable ingreso en la UCI".

Se apoya en el respaldo de la silla, una expresión cansada que vela su mirada, y lanza una especie de bomba de relojería: "Y otra cosa…".

Una oleada de rabia me invade y, sin pensarlo, golpeo la pantalla de la tele con la mano, el plástico que vibra por el impacto. "Oh, Liran…" susurro, sintiendo el corazón latir como un tambor. Tenía millones de excusas para justificar sus comportamientos de verdadero imbécil, pero, por primera vez, parecía de verdad sincero. Un raro momento de lucidez en su infinita saga de bravuconadas.

Axton, en cambio, está completamente fuera de sí. Empieza a correr en círculos por el salón, como un pequeño tornado de pura energía. "¡Liran! ¡Liran!" repite a gritos, las mejillas enrojecidas por la excitación.

"Tu padre es un verdadero capullo" exclamo, rodando por la alfombra al lado de Axton, las risas que me salen de los labios sin control. "Y no me creo que esté diciendo esto, pero lo amo a morir, ¡lo amo de verdad!"

Mi móvil vibra con una notificación de un comentario en Instagram de Kezia, que me manda una serie de emojis enamorados, seguidos de un mensaje de audio en el que grita su entusiasmo.

Axton me sonríe, una expresión de alegría que le ilumina la carita. Quizás es aún demasiado pequeño para captar las complejidades del amor, pero quién sabe, a lo mejor me sorprende. El caso es que él y su padre son lo único que me ha quedado constante en la vida. Incluso Kezia, tarde o temprano, me dejará para seguir su camino, su pasión, su amor. Liran, en cambio, es una roca, un punto fijo en mi caos. A pesar de sus defectos, sus caídas, sus cagadas, de verdad que ha cambiado. Se ha convertido en alguien por quien vale la pena luchar, arriesgar, apostar todo. No me puedo creer que haya confesado que tiene un hijo en directo nacional. No es exactamente la manera más ortodoxa de hacer un anuncio, lo admito, pero siento las mejillas arder, una reacción que no sentía desde hacía tiempo.

"Solo me estaba protegiendo" reflexiono, con un tono de voz más bajo y tembloroso. "Pensaba que era un temerario. Pensaba que era un egoísta. Lo he rechazado con todas mis fuerzas. Oh, Axton. Creo que mamá ha cometido un gran error". Las palabras me salen de la boca como un suspiro. Empiezo a comerme las uñas, una costumbre que pensaba haber superado desde hacía tiempo, señal de una ansiedad que me está devorando por dentro. Mi cerebro es un torbellino de pensamientos. Mi corazón, una orquesta de emociones en pleno concierto.

"Gran error" me repite Axton, imitándome con una sonrisa pícara estampada en el rostro.

"Yo, eh" Liran retoma la palabra, visiblemente indeciso, "me gustaría usar este espacio como un lugar donde plantear una pregunta que me importa mucho. Si a todos os parece bien, obviamente". El murmullo en la sala de prensa se hace aún más intenso, una ola de susurros impacientes y cuchicheos de curiosidad. Liran, sin embargo, no se deja intimidar. Los ignora completamente, como si no existieran.

Continúa hablando, su voz se vuelve más profunda, impregnada de una sinceridad que desarma. "Si por casualidad ella está siguiendo esta retransmisión en la tele, hay una cosa importante que quiero pedirle. Luelle, tú eres el amor de mi vida. Desde que me conociste he sido un arrogante, un capullo y un irresponsable. Lo admito. Pero debo confesarte una cosa: esa no es mi verdadera esencia. En el fondo soy una persona diferente. Soy honesto, bueno y fiable. Sé que ahora puede parecer imposible, pero si me concedes solo otra oportunidad, te prometo que me haré perdonar al céntuplo. Te amo, Luelle. Y, eh, ¿quieres… quieres casarte conmigo?".

Un sobresalto colectivo se propaga en la sala de prensa, un coro de maravilla que se mezcla con alguna risa nerviosa y un runrún de comentarios.

"¿Quién es esa misteriosa Luelle?" grita un periodista desde la primera fila, empujándose hacia el micrófono. Otro, un poco más lejos, se levanta de pie sobre una silla para sobresalir entre la multitud y pregunta a gritos: "¿Matrimonio? ¿Pero qué ha sido de tu imagen de chico malo?".

Mi móvil me notifica una cascada de mensajes vocales y notificaciones. Mi nombre es *trending topic* en Twitter. Las *Stories* de Instagram están invadidas por los comentarios de mis amigas. El mundo entero parece haber entrado en mi habitación.

"¡A la mierda mi imagen de chico malo! Habéis sido vosotros quienes la habéis inventado"

responde Liran, sin tapujos, con un tono casi molesto. Y después, como si hubiera terminado de representar su papel en un espectáculo, apaga las cámaras con un gesto brusco. “Me voy. Nos vemos”. Y así, sale de la sala de prensa, dejando a todos sin palabras, con la boca abierta y los ojos desencajados. Un verdadero golpe de efecto de gran *showman* que se ha aprendido de memoria los trucos de su oficio.

Agarro mi bolso, con movimientos febriles y un poco torpes, y meto dentro un cambio de ropa. “Venga, pequeño, vámonos de aquí” le digo a Axton, mi voz cargada de una energía contagiosa. “Vamos a hacer un viajecito a Massachusetts. Ha llegado el momento de recuperar a papá”. Tengo la impresión de ser una protagonista de un videoclip de los años ochenta, lista para dar un salto al vacío, hacia lo desconocido. Los rodajes y las poses de modelo pueden esperar. Mi corazón, en cambio, no espera más.

Fuera, la lluvia cae espesa y violenta, una explosión de caos que parece reflejar mis emociones. El viento sopla con ráfagas violentas, azotando todo lo que encuentra. Los semáforos bailan como marionetas enloquecidas por la fuerza de los elementos. Un taxi se detiene en la esquina, las luces rojas y amarillas parpadeando en la lluvia torrencial. El sonido de la radio del taxista invade la calle, como un dj enloquecido que intenta cubrir el ruido ensordecedor de la tormenta. “Tenemos una fuerte tormenta que está azotando la ciudad y la zona norte del estado de Nueva York” carraspea la voz del locutor, con un tono alarmado. “Se recomienda permanecer en casa, ya que los vientos aumentan de velocidad muy rápidamente”. Las calles están desiertas. Los locales están cerrados. Las personas se han refugiado en sus casas, asustadas por el diluvio universal.

“¡Taxi!” grito, intentando hacerme oír por encima del ruido ensordecedor de la lluvia y del trueno. El taxista baja del coche corriendo, sujetándose el sombrero en la cabeza para que no se lo lleve el viento. Nos abre la puerta, con el rostro contraído en una expresión de prisa. “¡Dentro! ¡Dentro!” grita, antes de volver a tirarse en su asiento y cerrar la puerta con un golpe seco. Su rostro es una máscara de preocupación y perplejidad.

“Gracias por recogernos. ¿Hace viajes de larga distancia?” pregunto, la voz ronca por la emoción. Espero con todo mi corazón que diga que sí. Vale la pena intentarlo. Todos los trenes han sido bloqueados a causa de la tormenta y la idea de coger un autobús, en medio de este infierno de lluvia, con mi niño, me da escalofríos, no puedo negarlo. Mis dedos se aferran firmemente al asa de mi bolso, un gesto instintivo como si estuviera intentando mantenerme anclada al mundo real.

“Nada de larga distancia” responde el hombre, con un tono brusco y molesto. “Solo ciudad”. Sus palabras son como una ducha fría, que me hace sentir aún más desesperada que antes.

“Le pago el doble” imploro, mi voz está cargada de una desesperación que no consigo esconder. “Es importantísimo” añado, sacando la cartera para mostrarle que tengo el dinero para pagar mi locura. “Tengo que llegar a la zona de Boston. Por favor, se lo ruego”. Los ojos del taxista son dos rendijas entre arrugas de preocupación. Las cejas arqueadas en un signo de interrogación.

“¡No con esta tormenta!” exclama el taxista, gesticulando con las manos de un modo casi teatral. Su rostro es una mezcla de incredulidad y miedo. La expresión de quien ha visto el apocalipsis de cerca y no tiene ninguna intención de participar en él de nuevo. Sus palabras son como un golpe seco, que me hace sentir aún más impotente.

“Le pago el triple” alzo el tono de la voz, mientras mi determinación se hace aún más fuerte. “Confíe en mí, le pago ahora mismo”. Le muestro el dinero en efectivo, un montón de billetes arrugados que tienen en jaque mi futuro. Mi voz tiembla ligeramente, pero la mirada está llena de

una energía irrefrenable. La energía de quien está lista para desafiar incluso la furia de la naturaleza.

El hombre se apoya en el respaldo del asiento, girando la cabeza hacia mí, su rostro una expresión de curiosidad. "¿Por qué demonios quiere ir a Boston con este temporal? ¡Llueve como si no hubiera un mañana, y tiene un niño en brazos! ¿Es de verdad tan importante?" su voz es una mezcla de escepticismo y sincera preocupación. Mi instinto materno me dice que proteja a Axton, que lo ponga a salvo, pero mi corazón me empuja a hacer lo contrario.

"Lo es" respondo, con una seguridad que no me pertenece. "Es más importante de lo que pueda imaginar". Mi mirada está fija en la suya, un grito silencioso que intenta convencerlo de mi loca misión. Las palabras permanecen suspendidas entre nosotros, cargadas de una determinación que parece contagiosa.

"Sabe, mi mujer y mis hijos están fuera de la ciudad para el fin de semana. No tengo nada que hacer y no hay nadie que espere un taxi en la ciudad hoy. Creo que es su día de suerte, ¿eh?" El taxista esboza una sonrisa, mientras pone en marcha el coche, saliendo disparado contra el viento enloquecido. Sus ojos brillan con una extraña luz, una mezcla de resignación y de una especie de loca excitación por la imprevisibilidad de la situación.

"¿Nos lleva?" exclamo, mientras una descarga de euforia me recorre el cuerpo. "¡Oh, gracias, gracias!" Mi voz vibra de alegría, una ola de alivio que me invade como una onda de puro amor. "¿Has oído, Axton? ¡Vamos a recuperar a papá!" Mis manos abrazan con fuerza el pequeño cuerpo de mi hijo, mientras mi mente ya está proyectada hacia el futuro, hacia el encuentro con Liran. La lluvia fuera de la ventanilla continúa cayendo, pero dentro de mí siento ya brillar un sol espléndido.

39

LIRAN

Bajo del podio con una sensación de derrota que se me pega como una segunda piel.

Esa no ha sido una buena conferencia de prensa, lo sé en lo más profundo de mí. Las palabras se me escaparon de la boca sin filtro, demasiadas, demasiado sinceras, ya siento el runrún en las cabezas de mis asesores de prensa.

Es siempre la misma historia, un bucle infinito de mea culpas y arrepentimientos tardíos, como un disco rayado que no deja de sonar la misma vieja canción. Voy al despacho de mi mánager, con el rabo entre las piernas, me disculpo con la mirada baja y luego intento distraerlos con alguna partida al simulador de Fórmula 1 o al último videojuego de fútbol americano, con la vana esperanza de que olviden mis patinazos verbales, mis tuits fuera de lugar.

Ya me sé de memoria la coreografía, el ballet hipócrita al que debo prestar mi cuerpo y mi alma para no derrumbar el castillo de naipes que he construido con fatiga en estos años. Una representación a la que no consigo sustraerme, una jaula dorada en la que me encuentro atrapado cada vez que abro la boca.

Pero esta vez es diferente, lo siento dentro, en lo más profundo de mis huesos. Esta vez he dicho la verdad, he puesto al desnudo mis emociones, mis debilidades, mis deseos, como si fuera un influencer que comparte sus secretos de belleza en su perfil de Instagram y no un jugador profesional en la cresta de la ola. Y esto, ya lo sé, se me volverá en contra.

Williamson me corta el paso mientras voy hacia mi coche, su figura imponente que se cierne sobre mí como una advertencia. "Los peces gordos quieren hablar contigo, Liran" me dice, su voz ronca que delata una preocupación que no quiere mostrar.

El término "peces gordos" me da urticaria, es el código que usamos para indicar a las personas que detentan el poder, aquellas que se mueven en la sombra y que controlan nuestras vidas como si fueran personajes de un videojuego. Me detengo, con un suspiro que es más una rendición que otra cosa, y lo miro directamente a los ojos, tratando de descifrar sus expresiones, sus palabras no dichas, los miedos que me esconde.

"Mierda" replico, sintiendo un escalofrío que me recorre la espalda. "¿Están cabreados por la conferencia de prensa? Siendo honesto, pensaba que había ido lo mejor posible. Ya sabes, considerando las circunstancias".

No consigo entender la lógica que mueve sus acciones, sus maquinaciones, sus obsesiones por el control y la manipulación de la realidad. Yo solo he dicho la verdad, no he hecho nada malo, pero ya sé que la verdad es un terreno minado en este mundo de ficciones y de hipocresías.

El entrenador me mira fijamente, con una expresión que no sé descifrar, sus ojos que me escrutan como si fuera un alienígena. "Hijo, esos hombres operan en una longitud de onda diferente a la mía" me hace notar, con un tono que no admite réplicas. "No tengo ni idea de qué quieren de ti, me dice. Solo sé que quieren hablar contigo".

La frase me suena como una sentencia, una advertencia siniestra, una previsión de tormenta en un cielo demasiado calmado. Me siento como un boxeador en la esquina, con las manos atadas,

listo para encajar el enésimo golpe.

Me dan ganas de agarrarlo por los hombros, de zarandearlo, de gritarle toda mi frustración, pero me contengo. No sirve de nada, él es solo un títere en las manos de estos amos ocultos, como yo, como todos aquellos que se mueven en este circo mediático.

Me limito a asentir, con un gesto que es más una rendición que otra cosa, y me dirijo hacia mi coche, con un nudo en el estómago que no se deshace. Sé que no puedo escapar, que debo afrontar la tormenta que está a punto de abatirse sobre mí, aunque no sé todavía de qué lado llegará.

Agarro el smartphone con la fogosidad de quien busca un salvavidas en un mar en tempestad, el display que se ilumina como un faro en la noche. El contacto de mi agente se desliza rápido bajo mi pulgar, una especie de ancla de salvación en este océano de incertidumbres.

Marco el número, con las manos que tiemblan ligeramente, y espero a que su voz chillona responda desde el otro lado del teléfono, como si fuera un mesías listo para salvarme de este infierno. "¿Querías hablar conmigo?" pregunto, con un tono que es una mezcla de desafío y de resignación.

Su voz que me llega al oído es una ducha fría, un puñetazo en el estómago inesperado. Su tono es ligero y excitado, el exacto opuesto de lo que me esperaba. Como si fuera una buena noticia mi confesión pública, mi outing sentimental y paternal en directo nacional.

"¡Liran, amigo! ¿Cómo estás?" me pregunta, con una energía que no sé de dónde le proviene. Intento ignorar su entusiasmo desmedido, su falsa cordialidad, su hipocresía que ya me sé de memoria.

Echo un vistazo al cielo, las nubes oscuras que se adensan sobre la ciudad como un presagio funesto, y frunzo ligeramente el ceño, sintiendo una extraña inquietud que me invade. "He visto días mejores, pero en general estoy bien" respondo, tratando de mantener un tono calmado y distante. "He oído que tenías que hablar conmigo. ¿Qué pasa?"

Su risita estridente me dan ganas de colgar el teléfono, de cerrar para siempre los puentes con esta gente que no entiende nada de mí, de mis emociones, de mis deseos. Pero me contengo, sé que no puedo hacerlo, que estoy ligado a ellos por un pacto de sangre, por un contrato que no puedo romper.

Me siento como un animal enjaulado, que observa a sus carceleros a través de los barrotes, con una mezcla de rabia y de desesperación. Y sé que no puedo sustraerme más a este juego perverso.

Intento focalizar la atención en sus palabras, con la esperanza de que me dé una explicación lógica, una razón plausible para toda esta locura. Pero la esperanza es lo último que muere, y la mía está agonizando.

"Solo quería ponerte al corriente de algunas llamadas que he recibido hoy..." me dice, con un tono que es más una advertencia que otra cosa. Su voz, que antes era entusiasta, ahora se hace más cauta, más mesurada, como si estuviera buscando las palabras justas para no hacerme caer de la silla.

Me siento como un equilibrista sobre una cuerda, con un abismo bajo los pies, y cada una de sus palabras me hace vacilar, me hace perder el equilibrio, me hace sentir más vulnerable, más solo.

Me espero a que me eche en cara todos mis errores, mis meteduras de pata, mis confesiones inoportunas, pero en el fondo no me sorprende. Ya me sé de memoria su guion, su retórica, su hipocresía.

Pero esta vez, siento que algo es diferente, que las cartas en la mesa han cambiado, que mi

confesión pública ha creado un terremoto que nadie se esperaba. Y quizás, es justo esto lo que más me asusta.

"Mira, solo quiero disculparme por la conferencia de prensa" digo, anticipándome a sus acusaciones, tratando de quitarme enseguida el peso sobre la conciencia. "Sé que tengo un problema con mi lengua, pero no siempre puedo ser honesto" añado, con un suspiro de resignación. "Debería haberte consultado antes de anunciar al mundo que estoy enamorado y que tengo un hijo fuera del matrimonio".

El discurso me sale de la boca como un río crecido, sin filtros, sin reparos, sin el miedo a ser juzgado. Es la primera vez que me pasa en toda mi carrera, y debo decir que esta sensación de libertad me gusta, me hace sentir vivo, me hace sentir yo mismo.

Pero sé también que esta libertad tiene un precio, y que este precio podría pagarlo amargamente. Pero en el fondo, estoy listo para arriesgar, para poner en juego todo lo que tengo para defender mi verdad, mis emociones, mis valores.

No quiero esconderme más detrás de una máscara, no quiero fingir más ser quien no soy, no quiero vivir más en la sombra. Quiero ser Liran Yardley, con todas sus luces y sus sombras.

Aunque pensaba que iba a echarme la bronca, Jevin se echa a reír cuando me oye decir esas palabras, su voz que retumba en el oído como un trueno en un cielo sereno. "¿Estás bromeando?" me pregunta, con un tono que es más una sorpresa que otra cosa. "Le ha gustado a todos" añade, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Su reacción me despista, me desorienta, me hace sentir como si estuviera en otro planeta, como si el mundo que conozco fuera completamente diferente del que vive él. No entiendo su lógica, su psicología, su modo de ver la realidad.

Me siento como un ratón en un laberinto, que busca la vía de salida sin encontrarla, que se choca contra los muros sin una meta precisa. Intento racionalizar la situación, de encontrar un sentido lógico a sus palabras, pero no lo consigo.

Su risa continúa retumbándome en los oídos, como una sinfonía desafinada, como una señal de alarma que me advierte de un peligro inminente.

"Antes que nada, todos han tenido un hijo fuera del matrimonio" me explica, con un tono de suficiencia que me dan ganas de estamparle el teléfono en la cara. "No es un gran problema y el hecho de que te importe parece aumentar bastante tu atractivo" continúa, como si mi vida privada fuera un producto para vender en el mercado mediático. "La gente se está volviendo loca por esta historia, Liran. Y lo están haciendo del mejor modo posible" concluye, con una sonrisa que no me convence para nada.

Me siento como un objeto en el escaparate, con etiqueta y precio, como un trofeo que mostrar a sus amigos. Pero yo no soy un objeto, no soy un trofeo, soy una persona con emociones, con sentimientos, con sueños.

Y lo que más me asusta es que ellos no lo entienden, no lo entenderán nunca. Para ellos, soy solo un engranaje de una máquina de hacer dinero, una pieza que mover en un tablero de ajedrez, un número que añadir a sus facturaciones.

Me dan ganas de vomitar, esta mercantilización de la vida humana, esta obsesión por el provecho, esta total ausencia de empatía. Querría cerrar los ojos y volver a dormir, despertarme y descubrir que todo esto ha sido solo una pesadilla.

"¿De verdad?" balbuceo, con un tono que es una mezcla de estupor y de incredulidad. "Supongo que la honestidad tiene su atractivo" añado, con un sarcasmo que no pasa desapercibido.

No consigo creer que a la gente le importe algo de este tipo, que mi vida privada, mis

sentimientos, mis amores, se hayan convertido en un argumento de discusión pública, un pretexto para hacer audiencia, para hacer dinero.

Me siento como un personaje de un reality show, que debe exponer su intimidad para satisfacer la morbosidad del público, para alimentar su curiosidad enferma. Pero yo no quiero ser esto, no quiero ser una marioneta en sus manos, no quiero ser un producto para vender al mercado de los medios.

Quiero ser Liran Yardley, el jugador de fútbol americano, el padre, el enamorado, pero también el hombre con sus debilidades, sus miedos, sus defectos. Y quiero que las personas me acepten por lo que soy, sin prejuicios, sin hipocresías, sin máscaras.

"Todos se mueren de ganas de saber quién es esa mujer misteriosa" me hace saber, con una nota de malicia en la voz. Su frase me suena como un cebo, una provocación, un intento de manipularme para obtener otras confesiones, otros scoops, otros titulares en los periódicos.

Me dan ganas de mentirle, de inventarme una historia, de tomarle el pelo, pero me contengo. No quiero rebajarme a su nivel, no quiero convertirme como él, un manipulador sin escrúpulos.

Me siento como un león enjaulado, que observa a sus carceleros a través de los barrotes, con una mezcla de rabia y de desprecio. No quiero ceder a sus provocaciones, no quiero darles el placer de verme sufrir, de verme caer.

Quiero proteger mi privacidad, mi intimidad, mis sentimientos, de este circo mediático que me está asediando, que está intentando consumirme.

"Sí, bueno, no importa mucho" respondo, tratando de cerrar enseguida el argumento. "Ella ha terminado conmigo ya. Es hora de que yo siga adelante" añado, con un tono que es más una admisión de derrota que otra cosa.

No consigo esconder mi tristeza, mi dolor, mi sensación de pérdida. Me siento como un náufrago en una isla desierta, con el corazón roto, con la esperanza de encontrar mi camino, mi equilibrio.

Querría gritar, llorar, desahogar toda mi rabia, pero me contengo. No quiero dar satisfacción a estos buitres, no quiero mostrar mis debilidades. Quiero ser fuerte, quiero ser valiente, quiero ser yo mismo.

Y sé que para hacerlo, debo dejarla ir, debo aceptar la realidad, debo seguir adelante, aunque esto me cueste más de lo que puedo soportar.

"¡No!" grita, su voz que rompe el silencio como un rayo a cielo sereno. "Liran, si hay algo que sé, es que nada ha terminado hasta que no ha terminado" continúa, con un tono que es más una orden que un consejo. "Encuéntrala. Reconcilia tu relación, ¡maldita sea!" me ordena, como si fuera un coronel que imparte una orden a un soldado. "Piensa en tu carrera" añade, con una voz que es una mezcla de desprecio y de ambición.

Me siento como una marioneta en sus manos, una entidad sin voluntad, un número en una cuenta bancaria. Querría rebelarme, querría gritarle todo mi odio, pero me contengo. Sé que no puedo hacerlo, que debo seguir sus órdenes, aunque esto me cueste más de lo que puedo soportar.

Su egoísmo me dan ganas de vomitar, su obsesión por el dinero me dan náuseas. Querría que desapareciera de mi vida, que no existiera más, que me dejara libre de vivir mis emociones, mis sentimientos, mis amores.

Pero sé que esto no es posible, que estoy ligado a él por un pacto de sangre, por un contrato que no puedo romper. Y esto me hace sentir aún más solo, aún más desesperado.

"Ella no es un objeto" replico, con un tono firme y decidido. "Es una mujer y no tiene nada que

ver con mi carrera" añado, tratando de hacer valer mis razones. "Debéis metéroslo en la cabeza" digo, con una voz que es una mezcla de rabia y de frustración.

No soporto la idea de que consideren mi vida privada como un producto para vender en el mercado mediático, que no respeten mi intimidad, mis sentimientos. Querría que entendieran que soy una persona, no un burattino, no un objeto, no un número.

Querría que entendieran que mis éxitos deportivos son el fruto de mi empeño, de mi sacrificio, de mi pasión, y que no tienen nada que ver con mis relaciones sentimentales. Pero sé que no lo entenderán, que continuarán manipulándome, explotándome, usándome para sus fines.

Y esto me hace sentir aún más solo, aún más desesperado, aún más listo para rebelarme.

"Me importa un carajo vuestras clasificaciones de audiencia o los gráficos de popularidad" digo, con una voz que es una mezcla de desprecio y de desafío. "Yo doy el máximo y tomo buenas decisiones sobre ese campo" añado, tratando de hacerles entender cuál es mi verdadera prioridad. "Conduzco a mi equipo a la victoria. Esto debería bastaros" concluyo, con un tono que no admite réplicas.

Mi rabia crece dentro de mí como un volcán en erupción, listo para desbordarse sobre quien se ponga en mi camino. Estoy cansado de sus mentiras, de sus hipocresías, de sus manipulaciones.

Estoy listo para romper los esquemas, para desafiar las reglas, para rebelarme contra este sistema corrupto que está intentando sofocarme. Quiero ser libre, quiero ser yo mismo, quiero vivir mi vida según mis reglas.

Y nadie me detendrá, ni siquiera todos los peces gordos del mundo. Soy Liran Yardley, y estoy listo para combatir por lo que creo.

Cuelgo el teléfono, el display que se apaga como si fuera una vela en una noche de tempestad, y sonrío abiertamente, sintiendo una extraña sensación de liberación. Finalmente he vuelto al punto en el que puedo ser de nuevo yo mismo, sin máscaras, sin ficciones, sin hipocresías.

Me siento como un pájaro que sale de la jaula, que abre las alas y se lanza al cielo, libre de volar hacia su meta. Ya no tengo miedo, ya no tengo temor, estoy listo para todo.

Corro fuera hacia mi coche, mis pies que golpean sobre el cemento como un tambor, con una frenesí que me invade. Quiero alcanzar mi meta, quiero vivir mi vida, quiero ser feliz.

Salto dentro del coche rápidamente, la portezuela que golpea con un golpe sordo, y enciendo el motor, el rugido que me llena los oídos como una música liberatoria. Ahora está lloviendo a cántaros sobre la ciudad de Boston, las gotas que se estrellan sobre el parabrisas como tantas lágrimas, y estoy empapado a medias, pero no me importa.

Ya no siento frío, ya no siento tristeza, ya no siento miedo. Mi cuerpo es atravesado por una corriente de energía, por una adrenalina que me hace sentir vivo, que me hace sentir potente.

Estoy por arrancar y volver a casa, pero una voz que me suena familiar, me hace detenerme de golpe. Me paraliza, me hace volver con los pies a la tierra.

No puedo ir a ninguna parte, el destino me ha alcanzado también aquí, en el aparcamiento, bajo la lluvia. El destino que, a veces, tiene la forma de un amigo de vieja data.

"¡Liran! ¡Eh, Yardley!" grita una voz, que reconozco enseguida. Me giro e intento mirar fuera del cristal empapado de lluvia, la mirada que se concentra en la figura que se acerca, siempre más clara, siempre más reconocible. Es Jaron, mi amigo, la persona con la que he compartido alegrías y dolores, victorias y derrotas.

No me lo esperaba aquí, no ahora, no después de todo lo que ha sucedido. Pero en el fondo, el destino no sigue las lógicas de la razón, sino las del corazón. Y mi corazón me dice que debo escucharlo, que debo darle una oportunidad, que debo darle la bienvenida en mi vida.

Me siento como un niño que reencuentra su juguete preferido, como un viajero que ve el faro después de una larga noche en el mar. Una sonrisa se dibuja sobre mi rostro, una sonrisa verdadera, una sonrisa sincera, una sonrisa que no finjo para el público.

Y sé que debo escucharlo, debo darle la bienvenida en mi vida, debo darle todo mi tiempo, debo estar ahí para él.

"¡Aquí está el hombre del momento!" exclama, con una mueca estampada en la cara, una expresión que me hace reír como un loco. Su sonrisa es contagiosa, su energía es arrolladora, su humor está por las nubes.

Me siento como si hubiera vuelto atrás en el tiempo, cuando éramos solo dos muchachos llenos de sueños, de esperanzas, de ambiciones. Su presencia me hace sentir de nuevo vivo, me hace sentir de nuevo feliz, me hace sentir de nuevo yo mismo.

El abrazo que me da es una explosión de calor, de afecto, de amistad. Me estrecha fuerte a sí, como si tuviera miedo de perderme de nuevo, como si necesitara sentir que estoy aún aquí, que estoy aún con él.

Y yo estrecho fuerte él, con la misma intensidad, con la misma necesidad, con el mismo amor.

"He visto que dentro de algunos días jugarás un partido en Nueva York. ¡No tenía ni idea de que estarías aquí!" me hace saber, con un tono de sorpresa y de curiosidad. "¿Por qué no me has escrito? Ah, a propósito, enhorabuena por haber ganado esos partidos de los playoffs. Es algo enorme" dice, con un entusiasmo que me dan ganas de bailar. "No puedo creer que iremos ambos al Super Bowl. Espero que estés preparado" añade, con una sonrisa que no esconde su preocupación.

Su presencia es como un bálsamo para mi alma herida, sus palabras son como una melodía para mis oídos cansados, su sonrisa es como un rayo de sol en una jornada de tempestad. Ya no me siento solo, ya no me siento triste, ya no me siento perdido.

Estoy agradecido por su amistad, por su lealtad, por su apoyo. Sé que puedo contar con él, que no me traicionará nunca, que me estará siempre cerca, también en los momentos más difíciles.

Y lo mismo vale para mí. Estoy listo para dar mi vida por él, para combatir por él, para amarlo para siempre.

Desbloqueo el coche y lo miro mientras se tira dentro, con una gracia que me hace sonreír. "Amigo, fuera es mortal en este momento" me dice, con un tono de alivio. "Tenía una escala aquí, pero han cancelado todos los vuelos restantes para hoy. De todas formas, he pensado venir a verte" continúa, con una sonrisa que me hace entender que era una idea programada. "He pensado esperar a que este circo terminara" añade, refiriéndose a mi conferencia de prensa. "De todas formas, has jugado bien hoy" concluye, con un gesto de aprobación que me hace sentir orgulloso.

Su sinceridad me hace sentir apreciado, su amistad me hace sentir amado, su lealtad me hace sentir seguro. Me siento como si hubiera vuelto a casa, entre los brazos de mi familia, en un lugar donde puedo ser yo mismo, sin máscaras, sin ficciones, sin hipocresías.

Estoy agradecido por su presencia, por su afecto, por su apoyo. Sé que no estoy solo, que tengo un amigo sobre el que puedo siempre contar, también en los momentos más difíciles, también en el caos más total.

Y esto me da una fuerza que no pensaba tener, una fuerza que me hace sentir listo para combatir por lo que creo, por lo que amo, por lo que soy.

"Gracias, amigo" respondo, con una sonrisa sincera. "Sí, nunca hubiera pensado que sucedería" añado, con un tono de estupor y de incredulidad. "Dos hermanos de sangre, uno contra el otro en

los campeonatos” continúo, con una mezcla de emoción y de nostalgia. "¿Te acuerdas en el college cuando hicimos ese pacto?” pregunto, con una expresión que es una mezcla de curiosidad y de melancolía.

Me acuerdo aún de nuestros sueños, de nuestras ambiciones, de nuestras promesas. Nos habíamos jurado sostenernos siempre, de no traicionarnos nunca, de alcanzar juntos la cima del mundo.

Y ahora, henos aquí, a pocos pasos de la meta, uno contra el otro, en una competición que no queríamos, pero que debemos afrontar. A pesar de la rivalidad en el campo, el vínculo que nos une no se rompe, es más, se refuerza, se consolida, se hace más fuerte.

Porque la amistad es un valor que va más allá de la victoria, más allá de la derrota, más allá del tiempo, más allá de la vida.

Su mirada se hace improvisadamente nostálgica, sus ojos que se pierden en los recuerdos como si estuvieran en una película. "Sí, amigo” dice, con un tono dulce y melancólico. "Me acuerdo. Habíamos dicho que nos habríamos siempre apoyado el uno al otro” añade, con una sonrisa que es una mezcla de orgullo y de arrepentimiento. "¿Lo haremos, verdad?” me pregunta, con una expresión que es una mezcla de miedo y de esperanza.

Siento su necesidad de tranquilidad, su temor de perder aquello que hemos construido, sus ganas de retornar a los viejos tiempos, cuando no había problemas, cuando no había rivalidades, cuando había solo la amistad. Y lo entiendo, lo comparto, lo siento también yo.

El miedo de perder a mi mejor amigo es más fuerte de mi ambición, más fuerte de mis ganas de vencer, más fuerte de todo el resto. Porque sé que la amistad es un tesoro precioso, que debe ser protegido, que debe ser cultivado, que debe ser amado.

Y estoy listo para hacerlo, estoy listo para dar mi vida por él, para combatir por él, para sostenerlo en cada momento, también en los momentos más difíciles, también si esto me cuesta la victoria.

"Siempre” respondo, con un tono firme y decidido. "Debes admitir que es bastante extraño cómo a veces se mezclan las cartas” añado, con una sonrisa irónica, tratando de aligerar la tensión que se ha creado.

No puedo hacer a menos de pensar en el destino, en su ironía, en su capacidad de sorprendernos, de ponernos a prueba, de hacernos afrontar situaciones que no habríamos jamás imaginado. Pero en el fondo, la vida es así, un puzzle infinito de imprevistos, de sorpresas, de desafíos.

Y nosotros debemos aceptarla, debemos afrontarla, debemos vivirla con coraje, con pasión, con amor. Debemos estar listos para todo, a combatir, a vencer, a perder, pero siempre juntos, siempre unidos, siempre ligados por un vínculo indisoluble.

Porque la amistad es un valor que va más allá de todo, que va más allá del tiempo, que va más allá de la vida.

Asiente, lamiéndose los labios como si estuviera saboreando un recuerdo agridulce. "Amigo, lo siento” dice, con un tono de resignación. "Sabes que amo un buen desafío” añade, con una sonrisa que no esconde su miedo. Se seca un poco de agua de la Under Armor y se pone cómodo, listo para compartir conmigo aquello que lo atormenta.

Su lealtad me conmueve, su sinceridad me hace sentir apreciado, su coraje me hace sentir protegido. Sé que puedo contar con él, que no me traicionará nunca, que me estará siempre cerca, también en los momentos más difíciles, también en la tempestad más violenta.

Y estoy listo para hacer lo mismo para él, a darle todo mi apoyo, todo mi amor, toda mi vida. Porque la amistad es un valor que va más allá de todo, que va más allá del tiempo, que va más

allá de la vida.

Y nosotros estamos listos para defenderlo con todas nuestras fuerzas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma.

"Entonces, ¿qué historia es esta del matrimonio?" me pregunta, con un tono de curiosidad y de malicia. "¿Vas en serio?" añade, con una ceja alzada, como si no consiguiera creer a aquello que ha oído.

Su pregunta me despista, me desorienta, me hace sentir como si estuviera en otro planeta, como si el mundo que conozco fuera completamente diferente del que vive él. No entiendo su lógica, su psicología, su modo de ver la realidad.

Me siento como un ratón en un laberinto, que busca la vía de salida sin encontrarla, que se choca contra los muros sin una meta precisa. Intento racionalizar la situación, de encontrar un sentido lógico a sus palabras, pero no lo consigo.

Su pregunta continúa retumbándome en la cabeza, como un eco lejano, como un enigma que resolver, como un misterio que desvelar.

"Esa mujer me vuelve loco" admito, con un suspiro de resignación y una sonrisa de enamorado. "Sí, voy en serio" añado, con un tono que no admite réplicas.

No me importa lo que piensan los otros, no me importa lo que dicen los periódicos, no me importa lo que quieren los peces gordos. Estoy enamorado, y no puedo hacer nada para cambiar mi situación, no quiero hacer nada para cambiar aquello que pruebo.

Ella es mi vida, ella es mi futuro, ella es todo aquello que he siempre deseado. Y estoy listo para hacer de todo para conquistarla, para hacerla feliz, para hacerla mía para siempre.

No me importa aquello que deberé afrontar, no me importa aquello que deberé sacrificar, no me importa aquello que deberé superar. Estoy listo para combatir por mi amor, estoy listo para dar mi vida por ella, estoy listo para todo.

"¿Y tu viejo estilo de vida? ¿Cómo tienes intención de librarte de todas esas costumbres?" ríe, con un tono de incredulidad y de burla. "Imagina" continúa, con una nota de diversión, "¡Liran Yardley sin un sinnúmero de tías encima en cada momento! Amigo, parece equivocado" añade, con una risa que hace temblar los cristales del coche. "Es como un perro sin amo" concluye, con una metáfora que me hace torcer la nariz.

Su ironía me hace sonreír, su ligereza me hace sentir aliviado, su humor me hace sentir en casa. Me siento como si hubiera retornado atrás en el tiempo, cuando éramos solo dos muchachos llenos de sueños, de esperanzas, de ambiciones. Me recuerda todas mis aventuras, mis conquistas, mis excesos, mi vida disoluta, mi fama de playboy. Me hace sentir un poco avergonzado, un poco culpable, un poco nostálgico.

Pero en el fondo, sé que es mi amigo, que me quiere bien, que me acepta por aquello que soy, con todos mis defectos, con todos mis excesos, con todos mis amores.

Resoplo, sacudiendo la cabeza. "No estoy seguro de entender la analogía" le digo, con una sonrisa que no esconde mi confusión. "Me estoy haciendo viejo Jaron" añado, con un suspiro de resignación. "En diciembre cumplo 33 años. ¿Sabes lo que significa, verdad?"

Su pregunta me hace reflexionar sobre mi edad, sobre mi carrera, sobre mi futuro. Me doy cuenta de que el tiempo pasa, de que la juventud se desvanece, de que las energías se consumen.

Me siento como un guerrero cansado, que ha combatido tantas batallas, que ha vencido tantos desafíos, pero que ahora necesita reposo, de tranquilidad, de paz. Me siento como un artista en declive, que ha dado todo aquello que podía, que ahora necesita retirarse, de dedicarse a otras cosas, a otros amores.

Me siento como un hombre en busca de su identidad, de su camino, de su puesto en el mundo.

"Joder, no te preocupes de nada" me dice, con un tono de ánimo y de confianza. "¿Piensas que te obligarán a dejar el juego?" me pregunta, percibiendo la realidad de la situación, con una nota de preocupación y de miedo. Jaron tiene 28 años, es joven, es fuerte, es invencible. No ha sentido aún todo el peso de la vida, todas sus desilusiones, todos sus fracasos.

Me siento un poco envidioso de su juventud, de su despreocupación, de su energía. Me acuerdo aún de los viejos tiempos, cuando éramos inseparables, cuando no teníamos miedo de nada, cuando estábamos listos para conquistar el mundo.

Pero el tiempo pasa, las cosas cambian, la vida nos pone a prueba, nos hace afrontar situaciones que no habríamos jamás imaginado. Y ahora, henos aquí, a luchar por nuestra supervivencia, por nuestra felicidad, por nuestro futuro.

Y estamos listos para hacerlo juntos, a sostener el uno al otro, a combatir por aquello en lo que creemos, a no rendirnos nunca, a no amilanarnos nunca.

"Espera, ¿vas en serio?" me pregunta, con una ceja alzada, como si no consiguiera creer a mis palabras, como si no hubiera jamás pensado a esta posibilidad. Su pregunta me hace reflexionar, me hace entender que no soy el solo a sentir el peso de mi edad, que también él se preocupa por mi futuro, que también él querría que continuara a jugar para siempre.

Me siento un poco reconfortado por su apoyo, por su lealtad, por su amistad. Sé que no estoy solo, que tengo un amigo sobre el que puedo siempre contar, también en los momentos más difíciles, también en el caos más total.

Y esto me da una fuerza que no pensaba tener, una fuerza que me hace sentir listo para combatir por aquello en lo que creo, por aquello que amo, por aquello que soy.

Estoy listo para conquistar el mundo, también si esto significa deber afrontar mi vejez, mis miedos, mis arrepentimientos.

"La edad media del retiro en la NFL es de 30 años, amigo" digo, con un suspiro de resignación. "¿A quién quiero tomarle el pelo? Intentan obligarme a retirarme desde hace años" añado, con una sonrisa amarga. "Soy solo bueno a demostrar de ser aún una óptima inversión" concluyo, con un tono de desafío y de orgullo.

Me doy cuenta de que mi carrera está volviendo al término, de que mi tiempo está por vencer, de que debo prepararme a decir adiós al mundo que amo, al juego que me ha dado todo, al sueño que he perseguido por toda mi vida.

Pero no tengo temor, no estoy triste, no estoy resignado. Sé que tengo aún tanto que dar, que tengo aún tantos desafíos que afrontar, que tengo aún tantas victorias que escribir. Y sé que lo haré con coraje, con pasión, con amor.

No me rindo nunca, no me achico nunca, no me tiro nunca atrás. Estoy listo a combatir por aquello en lo que creo, por aquello que amo, por aquello que soy.

Me muerdo el labio, pensando a todo esto por un segundo, la realidad que me golpea como un puñetazo en el estómago. Es una situación de mierda, lo sé, pero es una situación que he elegido de vivir, que he creado con mis acciones, con mis elecciones, con mis errores.

No puedo lamentarme, no puedo llorarme encima, no puedo escapar de mis responsabilidades.

Debo afrontar la situación con coraje, con determinación, con honestidad.

Debo aceptar las consecuencias de mis acciones, debo aprender de mis errores, debo seguir adelante, también si esto significa deber decir adiós al mundo del fútbol americano, a mi sueño, a mi carrera.

Estoy listo para hacerlo, estoy listo para cambiar, estoy listo para crecer.

"Así que sí, la amo" digo, con un suspiro de alivio. "Y un día, cuando estaré obligado a retirarme, escaparé con ella y no nos miraremos nunca atrás" añado, con una sonrisa soñadora, con una luz de esperanza que me ilumina el rostro.

No me importa lo que piensan los otros, no me importa lo que dicen los periódicos, no me importa lo que quieren los peces gordos. Quiero ser feliz, quiero amar, quiero ser amado, quiero vivir mi vida con la persona que amo.

No renunciaré a mi amor, no renunciaré a mi felicidad, no renunciaré a mi sueño. Estoy listo a luchar por aquello en lo que creo, estoy listo a dar mi vida por ella, estoy listo a todo.

Soy Liran Yardley, y estoy listo a escapar con mi amor y a no voltearme nunca atrás.

"Parece un plan perfecto" me dice, con un tono de aprobación y de ánimo. "Pero ahora debes continuar a concentrarte en el partido" añade, con un tono serio y decidido. "Oye, amigo, he venido para hablarte de cosas serias" concluye, con una nota de preocupación y de urgencia. Su sonrisa se transforma en una expresión lúgubre, sus músculos se tensan mientras la lluvia empieza a caer más fuerte, como si el cielo estuviera llorando con él.

Su seriedad me hace entender que la situación es más grave de cuanto pensaba, que no puedo permitirme de bajar la guardia, que debo estar listo a todo. Me siento como un soldado que está por ir a la guerra, con el corazón pesado, con las armas listas, con las ganas de combatir.

Me acuerdo que debo permanecer concentrado sobre el presente, debo poner aparte mis sueños, mis amores, mis deseos. Debo concentrarme sobre el partido, debo vencer, debo demostrar a todos quién soy.

"Feo temporal" comento, asintiendo hacia los truenos y los relámpagos en la lejanía, tratando de aligerar la tensión, pero sintiendo mi corazón latir alocadamente. "Está bien, Jaron. Dime las cosas serias" añado, con un tono que no admite réplicas.

Me preparo a escuchar sus palabras, con la mente lúcida, con el corazón abierto, con las ganas de entender, con las ganas de actuar. Sé que me dirá algo que no me gustará, algo que me cambiará la vida, algo que me pondrá de frente a mi realidad.

Estoy listo a combatir por aquello en lo que creo, estoy listo a dar mi vida por aquello que amo, estoy listo a todo.

"No quieren que ganes ese Super Bowl. Es más, no quieren que te acerques" afirma simplemente, con una frialdad que me hiela la sangre en las venas. Sus palabras me golpean como un puñetazo, me hacen entender que no se trata de una simple competición, que hay algo más, algo de oscuro, algo de turbio.

Me siento como un blanco, como un enemigo, como un peligro que eliminar. Me doy cuenta de que el mundo del fútbol americano no es aquello que creía, que es un sistema corrupto, manipulado, en el que el dinero cuenta más de la meritocracia, más de los valores, más de todo.

Me siento como un león enjaulado, que observa a sus carceleros a través de los barrotes, con una mezcla de rabia y de desprecio. No quiero ceder a sus provocaciones, no quiero darles el placer de verme sufrir, de verme caer.

"¿Quién no lo quiere?" pregunto, con una expresión seria, tratando de mantener la calma, pero sintiendo mi cuerpo temblar de rabia. Me paso los dedos sobre la barba sin afeitar, tratando de entender el sentido de sus palabras, tratando de encontrar una razón para toda esta locura. Podría también beber algo en este momento, si Jaron quisiera endulzar la píldora de la noticia, un sorbo de whisky para diluir la verdad amarga que me está por revelar.

En cambio, me quedo ahí sentado como un enfermo en espera de su sentencia de muerte, con el corazón que late alocadamente, con las manos que tiemblan, con la mente que vaga en el caos.

No quiero creérmelo, no quiero aceptar esta realidad, no quiero rendirme a este sistema corrupto.

Pero debo escucharlo, debo entender, debo prepararme a combatir. Soy Liran Yardley, y no me tiro jamás atrás, no me rindo jamás.

Estoy listo a todo, estoy listo a defender mi amor, mis sueños, mi vida.

"Las cadenas de televisión. Los inversores. Todos los peces gordos" me explica, con un tono de resignación. "El otro día he oído a mi agente y a los entrenadores que hablaban" añade, con un gesto de disgusto. "Quieren que nuestro equipo venza, no el vuestro" concluye, con una expresión que no esconde su traición.

Me siento como un boxeador en la esquina, con las manos atadas, listo para encajar el enésimo golpe. Me doy cuenta de que soy solo una marioneta en sus manos, una pieza que mover sobre su tablero de ajedrez, un número que añadir a sus facturaciones.

Su avidez me dan ganas de vomitar, su hipocresía me dan náuseas, su falta de respeto me dan rabia. Querría gritar, llorar, desahogar toda mi frustración, pero me contengo.

No quiero darles satisfacción, no quiero mostrar mis debilidades, no quiero ceder a sus provocaciones. Soy Liran Yardley, y no me tiro jamás atrás, no me rindo jamás.

Sacudo la cabeza en total incredulidad, tratando de racionalizar la situación, de encontrar una lógica, pero sintiéndome como un loco en un mundo de locos. "No es así como funciona, hermano" digo, con un tono de desafío. "No depende de las cadenas o de los CEO" añado, tratando de hacer valer mis razones. "Depende de los malditos jugadores que vencen los partidos" concluyo, con un tono de orgullo.

No quiero creer a sus palabras, no quiero aceptar esta realidad, no quiero rendirme a este sistema corrupto. Quiero pensar que la meritocracia existe, que los resultados se obtienen con el sudor, con el sacrificio, con la pasión.

Quiero creer que los valores del deporte son aún válidos, que la honestidad, la lealtad, el respeto son aún importantes. Pero sé que me estoy ilusionando, que me estoy contando una fábula, que la realidad es mucho más cruda, mucho más violenta, mucho más injusta.

Pero no me rindo, no me amilano, no me tiro atrás. Soy Liran Yardley, y estoy listo a combatir por aquello en lo que creo.

"Sabes bien cuánto yo que no es así como van las cosas" me dice, con un tono de resignación. "Pagan a los entrenadores de más para llegar ahí" añade, con un gesto de disgusto. "Les dicen de hacer entrar en el campo a determinados jugadores en determinados momentos" continúa, con una nota de melancolía. "Les dicen a los jugadores de lesionarse y gilipolleces del tipo" concluye, con una rabia que no consigue esconder. "Es todo una mierda. Están tramando modos para impedirte de vencer. Tienen un montón de cosas en juego para este partido, lo sabes".

Me siento como una marioneta en sus manos, una entidad sin voluntad, un número en una cuenta bancaria. Querría rebelarme, querría gritarles todo mi odio, pero me contengo.

Sé que no puedo hacerlo, que debo seguir las órdenes, aunque esto me cuesta más de lo que puedo soportar.

Querría que desaparecieran de mi vida, que no existieran más, que me dejaran libre de vivir mis emociones, mis sentimientos, mis amores. Pero sé que esto no es posible, que estoy ligado a ellos por un pacto de sangre, por un contrato que no puedo romper.

"¿Sí? ¿Y entonces? Que lo intenten" digo, con una voz que es una mezcla de desprecio y de desafío. "La gente dirá la suya" añado, tratando de hacer valer mis razones. "Me quieren dentro y yo venceré para ellos" continúo, con una determinación que me invade como un fuego. "Mi agente ha justo dicho que mi índice de popularidad se ha disparado a las estrellas" concluyo, con

una sonrisa irónica.

Me siento como un guerrero listo a combatir, con las armas afiladas, con la coraza puesta, con las ganas de vencer. No tengo miedo, no tengo temor, no tengo arrepentimientos.

Estoy listo a afrontar cualquier desafío, cualquier dificultad, cualquier enemigo. Quiero demostrar a todos quién soy, quiero hacer ver mi valor, quiero alcanzar mi meta.

"¿No entiendes? ¡Están intentando hacerte excluir del resto de los últimos partidos!" me grita en contra, su rostro que se hace violento. Su expresión se ha vuelto furiosa, me mira con ojos inyectados de sangre, con una intensidad que me hace entender que va en serio. Se espera de mí una reacción inmediata, algo que rompa este silencio ensordecedor.

Se espera que yo reviente el cristal del auto, que grite a voz en cuello, que me emborrache de rabia y de frustración. Pero no lo hago. Su reacción violenta está fuera de lugar y no la comparto, la encuentro fuera de contexto.

La lluvia continúa cayendo, el cielo se está haciendo siempre más oscuro, la situación es siempre más incandescente. Me siento como un volcán en erupción, listo a explotar, listo a hacer salir toda mi rabia.

Pero me contengo, no quiero hacer ver mis debilidades, quiero ser fuerte, quiero ser calmo, quiero ser yo mismo.

Miro fuera del cristal del auto, un vistazo a las nubes, como si buscar consuelo y tranquilidad en aquella tempestad fuera la cosa justa que hacer. En cambio, me siento como un gato acurrucado en la tempestad, en espera del temporal que me sobrepasa. "Imagino de no creérmelo" digo, con un tono de resignación. "Sé que me odian y todo el resto" añado, con un suspiro de tristeza. "Todos aman odiarme" continúo, con una sonrisa amarga. "Esto no significa que me harán de verdad excluir" concluyo, tratando de encontrar un atisbo de esperanza.

No quiero rendirme a su maldad, no quiero ceder a su poder, no quiero convertirme en una víctima. Quiero ser un guerrero, quiero combatir, quiero vencer.

"¿Aquello? Era solo el inicio del gran montaje" me dice, con un tono que es una mezcla de rabia y de frustración. "Te digo, harán de todo para hacerte fuera de aquel partido" continúa, con una advertencia siniestra. "Si tienes intención de hacer valer tus razones y determinación que me invade como un fuego. "Mi agente ha justo dicho que mi índice de popularidad se ha disparado a las estrellas" concluyo, con una sonrisa irónica.

Me siento como un guerrero listo a combatir, con las armas afiladas, con la coraza puesta, con las ganas de vencer. No tengo miedo, no tengo temor, no tengo arrepentimientos.

Estoy listo a afrontar cualquier desafío, cualquier dificultad, cualquier enemigo. Quiero demostrar a todos quién soy, quiero hacer ver mi valor, quiero alcanzar mi meta.

"¿No entiendes? ¡Están intentando hacerte excluir del resto de los últimos partidos!" me grita en contra, su rostro que se hace violento. Su expresión se ha vuelto furiosa, me mira con ojos inyectados de sangre, con una intensidad que me hace entender que va en serio. Se espera de mí una reacción inmediata, algo que rompa este silencio ensordecedor.

Se espera que yo reviente el cristal del auto, que grite a voz en cuello, que me emborrache de rabia y de frustración. Pero no lo hago. Su reacción violenta está fuera de lugar y no la comparto, la encuentro fuera de contexto.

La lluvia continúa cayendo, el cielo se está haciendo siempre más oscuro, la situación es siempre más incandescente. Me siento como un volcán en erupción, listo a explotar, listo a hacer salir toda mi rabia.

Pero me contengo, no quiero hacer ver mis debilidades, quiero ser fuerte, quiero ser calmo,

quiero ser yo mismo.

Miro fuera del cristal del auto, un vistazo a las nubes, como si buscar consuelo y tranquilidad en aquella tempestad fuera la cosa justa que hacer. En cambio, me siento como un gato acurrucado en la tempestad, en espera del temporal que me sobrepasa. "Imagino de no creérmelo" digo, con un tono de resignación. "Sé que me odian y todo el resto" añado, con un suspiro de tristeza. "Todos aman odiarme" continúo, con una sonrisa amarga. "Esto no significa que me harán de verdad excluir" concluyo, tratando de encontrar un atisbo de esperanza.

No quiero rendirme a su maldad, no quiero ceder a su poder, no quiero convertirme en una víctima. Quiero ser un guerrero, quiero combatir, quiero vencer.

"¿Aquello? Era solo el inicio del gran montaje" me dice, con un tono que es una mezcla de rabia y de frustración. "Te digo, harán de todo para hacerte fuera de aquel partido" continúa, con una advertencia siniestra. "Si tienes intención de hacer valer tus razones y hacerte adorar por el público, es mejor que empieces ahora" concluye, con una expresión que no esconde su preocupación, pero al mismo tiempo también con su mueca diabólica.

Me siento como un blanco en la mira, como un peligro que eliminar, como un enemigo que destruir. Me doy cuenta de que su maldad no tiene límites, que su sed de poder no tiene freno, que no se detendrán delante de nada.

Pero no tengo miedo, estoy listo a todo, estoy listo a afrontar la tempestad que está por abatirse sobre mí.

"Está bien, he entendido" digo, con un gesto de la cabeza. "Pienso de haber entendido qué me estás pidiendo de hacer" añado, con una nueva luz que se enciende en mi mirada, con una determinación que me invade como un fuego. Mis ojos se pierden en el horizonte, mis pensamientos se hacen siempre más claros, mi estrategia se hace siempre más precisa.

He decidido que no me rendiré, que no me dejaré abatir, que no me haré manipular. Estoy listo a combatir por mi sueño, por mi amor, por mi vida.

He entendido que debo usar su misma arma contra de ellos, debo jugar su mismo juego, debo convertirme en su mismo enemigo. Pero no lo haré con la maldad, con la violencia, con la crueldad.

Lo haré con la inteligencia, con la estrategia, con el coraje. Soy Liran Yardley, y no me rindo nunca, no me amilano nunca, no me tiro nunca atrás.

Mis manos se estrechan listas a estrechar los cuellos de los dirigentes de la cadena televisiva, mi rabia que se transforma en energía, mi frustración que se transforma en determinación. Ahora que sé cuál es su plan, haré todo lo que está en mi poder para detenerlos, para vencerlos, para demostrar a todos que su corrupción no tiene poder sobre de mí.

Venceré partido tras partido hasta que no llevaremos el trofeo del Super Bowl a casa en Massachusetts, hasta que no demostraré a todos que no estoy dispuesto a renunciar a mi sueño, a mi amor, a mi vida. A la mierda, pienso entre mí y mí.

"Por esto te he preguntado si ibas en serio con esta historia del matrimonio" dice, con una sonrisa que retorna a iluminar su rostro. "Porque si lo haces, es hora de reinventar el modo en el que el público ve a Liran Yardley" añade, con un tono de desafío y de ánimo.

Su frase me hace entender que no estoy solo en esta batalla, que tengo un aliado, que tengo un amigo, que tengo un hermano. Me siento como un guerrero que reencuentra su compañero de armas, como un viajero que encuentra su faro, como un náufrago que ve su salvación.

"Tienes razón" respondo, con un gesto de la cabeza. "No puedo creer que estoy por decir esto, pero… llamo a Cadence" añado, con un suspiro de resignación, pero con una luz de esperanza

que se enciende en mi corazón.

No sé qué me espera, no sé cómo irá a terminar, no sé si será la elección justa. Pero sé que debo hacerlo, que debo intentarlo, que debo poner en juego todo lo que tengo para defender mi sueño, para proteger mi amor, para no rendirme a la corrupción.

Y estoy listo para llamar a Cadence, porque sé que solo ella puede salvarme, que solo ella puede darme la fuerza de seguir adelante.

40

LUELLE

"¿Papá? ¿Es aquí donde la llevo? ¿Al padre del niño, quiero decir? No es por meterme, que quede claro, solo por pasar el rato" dice el taxista, con un tono que oscila entre la curiosidad y la cautela.

Llevamos un par de horas de viaje, y con cada kilómetro que recorremos, nos acercamos cada vez más a Boston. El cielo se está volviendo más gris, como el lienzo de una pintura melancólica.

La ciudad, allá afuera, es un espejismo de luces borrosas, que se funden con las nubes cargadas de lluvia.

Axton duerme profundamente, abandonado sobre mis piernas como un muñeco de trapo demasiado pesado. Un suspiro se me escapa, mientras le acaricio el pelo suave como la seda.

"Todo está bien, no se preocupe" respondo al taxista, una sonrisa tensa que no logra esconder mi tensión. "El padre del niño y yo tenemos una situación un poco complicada, eso es todo".

La mía es una confesión a medias, una frase susurrada que encierra un universo de cosas no dichas y de emociones contrastantes.

"¿Ah, sí? Entiendo, mi primera esposa y yo teníamos una situación similar" replica él, su voz profunda y ronca como la carretera que estamos recorriendo.

Su mirada se pierde en el vacío, como si estuviera reviviendo una película en blanco y negro, donde él era el protagonista de una historia de amor atormentada. Un relato que se desarrollaba mucho tiempo atrás, en una pantalla ya descolorida por el tiempo. Y entiendo enseguida que necesita contar. Acepto de buen grado hacer de apoyo, de entrar en su intimidad, en esa parte más escondida, y de convertirme, por un rato, en su oyente.

"¿Qué pasó?" le pregunto, mi voz más sumisa, casi un susurro que se mezcla con el sonido de la lluvia que empieza a golpear el parabrisas.

"Ah, murió hace algún tiempo, ese puto linfoma, el tiempo nos jode a todos, ¿no?" dice, con un tono de voz tan plano que da escalofríos. Sus palabras me hacen un efecto como un puñetazo en el estómago. Se me encogen las entrañas, como si acabara de ingerir una sustancia tóxica.

Su mirada está fija en la carretera, mientras aprieta fuerte el volante, como si estuviera tratando de retener una rabia reprimida. Una ola de tristeza me invade y me impide reaccionar, de decir algo sensato.

"Estamos por entrar en una tormenta, prepárense para un poco de viento y de lluvia fuerte, gente" advierte el taxista, tratando de escrutar mejor la carretera.

Su voz parece resonar lejana, como si viniera de otro mundo. Un universo en el que la preocupación más grande es evitar el caos provocado por la tormenta.

Regula los faros y acelera, como si quisiera desafiar las inclemencias del tiempo, como si quisiera gritar al cielo su frustración.

Sus manos se aprietan aún más al volante y sus dedos se ponen blancos, como si le estuvieran por explotar, uno a uno.

"Lo siento muchísimo por su pérdida" susurro, mi voz quebrada por la emoción.

Querría decirle algo más, pero las palabras se me mueren en la garganta, como mariposas capturadas en una red.

No consigo imaginarme perder a alguien tan importante para mí. Una persona que te hace vibrar el alma.

Su dolor me penetra en el alma, como una cuchilla afilada que escarba en mi carne.

"Todo está bien, es más duro para los chicos, ¿sabe? Amaban a su madre" dice el taxista, con un hilo de voz que traiciona su amargura.

Sacude la cabeza, como para ahuyentar los malos recuerdos, pero sus ojos se llenan de lágrimas. Un suspiro profundo y resignado se le escapa de los labios, como un sonido que proviene del abismo.

La carretera se vuelve cada vez más accidentada y Axton se agita en el sueño, como si también él percibiera la atmósfera pesada y opresiva.

Mi corazón se aprieta aún más, una mordaza que me impide respirar, como si me estuviera ahogando en un mar de dolor.

Me inclino hacia adelante, absorta por su historia, un imán invisible que me arrastra a las profundidades de su corazón.

"Sí, pero ella era la persona de la que se enamoró, ha vivido todas esas emociones con ella y luego se ha desvanecido en la nada. No consigo imaginármelo" digo, mi voz un eco de su dolor. Mis palabras parecen caer en el vacío, pero siento que él necesita ser escuchado, de saber que alguien comprende su sufrimiento. El silencio que se crea entre nosotros es denso y pesado, como un peñasco que grava sobre nuestras almas.

"Me disculpe, no debería decir más" añado después de un instante de silencio, mi mirada fija en la carretera delante de nosotros, que corre bajo las ruedas. Siento la necesidad de retirarme, de volver a mi burbuja de silencio, pero ya es demasiado tarde, mi alma ya se ha desvelado.

Tengo miedo de haberlo empujado demasiado lejos, de haber infringido ese frágil equilibrio que habíamos creado.

La mía es una retirada silenciosa, un paso atrás por el temor de haber profanado una herida aún demasiado fresca.

Él estalla en una gran carcajada, su voz estrepitosa y robusta, típica de un verdadero neoyorquino.

"Eh, no me puede ofender. He crecido por las calles de esa gran ciudad, he oído y visto de peores" replica, sacudiendo la cabeza como si no le importara nada.

Su risa es una liberación, una ola que barre la tristeza, al menos por un momento.

"Pero tiene razón, ha sido duro para mí, pero no vivo en un cuento de hadas, sé que las personas van y vienen y que nada dura para siempre" continúa, su voz un tono más sumiso, casi resignado.

"Mis hijos, en cambio, joder, ellos no lo saben todavía" añade, su mirada se pierde en el horizonte, en un punto impreciso entre las nubes.

Su voz parece quebrarse de nuevo, como si una sombra se hubiera posado sobre su rostro.

Lo de los hijos es su punto débil, un talón de Aquiles vulnerable que me hace sentir un escalofrío por la espalda. Y me pregunto, si Liran y yo no seremos nunca unos buenos padres para nuestros hijos, por el inmenso dolor que llevamos dentro?

"Sí, los niños son inocentes" digo, mi voz es un susurro, una nota triste que se mezcla a la melodía de la lluvia.

Mi corazón se hincha de ternura por sus hijos, pequeños seres indefensos que no merecen vivir

un dolor tan grande.

Mi cuerpo parece aligerarse, como si estuviera en un estado de trance.

Me doy cuenta de que casi he llegado a Boston. Y mi corazón empieza a latir a lo loco, como si mi cuerpo estuviera por explotar.

"¿Ha dicho que usted y su marido están pasando un momento difícil?" pregunta, interrumpiendo mis pensamientos con una pregunta directa, que me hace volver bruscamente a la realidad.

"Novio, no marido, bueno, es complicado, como he dicho. No sabía que tenía a su hijo" respondo, mi voz una mezcla de vergüenza y de melancolía.

Hago una mueca y me pongo a trastear con las mangas de mi camiseta, como si las costuras tuvieran la respuesta a mis dudas.

Y me digo que mi vida parece la trama de una película dramática a mitad entre el romanticismo y el caos.

"Él, ehm, es un gran deportista, hemos perdido el contacto. Ha sido un verdadero lío, un lío total. Bueno, en realidad lo es todavía" añado, con una risa nerviosa, que traiciona mi profunda inseguridad.

Las palabras me salen sin control, como un río en crecida que arrasa con todo.

Siento la necesidad de compartir mi historia, incluso con un desconocido, incluso con un hombre que no sabe nada de mi vida. Porque el silencio, a veces, es más doloroso que mil palabras.

"¿Deporte? Soy un fanático del béisbol. ¿Sabe batear?" se gira de lado, su mirada llena de interés, como si hubiera descubierto el Santo Grial.

Su rostro está iluminado por una sonrisa radiante, como el de un niño que acaba de recibir su regalo preferido.

Me doy cuenta de que en América el deporte es una verdadera religión, una creencia que aúna a todos, ricos y pobres.

"No, sabe lanzar" respondo, con una sonrisa melancólica en los labios. Mi corazón da una voltereta, al recuerdo de su brazo poderoso que lanza la pelota como una astilla.

Y visto que no entiende mi referencia, preciso: "Fútbol americano, es un quarterback, se llama Liran Yardley".

Su nombre se me resbala de la lengua como miel, una palabra que huele a recuerdos y a deseo, como la melodía de una canción que te transporta atrás en el tiempo.

Lo echo de menos a rabiar, a pesar de todos los líos que nos hemos creado, él es tan condenadamente único y especial.

Me acuerdo de su cuerpo, su toque pesado sobre mis dedos, su apretón fuerte. Una ola de deseo me invade el cuerpo, como una descarga eléctrica que me hace estremecer de la cabeza a los pies.

Sus abrazos eran un refugio seguro, un puerto donde podía esconderme del mundo entero.

Estábamos tan condenadamente en sintonía, nuestros cuerpos se fundían en una danza sensual, un torbellino de pasión que nos llevaba al límite.

Después de follar, me quedaba en la cama sin aliento, como si un tornado me hubiera acabado de arrasar.

Quiero sentir de nuevo esa sensación, esa embriaguez que me hacía perder el control, esa obsesión que me hacía sentir viva. Quiero sentir su mirada quemarme la piel, quiero sentirlo desearme como si fuera la única cosa que existe en el mundo. Mis músculos se tensan y las piernas me hormiguean, como si estuviera por saltar del coche. Cada centímetro de mi cuerpo

está en fibrilación, como las cuerdas de una guitarra antes de un solo.

El taxista me interrumpe bruscamente, devolviéndome con los pies a la tierra. "¿Liran Yardley? ¡No me tome el pelo! ¿Está yendo a ver a ese hijo de puta? ¡Déjelo estar, señorita! Retracto todo. ¡Damos la vuelta ahora!" dice, sus palabras una bofetada en pleno rostro.

Su cambio de humor es repentino, como el cambio de un tema musical en Spotify. Su voz se vuelve ronca y estridente, como si acabara de ver un fantasma.

Y entiendo enseguida, que no es un gran fan de los Pioneers, su equipo rival.

"No es un hincha de los Pioneers, ¿verdad?" le pregunto, con una sonrisa irónica que no esconde mi sorpresa.

Su reacción ha sido tan violenta que me ha puesto la piel de gallina.

"¡Absolutamente no!" grita, como si acabara de insultar a su familia, arriesgándose a despertar a Axton.

Su rostro está contraído en una mueca de disgusto, como si acabara de probar algo incomible.

"Escuche, yo soy de Brooklyn, nacido y criado allí. ¡Que se jodan los Pioneers!" exclama, con una risa estruendosa, que se mezcla al sonido de la lluvia que continúa golpeando el parabrisas.

Río y digo: "Sí, bueno, pienso que todos los deportes son un poco ridículos, un grupo de hombres untados que se tocan, es un poco extraño, ¿no? Y odio la violencia de este deporte, lo admito".

Mis palabras, en realidad, son una mentira, no odio los deportes, odio a quien se aprovecha para prevalecer o para hacer dinero con la piel de la gente. Mis ojos se ponen tristes, al recordar el mundo de los estadios, un verdadero caldero de pasiones y de injusticias. Me doy cuenta de que el fútbol americano es una metáfora de nuestra sociedad, un juego en el que se gana y se pierde, en el que se sube y se cae, pero, al final, no cambia nunca nada.

Reflexiono sobre lo que acabo de decir y decido corregirme: "Ok, los hombres que se tocan, eso puede quedarse, el resto, no me podría importar menos" añado con una sonrisita maliciosa, que traiciona mi verdadero pensamiento.

La sensualidad no es un deporte, sino una experiencia que debe ser vivida en primera persona, sin miedo y sin vergüenza. El cuerpo es un templo y las emociones son la savia vital que nos hace sentir vivos.

Y yo quiero sentirme viva.

"Entonces, era usted de quien hablaba durante la conferencia de prensa, ¿verdad? ¡Joder!" dice, girando bruscamente para evitar un árbol que ha caído en medio de la carretera, como si un Dios loco se hubiera divertido destruyendo todo.

"Disculpen, la situación se pone fea, es mejor que se aten los cinturones" añade, su voz una mezcla de preocupación y de adrenalina.

Me doy cuenta de que la tormenta se está volviendo cada vez más intensa, como si el cielo se estuviera abriendo sobre nosotros. Y me siento como la protagonista de una película de acción, en la que lo que está en juego es mi vida, pero también la de Axton.

Pasa a toda velocidad entre los detritos y vuelve de nuevo a la carretera, su conducción temeraria como la de un piloto de Fórmula Uno.

"Casi hemos llegado" pienso, mientras miro el reloj, los minutos parecen dilatarse, como si el tiempo se hubiera detenido.

El sonido de la lluvia que golpea sobre el techo del coche es como una música obsesiva, que me acompaña en este viaje incierto. La ansiedad me está comiendo viva, como una bestia feroz que se nutre de mi miedo.

Axton se despierta asustado a causa de las sacudidas del coche, sus ojos desorbitados llenos de terror, como los de un cachorro indefenso.

"¿Papá?" dice, mirando alrededor con una expresión confusa, como si acabara de ser catapultado en un mundo desconocido.

"Yo no soy tu padre" dice el taxista, riendo, un sonido que parece una sinfonía desafinada en este momento de ansiedad y de pánico.

El corazón de Axton late a lo loco, como las alas de un colibrí atrapado en una jaula.

"Yo era de quien hablaba, es un loco" digo, tratando de tranquilizar a Axton y a mí misma, como si las palabras pudieran tener el poder de ahuyentar mis miedos.

Siento la necesidad de protegerlo de todo y de todos, un instinto materno que me hace sentir invencible.

Y me digo, que si tendré que combatir contra el mundo entero por él, lo haré, con toda mi fuerza. La mía es una promesa silenciosa, un juramento que sanciona mi rol de madre, para siempre.

"¡Ah! Apuesto un millón de dólares a que es también por esto que lo ama" dice, una sonrisa socarrona que le ilumina el rostro, como si me acabara de leer en el corazón.

Su afirmación es una cuchillada, una verdad que me duele, pero que no puedo negar. Lo amo porque es un loco, porque es un bastardo, porque es el hombre que me hace sentir viva, incluso cuando me hace sufrir. Y es una dependencia tóxica, una droga que me quema las venas, como un fuego que no se apaga nunca.

"No hay necesidad de decir más, la llevaré con él en un abrir y cerrar de ojos!" dice, hundiendo el pie en el acelerador, riendo como un loco, mientras que aquel coche pasa a toda velocidad a través de la tormenta.

Siento el corazón latir a lo loco, como un tambor enloquecido. La adrenalina corre a ríos en mis venas, como un torrente que inunda todo. Y me siento como una guerrera que se está preparando para una batalla, una batalla que venceré, cueste lo que cueste.

Finalmente alcanzamos la entrada de la autopista de la ciudad. Los edificios, enormes y amenazantes, se alzan hacia el cielo, como unos gigantes silenciosos.

La lluvia se hace cada vez más intensa, como un río en crecida que está por sumergir todo. Me doy cuenta de que he llegado al final de mi viaje, y la ansiedad me aprieta el estómago como una mordaza.

Mis nervios están tensos como cuerdas de violín, listos para sonar mi sinfonía de pasión y de locura.

La mayoría de los jugadores vive fuera de Boston, pero obviamente Liran tenía que hacer las cosas a su manera. La suya es una elección precisa, una afirmación de su individualidad. Le gusta vivir en el caos de la ciudad, a pesar de que se lamente de odiarla, una contradicción que lo vuelve aún más fascinante. Su casa es su refugio, un lugar donde se siente seguro, pero también un punto de partida para nuevas aventuras. Y me pregunto, si este refugio, ahora, lo acogerá también conmigo.

Nos paramos delante de una larga serie de lujosos condominios, las luces que se reflejan sobre la lluvia, creando una atmósfera surrealista, como en una película de ciencia ficción.

El sonido del motor al mínimo se mezcla con el tictac de la lluvia, creando un ruido hipnótico, que me hace sentir como si estuviera en trance.

Mis manos tiemblan, como si fuera un boxeador antes de subir al ring. Y yo debo decidir si combatir o escapar, si volver atrás, a mi vieja vida, o si afrontar el futuro, con todas sus

incógnitas.

"Hemos llegado" dice el taxista, girándose a mirarme, y sus ojos parecen penetrarme en el alma.

"No debe haber tristeza, ni rabia, ni otras emociones negativas, usted es una mujer fuerte, me ha oído? ¡Vosotros os convertiréis en una familia estupenda, un día, lo sé! Se debe fiar, él la escuchará, os acomodaréis juntos, estoy seguro!" me dice, con una voz firme y decidida, como si fuera mi coach.

Sus palabras son un ánimo, un empujón para afrontar mi destino. Me siento como si estuviera por hacer un examen, el más importante de mi vida.

"Lo intentaré" respondo, mi voz un susurro, mientras aprieto un puñado de billetes en mi bolso, como si fuera mi amuleto de la suerte. El corazón me late a lo loco, como si estuviera por explotar. Y tengo miedo, mucho miedo de lo que sucederá. Tengo temor de no estar a la altura, tengo miedo de no conseguir conquistarlo.

Él me hace señas con la mano "¡No sirve, me dé 60 dólares y estamos listos!" dice, con una sonrisa que me derrite un poco de mi tensión.

Su gesto es un acto de generosidad, una señal que me hace sentir menos sola. Y me doy cuenta de que hay personas buenas en el mundo, personas que están listas para tenderte una mano, incluso cuando estás desesperada.

"Solo quiero veros florecer. Miraré la tv para las actualizaciones" añade riendo y tocando el claxon, como a quererme dar el último ánimo.

"Ok, fuera de mi taxi, los dos!" dice, una mezcla de exasperación y de afecto.

Salto fuera, cojo a Axton en brazos y corro hacia el techo más cercano, el cuerpo empapado de la cabeza a los pies.

La lluvia me moja la piel, los cabellos se me pegan sobre la frente, mi imagen en el espejo es la de una loca en fuga.

Pero no me importa, mi misión es la de alcanzar a Liran. Axton, extrañamente, está tranquilo, como si supiera que todo irá para bien. Y esto me hace sentir un poco más fuerte.

Llamo a Liran y él responde casi enseguida. "Eh, ¿todo bien?" me pregunta, su voz un poco preocupada, como si hubiera oído mi corazón latir fuerte.

Siento de nuevo el trueno de fondo a su teléfono, el ruido del mundo que nos rodea.

"¿Estás en casa?" le pregunto, mi voz rota por la emoción, mientras me seco la lluvia de los ojos.

Siento de nuevo aquel vacío en el estómago, como si acabara de ingerir un vaso de tequila.

"Sí, espera, ¿por qué? ¿Qué está sucediendo?" me pregunta, su voz una mezcla de confusión y de alarma.

Su tono no es el de un hombre feliz de sentirme, pero me basta para mantener a freno mi desilusión.

"¿Qué piso?" le pregunto, ignorando su pregunta, como si la respuesta fuera un secreto que solo nosotros dos podemos compartir. Mis palabras parecen un enigma, un desafío que lo pone a prueba.

No entiende, pero al final me responde: "Tercer piso, apartamento 32, pero me dices que demonios está sucediendo?" me pregunta con un tono decididamente más duro.

"Nada, todo bien" digo, mi voz un susurro, y cuelgo la llamada, como si tuviera miedo de revelar lo que estoy por hacer.

La mía es una mentira, una pequeña mentira blanca para evitar una confrontación que me asusta.

Subo de prisa las escaleras y encuentro la puerta número 32, el corazón late a lo loco, los nervios a flor de piel.

Llamo suavemente y espero, como si estuviera por afrontar mi destino.

41

LIRAN

"¿Luelle?" Por fin la veo, guapísima, mi maldita tabla de salvación. El corazón me late a mil por hora mientras la observo. Es ella, no hay duda. La única, inconfundible.

“Hola, Liran" susurra, con la voz temblorosa por el frío y con la piel cubierta de lluvia y hojas. Parece recién salida de una tormenta, pero a mis ojos siempre es magnífica. Axton tose, resfriado, por el viento gélido que se cuela desde fuera.

“¡Entrad enseguida! Lo siento, lo habría arreglado todo si hubiera sabido que ibais a venir”. Mi casa parece un campo de batalla: latas de cerveza esparcidas por todo el suelo, ropa amontonada sin un orden lógico. El caos es el espejo de mi estado de ánimo. Predecible, cuando se atraviesa un periodo de derrumbes como el mío.

Cojo a Axton de los brazos de Luelle con extrema delicadeza y le beso la frente. Su piel está helada. “Tenemos que darle un baño caliente enseguida. No quiero que se ponga enfermo" digo, preocupado. “Caliento un poco de leche, la cojo de la nevera”.

Lo envuelvo con cuidado en una toalla limpia y lo acuesto en el sofá, intentando transmitirle calor. Luego, como una furia, corro al baño y abro el agua caliente para la bañera. Tengo que darme prisa, no puedo permitir que se ponga enfermo. “Gracias” susurra Luelle, de pie en el umbral del salón, su voz es débil, casi un susurro.

“No tienes que darme las gracias. De verdad. Me alegro de poder ayudar" respondo, concentrándome en controlar la temperatura del agua, con una ansiedad que me consume por dentro. No quiero cometer errores, no con él. Una vez que el agua está al nivel ideal, cierro el grifo y coloco a Axton en la bañera.

Él sonríe, tranquilo y feliz de estar vivo, ajeno a la tormenta que se agita dentro de mí. Su sonrisa es un bálsamo para mi corazón herido. Una promesa de que quizás, algún día, todo saldrá bien.

Luelle se apoya en el marco de la puerta del baño y me observa, mientras empiezo a jugar con Axton, manteniéndome fuera de la bañera. No tengo muchos juguetes a disposición, pero recupero algunos viejos juguetes de cuando era pequeño, escondidos en un cajón. Encuentro una vieja barquita de plástico y la meto en el agua. Él la agarra enseguida y empieza a salpicar agua, divertido, al pequeño remolcador.

“¡Eso es, bravo! ¡Haz así!” exclamo, con una energía que no sentía desde hacía tiempo. No puedo ocultar la sonrisa. Su diversión es contagiosa. Su felicidad es mi oxígeno.

“¿Podemos hablar un segundo?” me pregunta Luelle, de repente, con una nota de tristeza en la voz. Su expresión es seria, casi preocupada.

“Sí, claro. Pero antes de que digas nada, me gustaría decirte que lo siento y que he pensado mucho en ello. Ahora estoy preparado para asumir las consecuencias de todo" confieso. “Sabes, antes no lo estaba, pero ahora creo que sí.” La verdad es que dentro de mí hay un caos total. No estoy actuando de forma normal y tanto ella como Axton, de alguna manera inexplicable, se dan cuenta enseguida.

“Entonces, ¿por qué hablas de forma tan extraña?” me pregunta, con un tono de desafío que no me esperaba. Luego se acerca, se sienta en el suelo y me apoya la mano en el muslo. Su tacto me sacude, como una descarga eléctrica.

“Yo…” intento hablar, pero me bloquea, antes de que pueda pronunciar una palabra.

Me pone un dedo en los labios, silenciándome. “Shh. Todo va bien. Yo tampoco estoy bien. O al menos, creo que no lo estoy. He cometido un error. Lo he hecho todo mal” admite, con la voz rota por la emoción. Su confesión me deja sin aliento. Su mirada está llena de remordimiento.

No consigo contener mi confusión. Nada de todo esto tiene ningún sentido. “¿Perdona? ¿Pero es verdad?” pregunto, con el miedo de que sea un espejismo. Espero que Axton me dé un pellizco, que me haga despertar de esta especie de sueño, pero no sucede nada. Es todo real. Ella está volviendo a mí.

“Es todo verdad. Yo soy real. ¡Tú eres real! Y tengo que dejar de fingir que no me gusta tu lado loco” confiesa, tomándome la cara entre sus manos.

La beso, con una pasión incontrolable, más rápido y fuerte que puedo. No consigo contener mi alegría.

"He rezado de rodillas para oírte decir estas palabras. ¿Viste la conferencia de prensa? Te quiero para siempre, Luelle Ibarra. Quiero criar a nuestro hijo contigo. Quiero apoyarte y verte brillar en tu trabajo. Quiero darte otro hijo y quiero ser el mejor padre de este maldito planeta. Si solo me das una oportunidad, cambiaré, cambiaré cada día, y cambiaré rápidamente. Te lo prometo. Esta vez no te defraudaré" digo, exhausto por haber sacado cada una de las emociones que he guardado dentro durante demasiado tiempo. La miro, en espera de una respuesta. Solo quiero oírla hablar de nuevo, llenar el aire con su voz.

“Prométeme solo que ganarás este Super Bowl. ¿Vale?” me pide, con una pequeña sonrisa que le arruga el rostro perfecto. Sus ojos brillan, llenos de esperanza.

“Mi chica de los ojos marrones" susurro, acariciándole el pelo suave, y vuelvo a sentir esa sensación de hogar, de paz, que tanto había echado de menos. Sus mechones de pelo se me deslizan entre los dedos como seda, y siento las ganas de no dejarla nunca más.

“Como en la canción” susurra, correspondiendo a mi mirada y acercándose a mí. Su voz es un escalofrío a lo largo de la espalda. Su perfume me embriaga.

“Siempre he amado esa canción. Pero te amo aún más a ti" le digo, con todo el corazón. Pero la realidad me golpea, como un puñetazo en el estómago. La felicidad dura siempre demasiado poco.

La miro, con ese rostro maravilloso, y un miedo frío me asalta. “Quieren que me retire del juego, Luelle. No sé qué hacer" confieso, mi mirada se vela de preocupación. Mi futuro es incierto, pendiente de un hilo.

“¿Quieren quién que te retires del juego? ¿A ti? ¡No me lo creo!” exclama, con una rabia tan repentina que casi me asusta. Axton se agita en el agua, sintiendo el tono agitado de su voz. Parece percibir mi misma ansiedad.

“Hablo en serio. Hoy he visto a Jaron. Se ha enterado de que las emisoras me consideran demasiado irresponsable para apostar por mí. Mi carrera ha sido discontinua en esta temporada y, ahora, tengo 32 malditos años, dos años más de la edad media de los jugadores de la liga. Te lo digo, quieren que fracase" repito, con un tono desesperado. Sus palabras me retumban en la cabeza, como una losa.

“Liran, ¿por qué querrían hacerte fracasar? No tiene sentido” me pregunta, mientras empieza a vaciar la bañera. Me pasa rápidamente una toalla limpia y envuelvo a Axton, secándole el pelo.

Un día tendrá mi edad, y ruego que no tenga que afrontar esta montaña de gilipolleces. Que pueda hacer otra cosa. Que pueda ser un médico, un abogado, un trabajador normal con una casa en la orilla del mar en San Diego. Cualquier cosa, excepto un jugador de fútbol americano.

"No lo sé, Luelle. De verdad, no lo sé. Como he dicho, quizás porque soy demasiado imprudente. No he jugado bien, hasta que he llegado a los playoff" admito, sintiendo el peso de mis palabras. La verdad es que ya no sé quién soy. Mi vida es un desastre.

"Tengo que hacer un par de llamadas" dice, secándose rápidamente las manos y saliendo del baño. Sus tacones altos hacen un sonido rítmico, mientras camina sobre el suelo de cerámica. Su determinación es una bocanada de aire fresco.

"Luelle, no, por favor" digo, con un hilo de voz, pero ya es demasiado tarde. Ya está en el balcón, con el móvil en la oreja, decidida a obtener información. La veo moverse con energía, hacer gestos amplios y agitados.

La observo a través de la cristalera, con Axton en brazos, y no consigo oír sus palabras. Mi mirada vaga, cargada de incertidumbre. Luego, después de unos minutos, vuelve a entrar y cierra las puertas correderas, con un gesto decidido.

"Alguien te está mintiendo" afirma, con una mirada seria y cargada de significado. Su seguridad me desconcierta, y dentro de mí se enciende una chispa de esperanza.

"¿Qué quieres decir con que alguien me está mintiendo?" le pregunto, levantándome del sofá del salón. El corazón me late fuerte, en espera de la respuesta.

"Quiero decir que, o Jaron está mintiendo o alguien le está mintiendo a él. No sé quién coño sea, ¡pero alguien lo está haciendo! Acabo de llamar a Jasper Donovan, y me ha asegurado que no hay nada de cierto. Al contrario, están todos apostando por tu victoria. Las emisoras, las agencias publicitarias, incluso los malditos Wheaties. Todos quieren que ganes, Liran." Afirma, con los brazos cruzados y los ojos que me miran con intensidad. Su seguridad me golpea, dándome una carga nueva.

"¿Qué estás diciendo, Luelle? ¿De verdad crees que Jaron no me estaba diciendo la verdad? Lo conozco de toda la vida. Hemos hecho un pacto juntos. Nos hemos jurado estar siempre el uno para el otro. ¿Por qué iba a hacerme esto?" afirmo, buscando una justificación que suena débil incluso a mis oídos. No quiero creerlo, no quiero pensar que mi amigo me ha traicionado.

"¿No es obvio? Solo quiere ponerte en crisis, Liran. Quiere que pierdas. Ahora está en el otro bando. Solo puede haber un ganador, ¿verdad?" Su tono es directo, casi una bofetada. Me mira como si fuera un estúpido que no consigue ver la realidad tal como es.

"Cristo…" susurro, mi mente empieza a reelaborar todo. "¿Pero es posible?"

Sus ojos se abren de par en par, brillando como estrellas. "¡Joder! Ha sido Jaron el que ha ido al Enquirer y ha dicho que estabas saliendo de nuevo con Cadence. ¡Sabía que iba a desatar polémicas y esperaba que esta cosa comprometiera tus prestaciones en el campo!" exclama, con la voz que tiembla de rabia. Su razonamiento es lógico, inaceptable.

"Luelle, la he llamado hoy. Cuando me he reunido con Jaron, la he llamado para que sacara un artículo en su revista sobre el nuevo Liran Yardley" confieso, mi mandíbula se cierra y siento la rabia que me sube por dentro. No puedo creer que haya sido tan estúpido.

"¿El nuevo qué?" pregunta, con la ceja arqueada. Su mirada está cargada de desaprobación.

"Ya sabes, un cambio de imagen. Liran Yardley el buen chico. Quería quitarme de encima la imagen del chico malo" respondo, con un tono de voz que no me pertenece. La verdad es que quería cambiar, pero quizás he elegido el camino equivocado.

"Te está haciendo parecer débil, Liran. Si publican ese artículo mañana, el domingo parecerás

un viejo que ha jugado demasiado, que está cansado. No solo eso, ¿cómo se lo tomará el mundo entero si te vuelven a ver con Cadence?" me pregunta, mientras viste a Axton con ropa limpia. Su tono es serio y directo, sus palabras son cuchillas.

"Pero…" intento decir, pero ella me interrumpe enseguida.

"Nada de peros. Agradezco el gesto, créeme. Pero no debes hacerlo. ¿Cuándo tenías que reunirte con ella?" me pregunta, mientras hace jugar a Axton, que mientras tanto emite pequeños ruidos, riendo solo. Agradezco su alegría. Me gustaría también a mí ser despreocupado como él, pero no es el momento.

"Ahora. Debería estar allí ahora" respondo, sintiéndome sofocado por la ansiedad. No consigo razonar más. Me siento perdido.

"Está bien. Bueno, te has cavado tu propia tumba. Ahora tenemos que solucionarlo. Llama a tu chófer. Vengo contigo" dice con decisión, su determinación me da una descarga de energía. Me hace sentir menos solo.

***

"¡No puedo creer que me hayas llamado! ¡No me lo creo!" chilla Cadence con un tono histérico. Corre hacia mí, como una oquita enloquecida, arriesgándose a caer sobre sus tacones de aguja, con ese vestido negro de vampira. Mientras me abraza, gira la cabeza para mirar a Luelle. "Hola" dice, con desprecio. Su celosía es tan obvia que casi me hace reír.

"Créetelo" respondo, con un tono de desafío. "Pero no te acostumbres a esto. Es la última vez". Una maquilladora me está preparando la cara para el reportaje fotográfico. Me siento en una trampa, pero sé que tengo que hacerlo.

"Oh, no creo que sea verdad. Siempre has estado obsesionado conmigo, Liran" afirma, alzando las cejas y el mentón, en un torpe intento de parecer sofisticada. Es patética, casi me da pena.

Luelle sacude la cabeza, exasperada. "Mira, Cadence, no hemos venido aquí para charlar. Sé que estás obsesionada con mi novio y con el padre de mi hijo, pero necesitamos que todo esto salga en prensa lo más rápido posible." No se deja intimidar. Su seguridad es algo que siempre me ha fascinado.

Cadence suelta un suspiro, gritando: "¿Alguien puede traerme un Martini, joder?!" Luego se gira hacia nosotros y sonríe: "¡Claro! Empecemos. ¿Has dicho que quieres cambiar tu imagen?" Su tono es irónico, casi sarcástico.

Luelle se ríe entre dientes, no pudiendo contenerse. "No exactamente. Necesitamos que escribas un artículo sobre cómo va a ganar de nuevo el Campeonato. Habla de sus estadísticas. Habla de su historia con Jaron. Preséntalo como 'el choque del siglo'. A la gente le encanta este tipo de cosas". Su mente siempre está un paso adelante.

"Parece bastante fácil" afirma Cadence, con una sonrisa. No se da cuenta de lo que está sucediendo.

"Haz que parezca lo malo que soy en realidad" intervengo. "Habla de todos los líos en los que me he metido. De todas esas peleas. De cómo soy una mina vagante. Y sin embargo, de cómo estoy llevando de nuevo a New England a los campeonatos para un único partido increíble." Mi tono es decidido, casi desafiante. Quiero que se vea mi lado más oscuro.

"¿Y tu mánager está de acuerdo con todo esto? No quiero recibir una llamada a las cuatro de la mañana de algún imbécil cocainómano que me pregunte cómo he tenido la audacia de publicar este artículo sin su aprobación". Su mirada es sospechosa.

“Estará de acuerdo. A estas alturas, no importa lo que haga, mientras gane" respondo, con un tono decidido. Quiero retomar el control de mi vida.

“Exacto, cariño. Estás en la cima, ahora” dice Luelle, viniendo a mi espalda y besándome el cuello. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Su tacto me enloquece, me hace olvidar todo lo demás.

“Vosotros dos me dais asco" afirma Cadence. “Okay, haremos algunas fotos. Nos harán falta algunas citas. Mandadnos también las estadísticas. Debo decir, Liran, que Jaron no estará contento con todo esto”. Su expresión es de puro divertimento.

“Bien. Lo estoy enterrando en su propia fosa" digo, con una sonrisa que es una promesa. Mi venganza está llegando.

42

LUELLE

"Este es el corazón palpitante de mi vida" me dice, abriendo los brazos como si quisiera abrazar todo el estadio, y cerrando los ojos como si ya estuviera saboreando la dulzura de una victoria inminente. Es un momento mágico, lo percibo, una anticipación de gloria que le irradia el rostro.

Yo, en cambio, estoy sentada aparte, en la primera fila de las gradas desiertas, un oasis de silencio en medio de este templo del fútbol americano. Axton, por suerte, está en buenas manos, confiado al cuidado esmerado de una niñera de lujo, una de esas profesionales pagadas generosamente por los Pioneers, que parecen no escatimar en gastos cuando se trata del bienestar de sus jugadores.

"No puedo creer que me hayas hecho colarme aquí dentro" digo, todavía un poco incrédula. Me parece vivir una escena robada de una película, algo demasiado bueno para ser real.

"Yo no puedo creer que estés aquí. Joder, eres mi roca. ¡Ven aquí, ya!" me responde, y su tono imperativo no admite réplicas. Me levanto, las piernas un poco entumecidas por el tiempo transcurrido inmóvil, y lo alcanzo con una sonrisa que me ilumina el rostro. "Mira" me dice, indicando con un gesto de cabeza la enorme pantalla gigante que domina el estadio.

"¿Qué? ¿La pantalla? Pero está apagada" respondo, un pizca de decepción en la voz, como si la pantalla fuera el único testigo de una magia que aún no se ha cumplido.

De repente, la pantalla se anima, proyectando una luz intensa que rasga la oscuridad circundante. "Aún no me has respondido" dice él, y su mirada penetrante se fija en mis ojos, como si quisiera leer en lo profundo de mi alma. También las luces del estadio empiezan a brillar, una tras otra, creando un ambiente de espectáculo, y luego, como por magia, parte una melodía familiar. Es Brown Eyed Girl, una canción que me devuelve en el tiempo, a momentos felices y despreocupados.

Y entonces, en un instante que parece suspendido en el tiempo, lo veo allí, arrodillado frente a mí, un hombre orgulloso y vulnerable al mismo tiempo, con un anillo de diamantes que brilla como una estrella en su mano. Un anillo apoyado sobre un elegante estuche de terciopelo negro, símbolo de un amor profundo e indisoluble. "Luelle" dice, y su sonrisa es más luminosa que cualquier luz. Las lágrimas me recorren inmediatamente el rostro, un río de emociones que no consigo retener. Estoy sin palabras, sobrecogida por una sorpresa tan maravillosa. "Desde que te conocí, mi vida ha cambiado radicalmente" me confiesa con un hilo de voz temblante por la emoción, y cada una de sus palabras parece llegar directa al corazón.

"Me has enseñado a ser un hombre mejor, me has empujado a crecer como individuo y me has hecho entender que el amor es lo más real que existe" continúa, mientras mis lágrimas siguen corriendo copiosamente. "Hemos afrontado altibajos, has visto mi lado peor, pero siempre me has dado lo mejor de ti". Y luego añade, con un tono de voz que me hace vibrar las cuerdas del alma: "Y está Axton. Nunca habría creído que podría ser un buen padre, pero ahora que lo veo, sé que mi destino es estar ahí para vosotros dos, protegeros y amaros para siempre".

Su mirada es intensa, colmada de amor y devoción. "Solo tengo una pequeña pregunta que

hacerte" dice, con una sonrisa tierna que me derrite el corazón. "Luelle Ibarra, ¿quieres ser mi esposa? ¿Quieres casarte conmigo?".

Cada palabra es un golpe al corazón, una vibración que me hace sentir viva como nunca.

Me llevo las manos a la boca, incapaz de pronunciar palabra, mientras una ola de felicidad me arrolla. Caigo de rodillas sobre el césped sintético, y lo abrazo fuerte, hundiendo el rostro en su pecho musculoso. ¿Quieres casarte conmigo? Esta frase resuena en mi mente como un mantra. "¡Dios, sí! Claro que me caso contigo" respondo, y mi voz es una mezcla de risas y sollozos. "Eres lo mejor y lo peor que me ha pasado" admito, y las lágrimas que me recorren el rostro son de pura alegría.

"Veamos cómo te queda" dice Liran con una voz dulce, que me hace temblar las rodillas. Me seco rápidamente las lágrimas y le extiendo la mano temblante. El anillo es perfecto, engastado en mi dedo como si siempre hubiera estado allí, un símbolo de un amor que ha encontrado su justa dimensión.

"No me lo puedo creer. Me voy a convertir en la señora Yardley" exclamo, con una mezcla de asombro y felicidad. "Eso me convierte en la mujer más dura de la ciudad, ¿no?" añado, guiñando el ojo y tratando de quitarle hierro a un momento que está al límite de la perfección.

"Así que veo que ya has leído el artículo" responde Liran con una sonrisa pícara, como si conociera cada uno de mis movimientos. Su mirada está llena de malicia y afecto, y me hace sentir como si fuéramos los únicos dos seres humanos en todo el universo.

"Fue maravilloso, cariño" empiezo a imitar la voz insoportable de Cadence, con un tono que haría enloquecer hasta a un santo. "Jaron no tendrá la mínima posibilidad contra ti". Me divierte representar el papel de la mujer esnob y presuntuosa, que no ve la hora de ver a su hombre triunfar en todos los campos de juego.

"¡Ah! Conseguir ver su cara. Probablemente ya está haciendo pedazos su copia" dice Liran, estallando en una carcajada fragorosa que me hace vibrar las entrañas. "No veo la hora de enfrentarme a él en el campo mañana" añade, y su determinación es palpable en el aire.

"Serás fantástico, Liran. Siempre lo eres" digo, apoyando el rostro sobre su pecho cálido y reconfortante. Su corazón late fuerte bajo mi mejilla, y me siento segura entre sus brazos. Luego, levanto lentamente la mirada, y cruzo sus ojos que me escrutan con un amor infinito. No pasa mucho tiempo antes de que entienda lo que me pasa por la cabeza, porque entre nosotros basta una mirada para entendernos, como si nuestras almas fueran una sola.

"Sabes" empieza a decir con un tono de voz cargado de deseo, "estamos solos aquí hasta el inicio de los entrenamientos. Y ahora que eres mi chica..." dice, haciendo un gesto alusivo hacia sus pantalones cortos. En efecto, noto que la sombra de su pene en erección se está lentamente formando bajo el tejido ligero de sus pantalones cortos, una imagen que me enciende la sangre en las venas.

"Ha pasado demasiado tiempo" digo, mientras mi mano encuentra su polla y la agarra con decisión, guiando mi rostro entre sus piernas. Me apresuro a levantar la falda de mi vestido, ofreciendo mi culo al aire, impaciente por sentir su toque inflamarme la piel. "Hazme disfrutar mientras lo tomo todo" añado, con un tono de voz sensual y provocador, que me hace estremecer por la excitación.

"Eres perfecta" me dice, mientras sus manos se mueven con una dulzura inesperada sobre mi espalda, recorriendo mi columna vertebral, hasta llegar a mis nalgas. Las abofetea ligeramente, y mis mejillas rebotan arriba y abajo, en un ritmo que me hace enloquecer. "Eres un ángel bajado del cielo" añade, y sus palabras me hacen sentir como si fuera la mujer más bella y deseable del

mundo.

Mientras mi mano se infiltra dentro de sus pantalones cortos, me doy cuenta de que no lleva ropa interior. Su pene ya está duro y venoso, listo para ser explorado. Lo acaricio lentamente, con movimientos suaves y lentos, y luego lo lamo con la lengua, saboreando su sabor salado e intenso. Con tres dedos unidos, me masajea los pliegues del coño, insertando cada tanto un dedo o dos en el interior, haciéndome enloquecer por las ganas.

Nuestro sexo de aquella mañana es una mezcla de adoración, pasión y perfección. Ha pasado un poco de tiempo desde la última vez que hemos estado tan íntimos, y este encuentro parece una suerte de reintroducción, como si nos estuviéramos descubriendo de nuevo, en un torbellino de deseo y amor. Es como si nos acabáramos de conocer, y cada toque es un nuevo descubrimiento, una nueva emoción que nos hace sentir vivos y llenos de energía.

Mientras se empuja dentro de mí, le agarro la mano con la mía, y noto que el anillo brilla en medio de las luces del estadio, reflejándose en mis ojos. En mis pupilas veo su cuerpo fuerte y potente, que se mueve dentro y fuera, cada vez más cerca, cada vez más intenso.

Le aprieto fuerte la mano, besándole y lamiéndole los dedos, mientras los mueve con movimientos precisos sobre mi lengua. Él está aquí, de verdad aquí, y me parece increíble. Me pregunto si está sintiendo las mismas cosas que siento yo, si su corazón está latiendo enloquecido como el mío. Ha habido tantos altibajos en nuestra relación, que ahora, finalmente, todo parece haberse ajustado, de un modo increíblemente bello y surrealista. Gimo y jadeo, y él responde con la misma intensidad. Juntos, nos unimos de un modo que no había experimentado antes, con una energía que nos hace sentir invencibles. Al final, estamos completamente empapados de sudor, incapaces de movernos, pero llenos de una felicidad arrolladora.

Estamos sentados en medio del campo, abrazados, y me gozo la sensación de su piel contra la mía, mientras mi corazón late enloquecido. "Quién sabe si alguno de los jugadores mañana se dará cuenta de que tu esperma ha terminado en el campo" bromeo, pasándole las manos sobre el pecho y los abdominales perfectos, acariciándolo con una sonrisa maliciosa.

"Oh, Dios" gruñe Liran, con un tono de voz cargado de asombro y diversión. "Es demencial. No solo los derrotaré mañana, sino que los derribaré justo donde ha terminado mi esperma" añade, con una sonrisa descarada que me hace sentir escalofríos en la espalda.

Le doy una bofetada juguetona en el brazo, tratando de parecer indignada, aunque en realidad me divierte a morir. "¡Qué asco!" exclamo, en un tono que es más una burla que una verdadera protesta.

"Eh, tú fuiste la que empezó" dice, con una sonrisa inocente que no se la cree nadie.

Luego, miro la hora y me doy cuenta de que está por terminar el tiempo. Debe ir a entrenarse para el gran partido de mañana, donde deberá demostrar, por enésima vez, que es el mejor jugador de fútbol americano del campeonato. Yo creo en él, no importa lo difícil que sea la presión, y mi mirada se pone de repente seria, como si un velo de preocupación se me hubiera posado en los ojos.

"Prométeme solo que tendrás cuidado, ¿ok?" digo, con una voz que tiembla ligeramente por la ansiedad. "No quiero que Axton tenga que ir a visitar a su papá en el hospital".

Liran me mira con todo el amor que tiene en el corazón, un amor tan fuerte que parece iluminar mi alma. "Te prometo que, pase lo que pase, ganaré ese partido" dice con una voz firme y decidida, que me hace sentir invencible. "Y justo después, nos casaremos. Y será el matrimonio más bello que el mundo haya visto jamás. Axton será el paje más mono del universo" añade, besándome los labios y la mejilla con una dulzura infinita. "No me alejaré nunca de tu lado.

Nada de lesiones, nada de nada" concluye, y sus palabras me hacen sentir segura entre sus brazos, como si nada ni nadie pudiera hacernos daño.

EPÍLOGO

LIRAN

Por fin ha llegado la final del campeonato, el ambiente es eléctrico, cargado de expectativas.

Liran 'The Shooter' Yardley entra en el campo, una furia desatada, un verdadero cañón listo para hacer fuego.

Siento que hoy la victoria es nuestra, que yo, en el fondo, estoy listo para conquistar este partido como un verdadero campeón, como un líder indiscutible, a pesar de todas las predicciones negativas que, como de costumbre, dan por favorito al otro equipo.

Sin embargo, hay un punto de amargura en este momento de euforia. El entrenador Williamson, con su habitual calma olímpica, no ha hecho más que repetirnos, al menos cuatro veces, que todas las casas de apuestas han apostado en nuestra contra. Parece casi que ya han decidido que será Jaron, su pupilo, quien se lleve la copa, y no yo. Pues bien, siento decepcionarles, pero mi instinto me dice que este partido ya es mío.

Pero este sentimiento de potencia es como una ola que se estrella contra el acantilado, una mezcla de dulce y amargo. Cuando mi mirada se pierde entre la multitud, ahí está Luelle, sentada tranquila en las gradas, junto a nuestro pequeño Axton, que mastica un perrito caliente con la misma expresión concentrada que usaría yo antes de un gran partido. Solo querría tirar la pelota al suelo y correr hacia ellos, perderme en sus abrazos, abandonar todo este clamor.

Es verdad, el fútbol americano no es nada en comparación con su presencia en mi vida. Pero hay algo más grande en juego hoy, un peso sobre mis hombros que me recuerda que no puedo permitirme el lujo de equivocarme. El futuro de mi equipo, el mío, en parte, depende de este partido. Levanto el pulgar hacia Axton, un saludo rápido, mientras lanzo el primer touchdown, una señal de mi presencia en el campo, pero también de mi profundo vínculo con ellos.

Los aficionados son una explosión de colores, de gritos, de emociones contrastantes. Hay caras nuevas, desconocidas, algunas que me silban y me desean el infierno, otras que gritan que quieren tener hijos míos. Es una sensación extraña, surrealista, casi como estar en otro mundo. Pero he aprendido a aislarme, a concentrarme en mi objetivo. Este campo es mi escenario, el lugar en el que los ojeadores me observan, decidiendo si todavía soy digno de este deporte.

Para suerte de las cadenas de televisión, el partido es un espectáculo ya encendido, una batalla sin exclusión de golpes. Jaron está desatado, juega como si no hubiera un mañana, sacando del cilindro todas sus magias. Yo lanzo un pase de touchdown, y él, pocos minutos después, se lanza en el campo, agarrando un pase en profundidad en la zona de anotación. Es una jodida locura, un duelo a muerte que inflama las gradas.

Pero nuestra línea defensiva es un muro infranqueable, un grupo de guerreros listos para todo. Después de un breve discurso motivacional de Big Bob, gritan el nombre del equipo y se lanzan al campo, decididos a proteger nuestro territorio. Luelle los mira con intensidad, pero su rostro está cubierto por un velo de preocupación, un temor que me hace encogerme el corazón.

Mientras me encuentro al lado del campo, cojo el teléfono a escondidas, un objeto prohibido pero indispensable. Lo he escondido entre los pliegues de una toalla, debajo del banquillo, un

pequeño secreto entre mí y el mundo exterior. Mando enseguida un mensaje a Luelle: "No te preocupes, cariño. Voy a ganar este partido por ti" le escribo, intentando transmitirle mi confianza, mi certeza de poder superar cada obstáculo.

Ella me mira de pasada, con una sonrisa que no consigue esconder su ansiedad. Enseguida me doy cuenta de que algo no va bien, de que hay un peso en su corazón. "¿Qué te pasa?" le pregunto con un nuevo mensaje, incapaz de ignorar su expresión turbada, esa pequeña nube oscura que le acecha en el rostro.

Pasan algunos minutos, la espera es insoportable, luego ahí está su respuesta, un mensaje que me paraliza: "Estoy embarazada. Otra vez". Las palabras me llegan como un puñetazo en el estómago, una onda de choque que me hace tambalearme.

Se me cae la mandíbula al suelo, una expresión de incredulidad, de shock que me inmoviliza por un momento. "¡Yardley! ¿Qué demonios estás haciendo?" oigo la voz furiosa del entrenador que me hace sobresaltar. Me apresuro a esconder el móvil en la toalla, y me levanto de golpe del banquillo. "¡Vuelve inmediatamente al campo!" me grita, con un tono que no admite réplicas. Miro el campo y veo a mi equipo ofensivo que me espera, una hueste de guerreros listos para combatir por la victoria.

"Mierda" murmuro entre dientes, corriendo hacia mis compañeros, sintiendo el peso de una decisión inesperada, de una noticia que me ha descolocado. Al otro lado, ahí está Jaron que sacude la cabeza, un gesto de burla, y se pasa el dedo índice por la garganta, como para decirme que mi fin está cerca. Qué suerte, pienso entre mí, tengo que afrontar los problemas de las mujeres y las estúpidas rivalidades durante la final del campeonato.

"Bien. Formación wishbone" empiezo a hablar con voz firme y decidida, un verdadero líder que sabe qué hacer. "Esta es una acción de carrera. Se la pasaré a Ray y vosotros, chicos, lo protegéis como si fuera vuestro tesoro. ¿Entendido? ¿Estáis listos?" pregunto, intentando transmitir mi seguridad y mi espíritu de equipo. Ellos asienten, unidos como un solo cuerpo, listo para todo. "En este partido no hay jueguecitos" añado, "solo un verdadero liderazgo que funciona. Venceremos a la antigua, con la fuerza del corazón y del juego de equipo. ¡Vamos!"

Me pongo en mi puesto, un guerrero en armadura listo para todo. Extiendo las manos hacia delante, y mis ojos buscan los de Luelle, un instante para hacerle saber que soy feliz, que mi corazón está lleno de alegría por esta noticia inesperada. Me gustaría decirle que es lo que siempre he deseado, desde que volvimos juntos a Los Ángeles. "¡Hike!" grito con toda mi energía, y la pelota me llega entre las manos, un arma para usar con sabiduría. Me muevo hacia atrás y giro a la derecha, listo para poner en práctica nuestro plan.

Ray se mueve como una salamandra, furtivo y ágil, y agarra la pelota de mis manos, corriendo siete yardas antes de ser placado, una acción que me hace estremecer de alegría. "¡Sí!" susurro, levantando el puño en el aire, un gesto de triunfo que me infunde una descarga de adrenalina. Faltan solo tres yardas para el primer down. Echo una mirada a Jaron, una sonrisa burlona en el rostro, y empiezo a reír entre mí, saboreando su frustración.

Lo veo golpear los puños contra el casco con rabia, un payaso histérico que no sabe cómo gestionar la derrota. Le muestro el dedo corazón, un gesto de desafío, y él se lanza al campo como una tonelada de ladrillos, listo para desatar toda su furia.

Me empuja el pecho contra el mío, un gesto de pura agresión. "¿Quieres venir a pelear, playboy?" me pregunta con una voz cargada de odio.

Lo empujo lejos, flexionando los músculos, listo para combatir si es necesario. Si quiere la pelea, yo estoy listo para bajar a la arena. Pero debe recordar una cosa: "Teníamos un pacto,

hermano. ¿Qué tenemos ahora?" le pregunto con un tono de voz que esconde a duras penas mi desprecio.

"Lo has tirado por la borda cuando has decidido ralentizar y tirar tu carrera de atleta por esa estúpida mujer" grita Jaron, con una rabia que lo hace temblar.

"Dilo. Di las palabras. Te desafío" respondo, con un tono de voz que no admite réplicas. "Ella significa todo para mí. Vale más que el partido. Es más, el partido ni siquiera se le acerca" escupo, con una expresión de total desprecio, listo para defender a la mujer que amo con mi propia vida.

"¿Ah, sí? ¿Y yo? ¿Imagino que nuestra amistad no significaba nada para ti?" me pregunta, pasándose las manos entre el cabello empapado de sudor. La seguridad se precipita al campo, y lo arrastra lejos de mí, antes de que la situación degenere.

"Está todo bien, estoy bien. Dejadlo ir. Se calmará a pie de campo" digo, con un tono de voz que no deja espacio a réplicas. "Amigo, te estás volviendo cada vez más loco" añado, "inventando mentiras como esta. Debería haber entendido que tu ego era más grande que nosotros. Estoy deseando seguir ganando aquí hoy y ponerte en tu sitio".

Por primera vez en mi vida, me alejo de una pelea, sintiendo que no vale la pena. Dejo que la adrenalina se desvanezca, y me concentro en mi objetivo. Volvemos al campo, listos para poner en práctica nuestro plan. "Buena carrera, Ray" digo, con un tono de voz que no esconde mi aprecio. "Eres fantástico ahí fuera. Hagamos las cosas breves y concisas. Nos sirven tres yardas y obtenemos el primer down. A partir de ahí, jugaremos duro. Esta es una simple acción de carrera, ¿ok? Como antes, solo que esta vez correré yo" concluyo, listo para asumir la responsabilidad de la próxima acción.

"¿Tú?" interviene Clayton, con un tono de voz que no oculta su preocupación. "¿Estás seguro? Están jugando duro ahí fuera. ¿Y si te placan y perdemos yardas?" me pregunta, poniendo en duda mis capacidades, mi fuerza.

"Todo irá bien" respondo con una seguridad inquebrantable, incapaz de darle tiempo. Por egoísta que pueda parecer, quiero ser la estrella de este partido, el héroe que se lleva a casa la victoria. Acabo de descubrir que voy a ser papá otra vez y quiero ganar este partido para él, o para ella, da igual. "¡Vamos!"

Mientras corremos hacia el centro del campo, Clayton me susurra: "Deja de provocar a Jaron. Sé que tenéis cuentas pendientes entre vosotros, pero ni te lo plantees, amigo. Ganamos esto, hacemos dinero y nos vamos a casa".

"Me gusta cómo piensas" le respondo, dándole un abrazo y una palmada en la espalda. Me pongo en formación, listo para poner en práctica nuestro plan. "¡Hike!" grito con toda mi fuerza, agarrando la pelota e intentando correr hacia la izquierda. Delante de mí veo el camino de la victoria, una carretera estrecha y libre, donde no hay ningún defensor. Tres yardas es todo lo que necesito, y estoy listo para tomarlas.

Corro a toda velocidad, concentrado solo en mi objetivo, pero no veo algo muy importante. Uno de los lineman ha roto la barrera a la derecha, listo para destruirme. ¡Me está pillando por sorpresa! "¡Joder!" grito, pero es demasiado tarde. Me muevo hacia atrás, entrelazando los tobillos, y el lineman me golpea en pleno pecho. Caemos al suelo como dos pesos máximos, y siento algo que se me rompe dentro, un dolor lancinante que se propaga a través de piernas y cuerpo.

"¡No!" grito, apretando el tobillo. Debo haberme roto el tendón de Aquiles, no hay otras explicaciones para este dolor agudo e insoportable. Luelle, obviamente, se ha levantado de golpe

de su sitio, su rostro está descompuesto por el terror. La seguridad la retiene a duras penas, obligándola a mirar al médico que corre al campo hacia mí.

"Está todo bien" grito con la voz quebrada por el dolor, intentando tranquilizarla. "Dejadme en paz. Estaré bien en unos minutos" miento, consciente de la gravedad de la situación, pero incapaz de aceptar la posibilidad de tener que abandonar el campo.

El médico me mira directamente a los ojos, entendiendo que soy un testarudo, e intenta razonar conmigo. "¿Escuchas lo que me estás diciendo?" me pregunta, con un tono de voz que no admite réplicas. "Porque lo que siento yo es que no te importa si podrás caminar de nuevo con ese tobillo. Es obvio que te has hecho daño bastante seriamente" añade, con una expresión preocupada.

"Me siento por algunas acciones, pero no dejaré que ese equipo vuelva a casa con el trofeo" respondo, con un tono de voz que esconde a duras penas el dolor. "Diga a los entrenadores que estoy bien y que solo necesito reposo. Si no lo hace, se arrepentirá. Y sí, es una jodida amenaza" murmuro entre dientes, intentando hacer palanca sobre mi reputación de jugador incansable.

El médico mira a su alrededor y, con un suspiro de resignación, decide complacer mi voluntad. "Sacádlo fuera por algunas acciones" dice a los entrenadores, intentando calmar las aguas. "Solo necesita un poco de reposo" miente descaradamente, un pequeño secreto entre mí y él. Doy gracias a Dios por esa decisión, por esa pequeña mentira que me mantiene todavía en juego.

Jaron, mientras tanto, grita como un loco a pie de campo, incapaz de aceptar la decisión, viendo en ella una burla hacia él. No consigue entender la situación, y su rabia se vuelve cada vez más incontrolable.

Me siento a pie de campo, jugando con los pulgares, sintiendo la ansiedad devorarme las entrañas. Nos hemos vuelto demasiado predecibles, y cada jugada nuestra es recibida por una defensa dura y despiadada, que no nos deja espacio para nuestras maniobras. Cuando finalmente consigo volver a entrar en el campo, ya nos han hecho dos touchdowns, una diferencia que nos hace sentir cada vez más distantes de la victoria.

Antes de volver a poner un pie en el campo, controlo de nuevo el teléfono. "Estoy tan agradecida por tu amor" me escribe Luelle, con un mensaje que me llena de fuerza. "Espero que no estés herido como parece. Tienes que dar el máximo ahí fuera" añade, y estas pocas palabras me hacen sentir listo para afrontar cada desafío, cada obstáculo. Asiento y me abro camino en el campo, decidido a hacer lo mejor que pueda, sabiendo que no hay nada que pueda pararme.

A pesar de mis ganas de ser la estrella del partido, entiendo que necesito a todo el equipo, que solo el juego de equipo puede llevarnos a la victoria. Ya no se trata de mí, sino de los Pioneers, de un grupo de hombres unidos por un objetivo común.

"Qué demonios" digo entre mí, eligiendo una serie de jugadas que pueden llevarnos a la victoria. Son las jugadas de reserva, las que nunca hemos usado en toda la temporada, un comodín para jugar en el momento justo. Las pongo en práctica, con precisión y determinación, como artillería pesada durante la guerra. Y la victoria está al alcance de la mano.

¡Touchdown!

Clayton agarra la pelota y la lleva dentro de la zona de anotación, una jugada perfecta, un momento de gloria para todo el equipo.

Por suerte, mis compañeros de equipo entienden la importancia del momento, y se cargan como unos muelles. "¿Estáis listos para jugar a fútbol americano?" pregunto, con una voz cargada de energía. "¡Claro!" gritan, con una fuerza que me hace vibrar las entrañas. "¡Pioneers!" gritan con un entusiasmo que contagia todo el estadio. Las cheerleaders enloquecen, y el público está con el

aliento suspendido, listo para disfrutar del espectáculo. Nuestra defensa aguanta, y conseguimos reconquistar la pelota. Faltan menos de quince minutos para el final del partido, y el tiempo apremia.

Tenemos esas jugadas ganadoras en el bolsillo, la estrategia de ataque está lista para ser puesta en práctica, y en cuanto cruzo la mirada de Luelle, sé que la victoria es nuestra. "¡Hut! ¡Hut! ¡Hike!" grito con toda la fuerza, y me muevo hacia atrás, listo para poner en práctica nuestro plan.

Sé que es el momento decisivo, que no podemos equivocarnos. Miro a Clayton a los ojos, y le susurro: "Fuerza, amigo. Llévala a casa" con la convicción de que podemos lograrlo. La pelota sale de mi mano como un proyectil lanzado en el espacio, una trayectoria perfecta que parece desafiar la fuerza de gravedad. Uno de los linebacker intenta interceptarla, la golpea con la palma, y por un segundo pienso que lo ha logrado. Pero Clayton es más rápido, más determinado, y agarra la pelota con seguridad, corriendo hasta la zona de anotación con segundos preciosos.

¡Hemos ganado el partido!

Esta noche, Clayton es nuestro héroe.

"¡Lo has logrado!" gritan los aficionados, enloquecidos de alegría. Nuestro equipo se echa al campo, levantando a Clayton sobre los hombros. El agua helada es vertida sobre la espalda de Big Bob, una tradición que me hace sonreír. Jaron cae al suelo, golpeando la hierba, llorando como un niño, incapaz de aceptar la derrota. Y en cuanto a mí, me alejo del equipo, decidido a encontrar a alguien muy importante para mí: Luelle.

Las máquinas fotográficas me parpadean alrededor, los periodistas me asaltan, pero yo no tengo tiempo para ellos. Aparto el micrófono con un gesto de la mano, salto la valla y corro a las gradas, ignorando a los aficionados que me tocan las hombreras, pidiéndome una foto. El partido ha terminado y no me importa regodearme en la gloria de la victoria. No solo eso, sino que mi tobillo me está volviendo loco.

Cojo en brazos a mi hijo y le beso la frente, sintiendo su pequeño cuerpo estrecharse al mío. "¡Lo has logrado, papá!" exclama, y su entusiasmo me llena de alegría. Pongo un brazo alrededor de la cintura de Luelle, y le doy el beso más apasionado del mundo, el símbolo de un amor que ha superado cada obstáculo, cada dificultad.

El mismo periodista me alcanza corriendo. "¡Liran Yardley, acabas de ganar otro Super Bowl! ¿Qué tienes que decir a tus fans?" me pregunta, intentando atraer mi atención.

Me giro hacia él y digo: "No lo habría logrado sin su apoyo" miento descaradamente, y los fans adoran mis palabras, como siempre. "Espera" me corrijo, con una sonrisa maliciosa. "No lo habría logrado sin su apoyo" e indico a Luelle, la mujer que amo más que a mi propia vida.

Me llueven encima un millón de preguntas, una marea de curiosidades, pero no tengo tiempo que perder. "Esto es todo por esta noche, chicos" grito, con la voz ronca de emoción. "Tengo que hacer el amor con mi novia. ¡Esperamos otro niño!" y luego, sin esperar una reacción suya, cojo en brazos tanto a Axton como a Luelle, y corro fuera del estadio, decidido a dar un corte a todo este clamor.

"¿No tienes que estar con tu equipo?" me pregunta Luelle mientras subimos al coche.

"Cariño, no hay nada que prefiera hacer en este momento que estar contigo" respondo con un tono de voz que no admite réplicas. "Vámonos de esta ciudad. Hagamos un viaje" añado, listo para dejar todo atrás.

"¿Un viaje? ¡Liran, tienes que ir a la fiesta de esta noche! Podría haber ojeadores" grita Luelle,

con un tono de voz que esconde a duras penas su preocupación.

"A la mierda con todo" respondo, con una expresión de desprecio que no deja espacio a dudas. Axton ríe, divertido por mi reacción, mientras Luelle me lanza una mirada severa. "Hablo en serio, cariño" añado, con una voz cargada de emoción. "Vámonos de aquí y empecemos una vida juntos. Tengo todo el dinero del mundo. Déjame gastarlo en mi familia" le digo, listo para demostrarle mi amor en cada modo posible.

Ella sacude la cabeza, pero su mirada traiciona su felicidad. "Ok" dice, cediendo a mis palabras. "Podemos hacer un viaje. ¡Pero tú debes curar ese tobillo, y jugarás la próxima temporada!" añade, un compromiso que no puedo rechazar.

"Vale" respondo, con una sonrisa que me ilumina el rostro. "Cualquier cosa con tal de conquistar tu corazón" le digo, mirándola a los ojos, listo para hacer cualquier cosa con tal de verla feliz.

Ella suspira, un suspiro lleno de deseo. "Oh, Liran" dice, con una voz que me hace temblar el corazón. "Me has conquistado desde el principio. Te amo por haberme reencontrado" añade, y estas palabras me hacen entender que mi amor por ella es más fuerte que cualquier otra cosa, que es un vínculo indisoluble, que ninguna fuerza en el mundo puede romper.

Esa noche, nos quedamos despiertos escuchando música, cocinando buena comida, viendo películas. Nos hemos perdido tantas cosas que las parejas hacen normalmente que tenemos que hacer de todo para recuperar el tiempo perdido. A pesar de todo, nos sentimos increíblemente afortunados, agradecidos por este amor que nos ha arrollado y nos ha traído hasta aquí. Sea cual sea la after party que esté ocurriendo en esta ciudad, yo celebro el regreso de mi familia, sabiendo que estamos hechos el uno para el otro.

Que este amor es nuestro destino.